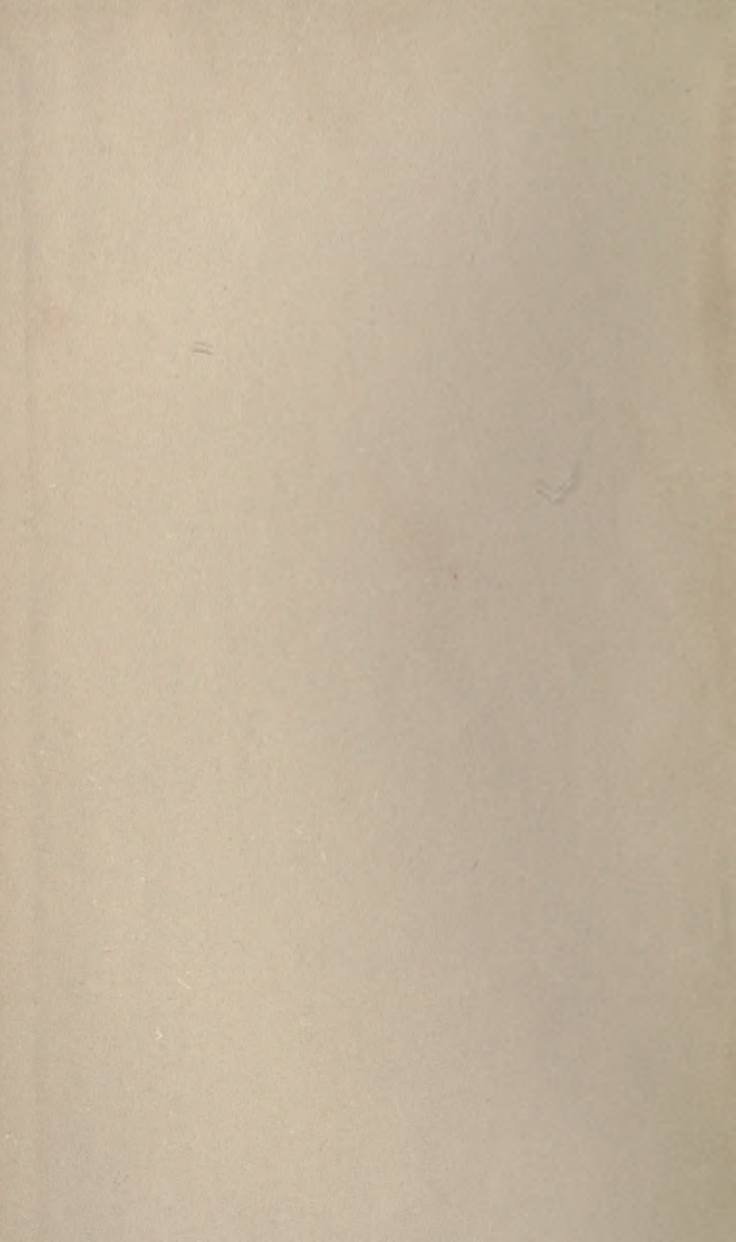


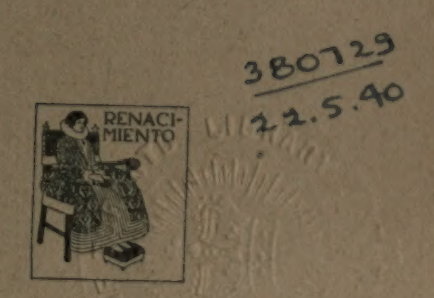
SEMANA SANTA EN SEVILLA

F 110


EX-
LIBRIS
EVGE
NIO-
NOEL

EUGENIO NOEL

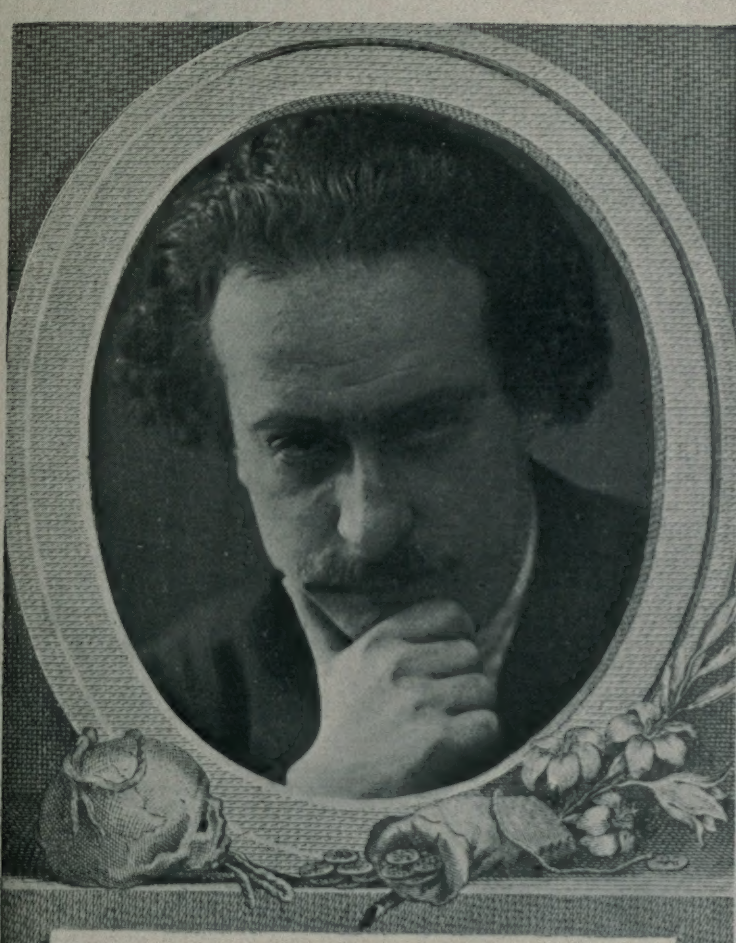
# SEMANA SANTA EN SEVILLA






RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42.
MADRID
1916

Imprenta Renacimiento, San Marcos, 42.—Teléfono, 4.967.



*En septiembre del 1913 un joven que tenía fe en los destinos de su Patria predicó en Sevilla los inconvenientes del flamenquismo. Se le quiso matar por estos actos, y su escarnio fué telegrafiado á España entera. Aquel joven perdonó estas infamias. Hoy entrega á tan bella é injusta ciudad un libro que ella ha inspirado. Su autor tiene la soberbia de creer que tales páginas son dignas de Sevilla, y confiesa que no se las ofrendaría de no juzgarlas severas y exentas de toda bastarda adulación.*

# 1916

Con la gran melena como airón al viento,
con tu porte altivo de señor feudal,
te escapaste acaso, de pasión violento,
de un glorioso cuadro del Renacimiento
para hacer tu noble siembra de idea.
Bien, hermano, arroja con gallarda mano
la semilla al surco, y en la lid de amor
este viejo y loco corazón hispano
— seco como el propio suelo castellano —
que se inunde en savia como un bosque en flor.
Bien, hermano, sigue con tu altiva traza,
con la fe en el triunfo, con tenaz coraza,
con la insignia al viento. Y en la recia lid
surgirán los nuevos hombres de la Raza
de entre los escombros donde duerme el Cid.
Si la turbamulta loca te apedrea
sólo porque lanzas en sus frentes luz,
piensa en el sublime mártir de Judea.
Que si en cruz se clava la gloriosa Idea,
**se desborda en flores de la misma cruz...**

A Eugenio Noel. — *Alfonso Camín.*

*"Lasciamolo stare e non parliamo à vóto".*
Dante.

Sevilla es una ciudad encantadora y trágica; su encanto lo explota todo el mundo y más que nadie ella misma; su tragedia pasa desapercibida porque esa ciudad tiene el genio

de la simulación perfecta y porque nadie va a Sevilla si no es a distraerse. Es femenina, luminosa y cobarde; su carne no vale la pena porque es toda espíritu; la luz del sol cegó esa espiritualidad y la adulación ha cortado en germen todo esfuerzo.

No se renovará nunca y será siempre como es; hoy es como ha sido. Temerosa de perder su fama, cultiva admirablemente el pasado esplendoroso regándole con sangre. Los que ven esta sangre se emboban de puro deleite o cantan himnarios henchidos de entusiasmo. Es una ciudad que se entrega sin reservas, que vive intensamente su vida; esta vida es una tragedia sombría renovada sin descanso, y para que nadie se entere derrama sobre ella gracia rica en risas y derrocha alegría plateresca. No hay en la Tierra una ciudad que gaste tanto ingenio en no descubrir su secreto.

Andalucía entera, sin exceptuar Granada —ese Paraíso perdido que espera su Milton—, no vale lo que Sevilla. Tiene algo de todas las regiones del Mediodía fascinante, y ese algo es lo mejor. Sabe asimilarse bellezas de firme carácter transformándolas en delicadezas graciosas del temperamento propio. Su nombre es pronunciado con envidia y su área de influencia moral se extiende bien lejos de los límites de la provincia. Cádiz y Huelva son lo que ella quiere que sean. Zafra, en Extremadura,

se hace llamar «Sevilla la pequeña», y Mérida es una especie de suburbio sentimental de Triana. Su gloria la cautiva tanto, que por no menguarla sería capaz de renunciar a existir. Esto le ha dado un amor propio excesivo, y ofrece muchas veces el lamentable aspecto de una ciudad que se contempla a sí misma y se siente vivir o se escucha. Ese amor propio ha inspirado millares de laudos, epifanías y panegíricos. Los poetas agotaron en loor suyo rimas y adjetivos. Se la adora furiosamente, como ella ama o procede, sin términos medios; es en los proverbios tema de comparación, y al que no la vió se le compadece. ¿Y quién es aquel que no vió alguna vez un trozo siquiera de la villa encantada? No hay álbum, ni página ilustrada de periódico, ni cartapacio de viajero que no dibujen siluetas sugeridoras de sus barrios, briosamente acusados por un carácter inconfundible; de sus calles, dotadas de una firme vida propia; de sus casas, acuarelas de inagotable originalidad y colorido.

Sevilla es un nombre evocador; Sevilla, en los días litúrgicos de la Semana Santa, es la Meca de los peregrinos del asombro. ¿Quién no ha oído celebrar esos siete días sevillanos que empiezan por un funeral y terminan en una orgía? ¿Y quién no ha pensado cómo puede toda la ciudad, y una ciudad tan grande, interesarse en la comedia sagrada hasta vivir sólo

para ella y sacrificarla lo que un andaluz no abandona ni declina jamás: su personalidad...? Lo que mueva su espíritu a intervenir en el drama de la Pasión de Jesús tiene que ser profundo sentimiento religioso, masculina exaltación de la justicia o cualquiera otra vigorosa réplica a su temperamento, pasivo por naturaleza y zumbón por gracia, poco dado, en su hábito de ironía y siesta, a intervenciones efectivas en los dominios del espíritu puro, de la redención abstracta.

¿Qué cosa podrá interesarle a ese carácter rebelde y alma relajada en la tragedia de Palestina? Es el país de la alegría clásica, y, sin embargo, ha ideado las fiestas de las tinieblas. Nadie le aventaja en la gama de lo negro, y es un pueblo todo luz. Su buen humor inalterable encontró fórmulas misteriosas del dolor humano que nada superará jamás. Y el milagro de esta transformación se verifica sin violencia aparente. El pasmo sucede al jolgorio como la noche al día, y su crepúsculo mismo tiene los tintes indecisos de una penitencia. Sevilla cae en su Semana Santa a plomo. Parece una expiación o un remordimiento. Nada más lúgubre se ha dicho jamás a los sentidos, que, atemorizados, contemplan a una ciudad de rodillas, a una ciudad que es incapaz de comprender la trascendencia física de la culpa, que no cree en la metafísica del pecado.

He ahí el absurdo de esa realidad incontestable. Todos los años esta ciudad incorregible, en una de cuyas iglesias encierra el hombre —hijo suyo—«peor que ha existido en el Mundo», cae contrita a los pies del Nazareno y pone en su dolor la vehemencia característica de sus pasiones, se humilla como la galilea fácil de Mejdel hasta verter a las plantas del rabbi ideal los perfumes de su encanto, y no mendiga ni impetra el perdón sin condiciones que su tribulación hace suponer, lo exige. No hace examen de conciencia, no se arrepiente; la cueva legendaria de Manresa está muy lejos, y a orillas del Guadalquivir sería una covacha más del barrio de la Cava. Sus ejercicios espirituales son bruscos: una conflagración espontánea de sentimientos contradictorios puestos a enorme presión. El alma, riente e irredenta, andaluza, de la que Sevilla es síntesis, se niega a estas contricciones canónicas, y, no obstante, su lamentación y miserere inspiran terror. Barrés ha dicho de Toledo que es la ciudad de la energía; en la Semana Santa, Sevilla aturde. No es la ciudad perezosa y tímida que duerme en las riberas del río de los mosquitos su siesta de cincuenta semanas, es un país entero que clama a la manera pomposa de los hebreos, ataviado con un lujo digno de los asirios.

Los que han descrito las bellezas de esta desesperación no han querido reparar en la

desesperación misma. ¿Qué dice ese llanto, ese luto, ese espanto colectivo tan bien caracterizados que se viene de lejos para verlo, atraídos los viajeros por el rumor de su inaudito lujo y ostentación fastuosa? ¿Es una Pasión de Nancy o una serie de cuadros vivos como los de Oberammergau, ese Evangelio soñado a la falda del Kofel y el Laber mientras el pueblo se saluda con el dulce «Gruss Gots»...? ¿Siente Sevilla la muerte de un Redentor del Mundo? Probablemente ni Sevilla misma lo sabe; es así esa humana, demasiado humana ciudad. Crea con placer las sombras, que vence su despreocupación poco después, y hay una lógica certera entre esa creación y ese alzamiento de hombros.

Sus muchedumbres carecen de ideal común; no hay psicología en esa multitud; ni Levi Brühl encontraría ciencia en sus costumbres; de esa indisciplina ha salido la Cofradía. Sus individuos viven en broma, nadie toma muy en serio su propia existencia. Ardigó no hallaría en ellos sombra de positivismo; de esa negación ha salido el «Paso». Las calles tienen una independencia asombrosa, las casas son patios bellos como jardines y salvajes como islas desiertas; los barrios son ciudades anseáticas; no obstante, las casas, las calles y los barrios colaboran en las procesiones, y, juntos, idean esa madrugada del Viernes Santo, que

es sin disputa uno de los espectáculos más sublimemente extraños que puedan verse en la Tierra. Durante las procesiones, el Baratillo andará a las greñas con la Resolana, San Bernardo con la Calzada, la Macarena con los Humeros, Santa Cruz con la Alcantarilla de las madejas, el Huerto de Mariana con Cruz del Campo. Triana con todos; pero esos barrios y lugares típicos, legendarios y bravucones, perderían su carácter sin los incidentes memorables de Semana Santa.

La primavera colabora con la ciudad, y el naranjo es su cómplice. El azahar y las tinieblas hermanan estos días. Las flores blancas de los almendros y el tierno brote oloroso de las acacias buscan el humo de los incensarios. La luz, esa luz sevillana tan parecida a la de Jerusalén, finge en el cielo de la ciudad efectos de escenografía mística. El día es una noche lívida que tiene fulgores de misterio, y la noche es un día artificial que ahuyenta el sueño y estremece los nervios. Sevilla no se limita a recordar el Evangelio, lo vive; no se satisface con vivirle, lo impone. Si alguien, moralista, Guyau, o Benedicto Malní, o Negri, pretendiese esos días coartar su decisión o limitar su fantasía, sentiría haberse atrevido a tanto. Gremios medioevos, nacidos en el recinto de las Catedrales, Hermandades familiarizadas con las cosas santas, ¿qué provisor somete o doma

estos cofrades aun en la sala misma del Cabildo Catedral en la toma solemne de horas para hacer estación en la Basílica?

La sangre nueva contribuye al esfuerzo prodigioso, y el mes de abril va como un cofrade más a casa de los Mayordomos el día del reparto de túnicas de nazareno. El viento perezoso que apenas mueve las copas de los naranjos y los haces de las palmeras de la Plaza Nueva distiende los músculos de todos y excita su voluntad, balancea las afiladas y plegadas hojas en la procesión eclesiástica de las palmas y pasa, descarado e insolente, al Salvador a escuchar el ensayo del medianejo y teatral Miserere de don Hilarión. En los ojos negros, abrasados por el Sol, se desperezan la hipérbole, el piropo, el chiste pronto, la comparación ingeniosa, la copla breve que atesora un poema, la plegaria convertida en saeta. Los patizuelos, claros y tibios, abren sus cancelas, primorosas como minúsculas verjas de crucero, y enseñan sus hortensias, sus rosas, sus tiestos, sus pequeñas aceras aljofifadas, la lechosa blancura del estuco o la pálida dulzura del mármol, un trozo de cielo, el azarbe lleno de agua, las matas de los claveles rojos como los labios, como los besos, como las agudezas, guardando en su cáliz de raso un verso de Rioja, halagos que son, a modo de abejas, dulces y crueles.

Las galerías cuajadas de macetas y las encrucijadas llenas de ensueños, los balcones con las rejas voladas, las celosías con las ventanas de antepecho, los ajimeces con arquitos angrelados en arrabáas, las callejuelas tortuosas con tapias en las que se expulgan gitanos y a cuya sombra duermen perros jaros mientras en la frondosa olmeda que hay detrás de ellas chirría la añora..., no enervan como en el verano, excitan, alientan. La primavera suspira de deleite y la gente se alboroza. Un fuego sagrado se apodera de las almas, y las casas que inspiraron las acuarelas más lindas del mundo, los versos frágiles de Gautier, las escenas de Ramos, Alvarez y Mélida, las tablitas deliciosas que pintan con jugos de flores la humedad, la soledad o la miseria, los cuadros barrocos de Roselló, Viniegra, Domingo, Villegas, Fortuny, las evocaciones de Gonzalo Bilbao, las fantasías de un Phillip. Salen de sus telas las gitanas de los Velatorios y las alegres comadres de los Fandangos de candil, las cigarreras sienten la melancólica nostalgia de las zedas y las elles difícilmente pronunciadas, los gentilísimos grupos de los bautizos, bodas y ferias se esparcen por la ciudad, el peltrero lleva un cirial, el regatón una banderola, el azacán no desdeña un anda, el más serio percocero y el lidiador más alhajado portan un guión o un distintivo. Tienen la preocupación de los Divi-

nos Oficios. No los sienten, pero simulan tan bellamente esa emoción, que sería inútil cambiarla por la verdadera. No hay fe ya en su corazón picardeado, no creen, y obran con tan sincero sentimiento, que no se echa de menos su indiferencia religiosa hasta que la descubre el cansancio o les traiciona el vino.

Desde el muchachuelo negruzco que vocea su cisco de picón, por Osario y Boteros, hasta el Mayordomo de la más rica Cofradía, ¿quién no se cree llamado a ser sal y flor de la fiesta? Saben de memoria su papel en la comparsa como los actores de un «Milacre» en el día de San Vicente Ferrer, y se jugarían la vida por un puesto en ella, como los labriegos de Bétera en la fiesta de las albahacas. Cuando ya no tocan las campanas y carillones de las parroquias y conventos y sólo se oye en el alto cupulino de la Giralda la férrea carraca, inmensa y lúgubre, ¿qué buen sevillano no tiene lágrimas en los ojos...?

Y no llora de pena, llora de impaciencia. Desea verse pronto en la procesión de su barrio, en la Cofradía de su parroquia, cerca de la imagen preferida, que sin duda es la mejor de todas, y basta que él lo diga. ¿Exhibición? Algo hay de eso; pero no es todo, ni mucho menos. Si esta célebre Semana Santa no es por su pureza afectiva una peregrinación de Bretaña—la adoración de las imágenes en Tremé-

ne, por ejemplo—, no es tampoco la vanal y ruidosa fiesta del «Divino Amore» en Roma. Presiente que hace algo importante, que en cierto modo el fausto de la solemne cabalgata dependerá de él, que la ciudad encantadora, su madre, le ha encomendado una misión altiva: ¿hay andaluz que no ame estas cosas?

—Hay que hacer mucho ruido—dicen los pertigueros de la Catedral a los niños.

Y acabados los maitines, apagadas, una a una, salmo a salmo, las catorces velas del Tenebrario de Bartolomé Morel, los niños recuerdan con sus carracas de torno, latas y maderos el terremoto y eclipse que sucedió a la muerte de Jesús. El placer que ponen en esta deseada tarea es indescriptible. Como no les parezca suficiente la litúrgica carraca, llevan utensilios, estacas, planchas y se eternizan en su alboroto hasta que es preciso arrojarlos del templo. El andaluz ama ese ruido, la significación, sea en lo que sea, la ostentación, cueste lo que cueste. Participar de un barullo cualquiera es su ilusión. Como esos niños y grandullones en las «Tinieblas» ellos buscan el escándalo, la explosión; encuentran así su sosiego, expresan de ese modo sus vaguedades religiosas, que todos o casi todos juzgan tan acendradas. ¿Cómo si no—preguntan—un pueblo tan alegre puede manifestar una tan poética melancolía, tan arrebatadoras plegarias, ideali-

dad y pesadumbre tan comunicativas? Y, sin embargo, la tristeza no se ve por lado alguno en el alma de la ciudad, esa alma que todos los países esconden cuidadosamente bajo lo pintoresco. Los peregrinos del espíritu se escandalizarían en Sevilla. Nada es prosaico ni vulgar; la originalidad es abrumadora; delicioso y costosísimo el anacronismo suntuario; absorbente e impetuoso el ardor popular...; mas ¿y la fe...? ¿Dónde se encuentra aquí ese recogimiento, ese desaliento convulsivo, esa ternura que solloza, el fervor ciego, la frente abatida, el rezo perseverante que inspira a la devoción la muerte del Hijo del Hombre?

No interesa Jesús, importa la ciudad. Sevilla vive de su propia adoración; es su tragedia. Los forasteros, seducidos por su encanto, sus delicias y la imponente magnificencia desplegada, creen ver luto en las almas, protesta en el corazón. Lo que hay es derroche, generosidad, orgullo y paganismo. La sombra gigante de la loba romana arroja desde Itálica sobre la Catedral un velario o palio de melancolía y grandeza. Las Cofradías desfilan entre los haces de varas conducidos por líctores. Si es verdad—como quería Ganivet—que «en el país más alegre del Mundo viven los hombres más tristes de la Tierra», durante su Semana Santa Sevilla ve rasgadas las tinieblas de su alma por

ráfagas de aquella gentil despreocupación que entregó a Cristo Roma cuando ya había gozado bastante y sentía fastidio de su propia grandeza.

# PARTE PRIMERA

## LAS MAGNIFICENCIAS DEL DOLOR HUMANO

"Nosotros, niños sempiternos condenados a la impotencia; nosotros, que trabajamos sin cosechar y que no veremos nunca el fruto de nuestra siembra, ¡inclinémonos con respeto ante la grande figura de esos semidioses! Ellos supieron lo que nosotros ignoramos, esto es, crear, afirmar, obrar ¿Renacerá otra vez la grande originalidad ó se contentará el Mundo en adelante con seguir marchando por las vías que trazaron los audaces creadores de las antiguas edades? Lo ignoramos, pero sean los que sean los fenómenos que se produzcan en el porvenir, nadie sobrepujará a Jesús. Su culto se rejuvenecerá incesantemente; su leyenda provocará lágrimas sin cuento; su martirio enternecerá los mejores corazones, y todos los siglos proclamarán que entre los hijos de los hombres no ha nacido ninguno que pueda comparársele."

Ernesto Renán.—*Vida de Jesús.*

# I

¡Sevilla...! ¡Hay tal magia en torno de este nombre...! Todo un dulce atavismo de fe artística revive momentáneamente en nuestros corazones, algo cansados e insolentemente dormidos a todo entusiasmo. Sumidos en un frío mortal, como el demonio, del Dante, distraí-

damente, el espíritu enfermo, el corazón muerto, ¿qué sentir en el alma sino la indiferencia de las decepciones irreparables? ¿No será posible que el espectáculo de tanta pompa acabe de matar en el espíritu la ilusión que creara en las viejas edades visiones inefables e infinitas? Algo parecido a esperanzas ancestrales subsiste todavía dentro de nosotros y nos da un sentimiento decisivo de la muerte, mientras cierta angustia de sabor milenario confía no sabemos qué extraña eficacia a las plegarias y hace en nuestra conciencia un amargo recuento de ideas y de días. Muere en las almas humanas toda esperanza de resurrección; pero en la melancolía del desencanto flotan aquí y allá, y son todavía luminosos, interrogaciones, pasos dados atrás en la duda expectante, en la incertidumbre dolorosa de las nuevas formas que toman los ideales. Y son esas formas aún tan indecisas y hay en esos turbios bosquejos tal desesperación, que el hombre prefiere volver atrás sus ojos, aunque sabe que en la belleza de la estela-surco dejada por los sentimientos sólo flores negras crecen, sombríos pelargonios.

¿Calmará Sevilla esta enfermedad moderna de no saber y presumir, de adivinar y no hacer progreso moral firme? Por el contrario, ¿el lujo de sus fiestas y la luz de su gracia destruirán para siempre los vestigios encantadores que

sostienen nuestra alma bajo un crepúsculo eterno? Esos rayos pálidos, que han sido hasta ahora nuestra delicia y han dado a nuestras mejillas la lividez interesante de almas que han sufrido mucho o tienen mucho que contar, ¿se fundirán en una noche absoluta que acabe de una vez con los rasgos indecisos y las vaguedades embriagadoras, pero al fin proyecciones nada más, de causas desconocidas...?

Sevilla nos contestará cumplidamente. No vamos a ella impacientes de curiosidad, marchamos hacia ella como peregrinos que oyeron hablar de suntuosas penitencias y conmemoraciones memorables. Se nos ha dicho que todos los años un pueblo en masa recuerda y vive el Proceso y Sentencia que lograron interesar más a la Humanidad, olvidadiza e ingrata, y vamos allá como se va a Bayreuth, a Roma, a Jerusalén, a la Meca. Sedientos de sinceridad, ¿qué hemos de pedir a ese pueblo sino que nos comunique su fe en la Redención, su amor al divino Consolador? ¡Creemos tan poco en las manifestaciones sinceras de amor y de fe! ¡Estamos tan deseosos de encontrar espíritu en los actos públicos y sentimientos profundos en las conciencias, aunque esos sentimientos carezcan de otra realidad que la simple de ser...!

Porque eludiendo la exégesis y las cuestiones confesionales, vamos a preguntarnos algo

que es muy importante. España, que es un país tan católico y al mismo tiempo tan poco religioso, ¿por qué celebra la Semana Santa con esas vehementes demostraciones de tristeza y dolor? ¿Por qué no hay capital o villorrio donde no se conmemore la Pasión con un lujo o un afecto verdaderamente singulares y extraños? No hay pueblo en el Mundo, ni el judío, que nos supere en la exteriorización de los sentimientos; pero sacrificamos a ella una buena parte—que malas lenguas creen la mejor—de la emoción que los produce. Jesús no nos interesa: nos interesa el Nazareno. La Virgen María no nos importa: nos importa la Dolorosa. La Redención con sus misterios no hace impresión en nuestras almas; el dolor, sí. El Nazareno es un hijo del pueblo; la Dolorosa, una madre; la sangre hace todo lo demás. Si examinamos nuestros Cristos, yacentes o crucificados, observamos que son concreciones enormes de dolor humano y de sangre, de espinas y azotes. Su misión no conmueve, nos irrita que es víctima. La literatura cristóloga española es insignificante; no hemos discutido jamás si Jesús estuvo loco, o no existió, o fué un mito, o simplemente un Osiris, un Filon, un Hillel; nos ha tenido sin cuidado el asunto de si los Evangelios sipnóticos o apócrifos son o no certidumbres dignas de incorporarse a la Historia. Es más: cuando esos li-

bros inquietantes y llenos de sabiduría han venido a nosotros, seguimos nuestro camino sin pestañear. Al Nazareno le hemos vestido con hopalandas que envidiarían los sicofantas asirios, y nuestras Dolorosas nada tienen que envidiar los mantos de las Reinas legendarias. Cuanto más ha vociferado la crítica, mayor cantidad de oro y piedras preciosas empleamos en esas túnicas y en esos mantos. El Pueblo cree en el hijo de un carpintero a quien persiguieron los Poderes teocrático y militar, y se venga, sin razonar la sumaria del Sanhedrin ni el atestado de Poncio Pilato, de los ultrajes que le infirieron. Si los curas dicen que ese joven galileo fué hijo de Dios, mejor para Dios; nada pierde ese padre en tener tal hijo, y, según nuestra Raza, tal vez salga ganando. Esa Raza ha sufrido mucho, y entiende bien lo que es llorar y lo que es quejarse; por eso ha divinizado las lágrimas, y los ojos de sus Dolorosas lloran perlas de las más gruesas que ha podido encontrar. Quien compare la ñoñez ideológica de nuestros panegiristas sacros con el avasallador espíritu popular que revelan sus procesiones, encontrará la diferencia que hay entre nuestros dogmas y nuestros sentimientos. Siempre, absolutamente siempre, se han pospuesto aquéllos. Un pueblo trágico, en guerra perpetua, enérgico y poco casuístico, ha dejado a un lado toda materia intelectual para

darse por entero a sus simpatías y a sus imágenes. Dolorosas, sus hijas; Nazareno, él mismo, de la Historia, ¿cómo ese pobre pueblo no ha de vestir las llagas, abiertas por las instituciones poderosas, con el oro de su ahorro o el pan quitado de su boca? Silenciosamente protesta; así se venga. Esa protesta y esa venganza son dos cauces por donde anualmente resbalan poderosas afirmaciones de estirpe.

¿Será Sevilla así? Un fuerte y sano olor de toro se mezcla al perfume de la tranquila pradera de abril. El cielo está cubierto de una bruma gris perla muy diáfana. Hace calor; ráfagas frescas se abren paso en las ondas ardientes, y ellas traen aromas de azahares, caricias de jazmines. Vienen de los jardines del Alcázar, de las Delicias de Arjona, del Parque de María Luisa; antes, dicen, venían de todas partes; la enfermedad del naranjo tiene la culpa. ¿Y quién tiene la culpa de la enfermedad del naranjo?, preguntamos. Antes, Sevilla olía demasiado bien; quien no estaba acostumbrado se aturdía; el ambiente embalsamado de la ciudad mareaba, y el espacio impregnado de efluvios de azahar era el hechizo de sus verjeles y calles. Hoy este aliento es discreto, nada más que un finísimo rastro en el viento de lo que fué. ¡Oh, cuando el botón blanco se abría, como brote de algodoneros, y la fragancia se escapaba llenando las plazas, las calles

y el interior de las casas, pero sin preferir, como hoy, la Avenida de la Palmera!

Antes..., antes. ¿Hay amargura comparable con la tristeza del viajero que oye ese «antes..., antes», repetido en tono de salmodia por los que vieron lo que ya no existe y quieren en vano dar una idea de ello? Si hoy este aroma es un ensueño oriental y su aletargadora suavidad tiene unas como transparencias de voluptuosa sugestión, reminiscencias de efluvios dulcísimos, ¿qué no sería «antes», cuando la «esencia de la gracia» brotase en los paseos, calles y pensiles todos de la ciudad? El aliento sutil empapaba las ropas, humedecía el cuerpo, aromatizaba la sangre, y el cerebro guardaba mucho tiempo, lejos ya de Sevilla, el recuerdo del cielo, el calor del sol, la magia de las calles, el oro de la manzanilla, la pureza casi cristalina y punzante del espacio, el pasado moro, el abandono altivo del alma árabe. que el azahar parece conservar sutilizado, mejor que las poesías y las imaginaciones de los que no acertaron a librar de la muerte al naranjo generoso, después de alabarle tanto.

«Sevilla para el regalo», dice una canción popular. Y la canción dice bien. No hay un palmo de terreno en la ciudad que no esté bien aprovechado; ni casa que no signifique un fuerte amor a la vida; ni trozo de calle que no tenga su leyenda; ni rincón que no cobije supers-

ticiones medrosas, gérmenes eternos de arte; ni huecos de fachada que no se cuiden como a las niñas de los ojos, que ojos al fin son por medio de los cuales aquellas almas sevillanas, nerviosas y múltiples, consiguen su ideal de vivir en la calle y en la casa al mismo tiempo, apurando esas dos existencias, la suya y la de todos, sin las que ningún sevillano toleraría un solo minuto su propia vida.

En ningún sitio del Mundo el pobre tiene más probabilidades de ser rico y éste de convertirse en pobre; lo saben y no se rechazan, permitiéndose curiosas familiaridades. El orgullo del enriquecido es tanto más legítimo para el pobre cuanto más insoportable es en sus manifestaciones; el agravio que en tales casos pudiera haber, queda reducido sin violencia a la esperanza de humillarle un día. El pobre y el rico buscan ambos la felicidad en el mismo ideal; conseguirla cuanto antes sea posible y que consista siempre en un mejoramiento material; este idéntico deseo les hace marchar muchas veces juntos y entablar durante el viaje amistades sentimentales cuyas consecuencias se ve más tarde en las coplas.

No es imaginárselo afirmar que la poesía del alma sevillana es una poesía positiva; por eso los escudriñadores de su encanto protestan cuando se juzga poco laboriosa el alma sevillana. Es la suya una pereza creadora, una

contemplación activa. Tarda mucho en hacer algo, pero muy poco en pensarlo; la razón de su tardanza consiste en que, mientras labora, está pensando en otra cosa. Tiene el genio de las adivinaciones y la coquetería de las corazonadas. El pobre es allí muy pobre y el rico muy rico; y si éste gasta, el otro no guarda. Sevilla es una ciudad cara donde es vergonzoso vivir mal y no alternar: esto ha dado lugar a esos casos que se llaman pintorescos en los que el ingenio tapa una gran miseria y la gracia un continuo escándalo. Arturo Reyes, que adoraba su ciudad, ha dicho de Málaga cosas semejantes, y Héctor Abreu, que conocía como nadie Sevilla, no se ha mordido la lengua. Conservar las tradiciones es la cosa más cara del mundo, y el espíritu de las ciudades, cuya belleza es artículo de exportación, exige un presupuesto constante. Si hay dinero, se gasta, y si no hay dinero, se inventa. En otra parte este absurdo sería imposible; en Sevilla ese absurdo es causa de aventuras inagotables, en las que la risa encubre un fruncimiento de cejas.

La ciudad trabaja; eso es indudable. Quien dudara no tiene sino subir a la Giralda y observar el cinturón fabril que rodea la ciudad, las vías de hierro y los noventa y cinco kilómetros del río, el canal de Lora y la Corta de Tablada, donde a pesar del sol y la mala fama se han removido ocho millones de metros

cúbicos de tierra. Se draga la barra del Guadalquivir, y la riqueza minera, en veinticinco años, ha aumentado cinco veces su valor. Un barco de ocho mil toneladas atracará pronto en el muelle, y no son despreciables el millón y medio de ellas que suma el movimiento del Puerto. Goya no podría pintar ya en una taza en cada mano a las dos alfareras de Triana. Los almacenes del aceite son una visión europea, y los abonos minerales y las máquinas agrícolas prometen devolver a la gran llanura del río el esplendor que tenía en tiempo de los árabes. Todas estas realidades, presididas por la Ceres incomparable de la Casa de Pilatos, destruyen la funesta leyenda de la vagancia sevillana y ponen en ridículo a los andaluces que con su cestita al brazo esperan a las cigarreras en las verjas de la Fábrica de Tabacos. La llanura entre Córdoba y Sevilla será un nuevo delta del Nilo, eternamente verde, un jardín de fertilidad sin igual. Málaga, Huelva y Cádiz recibirán órdenes suyas.

Todo ello hace que las almas nobles se indignen cuando las inteligencias curiosas, desdeñando el humo de las chimeneas, hablan de la Sevilla de pandereta. Como es natural, tratándose de una reacción andaluza, esas nobles almas han llegado a negar que exista la Sevilla vieja de los literatos y extranjeros; y se ofenden cuando no se busca el espíritu verdadero

de la ciudad en los proyectos de tranvías a Alcalá y Carmona. En vez de seguir el curso del río hasta Sanlúcar prefieren marcharse con los golfillos de la Campana, a pie las cuatro leguas, para presenciar una capea clásica en Mairena; y esto pone fuera de sí a tales hombres.

## II

Un divino placer andar por estas calles. Las fiestas de Pascua traen a la capital miles de forasteros de todos los lugares de España y del Mundo; pero estos señores, con pocas excepciones, prefieren huronear por los barrios del centro y darle vueltas y más vueltas a la calle de las Sierpes, la famosa «calle de las Cinco Pesetas», como la llamaba un literato andaluz. El enigma seductor de Sevilla es el encanto de sus calles. Las de Huelva son hechura suya; las de Cádiz, muy largas; las de Granada, gitanas; las de Málaga, borrosas; las de Córdoba, misteriosas en su claridad. Sólo Sevilla tiene calles que satisfacen completamente al espíritu sin saber por qué. Es inexplicable este exclusivismo. Las ciudades de Andalucía poseen el genio de dar a cada calle un alma, y esa alma no está en el nombre, como las del viejo Madrid, ni en los balcones, como Lucena,

ni en la perspectiva, como Priego, ni en la riqueza «escenográfica», como Granada; ese espíritu está en el ambiente de la calle misma, en la extraña y prodigiosa vida que hace palpitar esas verdaderas arterias rojas, esas calles únicas en el mundo que merecen el nombre de arterias. Sevilla aventaja a todas las ciudades andaluzas en la «expresión» de sus calles. Son unas calles que tienen alma y cuerpo, cara y lengua; hablan y os miran, como vosotros a ellas. Y esa cara no cae nunca en la caricatura, y de esa lengua mana la gracia a chorros. Entráis en ellas temiendo pisar sobre carne, asombrados deliciosamente por aquella alegría algo melancólica que os invade y detiene a viva fuerza, como si misterioso motivo os ordenara detener para que miréis en torno vuestro.

Los grandes azulejos de la cartela tienen una letra cada uno, y el nombre de esa calle os sugiere espléndidos panoramas de hombres y de cosas que fueron y que hoy son porque la calle se encarga de ello. Ese nombre es una palabra nada más, y esa palabra sola se basta para admiraros. Sevilla posee un don excepcional: el de calificar. Sus adjetivos serían únicos si no existieran sus sustantivos: los motes, derivados de esa facilidad de asociación de imágenes, no son superados en España por na-

die. ¿Quién o qué cosa produce ese talento? Os dicen que el ambiente.

—Eso está aquí en el aire, sentencian.

Y en el aire está. Ese cielo azul que copió Murillo en el manto de sus Purísimas y estas calles que no ha sabido explicarse nadie, engendran ese ambiente que os envuelve mimoso y suspira, besa y muerde para que el cariño quede bien prendido y vuestra alma señalada con su marca indeleble. No es simple atracción ni sugestión de cualquier clase; escépticos o cordiales, quedáis embelesados, temerosos de que esa rara sensación no sea un delirio vuestro. La simpatía de esas calles es una interrogación que llega a obsesionar. Os queréis explicar por qué ellas tienen, como las personas, su carácter, y cuanto más meditáis en ello menos comprendéis y más sentís su influencia inefable. No hay una igual a otra; las plazas son quien son y las barreduelas no se parecen. Pasáis de una a otra con tristeza porque estáis seguros de dejar atrás una amiga y teméis perderla.

Tienen esas calles una doble vida prodigiosa: la que Cano y Cueto encerró en cinco mil versos; la de sus tradiciones, y la suya propia; esta coexistencia es milagrosa, porque nada se deben la una a la otra. Los viejos espíritus que vagan por ellas, las almas en pena, los pasos que nadie da y suenan sin embargo,

las supersticiones, las contiendas caballerescas, el «no sé qué de los rincones, las inquietantes cercanías de las iglesias, cercados que fueron cementerios, esquinas que sostuvieron ahorcados, garitos que fueron humilladeros, todo ríe, está alegre siempre; os da un susto muy grande para daros una alegría mayor con su propia inanidad. La Muerte lleva en esas calles mantón de Manila, y las benditas ánimas del Purgatorio se aparecen a sus deudos con flores rojas en la cabeza. Los esqueletos trabajan el esparto y cantan tientos del «Niño de los Lobitos». La Tradición se acerca a vosotros con el pasito desenfadado de las abuelas sevillanas y os dice qué mujer no se enfadará mucho si la guiñáis un ojo. Los perros negros vagabundos que echan fuego por los ojos y ladran aullando en las tinieblas os pueden contar, si accedéis a ello, algunas cosas que se le olvidaron a Berganza en su diálogo con Cipión, tan divertidas como las del jifero y tan saladas como lo de la Cañizares o la Camacha de Montilla. Cervantes, que conocía muy bien estas calles, dialogaba en ellas con la Cariharta.

Son calles sin responsabilidad moral, pasadizos deliciosos que no llevan a ninguna parte, postigos que dan adonde os dé la gana que den. Hubo un tiempo en que Europa tenía sus ojos puestos en Florencia y en Sevilla; las dos grandes ciudades se parecían y se amaban. Se-

villa conserva desde entonces ese espíritu florentino de indomable libertad. El sol, el vino, el arte, las mujeres, han trazado, sobre los arabescos auténticos, policromias sugestivas, transparentes atrevidos de voluptuosidad audaz. Son calles frágiles e imperturbables que alucinan por su misma debilidad y travesura, calles que nunca duermen, en las que el silencio rechaza bruscamente las presiones de lo sobrenatural y se ríe del dedo colocado en sus labios, estallantes de júbilo, por la Noche. Si el sol aturde en ellas, la sombra inspira; son magníficas sombras limpias en las que los ojos de Leonardo de Vinci verían, como en Florencia, azules finísimos. Su caricia no se olvida; blanda, suave, pósase en el corazón del que es capaz de sentir estas cosas.

Una pregunta viene a nuestros labios, deambulando por ellas. ¿Cómo estas calles tan alegres, tan generosas, sonoras como cajas armónicas, estrechas y tortuosas como los pecados preferidos, han creado la Parroquia, el «Paso», la Cofradía, el «nazareno» y la trágica Semana Santa? Ese ambiente que en ellas verdaderamente se respira—luz, color, pasión y recuerdo—, ¿sabe engendrar las tinieblas que envolvieron el cadáver de Jesús? Inexplicable parece; mas lo aseguran. Si no mienten, la ciudad se entristece y apesadumbra hasta dar frío; estas calles, entonces, son calles de Jerusalén, calles

color de ceniza y remordimiento, glaciales y amargas.

Si tal cambio se verifica... ¿cuándo? ¿Por qué estas calles ríen aún y ya se han probado cien veces los sevillanos en sus casas las túnicas de nazarenos y los periódicos aconsejan a las Cofradías ciertas curiosas enmiendas que son necesarias para la buena fama de la ciudad y el merecimiento justo de las subvenciones? ¿Cuándo estas calles embelesadoras vestirán de luto, ese luto prometido, sincero y aterrador como la realidad del Calvario? ¡Qué bellas deben ser vestidas de negro...!

Cuanto más se examinan menos se cree en su transformación. Esas casas no estarían tristes aunque las envolviera un crespón negro, muy negro. En las azoteas no cabe una flor más, como en el patio, como en los maceteros de las ventanas y voladizos. Las rejas de las cancelas enseñan interiores domésticos que enamoran; las celosías de las ventanas no son tan tupidas que no se vean ojos muy grandes y muy negros; la muchedumbre circula, sin la más pequeña compunción en la cara, mirando esos ojos, extasiándose con la vista de los frescos patios perfumados y brillantes, jardines de claveles, jazmines, geranios, magnolias, rosas, enredaderas de campanillas azules, lirios y una palmera en medio o un surtidor. Nada habla de la proximidad de la Semana Santa en las

calles, si no son los martillazos de la plaza de San Francisco, que hunden los postes vulgares para los focos de la luz artificial y levantan el tinglado de las tribunas de alquiler.

Calles benditas de Sevilla, ¿qué clase de espíritu es el vuestro, cuál la disposición de las casas, que de tal modo subyugáis el alma artista? Callejuelas del barrio de Santa Cruz, alrededores del Alcázar, barriadas antiguas de la Macarena, angostas callejas de las Murallas, vías de San Bernardo, rincones del Baratillo, callejones de Triana, Resolana y Humeros, ¿qué secreto poseéis para que una tapia panzuda o baja, una torre inexperada, la puerta de ancha cornisa, el balcón alto enrejado, el tejadillo que sostiene una solana, la pared que rompe la rasante, la azotea o tejaroz que quiebran un alero, forman cuadros lindísimos a cual más bellos, a cual más nuevos, ante los que se reconcilia el alma con los acuarelistas y les perdona su minuciosidad y sus colores vivos? Son esas líneas como ellos las vieron; ¿y su espíritu, cómo es? Porque esas líneas sencillas, de pobre trama, de cargada traza, manchadas por macizos de hojas y sembradas de graciosos cobertizos aéreos y buhardillas ennoblecidas por las flores, sugieren a quien las contempla risueños pensamientos, existencias anteriores, deseos de felicidades inauditas, como si vivir allí fuera habitar un paraíso.

Sevilla ama las flores, y las flores no son ingratas. Esa sugestión de forma, color y composición que producen sus panoramas, embargando el ánimo de encanto infinito, ¿qué causa podía integrarlos a no ser la flor? Los contrastes de color entre las hojas y las corolas forman esos motivos decorativos y esas graciosas sorpresas que cautivan al visitante. La pálida primula, el encendido clavel, la azul corola de la genciana, el laurel de la fama, el mirto nupcial, la gota de sangre del granado, el tulipán, los jacintos, el crisantemo, los rosarios de las caléndulas, enriquecen el enverjado, orlan las rejas maravillosas de las viejas herrerías, son en los tiestos, o en los macizos, o a lo largo de las paredes, refinamientos o fantasías y luminarias que despiertan ansias y pasiones, amores por las cosas, deseos de vivir. ¡Qué armonía expresan las llamas naranjo y cobre de esas flores sobre los discos de apagado verde de las hojas del brezo y el limón pálido de sus zarcillos...! ¡Qué bien hacen al clavel sus hojas de acero gris y esa ardiente púrpura a la plata nevada de su compañera...! El resplandor del cielo refleja en sus lustrosas hojas, se polariza en otras el dorado verdor de la luz y el marfil obscuro de esos tonos contrasta delicadamente con el pardo grosella de los tiernos vástagos. La hoja de cera de las camelias y de los naranjos no desdeña el manto de nevadas flores que abruma las

ramas del almendro, el penacho de la lila busca las espirales de la flor del castaño, y allá en la terraza, jardín minúsculo de Babilonia colgado sobre el cimborrio de la Parroquia, las guirnaldas de las clemátides y las campanillas blancas, los iris y las malvas, los estandartes de la espuela y el enredo de los jazmines, las borlas del citiso y los ramilletes de claveles—espigas del pan del amor—, las evocaciones de la pasionaria, la brava belleza de la rosa no clasificada...

Las flores engendran dulces ideas en quien las mira y cubren la pobreza con un manto de orgullo. ¿Qué ventana habrá en Sevilla sin ellas? Cuando en los concursos se adornan los balcones y quieren los sevillanos dar una idea a los forasteros de sus huecos típicos, acuden a las flores. Ellas lo cubren piadosamente todo: por eso las prefieren los que nada tienen y las enredan en el pelo y sobre el pecho las mujeres sin joyas. Ellas realzan la belleza de las ruinas y no estorban nunca en ninguna parte, y si entristece en ellas algo es su tendencia a ocupar poco sitio.

## III

¡La Giralda...! El día trece de Safar del año 580 de la Hégira, o huída de Mahoma, 1184 de nuestro cómputo, los almohades erigieron este hermoso alminar—«assumua» de la mezquita que ya no existe—, tal vez para conmemorar la batalla de Alarcos. Los tiempos la han transformado en la torre flamenca de nuestros días y panderetas, pero ha sido muy severa. Sobre su primer cuerpo se erguía otro más, rematado en cúpula, y en ella, y disminuyendo de volumen, se alzaban al viento cuatro enormes bolas de bronce. Mirada desde el patio de Banderas, su esbeltez es incomparable, armonizada sin presunción con una inalterable firmeza. Es aérea como la aguja de una catedral y firme como una torre romana. Es, además, cuadrada, simétrica, vertical, calada y femenina. Se distingue de todas las torres del mundo porque es una torre hembra. No es ligera ni frágil y lo parece. Tiene muy cerca de cien metros de altura y engaña los ojos con su pequeñez. No recuerda torre alguna; es única. No podéis compararla con la de Coutances, Chartres, Toledo, Sées y Quimper. No es posible el cotejo con las de Tours, Angers, Colonia, Burgos, Clermont-Ferrand, Salamanca, Nueva York, Newcastle, Wakefield y Southwell. De éstas, unas

son más bellas y otras más grandiosas; pero, entre ellas, sería excepcional, delicada y graciosa. En El Cairo y la India hay torres que se la parecen, como hay torres en los países musulmanes que recuerdan la del Oro. Es una torre llena de gracia. La contempláis esperando que eche a andar, y no estáis muy seguros de que, soplando viento fuerte, no ha de cimbrearse.

Parece traslúcida, y no sería extraño que esponjara o embebiera la luz. Las flechas de las catedrales de Nôtre-Dame, Orleans, Bayeux, Rouen, Norwich, Dijon y Autun le envidiarían su gentileza; es menos bella y más bonita; tiene ese «no sé qué» de lo sutil en arquitectura que afiligrana las líneas maestras y desentumece las masas. Podía ser de piedra y es de ladrillo. Os da la sensación de que ha de crecer más y de que esto es posible. En el año 1196 tenía dos cuerpos; tres, en 1395; cinco, en 1568, y en 1890 intentó crecer más. Los paños de ladrillo se cortan formando atauriques exacarados y en ellos se abren ajimeces, ojivas túmidas, arcos angrelados en sus arrabáas y columnillas de preciosas bases. La enorme iglesia se ha agazapado a sus pies, y Sevilla ha crecido en torno de ella. Sevilla nada sería sin su torre, y la torre nada debe a la iglesia. En 1568 el Cabildo se enteró de que la torre no tenía coronamiento desde 1395, y encomendó el cam-

panario al maestro mayor de la Catedral de Córdoba. Fernán Ruiz entendió bien las cosas; elevó la torre veintiocho metros; colocó encima de su cupulino el giraldillo de Diego de Pesquera, que tiene otros cuatro; colgó dos docenas de campanas y niveló el reloj del lego de San Francisco; pero la torre no se dió cuenta de ello, y nada más ajeno a la Catedral gigantesca que su torre.

Sevilla la adora y es su término de comparación: una mujer es tanto más bella cuanto más se parece a la Giralda. La obra de Jacob-ben-Yusuf-Almanzor ha conseguido un nuevo género de inmortalidad: es una torre viva. El Miguelete de Valencia es sombrío; la torre de la Catedral de Segovia es romántica; la de Salamanca, presuntuosa; la de Toledo, severa como la de una Abadía inglesa; solamente ella es eternamente joven. Se la ve desde todos los puntos del horizonte, y es la torre Sultana, la torre Reina. No se concibe ya una vista de Sevilla sin su torre, y desde muy niños estamos acostumbrados a confundir Sevilla con la Giralda. Ha sido siempre así, y si no lo créeis tomaos la molestia de abrir la «Coronica general e grande Estoria», de Alfonso X el Sabio, en su parte cuarta, título antepenúltimo. Se podía escribir un infolio de mil páginas con los cantares que ha inspirado y los cuentos y chascarrillos que ha producido. Se la quiere y no

se cuentan de ella al oído historias lamentables como de otras torres. Rodrigo Caro, en sus «Antigüedades de Sevilla», libro segundo, capítulo tercero, se deleita hablando de su gentil conformación. En uno de los nichos del zócalo del retablo de la Capilla Mayor, en la Catedral, veis la torre entre San Leandro, que fué el más grande de los obispos españoles, después de Ossio, y San Isidoro, que fué el más sabio de los Padres de la Iglesia, después de San Agustín. En el retablo de la capilla de los Evangelistas, Sturnio pintó la torre entre Santa Justa y Santa Rufina, que fueron dos alfareras de Triana. En el Museo Provincial, Murillo ha pintado a estas Santas de la misma manera. En el marco de todas las ventanas de Sevilla luce la Giralda. Se la dibuja entre flores, y ciertamente es como una palmera que emergiese de un macizo. Y es más bella porque no necesita para deslumbrar de una montaña, y naciendo del suelo de una pradera, se yergue en el viento con inconcebible valentía, más alta que el cimborrio del Escorial y un poco menos que las torres del Trocadero. La armonía de sus líneas luminosas triunfa de la masa.

Se entra en ella por un pasadizo sombrío. En torno del espigón que sirve de eje se desenvuelven unas rampas de veinte pasos cada una; son veinticinco, menos pendientes cada vez, pero cada vez más anchas. El grueso del

muro es atroz. En el primer ajimez se ve ya la parte alta de la Catedral; en el otro se contempla la ciudad en miniatura, el patio de los Naranjos, el arco del Perdón, el paredón y duomo del Sagrario, el terrado de la Biblioteca Colombina. Luego, según se asciende, el espectáculo es más hermoso; contrafuertes terminados en minaretes, balaustres flameados con puntiagudas flechas labradas, estribos negruzcos de los que saltan a los muros entrecruzándose maravillosos botareles y arbotantes, de cuyos puntos de convergencia surgen agujas y pináculos atrevidísimos. Las rampas se obscurecen y los ajimeces y ojivas se convierten en troneras. Detrás de una cancela hay un palomar, del que sale fuerte olor de almizcle; arrullan los pichones; de las palomas sólo una es blanca. Diez y siete escalones y en la azotea del primer cuerpo. No existe ya el viejo antepecho de almenas dentelladas.

Arranca de allí el segundo cuerpo, de estilo greco-romano del siglo XVI. Las veinticuatro campanas en sus arcos absorben un poco la atención; pero es preciso contemplar desde allí toda Sevilla, ascender a la balaustrada de Fernán Ruiz y ver leguas y leguas de horizonte. Alcalá de Guadaira, Dos Hermanas, la provincia de Cádiz, la curva del Guadalquivir, San Juan de Aznalfarache, colinas, olivares, dehesas, el prado de Santa Justa, las dos altas chi-

meneas de la fábrica de mosaicos y electricidad, el barrio de San Bernardo, cuna de la torería; el prado de San Esteban, donde ya se levantan las clásicas casetas y barracas de las buñoleras, sal de la Feria; las Delicias, el paseo de Cristóbal Colón, Venta Eritaña, algo falsificada por el modernismo, que corta el arrayán y el boj para levantar salones donde quepa mucha gente; la Venta de la Vega. Y algo más cerca, la Fábrica de Tabacos, con su célebre ángel de la trompeta en el viento, del cual dicen los sevillanos que tocará cuando entre allí una que no...; pero no lo digamos, porque nada ofende más a la ciudad de la gracia que recordarla sus gracias mismas, su cínico desenfado para juzgarse ella misma y su rebeldía para escucharlas de labios de otros. Ahí están las casitas blancas del clásico barrio de Santa Cruz, con terradillos de un mismo color, con azoteas llenas de tiestos y flores; el paseo de Santa Catalina Rivera, la torre y cúpula de la iglesia de San Bernardo, la cúpula y macizo de los Venerables.

De un jardincito sale un ciprés; hay allí un cementerio de monjas. Se delinean en el macizo inmenso del gajo de naranja cuya figura parece la ciudad, las calles tortuosas y estrechas, conjuro de tantas cosas. Muge rabiosa la sirena de un barco. La luz inunda la ciudad de bruma, que es color, vida y fuego. Sin esta

luz prodigiosa que hace milagros, ¿qué sería de la ciudad árabe, angosta y amontonada? Pero la luz vigila y purifica y la ciudad arde en floración policroma y los colores adquieren aquí una tonalidad viva, casi centelleante, que obra en los sentidos como un aroma raro. En la Plaza del Triunfo atrae la mirada el magnífico lienzo rojizo de las viejas murallas mauritanas. Todo el recinto antiguo y el moderno del Alcázar se ve desde aquí; la vista abarca el laberinto de construcciones que lo forman y que por muchos lados protegen todavía las robustas murallas almenadas y los cuadrados torreones; ellos hablan al espíritu, más que de Don Pedro el Cruel, de aquel rey moro sevillano, Almotamid, que, preso por los cristianos y puesto a elegir entre el Desierto y Castilla, sabe decirles: «Más vale guardar camellos en Africa que en Castilla cerdos.» El Patio de Banderas y el arco de entrada, bajo el cual y ante un retablito barroco oró Cristóbal Colón antes de partir a Palos de Moguer; la huerta del Retiro, el jardín del Crucero, el patio de la Montería, el terrado piramidal del Apeadero, otros más convertidos por la codicia en viviendas vulgares, el patio del León, la galería de Carlos VI, y, más allá, los jardines sin rival, cantados por todos los poetas del Mundo.

¡De qué manera tan delicada la luz ennoblece estos venerandos restos del arte musulmán,

cómo destaca en los tejados esas bovedillas insignificantes que son por dentro grutas de estalactitas y perlas y redes de tracería encantada...! Más cerca está el amplio patio de la Lonja con sus bovedillas sin concluír, albergue un tiempo del oro que los galeones traían de las Indias a cambio de nuestra ofrenda en hombres, irreparable cambio que ha destruído para siempre quizá un nuevo Siglo de Oro. Y en sentido vertical, el techo de la Catedral hecha por locos, el crucero flanqueado por balaustres y pináculos, los muros sostenidos por complicados bastidores de arbotantes, los ventanales abriéndose dentro de ojivas abocinadas y ojivas túmidas, las bóvedas de las capillas revestidas de un cemento o betún negruzco que parece asfalto; el gran cimborrio, por el que trepan los botareles desde fornidos estribos, recordando su ayuda mutua aquel noble pensamiento de Leonardo de Vinci: «La fuerza quiere siempre vencer a su propia causa y morir después de haberla vencido»; el templete de la capilla de San Fernando con su linda linterna o lucernario.

Cada línea de la terraza es un nuevo panorama encantador. Sí; es verdad que la razón está fuera de los sentidos cuando contempla. He ahí la cinta de plata del Guadalquivir con sus muelles abarrotados de mercancías y uno hundido cerca de la Plaza de Toros; los más-

tiles y las chimeneas de los buques; la típica línea de casas pequeñitas que dan al río en el barrio de Triana; las callejuelas de la gitanería; la torre mudéjar, ojival, románica y mahometana de Santa Ana; la torre de San Jacinto; los hornos de la Cartuja; los tres arcos del célebre puente; el dédalo de casitas blancas y sombrías encrucijadas que desde la plaza de San Fernando parten en todas direcciones; el palacio y parque de San Telmo. Y lejos, algo lejos, Camas, Santiponce, las ruinas de Itálica, el humilladero de la Cruz del Campo, San Isidoro, donde está enterrado Guzmán el Bueno.

La bóveda de la Estación, la iglesia de la Magdalena con su cimborrio de azulejos y la cupulita churrigueresca del Hospital de la Caridad, fundado por don Miguel de Mañara Vicentelo de Leca, el famoso Don Juan Tenorio del vulgo. Y cerca del río, casi en los muelles, el aro de la Plaza de Toros más célebre de España, la Plaza a cuyas puertas muere varias veces al año en todos los teatros del Mundo la pobre Carmen, símbolo extranjero de nuestra raza. El patio del palacio arzobispal, con su jardín en el fondo y su gran ciprés; Villaverde del Río, los árboles frondosos de sus riberas, que se pierden en la perspectiva hacia Alcubia del Río, y la llanura infinita con sus dehesas, el Hospital de las Cinco Llagas, la mole pardusca del Salvador, la torre aérea

de San Marcos, San Pedro, San Juan de la Palma...

Son las doce de la mañana. Estremece oír las campanadas de este reloj gigante bajo la misma campana. Oídas aquí tienen un sonido especial, imperativo y seco, de una aspereza que irrita; no producen aquí esas modulaciones emotivas que hacen detener en la calle nuestro paso para escucharlas. Otras campanas responden, y es grato oirlas. El espíritu, distraído en la vasta contemplación de esta alegre ciudad, escucha ahora esa sinfonía juguetona de ecos y voces que rompe la luz, el aire y el silencio. Distingue perfectamente el oído las campanas de los monasterios de frailes, los esquilones de los conventos de monjas, el pesado y torpe sonido de las campanas de las parroquias servidas por sacristanes profesionales, las chillonas y vocingleras campanas de los suburbios que tocan a rebato para que se las oiga en la ciudad..

Los cipreses del cementerio grande, los cipreses de los cementerios de los coventos situados dentro de manzanas de apretadas casas, Santa Trinidad, los Salesianos, San Julián, una bellísima palmera que salva las azoteas, Santa Cruz, las Trinitarias. Un viejecito ciego que está aquí desde el año 58 abre la cancela del segundo cuerpo. Los escalones son de mármol, y las paredes de yeso azul. En otra terraza

libre, franca. El sol quema y la luz ciega; el viento es oloroso; otras veces, hace tiempo de eso, su perfume era irresistible. Desde aquí es más bello el panorama de la ciudad y casi se funden en los macizos de las casas las moles de las iglesias y las altas torres; una ciudad en relieve, minúscula, una mancha blanca de cal viva que humeara al sol, veteada por vías estrechas y manchas de verdura. La balaustrada está orlada de bolas y fanales de piedra; en los cuatro extremos arrancan templetes rematados en medias naranjas, sobre las que unas bolas muy grandes sirven de peana a búcaros gigantescos cuyas enormes flores de bronce se ven desde abajo. Otro cuerpo más; en la escalera, la caja del reloj, y arriba, bajo el cupulino, su campana. Cierran los vacíos cortinas metálicas rajadas por el tiempo. Entre dos pilares, la carraca o matraca con piezas de hierro en las aspas volantes, sobre las que dos martillos esperan en alto la Semana Santa.

Y otra vez en la terraza, recordando las gestas de la gran ciudad de los almohades, buscando en el horizonte la casa donde nació Hernán Cortés, y allá en Santa Cruz, la casa donde nació Murillo, y allá, la iglesia en que fué bautizado Velázquez, y la parroquia en cuya pila habían de recibir el bautismo los hombres para ser toreros, como tenían en la antigüedad que mojarse los hombres en la Estigia para ser héroes.

Fuera ya de la torre se elevan a ella los ojos con pena. Es como siempre esbeltísima, aérea risueña y muy firme; una torre llena de gracia; un alminar aislado que echa de menos su Mezquita Aljama, una torre femenina ideada tal vez por los árabes para que sirviera siempre a Sevilla de cánon de belleza y al extranjero de mirador de una de las ciudades más lindas del mundo. Y cuando Sevilla no exista, la torre sobrevivirá tal como es, alegre, sencilla, luminosa y flamenca.

Sevilla se apresta a adornar un poco más su torre y tienden largos cables, de los que colgarán banderas, gallardetes y luces: la torre deja hacer.

## IV

Esta calle de las Sierpes embelesa y aturde. No es una calle sevillana, es la calle por excelencia. Si todo el carácter andaluz desapareciera podría reconstituírse con elementos de esta calle. No es una vía artística, ni siquiera uno de esos rincones indescriptibles, propios de la ciudad, cuya contemplación emboba sin saber por qué; y sin embargo, no se puede hallar en Sevilla y en España algo que se le parezca. Podrían citarse docenas de calles que la imitan; no hay población andaluza que no tenga su calle de las

Sierpes. Es tan original que la copian; pero su genio es inadaptable a otro ambiente. Nervio de oro, en tensión suprema constantemente, tiene una misión excepcional: crear gracia. Esta gracia sale a chorros por la Campana y desde allí se esparce por Andalucía. Se la visita como un monumento más de la ciudad y al pasar por ella se siente un indeterminado respeto. Es la calle del «no sé qué». Parece que tenga ojos y que caminéis bajo su influencia. Veis bracear tan salerosamente a la gente que os detenéis temiendo no saber andar y que la calle se ría de vuestra torpeza. Es ruta obligada de todos y se pasa por ella aunque ninguna necesidad se tenga de ello. El sevillano que no la ve un día ha perdido ese día, y al otro no sale de ella, para castigarse de su infidelidad. Un buen itinerario para uso de excursionistas debe decir así: «Recorrer la calle de las Sierpes, tres días.» No se tarda menos en llegar desde la Campana a la Plaza de San Francisco. Si creéis que esto sea una exageración, no intentéis por si acaso, teniendo prisa, el cruzarla.

No es bonita, como las mujeres de Sevilla; es fea. La gracia de que rebosa hace prodigios, y esa fealdad deslumbra. Es aristocrática a trechos, y al lado de una tienda digna de una capital de Europa veis un establecimiento detestable; los sevillanos compran en aquélla, y los extranjeros en éste. Las grandes casas comer-

ciales del mundo ordenan muy seriamente a sus corredores o delegados entrar en esta calle sin un céntimo en el bolsillo. Os lo piden o se gasta; no hay términos medios. Es la calle de los conocidos, los compadres y los recuerdos; se oye decir allí cien veces al día:

—¡Y a mí que me güele que lo he visto asté en argún lao...!

—Puede ser...

—¿Que zi pué zer...? Como que en cuantito jaga yo memoria...

Hacer memoria; he ahí una de las cosas que se hacen allí; otra es hacer tiempo; otra es no hacer absolutamente nada. Se ven grupos inmóviles en un punto dado seis o siete horas, y hombres quietos en extraños éxtasis que os compadecen sinceramente porque vais de prisa. Se echan flores a las mujeres y se dan consejos a los transeúntes. No se puede ir de cualquier modo, sino ir como los demás. Nadie tiene en esa calle derecho a enfadarse, y es de mal gusto salir de ella sin armar un escándalo. Se habla allí más que en el Congreso, y no se sabe aún de algún asunto que se haya resuelto en tal sitio. Es una calle que da sed de manzanilla; esto es una verdad incontestable, y sería curiosísimo buscar la razón. En los cafés de esa divina calle los clientes tienen derecho a estarse toda una tarde por solo un servicio, y los camareros no se enfadan. Es la calle de la ama-

bilidad y de los monólogos; los que asumen la bella tarea de igualar las clases sociales, debían dedicar un libro a esta calle, porque allí se permiten las mayores familiaridades. La autoridad deja de serlo en cuanto pone el pie en ella, y el obrero más desarrapado le llama «ansioso» al Gobernador, dándole un golpecito en la barriga con uno de los dedos. Los policías tienen órdenes severísimas de dejar hacer allí lo que quiera a todo el mundo, y este trabajo es tan difícil que a cualquier hora del día se puede encontrar allí entera la guarnición de Seguridad y Vigilancia, aunque tan estratégicamente colocada que nadie los ha visto nunca.

Sus barberías se han hecho merecidamente famosas; hay en ellas de todo menos el Barbero, de Rossini, que no se encuentra en Sevilla por ninguna parte. Muchos de estos admirables establecimientos tienen historias esplendorosas; célebres cortaduras de coletas a diestros de fama. El toreo y la política: he ahí los dos manantiales que riegan la calle sin cesar. Se oye decir de ella ésto, hablando de un político:

—¡Y que no tié mano izquierda eze niño...!

En los grupos se pregunta a los toreros cómo va la política, y a los hombres públicos qué tal han estado los diestros en la última corrida. Se invierten las técnicas de las dos profesiones y se aplican al asunto regocijándose todos con el cambio.

—¡Y que no ha sío quiebro de rodillas er que dió en er Congreso er diputao...!

—Ezo etuvo mú güeno; pero lo que hubo que ve fué er resto de la faena der niño. Er prezidente del Conzejo mayaba como un gato, y er tío aguantando mecha y empapando que ze le zalía a uno de emosión la masa e los sesos, la ensefálica... ¡Osú, qué niño jartándose de brega...!

Es una calle donde las clases sociales más separadas alternan a condición de hablar de cosas que no interesan a nadie. Un cualquiera se asoma a la puerta de un café y hace señas a un viejo que pasa, un viejo atusado y compuesto, ceñido en su traje de campo y gachón de andares.

—Zeñó marqués...

—Ahora güervo...

El tal marqués es un ganadero famoso, millonario y muy bien visto en la corte. En otro sitio que no fuera esta calle habría que acercarse a él, sombrero en mano, en esa actitud lastimosa de los campesinos andaluces, siervos por carácter y esclavos por necesidad.

Los Casinos han escogido este sitio para su casa social. En tiempos normales son lugares de interés excepcional para quien necesitara darse cuenta del espíritu andaluz; en la Semana Santa se enmascaran y fingen una contrición que el lujo desmiente. Se deja de jugar estos

días, se habilitan los salones para las familias curiosas y en algunos de ellos los domésticos visten libreas a la «federica», peluca blanca, calzón corto, casaquillas de oro viejo o púrpura rabioso; muchos sevillanos de los barrios castizos contemplan con sorna andaluza estos cromos lamentables que el ambiente rechaza.

Una delicia observar la muchedumbre. Aun no llegaron los trenes botijos; pero media Andalucía está aquí, y precisamente en esta calle que es su ilusión y su sueño. No es mentir afirmar que Sevilla y la calle de las Sierpes se funden en su imaginación como una cosa sola. Los tiempos han restado carácter a sus trajes, igualándoles; pero todavía se les distingue; su cara moruna de rasgos semejantes no se despinta a un buen sevillano.

—Eze niño es de Ecija—dicen.

Y aunque «el niño» señalado viste como los demás es de Ecija sin duda alguna. Si preguntáis si se les conoce en la cara de dónde son os contestan:

—No zeñó, no e por ahí: la jeta no dise na; e lo andares.

En efecto, lo que verdaderamente les distingue son los andares; pero esos andares responden a las caras y la «lámina que cada uno se trae».

—Eze zeñorito e de Morón, y el que va a su lao, jeresano, y el pollo aquél, que tié cara

de atrasao, e de Antequera, y este que viene aquí, de Niebla.

Así es. Sonriendo al buen hombre que os sirve de guía en el laberinto de razas, observáis aquellos andares salerosos sin exageración, marciales sin destemplanza; la marcha del hombre que camina sintiéndose vivir y sabiendo que vive en un país donde nada pasa desapercibido y donde la más ínfima cosa sirve de espectáculo o de comidilla.

—Toda eza cuerda de niños e granadina. Toos yevan la Virgen de la Angustias en la cara.

La saladísima alusión a la Patrona de Granada resulta una observación magnífica. Nada se escapa a esta alma sevillana mordaz, de sentidos que no duermen ni descansan jamás, ávidos de verlo todo, de saberlo todo, aunque traiga pérdida de tiempo y un mal probable. A su curiosidad insaciable sigue un juicio claro, rotundo, envuelto en imagen admirable y rociado de sal. Estas cualidades se encuentran en sus niños, muchachos precoces, de tan asombrosa movilidad de ingenio, que inspiran verdadera simpatía. Nada más interesante que preguntar a un «chavea» de estos algo que no sabe. Confesar que no lo sabe, eso no lo hará jamás; sería no haceros el servicio que le pedís, y en Sevilla toda pregunta tiene su respuesta. El mocosuelo no vacila mucho; con un descaro in-

descriptible y una rotundidad graciosa, sabiendo que miente y diciéndolo con los ojos, responde a vuestra consulta y se marcha con lentitud, volviendo la cabeza para miraros con ojillos picarescos, temeroso de que hayáis descubierto su mentira. La cara de estos chicos recuerda todavía la que Murillo diera a sus pilluelos; son todavía como él los vió. Su alma trae a vuestra memoria las ocurrencias famosas de Manolito Gázquez, Carreño y el maestro Domínguez.

—Oye, chiquillo, ¿por dónde voy bien al Arco de la Macarena?

—¿A la Macarena? ¿Y no zabe osté ir a la Macarena...?

Al salado chiquillo le parece mentira que persona alguna del mundo, así venga de la India, no sepa dónde está el celebérrimo Arco.

Y contemplándoos con cierta pena, como si se compadeciera de vuestra ignorancia, os señala con el dedo la tortuosa calle, cruzada por otras cien mil, y sin titubeos de ninguna clase os aconseja seguir la más endiablada ruta que podéis imaginaros. Y empieza así:

—Güeno; pue pa ir a la Macarena e la mar de sensiyo... ¿Ve osté eta caye que no tié fin? Pue hay que seguirla toa eya hasta una esquiniya retorneá que tié la muestra de un sapatero. Güeno; pue a ese sapatero lo da osté por...

No es posible deciros en letras de molde lo

que tenéis que hacer, según el demonio del chico, con el pobre cerote para continuar vuestro viaje a la Macarena...

La Semana Mayor hace pasar por la calle de las Sierpes toda la provincia, y nada pierde con ello la dichosa calle, que parece tener más espíritu propio cuanta más es la gente que por ella discurre. Ninguna provincia ama tanto su capital como la de Sevilla; tiene por ella el cariño mas acendrado, y cuando la visita—que es siempre que puede, y cuando no también—encuentra los brazos abiertos y se arroja en ellos con tanta efusión como si no la hubiera visto en muchos años. La gente de Estepa, Guadalcanal o Lebrija, pueblos apartadísimos de Sevilla y en la raya de otras provincias, se encuentran aquí tan satisfechos y admirados como los de San Juan de Aznalfarache, Tomares, Gelves o La Algaba, que están a dos pasos de los barrios extremos.

Eso es lo que admira al viajero: la efusión. Estos pueblos están en Sevilla como en su casa, y hacen a las demás provincias andaluzas los honores de ella como si vivieran aquí. Admira y encanta oirles hablar de ella; la adoran con el cariño famoso que los toreros tienen a su madre. Entre ellos puede haber diferencias y disputas; con Sevilla, ni sombra. Copian su genio tan perfectamente, que se hacen responsables hasta de sus defectos. Por otra parte,

¿qué sevillano confesará tenerlos cuando sabe tan bien extraer de ellos la cantidad de luz que tienen, que resultan sus errores tan castizos y típicos como sus innegables bellezas? Ellos también poseen su Semana Santa, sus Cofradías, sus «Pasos». En Marchena han imitado hasta las rivalidades «características», y la Hermandad del Cristo de San Pedro y la Cofradía de la Soledad—que, como marchan en direcciones distintas, vense obligadas a detenerse una de ellas mientras pasa la otra—acaban por arrojarse una a otra sus hermanos y nazarenos, enarbolando los cirios y sacudiéndose zurriagazos mortales. «Encontrarse el Cristo con la Soledad» es decir que hubo jaleo de mil demonios.

La expectación es grande. Muchos han visto cien veces las procesiones sevillanas y vienen a verlas una vez más, aunque se las saben de memoria. Si les preguntáis acerca de ellas, os dicen cuándo estrenaron manto nuevo las imágenes o cuándo se incendiaron por ir borrachos perdidos los conductores; hay todavía quien recuerda a Gayarre cantando en la Basílica el Miserere de Eslava... ¡Oh, aquella noche, aquella noche, a obscuras la iglesia, la dulcísima voz del fraile de la «Favorita» haciendo temblar a Sevilla con aquel *¡Jerusalem!* del Miserere, que nadie ha sabido borrar del alma de la ciudad...!

—¿Quién ha cantado mejor el Miserere?—preguntáis.

—Gayarre—dicen todos, aun los que no le oyeron.

No sé por qué unen al recuerdo del cantor sublime la memoria de Castelar.

—Nadie—dicen—ha sabido describir aquella noche como don Emilio.

Os gusta hablar con estos hombres, peregrinos singulares de la fe en la ciudad, sin pizca de creencia en la otra vida, con el alma muerta a toda inquietud espiritual. Ellos no saben y no quieren saber nada de religión; ellos aman el esplendor de Sevilla. Entre ellos hay quien sería capaz de dar una puñalada al «nazareno» que se emborrachara antes de hacer estación al Santísimo en el Monumento de la Catedral.

—¿Y después?

—Después... si se lo pide el cuerpo... Pero en la madrugá, er sevillano que no contribuye a la grandesa der desfile e un hijo de...

¡La «madrugá»...! Se les llena la boca hablando de ella. ¿Qué sería de Sevilla sin el amanecer del Viernes Santo? No quieren ni pensarlo. El Hijo de Dios, la Virgen María, los Misterios santos ocurridos hace tantos siglos, no pueden interesarles. Conocen una Pasión y Muerte del Salvador sumamente extraña, tan cercana a ellos en la apariencia del poco color local, que les niega todo conocimiento de los sucesos y

les irrita con la enorme trascendencia que han tenido:

—«¡Camará, zi lo llega a zabé er zeñó Pilato...!»

Sus agudezas harían fruncir las cejas a los encargados de velar por la pureza de la fe. Presienten, atisban, aventuran suposiciones audaces dentro de la inflexible obediencia al dogma. Estos sevillanos son muy listos, y asombra considerar lo bien que saben juzgar las razones negativas de la Pasión. Ellos, que no tolerarían enmienda ni tachadura en la celebración de los altos misterios conmemorados, son los primeros en confesar que no los entienden.

Sus argumentos no carecen de interés. ¿Qué culpa tenían Adán y Eva y qué daño ocasionaba a Dios su desobediencia, si hasta que comieron la manzana no sabían distinguir el bien y el mal, la vergüenza de andar desnudos y la hoja de parra? Dios les castiga, sin embargo, y se siente tan furioso que les maldice, y no se queda tranquilo hasta que hace extensiva esa maldición a todos sus descendienes. Pero es necesario salvarles, cueste lo que cueste, y aunque Dios se ha arrepentido de haberles creado. ¿No hubiera sido suficiente para ello su perdón y su voluntad? El Todopoderoso no lo cree así, y necesita una víctima expiatoria digna de él. ¿Quién más digno de él que su hijo? Es inocente; pero él engendra ese hijo para que le calme

de la primitiva desobediencia. Ahora bien; si este hijo de Dios era hombre, ¿cómo pudo resucitar sin trastornar todas las leyes naturales y traer el caos a la Creación, en la que toda fuerza produce un efecto y todo efecto vuelve a su causa primera? Y si este hombre era hijo de Dios, Dios mismo él, por tanto, ¿cómo pudo morir? Si su padre había determinado que muriera, alguien le tenía que matar; luego si es verdad que los judíos le mataron, también es verdad que Dios había determinado que los judíos le mataran, y la sangre del Justo, como hijo de Dios, no podía caer «justamente» sobre sus cabezas.

¿Por qué estos hombres, que así reflexionan, vienen a Sevilla en peregrinación y se enternecen y lloran durante las procesiones? Cada vez sentimos mayores ansias de verlas; ellas nos han de revelar seguramente problemas de raza que andamos buscando mucho tiempo hace; ellas han de traer al corazón ascuas que aviven el rescoldo, esas cenizas que hoy, hombres de nuestro tiempo hartos de examen, no aciertan a producir los entusiasmos y las obras de antaño.

—¿De moo que acá er zeñó no ha venío a Sevilla en la Semana Santa...? Pue no zabe er zeñó lo que e cosa güena. Una ciudad que se güerve loca de enseñalo too, y ze le cae a uno la baba y maya de gusto, na má.

Cuando pasan los extranjeros, la curiosidad es extraordinaria. Les llama la atención su «facha», y se ríen de sus movimientos desconcertados y «patosos». Su poca sal es lo que más celebran y les regocija. Vienen aquí como van a todos lados donde se aprende y disfruta algo excepcional que puede influír en el espíritu, solos o en caravanas *Cook's*, procedentes de todas las naciones del Globo. Su general desgarbo y el deslumbramiento que reflejan en sus gestos son la delicia de los sevillanos.

—Vaya sosería, rubiales—dicen a una noruega rubia como las espigas, mujer hermosísima, por cierto; pero que, descorazonada al ver en torno de sí tanta luz y tanta gracia, camina con languidez que seguramente la haría reír a ella misma si se viera en un espejo.

—Aluego disen que en España no hay na que valga el rabo e un gato.

Sus comentarios, poco escrupulosos y nada comedidos, son injustos. Esos extranjeros son los primeros en reconocer que el país de María Santísima es una de las tierras más bellas que pueden visitarse. Caminan como atontados, tardos o en exceso de prisa, mirándolo todo con ansiedad, no se les olvide un rasgo o un detalle. Y en esa minuciosa atención que ponen a todo hay un homenaje a la ciudad. «El alma de un país—dice Matilde Serao—está, a veces, en las calles, en una piedra, en los ojos

de sus mujeres, en una canción, en una palabra, en una flor.» Esos extranjeros lo saben y no desaprovechan el más insignificante gesto o matiz de lo que la realidad pone ante sus ojos. Más tarde todo eso es vida del espíritu.

Van siempre rodeados de chiquillos pedigüeños o descarados, y mozalbetes que se ofrecen a acompañarlos. A veces tienen que apartarlos con rudeza; pero se nota en ella un pronto dominio de sí mismos y la conciencia de que en todas partes el extranjero llama la atención y el deseo de sacarles los cuartos. Muchos de ellos llevan los rostros picados de encarnados discos, restos de la mala noche en las fondas, en las que, a pesar de los mosquiteros, no habrán podido dormir. ¡Oh, esos mosquitos de Sevilla, dignos por su ferocidad y mala crianza de figurar en la *Mosquea*, tan temidos que nadie habla de ellos, no sea que se enteren y se venguen durante sus nocturnas fechorías! Pero hasta la dichosa plaga ha poetizado Sevilla, y la musa popular canta en sus saetas:

«De las alas de un mosquito
hizo la Virgen su manto,
y le salió tan bonito
que lo estrenó el Viernes Santo
en el entierro de Cristo.»

¿No han de ensimismarse esos extranjeros en esta tierra privilegiada, si nosotros mismos no

sabemos lo que nos pasa? Es el cielo tan azul, tan profundamente azul y encantador..., son tan bellas todas estas pequeñas cosas apiñadas, una casa, una calle, una reja, la mujer que pasa, el hombre que nada hace, el detalle arquitectónico, las siluetas, el aire que viene al rostro y embalsama con sus efluvios, robados a las flores para nosotros y obsesiona con no sé qué reminiscencias de voluptuosidad y bienestar...

Por eso el extranjero se para a cada paso, consulta su *Baedeker* o al guía del hotel o al acompañante *Cook* que puso la Compañía a su disposición. Quiere darse cuenta de lo que es imposible. No es tan fácil saber por qué este ambiente aturde y enerva al mismo tiempo que despierta, metiendo la mano en el fondo del corazón, sentimientos que dormían, delicias que presumíamos debían existir en alguna parte escondida de este mundo, en el que no todo son lágrimas.

Los sevillanos comprenden esto, les gusta y critican. La dulzura untuosa de su habla se resiente del predominio de las consonantes que nota en el idioma de los excursionistas, y eso le molesta. Antes se les escarnecía y befaba; hubo que tomar serias disposiciones. Todavía no hay sino leer las obras de teatro o los cuentos que han inspirado; no se les comprende y no se les ama. El pueblo, que es tan hospitala-

rio, no se resigna a verlos impasible y cariñoso; su espíritu burlón salta sobre los intereses de la ciudad, y como encuentra instantáneamente los contrastes y asocia las imágenes con tan fogosa prontitud, no acierta a contenerse y comadrea en alta voz.

Para esos extranjeros estas cualidades son un encanto más, un hallazgo. Para nosotros significa aislamiento, abstención y orgullo de una raza que vive muy dentro de sí misma.

## V

Los Oficios han empezado ya en las iglesias. La Hermandad del Gran Poder celebra ya su último jubileo plenísimo; el septenario en honor de Nuestra Señora del Mayor Dolor ha concluído. Las Cofradías se ocupan de las reformas que introducirán este año en sus «Pasos», y los futuros nazarenos enseñan en las botillerías las túnicas repartidas en casa del señor mayordomo, compradas u obtenidas a buen precio, pues no son nada baratos estos trajes procesionales. ¡Con qué gesto de orgullo se muestran las prendas penitenciales, las insignias, los bastones! Su sueldo, sus ahorros, cuanto poseyeran sería para la imagen que aman. Si se les hurga un poco en el espíritu no creen en

ella; pero ¿quién es el valiente que les discute su elección, a no ser otro cofrade que prefiere otra imagen y Cofradía? En todas partes, las conversaciones son las mismas. No es posible imaginarse cómo saben estos hombres las menores variaciones en las imágenes de cuarenta y tantos «Pasos» y casi tantas Cofradías. No han dado los periódicos la noticia y saben ya que este año la Cofradía del Santo Cristo de la Buena Muerte y Nuestra Señora de la Hiniesta, que sale de la Parroquia de San Julián, estrenará la saya de la Virgen. Las cigarreras han querido un nuevo Cristo atado a la columna, y el escultor ha entregado ya la imagen, que ha parecido muy hermosa. Los hermanos de la Archicofradía de Nuestro Padre Jesús de la Salud y Nuestra Señora de las Angustias, de la parroquia de San Román, han ido a ver a Belmonte, el torero, y les ha dado diez duros. Esto les parece a unos poco y a otros mucho. Treinta y siete Cofradías han de salir este año, y todas piden a las personas conocidas, porque el dinero en depósito y la subvención del Ayuntamiento no bastan; ninguna, ni aun las más ricas, dejan de enviar oficios sentidísimos, a los que siguen otros con expresivas gracias por el donativo y el reconocimiento eterno de la Corporación. Se habla de quiénes presidirán las Hermandades, y se busca para ello personas de positivo renombre. Las Cofradías famo-

sas, que cuentan entre sus hermanos príncipes y magnates, delegan quiénes vayan a sus residencias o donde se encuentren y les rueguen su presencia en el acto. El Rey mismo es Hermano mayor efectivo de la Hermandad de la Sagrada Columna y Azotes y Nuestra Señora de la Victoria; las mismas cigarreras fueron a entregarle, en 1902, el artístico pergamino que contenía su nombramiento y la medalla de la Cofradía.

Como todos los años, desde que los medidores de la Alhóndiga formaron la primera Hermandad en el último tercio del siglo XVI, las Cofradías, al llegar Semana Santa, inician innovaciones, que son discutidas fieramente antes de establecerse. Su caballo de batalla es el itinerario. En la Prensa, en los Casinos, en los cafés se discuten o plantean cuestiones interminables sobre el lucimiento de los «Pasos» en determinadas calles. Como algunos alegaran que los «Pasos» no cabían por la calle Franco, se publicaron razonados y documentadísimos trabajos respecto de las calles que las Hermandades debían seguir, permitiéndoselas desfilar, de regreso a sus templos, por la Plaza de la Constitución. Ello originó espectáculos poco serios y una algarabía bastante regular; estonces las autoridades dieron severas órdenes para que ninguna Cofradía entrara por la calle Hernando Colón. Ahora, según se dice, tienen algunas

de ellas el propósito de pedir a las autoridades permiso para hacer estación a la madrugada, como las del Silencio, la Macarena y el Gran Poder, utilizando para ello el Jueves Santo; lo que además de proporcionarles un nuevo lucimiento, originaría otro desfile al amanecer del Jueves, y así tendría Sevilla dos. La gente ha tomado muy en serio la proposición. Unos dicen que es excesivo el número de Cofradías que desfilan hacia la Basílica en las dos tardes; otros, que muchas de ellas llegan cuando ha empezado el Miserere, y como no pueden penetrar, la escena ocasionada es algo violenta y nada edificante; sostienen algunos que con esa medida vendrían más forasteros, y les contestan que dos madrugadas son mucho esfuerzo y un cansancio grande, pues a esos desfiles suceden otras procesiones, y en tales días el público hace vida activísima, amén de que los curas son de carne y hueso, más de aquélla que de éste, felizmente, y los santos Misterios de la Pasión, aparte lo de su santidad intangible, son un trabajo como para que vengan pocos. Hay quien aconseja, para descongestionar el trayecto, que en vez de pedir la luna salga cada Hermandad a su hora fijada y desfile sin hacer esas paradas eternas, de pura exhibición particular y sin necesidad. Y como en todo hay quien arregle las cosas cortando por donde más duele, hay también quien recomienda a las

autoridades una selección, pues existen unas doce o más Cofradías que serán todo lo devotas que quieran, pero que en nada contribuyen a la brillantez de la gran Semana. Cierto señor ha publicado que el objeto de hacer estación es que las imágenes acompañen al Señor expuesto en el Monumento, y que en la madrugada del Jueves eso no podría ser, lo que constituiría una infracción de los sagrados Cánones.

La muchedumbre venida a las fiestas lee y comenta acaloradamente cuanto se refiere a ellas. Sin ser cofrades tienen sus imágenes predilectas, y salen a su defensa como si las amenazara algún serio peligro. Es un adelanto de lo que veremos luego según nos afirman. Las rivalidades de las Cofradías no es el menor placer de estos días sagrados, y la mortificación y la penitencia que sus prolijos Estatutos ordenan a los hermanos respectivos suelen ser tan reales y sentidas que terminan en las Casas de Socorro, en el hospital o «cabe» la tumba del Espartero.

Los preparativos más insignificantes son un placer. Retocan el dorado de las andas, limpian cuidadosamente los vasos y cristalerías, dentro de los cuales lucirán pequeñas velas de mucho efecto, reponen las guardabrisas rotas el año pasado y las camareras de las imágenes extienden los riquísimos mantos, largos, de muchos metros, sobre grandes bastidores o me-

sas y examinan palmo a palmo el tesoro del terciopelo verde o rojo, la linda red de oro tejida en el taller clásico de Rodríguez Ojeda por veinte o más mujercitas de dedos de araña. Los palios y sus varillas, la imaginería, los brocados, las túnicas, los faroles, las colas de las largas capas, los estandartes, los ropones, los bastones insignias, todo es limpiado con esmero infinito, pulido hasta la exageración, renovado o hecho nuevo con arreglo a modelos legendarios e insustituíbles. En las casas ricas, en las pobres, en todos los rincones de Sevilla, la luz no se apaga por la noche; velan las mujeres, preciso es que sus maridos, hermanos, hijos no desairen al barrio, a la parroquia y a la hermandad. Los industriales hacen acopio de mercancías; por mucho que reúnan nada será suficiente, «si el tiempo no lo impide», como dicen los carteles de las corridas; porque la Semana Santa de Sevilla tiene un lunar que afea su hermosura; una lluvia intempestiva, torrencial, imprevista, que hace mucho daño al esplendor y resultados de la fiesta. Esas mismas nubecillas, tan blancas y vaporosas como faldellines de bailarina, bulliciosas y errantes en el aire sutil, convertidas por la magia de este sol sevillano en ascuas o gigantescas malvas reales o broches de hortensias, que parecen pintadas a propósito por un García Ramos o un Muñoz Lucena, son la interrogación dolorosa

de los que conocen su perfidia. ¡Tan bellas como son y tan falsas...! La Maestranza las teme, las odian las cofradías. En lo antiguo, cuando hasta lo superfluo se preveía convenientemente, en las cuentas de gastos de procesiones y corridas se leía esta partida admirable hoy suprimida:

—«*Por misas para que hiciese buen día... 120 reales vellón.*»

En las iglesias las almas devotas se preparan con solemnes septenarios que terminan, ya dedicados a los Dolores de la Virgen; a la del Valle, en el Santo Angel; en San Lorenzo, a Nuestra Señora del Mayor Dolor y Traspaso; en el Salvador, a la Virgen de la Merced; en San Antonio Abad, a Nuestra Señora de la Concepción. En San Jacinto se verificará, según anuncian, el sábado próximo, el sermón de Pasión ante el «Paso» de la Cofradía del Santísimo Cristo de las Aguas y Nuestra Señora del Mayor Dolor. El mismo sábado será trasladado desde su altar de la parroquia de San Isidoro al «Paso» la imagen de Nuestro Señor de las Tres Caídas, de la Hermandad de Nuestra Señora del Loreto y el lunes santo se hará lo mismo en la parroquia de la Magdalena, con el Santísimo Cristo de Descendimiento.

¡Qué sonoridad en las titulares de las Cofradías y los nombres de las imágenes...! ¿Esa rara pompa en la calificación, esa majestad en el enumeramiento homérida, la suntuosa proce-

sión de tanto nombre, sugestivo y herreresco, hablan al corazón de vanidades? El pueblo sevillano es el pueblo de los adjetivos maestros; es sobrio en las cartelas de las calles; abeja en lo de clavar el aguijón de mote único e incomparable; inacabable y churrigueresco en lo de distinguir unas Cofradías de otras. Hasta en el nombre quieren superarse., Nada de sencillez; el genio plateresco de la ciudad no tolera líneas griegas ni breves calificativos. Se ha de pecar por mucho en todo; nada de abstenciones y prudencias. Lo que se ama ha de ponerse sobre lo que amen los demás, aunque se agoten los superlativos, las hipérboles o las frases trágicamente evocadoras. Los nombres de estas Cofradías e imágenes no se borran jamás de la memoria. Son palabras floridas y altisonantes, pero a las que dotara el genio de un pueblo de una vida profunda. Parecen rebuscadas, y nada más espontáneo que su eclosión en el alma de Sevilla. No es el menor de sus encantos este arte suyo de encerrar en un solo nombre sentimientos cuya expresión necesitaría libros enteros. No es la menor de sus sorpresas estas advocaciones dignas de un orfebre que remueven en las almas con sólo su expresión hondas inquietudes y esperanzas, realidades que traspasaron el corazón en transverberaciones de amor o estigmas santos de sacrificios, luctuosos días pasados

en la soledad de un destino obscuro. Sevilla tiene el don de encontrar la palabra justa que todos entienden, y la encuentra múltiple, florida, atormentada. No concreta y sugestiona. La falta de precisión no significa sino abundancia sentimental, y, como nadie, sabe dar idea clara de muchas emociones en el abigarramiento de sus vocablos. Son palabras que tienen color y luz a chorros, verbos-síntesis que hablan de ensueños y padecimientos, de melodías y tristezas, letras-notas de motivos amplios que desarrollan en las almas armonías inconcebibles. Aquella escuela poética francesa que estudiaba los misterios del color en las letras del idioma hubiese encontrado aquí el secreto que buscaba. Nombres azules, dorados, rojos, negros, que más que oírse se ven e influyen más como colores que como palabras; nombres que extienden dentro del espíritu panoramas y perspectivas bañadas de luz y hechas con sobria maestría de líneas y derroche de tintas; nombres que por sí solos y sin otro relieve o sombra que ellos mismos dicen lo que en vano pretendería describir un poema o un sermón.

Se comprende que estos sevillanos pongan toda su fe viva de raza en sus Cofradías, cuando sólo el nombre de ellas habla de tesoros de espíritu y siglo de lucha. Cualquier variación en un «Paso», una Cofradía que reaparece y se organiza, el más pequeño asunto relaciona-

do con ellas los interesa vivamente. Ahora elogian a los Hermanos reorganizadores de una Cofradía que hace dos años no verificaba su estación de penitencia a la Catedral, la Real Hermandad y Archicofradía de Nazarenos de la Sagrada Lanzada, en la Parroquia de San Román. Han restaurado el Cristo y celebran función solemne en honor de la Virgen del Buen Fin. Estrenarán los cofrades magníficas túnicas de raso y ponen en conocimiento de Sevilla que han modificado el Misterio o Paso en la distribución de sus figuras; así se admirarán mejor que antes las actitudes y ademanes de todas ellas, siendo el conjunto muy artístico.

Los trenes llegan atestados, y los romeros o peregrinos se desbordan por la ciudad de las galas y de las promesas. Su temor de que haya salido alguna Cofradía antes que ellos llegaran es un rasgo de su deseo.

—Aquí no zale na hazta que yegáis ustedes— contestan zalameros.

Un soplo de alegría se «cuela» por los ojos y alborota el cerebro. Los chicuelos se pegan por transportar los equipajes al coche, y sus palabras graciosísimas, que recuerdan los enojos grotescos de los niños rifeños, dan idea del alma traviesa y airosa de la ciudad. Molestan y encantan; el enfado es vencido por la curiosidad, y la impaciencia por la hipérbole. Quienes transportan al coche las maletas o el

«baú» han de regañar con los defraudados y han de criticar lo que transportan con saladísima donosura; todo a un tiempo. Y el cochero..., esperando, las manos en las riendas, los ojos bailándole en la cara, enfadado por no salir a escape. ¡Oh, estos cocheros sevillanos, los mejores aurigas del mundo, sin que sea exageración, a quienes no es posible llamar «simones», como no es posible llamar jamelgos a sus caballos, ni desechos de cocheras a las carrocerías...! ¿Quién no recordará aquellos gentiles mozos, orgullosos en sus pescantes como estatuas en sus pedestales, alegres por conducir en su coche limpísimo, que parece siempre nuevo, comunicando su satisfacción a los transeúntes con sus palabras, su prisa y su arte inimitable de conducir el buen caballo por las calles más estrechas y tortuosas de la tierra? Afable hasta extrañaros su amabilidad, que desmiente la fama de este oficio, seáis quien seáis, no vais por las divinas calles de Sevilla con menos empaque, seguridad y vista certera que los reyes en su carroza de Concha. Los que andan lo saben bien, y ya cuidan ellos, por la cuenta que les tiene, meterse en los portales o convertirse en obleas entre la pared y el cubo de las ruedas. Os lleva a vosotros, seáis quien seáis, y para ese cochero no existe en el mundo otra cosa que vosotros. El caballo, el coche mismo parece que participan de la alegría de su con-

ductor y no tardáis en sentiros bien allí, tan bien, que quisiérais que el coche no llegara nunca.

—¡Que vas a atropellar a esa vieja..., cuidado!

—¿Cuidao? Pero zi eza agüela, zeñorito, está pidiendo por cariá que la quiten der mundo.

A la «agüela» no la parece así, y le increpa con cierta amargura:

—A ve zi tié er niño lo ojo en la cara.

—Los he serrao pa no vela, angelito...

Y dice la verdad. Cerró los ojos por no ver al «angelito», y bien vale la pena atropellarla, no verla. Si en vez de la vieja es un mozo crudo—«crúo»—, el mozo y el cochero entablan, sin que éste se detenga y el otro avance, un diálogo de esos cuyo sólo recuerdo es un año más de vida.

—¡Vaya brutalidá, sarnoso!

—Adió, sereza.

—¡Mardita sea la mare que t'ha echao, pamplinero!

—Cállate, feo; que lo que tié tú e remordimiento de sé tan feo...

La risa os retoza en el cuerpo. El atropellado tiene una cara de esas que sólo se dan en Andalucía, feas con fealdad máxima, a las que una simpatía, tan grande como su poca belleza, da una expresión que el cochero ha mara-

villosamente descrito con la palabra «remordimiento».

Y no hay temor de que nunca suceda algo trágico. ¡La gracia mata en germen toda trascendencia. Un granadino a quien se le «miente» su madre no perdona jamás y venga el insulto con sangre. Un sevillano contesta a la mala frase con otra, y en las dos la gracia borra todo choque probable. Pasado el lance viene el comentario, que es siempre difamatorio:

—Eze niño, zeñorito, e un asaúra que no pasa una ve por la puerta der Perdón que no le den un garrotaso...

Por su parte, el «feo» del remordimiento hará lo mismo con el cochero, y siempre encontrará alguien que le escuche con verdadero interés.

Lo malo de todo esto es que estamos en Semana Santa, y el cochero no se queda conforme con las pesetas que le dáis.

—¿Y ezto qué es, zeñorito?—dice, mostrando las pesetas en la palma de la mano con un gesto de extraordinario asombro.

—¿Eso...? El precio de la carrera.

—¿Etá er zeñorito mu zeguro?

—A ver qué vida—dice el madrileño, amostazado más por la expresión del cochero que por el hecho en sí, de rigor en toda feria o solemnidad.

—¿Y lo vi yo a traé a usté por ezto na má?

—Y qué quieres, ¿la Casa de la Moneda?

—Pué pa cobrá eza mizerias no cobro na, y aquí no za perdío na.

Y con un rasgo sublime de desprendimiento, tira las pesetas al suelo y se dispone con grandes muestras de rabia «sorda» a marcharse. Pero por más que quiere irse no se va, y el caballo, tan dócil y voluntarioso antes en sus manos, se revuelve en corcovos y braceos, dando a entender con sus corvetas fingidas que arrancará al vuelo y con enorme estrépito, furioso como su amo.

El acto del sevillano tiene éxito. Se forma el grupo correspondiente y nadie se atreve a tocar las pesetas en litigio y sobre la acera. Se discute. Vienen guardias. Se agria el asunto. Los transeúntes trazan en torno del «Paso»—como dicen aquí algunos con admirable gracejo—un grupo formidable que altera la circulación. Acuden los camareros del Hotel a cuyas puertas «ha estallado el lío» y cada minuto que pasa ese «lío» amenaza con una bronca de «no te menees». El cochero pone cara de «disgustao», sin dejar por eso de mirar las pesetas, no se fuguen solas, aconsejan los curiosos impertinentes soluciones, se manejan las guías y tarifas, y, en resumen, nada. El madrileño mira y no ve al sevillano, el sevillano se come con sus ojos de «aceituna negra» al madrileño, tira el caballo sin arrancar, vocea el gen-

tío, comadrean los guardias sin atreverse a decidi, seguros de que nadie haría caso de su arbitraje; protestan los que no pueden seguir su camino, ríen, divertidísimos, los muchachos, y no hay uno en la multitud intrigada que no desee ver a los litigantes romperse la cabeza.

—Pero no dice aquí la *Guía* que una carrera desde la estación...

—A mí me deja usté de eza zeñora; he dicho que no tomo na, y na má. Y cuando digo yo una coza ze ha divertío er que me yeve la contraria.

—La *Guía* dice...

—La *Guía* dise lo que la da gana desí. Yo no tengo la curpa de que no tenga zentido común er niño que ha hecho la *Guía*.

—Y entonces, ¿cuánto es lo que te tengo que dar?

—¿A mí? He dicho que na.

Un murmullo de admiración acoge estas frases rotundas del cochero, cuya actitud de marcharse sin más miramientos, aunque no da un paso, le atrae todas las simpatías.

—Ese hombre tié rasón—dice un espectador, observando la prisa del cochero por irse antes que su dignidad sufra cobrando el doble de lo debido nada más.

—Lo que es—dice otro—, que hay muchas presonas que no zaben apresiá...

—Pero ¿el qué no sé apreciar yo?—grita iracundo el madrileño.

—Lo que eze niño der pescante etá jasiendo por no ir a presidio...

—De modo, que todavía...

—Eze niño vive der tiempo, y jase ya medio día que lo tié usté parao y ha etao esperando too el año la Semana Santa y Feria para verse como se ve.

—Bueno, esto es demasiado; si lo quieres tomar lo tomas y si no lo dejas.

—Oye, niño—dice el curioso entremetido, recogiendo las pesetas y entregándoselas al cochero—; lo mejó e acabá de una ve, que lo goyetaso se han hecho pa la mala tardes, y otra ve diquela mejó la gente que metes en er coche.

De mano de santo. Sevillano que arregla una cosa la arregla de verdad, y el cochero acepta la solución, metiéndose el dinero en el bolsillo con un gesto de soberbia reprimida fieramente, mientras murmura sentencioso:

—Di tú, chiquiyo, que la han hablao a uno la autoridá de la convenensia de no armá escándalo con lo forastero, que zi no la mala zangre que he etao jasiendo me la abona a mí eze niño a duro er minuto.

Y con un ligero juego de muñeca arranca, por fin, el fogoso caballo, entre palmas «tibias», pero palmas al cabo, con que le despiden

los admiradores espontáneos que ha sabido crearse por su energía y mucha vergüenza.

«Cuando observes a los hombres—decía Leonardo de Vinci—procura hacerlo de modo que no echen de ver que son observados, pues así serán más naturales sus movimientos, gestos, risas o llantos.» Las muchedumbres son muy difíciles de examinar; más estas multitudes andaluzas que engañan con su aspecto homogéneo y son concreciones de infinitas voluntades y temperamentos acusados con recia individualidad; ahora, sobre todo, cuando los trenes y cuantas clases existen de vehículos arrojan a la ciudad centenares de docenas de almas de todas las regiones españolas. ¿A quién seguir, qué grupo expiar, qué reunión mirar atentamente y escuchar? El adjetivo «pintoresco» podría sacarnos del apuro; es una de esas palabras salvadoras que evitan dificultades al parecer insolubles. Sin embargo, estas muchedumbres que vemos deambular por Sevilla no son pintorescos; la policromia de sus trajes, la variedad del corte regional o la traza pueblerina son bien escasas. El sombrero chato andaluz, el hongo desprestigiado, el flexible comunista, la chistera clásica de estos días santos ¿qué importan? Es la cabeza la que interesa; el traje, no. La indumentaria no explica la raza. Artísticamente puede ofrecer aspectos, cosas, el jugoso matiz del detalle, puntos de vista; nada más. ¿Pueden

las multitudes, como el ambiente, darnos su psicología en lo plástico, en lo externo; será verdad que el hombre en la muchedumbre es un ser instintivo y obedece esas extrañas leyes que han discurrido los filósofos para explicar el movimiento concertado de muchos y la tendencia a un fin concreto, a una orientación determinada?

Sevilla en estos días ofrece un espectáculo maravilloso. Es toda ella de los forasteros, y tan poderoso es su genio que les subyuga. El milagro de Sevilla es anular el espíritu de los peregrinos y de los viajeros en el suyo, desvanecer todo criterio en la poesía del ambiente. Quienes no la conocían, sienten algo que no saben explicarse; ese algo misterioso es que la ciudad, como la vista de una hermosísima mujer, les ha robado el albedrío, el poder de influír con su carácter en lo que les rodea. No se oyen sino alabanzas, y parecen sorprendidos. ¡Qué cielo! ¡Qué azul! ¡Qué flores! No interrogan, exclaman. En las ciudades muertas todo es preguntar, abrir paréntesis, querer explicarse la esencia de esa belleza que no se ha descompuesto después de muerta. Sevilla no explica nada, no tiene necesidad de ello. Sin su delicadeza sería descarada de puro querer las cosas claras. Es una ciudad que tiene en el tocado el encantador descuido casero. Valencia, la remilgada ciudad de las flores, que las ne-

cesita a toneladas para conservar la fama de su nombre, se quedaría atónita ante este pueblo que hace macetas deliciosas con latas de conservas y jardines en los alcarraceros de pino blanco adornados con labores de gubia. Su simplicidad embelesa, porque con medios escasos da sensaciones inenarrables y produce efectos preciosos. Una jarra casera, a la sombra junto a la puerta abierta de la azotea con el platel a modo de guinda y una pampana entre la tapadera de barro y el gollete de la talla, le basta a Sevilla para hablaros del agua y que no echéis de menos las sinfor.ías melancólicas de las fuentes de Granada. No faltan surtidores; bellísimos son los de sus patios; incomparables los de su Alcázar; pero ¿en qué sitio podéis encontrar el encanto del agua fresca, las delicias del agua clara como en estas tallas colgadas del techo por un alambre o en sus alcarraceros, barros blandos incrustados de lentejuelas azules, bordadas de cordoncillo, olientes a hortensias y albahacas, cubiertas de mosquiteros de color de rosa, evocadoras del tiempo en que «los Candiles» cordobeses las fabricaban? El agua es triste, decía Lamartine, y han seguido cantando los poetas. Sevilla, que todo lo involucra y desquicia, os da una nueva idea de ese elemento, le alegra; no tiene el agua de la fuente del Avellano, de Granada, o la fuente del Río, en Cabra; pero cuidada como ella

lo hace no hay en Andalucía lugar o pueblo que aventaje a su esmero y limpieza. Quien quiera ver ofendida a una sevillana no tiene sino decirla en su lenguaje:

—¡Anda..., si pusiste los peines juntico al alcarracero...!

El asombro paraliza el genio propio. Los forasteros no se cansan de admirar las pequeñas grandes cosas de esta ciudad maga que convierte un corralillo infecto en parterre con unos cuantos cacharros desportillados en los que estallan los claveles reventones o las rosas de rumbo o esas malvas altas, altas, rivales de los girasoles, que tienen en la abundancia de sus hojas la generosidad del alma suya. ¿Quién si no ella puede en el mundo detener vuestra mirada y atolondrarla con sólo colocar cerca de una ventana la jaula de un pájaro? Sus floreros ¿a qué son comparables; a qué sus tiestos; a qué esos balcones sin adornos, sin cargantes escudos o ensambladuras pedantescas y que unas cuantas matas de flores embellecen de un modo que los transforma en minúsculos paraísos? ¿Hay algo tan pobre y que decore tanto como un azulejo de la Casa de Pilatos, un azulejo de las ollerías de Triana, cualquier azulejo de las casas más escondidas y humildes? Por eso las multitudes venidas a las fiestas no alteran el aspecto eterno de la ciudad; se puede decir que no hacen sino destacarle más. Se

hunden en ella; apenas si se nota su presencia mas que por un aumento de alegría, de jolgorio y de consumo.

En las calles, los trajes cortos atraen las miradas. Son gente del campo que los necesita así y a los que la leyenda maja y la torería ha envuelto en una atmósfera de machismo y pinturería charra. Las bragas bien ajustadas, la chaquetilla que inspirara el bolero de las mujeres, el cuello corto de la camisa, la faja que da talle, el sombrero ancho, mucho aire en los brazos, cadencia en los andares, todo eso que los cromos y los romances han poetizado o entenebrecido se ve aquí prodigado sin presunción y hasta por necesidad; mas la abundancia no convence de ella a los forasteros, y esos trajes son como ascuas añadidas a la calentura, llamas de fiebre torera y heroica, recuerdo de diestros y bandidos. Les siguen con los ojos, con cierta envidia y no poco temor, mirando bajo el ala ancha del sombrero para verles la coleta. ¡Y ese modo de coger de la batea una caña de manzanilla y llevársela a los labios y dejarla en el hueco de la cañera clásica, sin ruido y «gustando de lo güeno... como los güenos...»! ¡Y esa costumbre tradicional de enviar al mozo de la taberna con su cañera correspondiente a «cobrar el piso» a los que pelan la pava por allí cerca! La familiaridad de esa vida sevillana, que ha creado al

fin, como no podía ser menos, la ironía y la burla, les atrae como una cosa nueva y amable. Las niñas aprenden a bailar al mismo tiempo que a leer. La facilidad en las amistades y en el amor les cautiva. Los que han leído algo en este mundo recuerdan que los poetas agotaron el tesoro de ensueños e idealidades para difundir el alma encantadora de esta ciudad, adonde se viene para curar de la dolencia de amor y saber lo que son pasiones, como Fray Gabriel Téllez o el mismo Cervantes o aquel Lope de Vega que encontrara en la calle de Bustos Tavera la «Estrella de Sevilla», inspiradora de su mejor comedia, con haberlas hecho tan buenas.

## VI

Las murallas romanas que parten del arco de la Macarena y llegan hasta la puerta de Córdoba no se conservan mal. Nueve torreones almenados se cuentan aún de los ciento sesenta y seis que hubo. En el célebre arco ya no existen la taberna y la barbería que tuvo adosadas, compañeras dignas suyas en las estampas que andan por esos mundos de Dios. El tranvía corre a lo largo de estas murallas, se interna en el campo y llega pronto al cementerio. ¿Cómo entiende Sevilla el sentido de la muerte? Cerca

del cementerio hay dos merenderos llenos de gente y un Lazareto de leprosos. La entrada es muy bella; una rotonda de seis edificios, yedra, macizos de jardinería de los que emergen palmeras. Mujeres enlutadas llevan en las manos ramos de flores. Un espléndido sol, cierta luz muy blanca, muy diáfana, a la que nada resiste; es como una finísima niebla que desciende sobre las cosas, se embebe en ellas, las acusa con descaro y las despoja de todo otro interés que el color. No existe en Europa otro cementerio más alegre. Esa luz latina barre como un aire sutil la lobreguez, entra por todas partes sin respeto a las sombras, venerandas tinieblas de paz, lo descubre todo, ilumina vigorosamente las encrucijadas, ríe sin miedo, convierte en jardín el único y vastísimo patio. En otros camposantos vuestro guía es la tristeza; en éste, no habéis atravesado el umbral cuando ya la luz os coge de un brazo, os deslumbra, canta en vuestro oído. Es inútil que queráis conmoveros, parece decir; la muerte, que es el rey de los sustos, según los libros santos, no es un mal sino una liberación, el reposo que nadie interrumpe, una prolongación de la siesta. La gente come y bebe con toda tranquilidad en los cementerios cercanos.

Las cuatro tapias son cuatro lienzos de cal; una avenida de altísimos cipreses divide en dos mitades el patio. La luz se burla aquí del ci-

prés, le embellece, le desfrunce y le colora. Radiantes, orgullosos, se yerguen vivificados por el aire árabe que sopla de la ciudad sobre el cementerio. Los ojos se extasían contemplando la avenida de los cipreses, tan larga que parecen juntarse allá lejos sus copas y sus troncos, tan altos que los sarcófagos de ambos lados pierden los valores de su masa y proporciones. El cementerio tiene cuatro cuarteles sin otras divisiones secundarias o calles; la transversal forma con la avenida de los cipreses una plaza. Sobre amplia gradería se levanta un monolito; hay allí enterrados unos soldados muertos en Africa el 70. Un poco más allá está la tumba de un lidiador llamado el «Espartero». Todos los bestiarios españoles debían pedir se les enterrara aquí; sus millones de admiradores vendrían de todos los ámbitos de España a depositar su ofrenda. La tumba del torero es un basamento de mármol y sobre él una columna estriada, rota, cubierta piadosamente con un capote de brega cincelado en piedra; trozo erecto de columna tiene en una ajorca que la abraza esta inscripción: *Nació para el Arte;* el capitel corintio caído en la losa dice en el fragmento del fuste esta otra leyenda: *Murió por el Arte.* Echáis de menos una cabeza de toro, como en el mausoleo al diestro «Fabrilo» en el cementerio de Valencia, y un escudo de España entre picas, moñas, puyas y rehiletes. Es-

tampadas en el mármol hay firmas de visitantes, y en derredor de la tumba tres jovencitas, que indudablemente piensan en la flamenca muerte del diestro de Triana, y forasteros que vinieron a Sevilla a conmemorar la muerte de Jesús de Galilea. Una mujer de piedra sentada en un alto sepulcro enseña dos pechos admirables, los muslos y el vientre; los senos desbordan de la camisa; las fuentes de la vida en un sitio tan lúgubre sugieren sentimientos pobres. El césped cubre inmensa extensión de terreno; de él surgen dos mausoleos en forma de custodia y unos sencillos panteones con la portada griega pura de los Propíleos. En una tumba yace «Pepete»; otro torero famoso al que mató «su mucha vergüenza». Gran número de tumbas están edificadas en macizos de mampostería, largos y estrechos, rodeadas por todas partes de tiestos con flores. He aquí el sepulcro de otro diestro conocido por «Montes». Este torero murió en Méjico; estando de cuerpo presente se quemaron sus restos, se repatrió el cadáver, como el de un hombre célebre, y su capote de paseo se conserva, en espléndido marco, en la ciudad.

La luz blanquea centenares de sepulturas entre flores, destaca los nichos en forma de secaderos malagueños de pasas, separa las cruces y verjas de hierro unas de otras y se adentra por las sombrías fosas comunes, cuyos enormes

montones de tierra asustan. Muere mucha gente en Sevilla. Cuesta cara la alegría. Las pasiones, los vicios, el cielo tan bello, el sol tan refulgente, el río tan hermoso, las mujeres, traen a esta tierra santa muchos hombres. La ciudad no paga barato su carácter, y su tributo a la muerte es excesivo. Podría no serlo; pero Sevilla no sería como es si no dejara hacer.

Hiladas de sepulturas pobres se extienden hasta las tapias; la yerba crece abundante en ellas, y a falta de piedra funeraria trazan una de musgo, risueña y cariñosa. Yace aquí otro torero más: «Posadas». Fué muerto en la Plaza de Sanlúcar de Barrameda; probablemente no habrá en España un niño que no lo sepa. Más lejos descansa un tal «Cantaritos», y cerca de él otro que llamaron «Chicuelo». Un gran espacio de terreno se ha cubierto de aramagos, florecillas muy semejantes a las margaritas, anémonas rojas, amapolas y campanillas ambarinas, carmíneas o anaranjadas.

En el centro de la plaza, el Cristo, de Susillo. Este excelente artista hubo de suicidarse por falta de recursos en un país donde los toreros se hacen millonarios. Su Cristo se alza sobre un montón de pedruscos tapizados de yedra, y es una obra maestra, aquí donde es casi imposible triunfar del incalculable número de Cristos que son verdaderos aciertos del genio. Levanta un poco una de las piernas y adelanta el

rostro en el estertor de la agonía como para escuchar una lejana voz. Impone verle. Los sevillanos, que tienen para la creación de cada imagen su leyenda, dicen que el artista tuvo por modelo a un gitano. Los pájaros cantan en los cipreses, y desde los bancos de la plazoleta contemplan el Crucifijo muchas personas que vienen exprofeso para verle. Un fuerte aroma de algarrobo sale del cementerio civil. Susillo fué un escultor impresionista, maestro de todos los artistas que después de él han querido hacer cuadros con la piedra y con el bronce. No hay inconveniente en llamarle el Fortuny de la escultura española. De ardiente inspiración, de fina voluptuosidad, enamorado de la forma vista en el sueño, jamás se atreve a dominar su fantasía. Benlliure y Querol son hijos de su manera de hacer; pero es infinitamente superior a ellos.

La primavera no lastima la expresión dolorosa de Cristo. Las golondrinas de la leyenda, aquellas que arrancaron las espinas de su frente, vuelan en torno suyo piando velocísimas. Los árboles están en flor, como las almas, y el cielo, de un azul tan puro que el espíritu se dilúe en él, traza un palio inmenso digno de su grandeza. El cielo, el aire sutil, el ambiente perfumado de la primavera, se llevan gota a gota su sangre, embalsaman su cuerpo, le limpian de la horrible visión de violencia humana, y no

sabemos por qué su gesto de dolor llega a nuestra alma con más intensidad que en el ambiente de las iglesias; y, aunque no existen, le soñamos entre almendros y acacias, sobre el verde esmeralda del alcacel temprano, mientras que las alondras y las cogujadas, posándose en los brazos de la cruz, cantan la vida.

Este ambiente metálico, radiante, que fulgura como un vidrio herido de soslayo por el sol, no rechaza el dolor, le diviniza; le abstrae de todo contagio místico y aisla el miembro o músculo contraídos en aureolas de fuego. Nada sufre la cara y el cuerpo de Jesús bajo este sol y entre tales aromas, sólo que su dolor impresiona más al no perder expresión entre las lágrimas y la sangre humanas. ¡Cómo triunfa el ambiente de todo lo que pretende destacarse de él! Dios mismo se convierte en hombre de nuevo a la caricia dulce de su contacto. La Cruz florece como en las estampas de las monjas, y el Hijo del Hombre, crucificado entre flores, es una bella visión pagana. Esas flores del árbol de la cruz son esponjas que empapan la sangre y os dejan contemplar a Cristo en su dolor intenso, silencioso, libre de toda preocupación que no sea un puro sufrimiento. Como Dios, no podía sufrir; sus tormentos son humanos, y porque son humanos esta atmósfera dulcísima los diviniza.

Detrás de las tapias de este alegre cemente-

rio se alza la torre de San Jerónimo de Buenavista; en ruinas hoy, cuando es monumento nacional; uno de los edificios más grandiosos de Sevilla, cuando no era otra cosa que edificio. Sobre el verde de los campos aparecen las manchas ocres de los eriazos y barbechos. Se fueron los moriscos y con ellos su secreto. En la región llana que atraviesa el río, sólo de tiempo en tiempo surgen colinas poco elevadas, y en ellas los escombros de torres que fueran defensas de un país feliz. Las ruedas elevadoras repartían el agua en infinidad de canalillos que eran sangre de aquel tejido, hoy cuero, sobre el que duermen los toros bravos de lidia en número infinito. Ya no hay tales ruedas, ni moriscos, ni hebreos; su expulsión y la emigración a la América recién descubierta agostaron esos fértiles campos. En un rincón del cementerio civil el muérdago trepa por las paredes entre rosales y azulejos; a sus pies hay, en gracioso y oriental desorden, unas docenas de tumbas hebraicas de forma de ataúdes sobre montones de yeso. Lejos del barranco de Cedrón, en su querido valle de Josaphah, descansan los descendientes judíos, cuyos suaves nombres son evocaciones: *Yuda Levi, Merima Benguira, Rahma, Amelar, Vida Sabas*...

En la calle O'Donnell el balaustre de un balcón recuerda al viajero los buenos días de Sevilla; una maravilla en ramas de espiral, de hie-

rro forjado a brazo. Un poco más allá os detiene ante San Pablo el guardapolvo o marquesina mudéjar, del que penden dos escudos de hierro muy extraños. Las herrerías sevillanas fueron muy célebres. En la confluencia de las calles Julio César y Reyes Católicos estaba antes la Puerta de Triana. Ya no existe; pero con objeto de que no la olvidéis al pasar por allí, un confitero la ha pintado en cierta placa anunciadora fija en el paredón de la calle Santas Patronas, entre grandes carteles de corridas de toros que se verificaron hace tiempo y los dos carteles modernos ante los que hay parados muchos hombres que parecen en éxtasis. Son el cartel anunciador de las Ferias y Semana Santa y el especial de las corridas de Pascua de Resurrección. Muy bien hechos los dos; verdaderas obras de arte, han recorrido ya España entera. Sevilla invita a sus fiestas con estas muestras de buen gusto, donde no se economiza el color y los símbolos del alma de la ciudad. Dondequiera que se coloquen han de atraer por necesidad; hablan de riquezas y de heroísmos, de tinieblas y de luz, de dolor y de feria, de procesiones suntuosas y desfiles carnavalescos. Sólo Sevilla es capaz en el mundo de hacer tales locuras y derroches en honor de sus huéspedes; que éstos no retornen defraudados. La industrialización de su espíritu vestirá, como todos, de nazareno, y no se echará

de ver que explota su belleza y que la cultiva con la idea de sacarla los cuartos. Toros y Cofradías; la muerte del Justo y la probable muerte de un héroe; una ciudad que muere porque Jesús muere y resucita como él, saltando del dolor más sincerò a la más inaudita alegría. La Puerta del Perdón en la Catedral y la Puerta del Príncipe en la Plaza de Toros; he ahí la fiesta. De la una se pasará a la otra sin transición; las soberbias hojas mudéjares de bronce y la barroca reja de chapa repujada y hierro forjado se han abierto para que una raza rece y se divierta casi al mismo tiempo. El Cabildo nada podría hacer sin la Maestranza ni el alcalde sin el ganadero.

El letrero «Santas Patronas» atrae vuestra mirada. Cuanto más se miran los títulos de estas calles más gustan. Esos azulejos blancos y esas letras azules esmaltadas son iniciales de salmos y de historias. Guárdanse en ellas perfume de siglos, aromas de leyenda, tragedias que nadie y nada arrancarán de la imaginación del pueblo y que avaras atesoran estas calles donde os asaltan como una sorpresa. Ya es un nombre que evoca en vuestra alma uno de esos amores que acertaron a triunfar del tiempo, bien artistas cuyas obras son pasmo todavía de la gente, ya gremios y Hermandades cuyas instituciones incomparables engendraron las costumbres que hoy son motivo de peregrinación,

bien palabras solas de una extraña sugestión, que son como pequeñas esfinges colocadas en la boca de esas calles. Barreduela del Azofaifo, Galera, Arfe, Amapola, Cabeza del Rey Don Pedro, Vírgenes, Alfaqueque, Lictores, Pozosanto, Boteros, Goyeneta, Candilejo, Don Remondo, Enramadilla, Carne, Mañara, Trajano, Arrebolera, Esquibel, Diana, Zurradores, Pumarejo, Rocío, Febo, Garfio, Hombre de piedra, Laurel, Vida, Iris, Urraca, Osorio, Maese Rodrigo, Verónica, Corral del Rey...

—Esa ès la casa de los «Bomba»—os dice un chiquillo.

Nadie se lo había preguntado; pero como pasábais de largo sin dignaros mirar aquella casa vulgar, el demonio del chico se ha sentido profundamente molestado y os advierte. Hecho esto se pone a vuestro lado para que le preguntéis. Sus ojos prometen deciros muchas cosas sobre la dinastía torera de los «Bomba». ¡Con qué pena ve que os alejáis de allí sin oirle, y cuántas bellas cosas os perdéis...!

—Aquello es Triana—os dice, corriendo hacia vosotros.

Sonreís. Es un sevillano que cuando crezca hará honor a su ciudad. No busca vuestra moneda, la rechazaría; él quiere nada más que sepáis dónde estáis; aumentaros la satisfacción de encontraros en Sevilla, diciéndoos nombres que él está muy seguro os han de interesar. El

también interesa. No hay en Sevilla desperdicio. Todo habla; todo dice algo; las casas, las calles, el cielo, el ambiente son como ese pequeñuelo que, desesperado de que no le hiciéramos caso, se ha quedado atrás. Es una ciudad que no calla ni de noche ni de día. Las mujeres que pasan por vuestro lado están deseando que las «echéis una flor» para contestaros; lo dicen sus ojos, sus gestos, sus movimientos, que no son descarados y suenan a cascabeles. Es como si os quisieran comunicar la alegría que retoza en su alma, como si la copla gitana no mintiese y aquí hirviera la sangre en las venas en vez de correr mansamente por ellas. No es ilusión; tiemblan sus labios, palpita su pecho, lleva dentro cada una de estas mozas una Hermana de San Sulpicio, una Doña María Coronel, aquella de quien os cuentan las viejecitas de Santa Inés que su cuerpo «echó flore»... Bilbao, el gran pintor, no exageró en su cuadro «El puente de Triana: una tarde de verano». Aquel aire en las faldas y enaguas, el garbo del busto bajo el mantón, la risa en la boca, la flor en el moño... Son las mismas siempre. Mujeres llenas de gracia, entre Sevilla y Triana, sobre el puente de Isabel II, que es uno de los balcones más hermosos de la tierra, parecen más sevillanas, mucho más que en la salida famosa de la Fábrica de Tabacos o los almacenes de aceitunas.

Sentados en uno de los bancos de hierro que tiene en los andenes el puente véis pasar esas mujeres, que no son hermosas ni lindas, y para nada les hace falta serlo. Algún joven las dice piropos casi encima de su cara, y sus risas y frases caen sobre él como un diluvio de luz. Cuando se alejan, contempláis al sevillano que provocó las bengalas de su alborozo; está «parao», las manos en las caderas, el sombrero hacia atrás para que se luzca el flequillo o tupé clásico, la blusilla hecha un lazo sobre el vientre, y otro el pañuelo de color sobre el cuello, bien afeitado, el inseparable cigarrillo en la boca de gruesos labios, morena la tez. Al echar a andar os mira, y sin conoceros, que eso es lo de menos aquí, hace un guiño y os dice lo que siente, como si comprendiera que no vais a vivir tranquilos si él no habla:

—¡Una tontería de niña la del pañoliyo morao..., casi na de niña!

Y marcha, disgustado porque no entablasteis conversación con él acerca de la niña del «pañoliyo morao» que tanta impresión le ha causado. Si en lugar de vosotros encuentra a otro sevillano, la noche se echa encima hablando del asunto.

Hay aquí unos tenderetes donde beben y mondan chucherías hombres de mirada procaz, desocupados, con «chuletas» en las sienes, y gitanos. Uno de éstos contempla, echado sobre el

pretil del puente, las aguas turbias del río. ¡El Guadalquivir, su río favorito, un río gitano...! De cauce largo, de caudal copioso, profundo, y, sin embargo, con qué pereza corre entre sus riberas apacibles y sus márgenes floridas. Va de mala gana al mar; parece que es el mar quien viene hasta Sevilla. Sus encantadoras islas minúsculas, sus quintas deliciosas, que aun conservan recuerdos de Grecia y de Roma, esos pueblecitos sobre colinas situados en un recodo o curva de su curso perezoso no tienen mayor poesía que él mismo. Sus aguas mansas, que conocieron tan grandes cosas, no se dan importancia alguna. El Ebro envidiaría su españolismo, y el Tajo su grandeza y sus leyendas; y, no obstante, este río gitano si apenas se entera de que existe y sirve para algo. Don Juan Tenorio le escogió para testigo de sus gentiles amoríos, y Don Alvaro le echa de menos en su vida de azares. Surcaron su corriente galeones llenos de oro, galeras tripuladas por navegantes que nada aprendieron ni envidiaron de los portugueses, por conquistadores que son fe y fuerza de la raza ante el mundo, y el río no lo recuerda ya; tiene ese aire interesante del que ha perdido la memoria de lo que fué, gastándola en calaveradas de gran señor...

Estáis en sus riberas contemplándole. La caricia de su visión os enerva. Habéis olvidado, como él, que tenéis delante un río navegable,

y, hechizados por su poesía, os abandonáis lentamente a la inquietud de vuestros deseos. Copian sus ondas el incendio del crepúsculo y preferís contemplarle en sus aguas a mirarle en el cielo. Son aguas que reflejan los colores de un modo nuevo, como si los viera a través de un fuerte temperamento, de una fiera singularidad. No es un espejo de belleza infinita que, como todos los espejos largamente mirados, anule vuestra voluntad y os dé las gracias del ensueño; es un río burlón y zalamero, que, sin darle importancia, vuelca en los colores reflejados su vasta alma conquistadora, cargada de historias de amor y hazañas. El Rhin hace al espíritu pensar; el Betis, luminoso, desmadeja esos pensamientos y colora las nubes de las ideas hasta desvanecer en la intensa belleza del matiz la esencia de esas meditaciones. No pesa sobre el alma; es un río que desengaña sin hipocresías; pero también sin asperezas. Habla de renunciación a toda actividad que no sea amor. Diríase de él que aconseja la indiferencia con modales de viejo luchador. Sabe mucho, y sus consejos son como sonrisas de comprensión. Tiene para los idilios esa mirada cariñosa y llena de malicia que los poetas pintores ponen en los ojos de la Luna. Mirándole mucho tiempo se es como él es: pasional y perezoso.

De pronto, veis ante vuestros ojos asombra-

dos un enorme barco de vapor... Pero ¿es posible que este río afeminado, amoroso, que juzgáis perverso, sirva para soportar los miles de toneladas de ese barco? Sirve para eso; mas mirad con el alma y ved que el río quita al barco todo aspecto de masa y la fea traza de su forma. No es un barco soso como los demás, de colores opacos y movimientos torpes; el penacho pardusco de humo se ilumina con esas radiantes proyecciones de ocaso ecuatorial que vimos tantas veces en los cromos anunciadores de las Casas consignatarias; el casco se incendia; los mástiles son flechas de luz; los blancos puentes adquieren tonos ambarinos, y el cobre parece oro viejo. Marcha con dulzura, tan suavemente que imagináis pudiera remolcarle un cisne. El río lame sus costados de fuego, y su murmullo parece risa. ¿Es que, por ventura, ese barco va a parte alguna? La fuerza del mar devorará la fuerza de la nave; el Guadalquivir anula esa fortaleza, embelleciéndola y murmurando a su oído esa pregunta, que la esfinge andaluza no contestará jamás: ¿Es necesario ir de prisa a alguna parte? El barco pasa, como en las acuarelas, como en los cuadros, entre dos crepúsculos a cual más bellos, en los que no sabemos si el del cielo refleja el del agua.

El Guadalquivir, en Sevilla, es menos bello y algo matón. Un humorista creería que se le había subido a las narices su categoría de puerto.

Está siempre turbio, como un «niño» flamenco, y tiene entre las cejas el ceño de la gente de la Algaba. De un manotazo derriba un muelle, y la gente le conoce tan bien que comenta ese gesto así: «Le ha dao por ahí...» Si os intrigan estas pequeñas cosas, en las que nadie se fija por insignificantes, como es, a saber, qué opinión tiene Sevilla acerca de su río, oiríais esta contestación:

—El Guadalquivir quiere tanto a Sevilla que acabará por... dormir con ella.

No es precisamente dormir; pero hay frases que no se pueden escribir, y es lástima, porque si no «diqueláis» no sabréis nunca lo que el Guadalquivir concluirá por hacer con su adorado tormento, según los sevillanos.

Hay también quien afirma que lo que busca el río es pasar por la calle de las Sierpes. Ha oído tanto el río hablar de esa calle, que a nadie puede extrañarle tan legítima y sevillana curiosidad. Frecuentemente encontráis en las más escondidas calles de Sevilla azulejos con la indicación del límite que alcanzó el río en sus visitas; la ciudad, agradecida, perpetúa de tan salado modo esos cumplimientos de la más correcta educación. Las famosas inundaciones del Guadalquivir son un simple cambio de tarjetas entre vecinos. En 1912 el río hizo algo más que eso: el merendero de la Manigua desapareció en las aguas desbordadas, y en los caños de Car-

mona las aguas llegaron al cubo de las ruedas. Triana y su vega, vistas desde la Giralda, causaban impresión; la vega era un lago enorme hasta San Juan de Aznalfarache, y Triana parecía haberse convertido en una isla más. Los estudiantes repartían cestitas de socorro en los barrios pobres, tripulando con no poco peligro las lanchas.

A Sevilla no le molestan estas bromas del río, y, como buena andaluza, cuanto más le amenaza más le quiere. Aparte de estos abrazos mortales, el río tiene buen corazón. Es un río simpático, mal criado por exceso de mimo; pero amoroso. Cuando hace una de las suyas, todo buen sevillano se contenta con decirle:

—Ya estás mochales. Veremo a ve que ze t'ocurre, «niño». Na güeno zerá...

En el extremo del puente de Triana hay una doble escalinata, una casa abierta en el malecón, a la que se entra por una especie de escotilla de barco, y tres ventanas con flores; la cabeza de un león marca en esta pared las riadas. Sevilla ha encomendado a este león vigile al río.

## VII

El sol brilla con esplendidez alucinadora; esta luz es la vida del paisaje, y sin ella el barrio famoso no sería sino un Perchel, de Málaga.

Pero esta luz vierte sobre las cosas tarros de color, las destaca con violencia, las individualiza; en un azul añil, como el que tienen las pieles de las panderetas que compran los extranjeros, los tonos se recargan de tinturas, se recortan y acusan con valiente descaro. Se entra por los ojos el color crudo y vuelca en el cerebro imágenes y cosas brillantes, mordentes. No es extraño que esta gente viva de epilepsias, de sacudidas nerviosas, de emociones intensas. Hay olas de luz, como hay olas de agua y olas de calor; Sevilla se agita en una tempestad luminosa, cuyas vibraciones y peripecias marca su alma a los ojos escrutadores. En el verano, esta luz es un calor tan grande, que cuentan los sevillanos de un hombre que, poco previsor, sacó un bastón de metal, derritiéndosele entero en el espacio que hay desde las prodigiosas Casas Capitulares a la entrada de la calle de las Sierpes. En la primavera el calor del verano es luz, y el exceso de vibración es a veces tanto, que en la canícula se forman verdaderas tormentas de calor, olas que hacen exclamar a los forasteros: «Si en primavera es así Sevilla, ¿qué será en verano...?»

De esa estación ya dijo un sevillano cañí de la calle del Paje del Corro estas asombrosas palabras:

—¿Er verano en Seviya...? Mu sensiyo... Lan-

sa osté un suspiro al aire y se fríe como un buñuelo, na má.

A lo que, según afirman testigos presenciales de la memorable conversación, respondió un trianero de la Plaza de la Chapina:

—¿Na má? No, zeñó. Er verano, en Triana, e mucho má que eso.

—Mire osté, comparito, que mucho má que suspirá y que ze fría er zuspiro... e ya calor...

—No, zeñó... Que no lo entiende osté. Cerquita de Santa Paula ze murió en agosto un «niño», y jasía en er velatorio tanta caló que er mismo cadáver pidió por favó un pañoliyo pa quitase er suor e la cara...

Los murallones de Triana; los malecones con sus rampas; las dos orillas del río: la de Sevilla, con sus muelles avanzados; la de Triana, sin otra cosa que muros de defensa y de ribera; unos barcos veleros y las naves de vapor en los muelles de descarga; en aquel caserón encerraban tesoros de América, y en aquella torre, la del Oro, apilaba los suyos Don Pedro el Justiciero; la torre de Santa Ana dominando la línea de casas de la calle Bétis, en la que nació el torero Faico; la torre de la iglesia de la O surgiendo entre manzanas de casitas, blancas como aquellas que cantara D'Amicis, trazadas a modo de juderías; y en un extremo, la torre de la Virgen del Carmen, patrona de los marineros. Y la Giralda..., señora de todo, de las dos orillas,

del río, de la provincia, de Andalucía entera.

En la estrecha calle de Duarte han trazado con carbón, sobre el yeso de la pared, que «Belmonte» es mejor torero que «Gallito», y que el que no piense así debe buscar al autor, cuyo domicilio cita, con objeto de que le haga determinadas sodomías si no logra convencerle. Hay que advertir que Triana es un barrio excepcionalmente libertino y heroico; el aserto, «lo ha hecho un trianero», es una cédula de indemnidad y una certificación de licencia absoluta. Triana no odia a Sevilla; pero tampoco la envidia: es quien es y no necesita de nadie. El sevillano trianero es dos veces sevillano. Menos dulce, es más enérgico, y tiene un género de bravura absolutamente suya, que recuerda la audacia elegante de los felinos y el «primer pronto» famoso de los toros de Saltillo. En otro letrero una mano anónima afirma que Belmonte es su nene; y más allá, con rasgos trazados a manera de los letreros estudiantiles salmantinos, se avisa que en la calle de la Pureza ha nacido el «Dios del toreo». Triana adora a sus hijos, cuando son valientes, de un modo tan exagerado, que, sin duda como protesta, Sevilla finge no dar importancia a los suyos. Mientras Sevilla demuestra a Triana que tiene mayor número de héroes, Triana se enorgullece de tener, cuando lo necesita, uno que «quita el hipo», un «niño de una vez», a cuyo lado palidece

«Dios y su madre». Cuando uno de esos niños realiza atrocidades que dejan asustada a Sevilla, la secta marroquí de los Aissauas es una Comunidad de franciscanos comparada con las huestes trianeras. Menos alegres, en realidad, que los sevillanos y mucho más pobres, son fanáticos en la expresión de sus sentimientos.

Santa Ana es un amasijo de construcciones teñidas de bermellón sin esgrafiar, de amarillo rabioso y retocadas con escandalosos blancos. Alfonso X, el Sabio, agradecido a Nuestra Señora por haber sanado de una dolencia en los ojos, erigió esta iglesia; pero si el rey resucitara, de seguro que no conocería de su primitiva fundación si no es la puerta de la calle Vázquez de Leca, que conserva aún su tejaroz con canecillos en forma de leones, su archivolta primitiva ojival y sumamente rebajada, y los arcos concéntricos partiendo de airosas columnillas. La torre es mudéjar en su primer cuerpo, y en los otros es lo que queráis que sea, pues tiene arcos canopiales, campanas, azulejos, tejas, y una caperuza de pizarra. Montes, el torero, fué monaguillo de este templo, dato que por los siglos de los siglos irá unido a la fama de la parroquia, cuyos azulejos de Niculoso hacen de ella un Museo nacional semejante a la ermita de Nuestra Señora del Prado en Talavera de la Reina.

El azulejo de Triana es en la Cerámica un

buen hallazgo. Lucca della Robbia sentiríase satisfecho contemplando esta tierra cocida cuya arcilla despide luces metálicas, convirtiendo sus ocres en joyas, en perlas su barro. En 1577, Cristóbal de Augusta poseía en la calle de Santa Ana una ollería: hoy no son tan famosas, pero existen, y esos almacenes son como extraños bazares orientales en los que la imaginación queda deslumbrada por la fatiga de la admiración. Azulejos con dibujos bellísimos de lacería o ajaraca; copias de lunetos, aliceres almohades, almocábares y trabajos mudéjares con sus reflejos dorados; cerámica morisca con sus irradiaciones cobrizas; azulejos de cuenca, polícromos, pintados, esmaltes que a modo de alfarjes traman endiablados arabescos y taraceas, piezas que crearon esas maravillas del belicoso barrio que se llaman el Presbiterio y frontal del retablo mayor de Santa Paula, azulejos que hicieron un paraíso del pabellón de Carlos V en los jardines del Alcázar, o los planos deliciosísimos de San Lorenzo, o las galerías de la Casa de Pilatos, o el Palacio de las Dueñas o la Casa de los Pinelos o aquella capilla Real del Alcázar que por sí sola bastaría a dar alto renombre a una ciudad cualquiera.

Las flores y los azulejos son la prueba real de la alegría sevillana. La ciudad cría aquéllas, Triana ideó éstos. ¿Cuál de esas dos maravillas resalta más su genio o le revela mejor? He ahí

la cuestión que no nos atreveríamos nunca a discutir; pero ¡son tan amigos los azulejos trianeros de las flores sevillanas...! ¡Qué bien armonizan en esta ciudad de ensueño los azulejos, las rejas y las flores...! No es posible imaginarse sinfonía más vasta y delicada que la que forman esas tres cosas donde quiera que se encuentran juntas. Quizá la música mejor que la poesía pudiera dar impresión exacta de tanta belleza, de la gracia que al hierro de la reja presta al zócalo y marco de azulejos mientras las flores trepan cerca de ellos con cierto miedo de ocultarles como si comprendiesen que son relieve de la propia hermosura. ¿Quién olvidará en su vida, una vez vista, aquella reja de la ventana que da luz a la Sala del Pretorio en la Casa de Pilatos, eterno tipo en lo futuro como lo ha sido hasta ahora de las ventanas de Sevilla aunque la dispute su soberanía la reja gótica de la escalera en Casa de los Pinelos? Gustaron siempre los pintores de reproducirla tanto, que los extranjeros mismos vienen preguntando por ella, y con haberlas hermosísimas en la ciudad, nada, ni los balcones bajos de las Salas Capitulares ni las rejas del jardín de la Casa de las Dueñas, les pasma como la divina [illegible]na.

En Triana [illegible]s hay preciosas. Sevilla se moderniza lamentablemente. Triana permanece fiel a las viejas tradiciones. Su gesto agresivo guar-

da en esa misma intransigencia cierta austeridad artística; no la comprende, pero la siente. Aún conserva en sus calles oficios y artefactos del más rancio primitivismo. En la calle de la Ardilla, que es un callejón gitano del barrio de la Cava, moldean los cacharros con unas grandes ruedas antiquísimas a las que se unen muchos hilos. En Evangelista, Febo, Lirio, Laurel y puerta de la Huerta del Carmen trabajan en el arroyo con utensilios seculares. En la calle de Castilla, los esparteros y las boterías producen un efecto asombroso de carácter; de las esparterías sale el olor peculiar de la planta seca, tundida y liada en soguillas para el rudo trabajo de coser con ellas; de las boterías se escapa un hedor agrio, el de la pez que componen sazonándola en la caldera con cebollas en vinagre, ajos rojos manchegos y mondarajas de naranja. En las puertas de estos curiosos establecimientos, forzudos «niños», de caras de torero, componen los piédegos, las garrillas y las palas de los corambres o pellejos. Uno de esos niños canta esta copla del «Escacena» o el «Cojo de Málaga».

«La silla donde m'aziento
ze l'ha caío la enea
de tanto pazá tormento...»

Los esparteros cosen, ceñudos y silenciosos, manejando airosamente sus relucientes agujo-

nes, vendadas las manos, la cara afeitada con esmero. En las jambas de algunas puertas hay colgados manojos de llaves viejas, cerraduras y candados mohosos de orín, zorros y trébedes. Los albardoneros trabajan en sus jáquimas y albardas, cerca de su mesita terrera donde tienen los ovillos, herramientas y largas cinchas de cuero o lienzo para reforzar los atalajes de las bestias; pendientes de unos cordones, muestran en la calle sus ataharres bordados en vivos colores, con realces de estambre y largas borlas morunas. En cierto cuchitril o tiendecilla hay un cartel con esta advertencia admirable: «Buidura mecánica. Se saca punta a las herramientas que la necesiten. Se amolará mecánicamente (no al prójimo), sino a las que se entreguen para su vaciado.» En un soportal ha establecido su mesa y accesorios un remendón; tan expresivo es su rostro, que recuerda al famoso cerote sevillano que, viendo pasar junto a él un borracho «loco perdío», se dirigió al parroquiano y le hizo esta solemne afirmación:

—¿Ve osté eze niño...? ¡Asín estaré yo er domingo!

Calles rectas, blancas, claras, de casas pequeñitas, muy bajas, con las celosías en las ventanas enrejadas, o la cortina de franja azul echada sobre el antepecho y la galería abierta en el último piso y las jaulas colgadas don-

de pueden solearse bien los animalillos sin freirse. Balcones cien veces premiados en los concursos, mucho más hermosos cuando no cuelgan de sus barandas los exóticos y nada andaluces mantones de Manila, ni guirnaldas estrambóticas, bellos con un género de belleza que nadie ha sabido jamás comprender y todos, sean de donde sean, han sabido sentir, con sus marquesinas, cornisas o guardapolvos, sus viejos hierros, los farolillos cercanos que alumbran santas escenas esmaltadas en azulejos, los arcos que recuerdan las ventanas sirias, alguna de esas viejas telas o colchas, llamadas de Damasco, caídas a un extremo del balaustre a modo de tapices, como en las ciudades italianas, mientras, en el otro, los tiestos en las horquillas salidizas sostienen entre el cielo y la tierra esos pebeteros de ofrenda misteriosa, verbenas, alelíes, gardenias. minúsculos rosales de pitiminí, clavellinas, los morados lirios, las azucenas de marfil, las pimpinelas y las campanillas azules cantadas por Bécquer. Huertos pequeñitos como patios, en los que las flores no se llaman como en otras partes, con vereditas casi ocultas por macetas de claveles, cada uno de los cuales tiene un nombre, un mote sacado a su tipo por esta gente que cree no deber llamar a las cosas por el nombre que las dieron, sino por el que sus cualidades piden. Así sabéis que hay claveles remilgados y atildadísimos que

se llaman «señoritos»; otros, que se denominan «bola de nieve»; otros, que por su color de vino están condenados a ser «borrachos»; unos son de «trapo»; aquéllos «disciplinados»; éstos relojeros»; los hay de «nácar», de «coral» y de «paja»; quiénes son de «tomate y huevo»; cuáles «banderas españolas»; Las rosas admirarían a botánicos como De Candolle y horticultores artistas como Oscar Barett, y en el *Herbarium* de Apuleyo no se encontrarían talismanes de mayor virtud. Borlones, jazmines reales, magnolias, jazmines moriscos, varitas de San José, flores de «rumbo», de «virgen», de «amor», de «musgo» y de «a libra», flores vivas que tienen significados precisos, corrientes, de poesía vulgar, pero de infinita pasión, como sólo esta tierra morena puede engendrarlas.

«Morena tiene que ser
la tierra para claveles...»

Nada de valores simbólicos refinados. Son flores de humildes, flores de cuyos capullos han salido las coplas y los piropos, la música andaluza, las procesiones, la pasión, el fuego de los ojos. Su contemplación incesante ha dado a esta raza oriental un ansia infinita de luz y su cultivo amoroso les ha enseñado a vivir de prisa, como ellas. Madrugan demasiado a vivir y su vida es luz, fuego, abrasadores soplos que si dan a la sangre la púrpura del granado,

la consumen pronto. Luz, flor, corazón, vida, ilusión, imagen, dolor y muerte. El exceso de luz produce dolor; es vida brava, pero rápida, y esa pasión tiene que ser dolorosa. Su intuición no es fecundidad, es movimiento; no es fuerza, porque esa energía no desplaza vigor y la vida que irradia se torna en arrogancia. Como en sus flores, el color absorbe el calor y dura poco en Sevilla un alma.

Por eso aman tanto las flores. No podrían vivir sin ellas. Luz y flores son los azulejos, el Alcázar, la Giralda, la Puerta del Perdón, las Casas Capitulares, el Guadalquivir, la Torre del Oro, esas Parroquias incomparables que tienen la torre mora, la cúpula cristiana, pagana la nave y oriental la puerta, esos palacios que son como poemas sublimes de la raza y la sangre y el oro y las penas, ese ambiente de las calles que no se puede respirar mucho tiempo porque enerva y mata, esas fiestas que son orgías después de haber sido funerales. Castilla ha dado a España Don Alonso Quijano; Aragón, el Antipapa Luna; Galicia, Colón; Cataluña, Raimundo Lulio; Castilla la Vieja, el Cid; Valencia, los Borgia; Asturias, el Liberador; Navarra, el de las Navas; Extremadura, conquistadores de Indias; los vascos, marinos dignos de los holandeses; Andalucía, Don Juan. Ha entregado a la Raza un alma que es síntesis perfecta de la suya: un rayo de luz. Ese rayo de luz vivió de

prisa; fué tan malo que siempre habrá de él funesta memoria, y fué tan bueno que fundó un Hospital de la Caridad para sepultarse él mismo en el ataúd donde le vió Valdés Leal; amó tanto, que sufrió como ningún hombre; tuvo tanto valor, que nadie en el mundo cometió villanías más necias; tan alto puso su honra, que no respetó la de nadie; vivió como nadie ha vivido y el resumen de esa existencia tumultuosa es la palabra «nada».

¿No ha de amar las flores un país que es una inmensa flor?

## VIII

En su juventud—dice Gómara—Hernán Cortés andaba a «la flor del berro». Sevilla anda todavía como su admirable hijo. La ciudad de la Gracia abunda en riquezas y, sin embargo, parece no darse cuenta de ello y poner empeño en adoptar una postura incómoda. Diríase que es hastío o hartazgo. Un extranjero, que pasaba por la calle de Arias Montano, hacía esta pregunta a un hombre que le acompañaba:

—¿Esta ciudad tiene voluntad?

—No—contestó el acompañante—; pero tiene al Señor del Gran Poder. Los sevillanos le llaman Nuestro Padre Jesús del Gran Poder.

El amigo del extranjero le decía una profun-

da realidad. Después de Cádiz, Sevilla es la población que menos voluntad tiene. No la necesita. Montañés, interpretando los deseos del pueblo, ideó una imagen que lo pudiera todo, y hay que confesar que la hizo tan bien que no es extraño confíe en ella el pueblo. Todos los viernes del año, Sevilla entera—como la capital de España al Nazareno de Medinaceli—, acude a San Lorenzo a rogar a su Señor; en Madrid sólo concede una de tres cosas que se pidan; en Sevilla, si se le pide una, concede tres.

—Zeñó—le suplicaba cierta vez un gitano—; dame a mi mujé y a mí un churumbeliyo pa pazá er rato...

El Señor del Gran Poder, observando la fe que el cañí ponía en su ardiente ruego, le dió a enteneder que su plegaria había sido oída. Y así fué. A los nueve meses justos, día por día, su «mujé» daba a luz tres robustos churumbeles.

El gitano, que sólo había pedido uno—«pa pazá er rato»—, acudió a San Lorenzo, tirándole de las greñas, dispuesto a ponerle al Cristo la cara «colorá»... Pero como es clásico ya que un gitano encuentre siempre a otro cuando está a punto de cometer alguna barbaridad, el comparito le disuadió con esta simple razón:

—A ti te ha mirao hoy de reojo er sacristán de la O, porque mira, niño, que ze nesesita tené

la cabesa como una adormidera pa vení ar Zeñó der Gran Poer a desile que jaga er puñetero favó de recordá qué fué lo que ze le dijo...

—¿Y qué va a pazá zi yo le digo ezo?

—Como pazá, no va a pazá ma que te lo va a consedé..., y te ze van a morí lo tré y no va habé en Utrera mostachone para er velatorio.

Nuestro Padre Jesús del Gran Poder... ¡Qué nombre, qué extraña y todopoderosa fuerza encierra esa denominación popular! En otros sitios el clero crea estas advocaciones; aquí es el pueblo mismo quien idea esos vastos poemas de esperanza. El cura sólo tiene una cosa que hacer; hacer lo que le digan. El sacerdote es respetado como lo es un talabartero, un marqués o el cachetero de la más desastrada cuadrilla. No se le odia ni se le discute; las cuestiones anticlericales y el problema confesional son en la ciudad un punto confuso; Sevilla prefiere, no obstante, los sacristanes siempre que ha de tratar asuntos con sus Imágenes. La familiaridad que los sacristanes tienen con los Santos ha caído en gracia al pueblo, que cree este conducto menos canónico, pero más positivo.

El Párroco, no; la Parroquia. La Cofradía triunfa del Cabildo, como la imagen del «Paso» ha relegado a la soledad polvorienta de sus hornacinas iconos menos afortunados. No les agravia; es que no se acuerda de ellos. Si se le apura un poco, no se acuerda de nadie mas que

del santo que él mismo escogió con este criterio: la simpatía. Si algo puede inclinarle a determinada devoción, no es jamás el arcediano o el coadjutor, es el Barrio. La Catedral le parece bonita para enseñársela a los extranjeros; pero va a ella todo lo menos que puede; está orgulloso de su grandeza; mas nada hay en Sevilla que le encante como la Parroquia que guarda su «Paso». La Catedral de Sevilla se puede definir así: es una Catedral, la única en España, que no hace «sombra». En otras capitales o cabezas de Diócesis la «sombra» de la Catedral cubre la ciudad de tinieblas y el pasado es quien manda. Si a un sevillano le explicaran cómo poblaciones inmensas no son mas que dependencias de la Catedral le produciría el mismo efecto que a un torero el relato de las hazañas del toro Sandjivaca en el Pantcha-Trantra. Su Catedral fué hecha por unos sevillanos con este objeto bien señalado por ellos mismos: «Para que los venideros les tuvieran por locos.» Tal se dijo el 8 de julio de 1401 en el Corral de los Olmos.

Le había rogado cierto sevillano a otro que siempre que fuera en su compañía y mintiera le tirara de la manga para advertirle de su falta. Tratábase un día, en determinada reunión, sobre las dimensiones de la Catedral-Basílica, y el sevillano creyó deber suyo, como testigo de vista que era, enseñar a sus interlocutores

la verdadera magnitud de la obra de Alonso Martínez o de Pero García.

—La Catedral de Seviya—dijo—vendrá a tené de la cabesa al rabo sien legua má que menos...

Tiróle de la manga el compare, que en nada estuvo el rompérsela, y, pesaroso de haber mentido, arregló su exageración de este modo:

—Pero, en cambio, no tié de un braso a otro ni vara y media...

La idea que tienen los sevillanos de su Catedral no responde ya a lo que fuera motivo para acordar su erección... «*La magnificencia de los ánimos sevillanos de sus ilustrísimos Capitulares no cabía ya en aquel estrecho templo...*» Los Divinos Oficios, a excepción de la Semana Santa, no interesan mucho a la «magnificencia de los ánimos sevillanos». Como el sevillano del cuento, la encuentran demasiado grande. Se les oye decir: —Es triste.

Son sus Parroquias lo que triunfa en su alma. La pila del bautismo es un imán para todo sevillano de pura sangre. Después de su madre, que les dió la alegría de parirlos en Sevilla y no en otra parte, lo que ellos aman más es al cura que tuvo la dicha de verter sobre su cabeza el agua purificadora. Otras regiones recuerdan el día de la primera comunión o el día de su boda; Sevilla no olvida jamás el bautizo, el bateo. El padrino es toda una institución. La iglesia encomienda al padrino y la madrina una

labor difícil; mientras vivan han de velar por el niño que «sacan de pila». En ninguna parte de España se tomó esto en serio como en Sevilla, y aunque nadie hace caso de la madrina, el padrino se «las ha cargao»... Se escoge entre muchos, seguros los padres de su influencia futura, y si es torero el padrino, las dichas son colmadas. Los grandes diestros se ven asediados por peticionarios de esta clase de socorro, y sólo se niegan cuando los ahijados suman tres o cuatro millares. Estos compadrazgos forman tal tupida red de parentesco y sentimientos que han originado los lances más salados del mundo. Si el ahijado tiene derechos sobre el padrino, no se cree con menos el padre, según la naturaleza, y ello ocasiona famosos pasos de comedia, en los que no se sabe qué admirar más si el enredo o la gracia. En la América española la palabra «compadre» es sinónima de rebeldía. En todos los trances difíciles se apelará a este parentesco, y sin duda no siempre el padrino lo tomará en serio. Entre los gitanos, en los que esta costumbre ha llegado a ser ley, los primeros que se matan en toda pelea son los «comparitos».

—¡Comparito de mi arma—exclamaba un gitano—, que me estoy ajogando...!

—En zeguidita voy. Aspera que termine de serrá er trato der burro con ete niño de Cabra.

—¡Pa c'ábras tú nasío, ladrón!—gruñía el gitano, dando las boqueadas.

La Parroquia es el esfuerzo supremo de Sevilla, una creación portentosa de su genio sentimental. Los pintores, que son los únicos que hasta ahora han estudiado a conciencia el alma andaluza, dieron a estas iglesias una vida suprema. La «Vicaría», de Fortuny, les enseñó la técnica y el gusto de la escena, ropajes y muebles; pero la Parroquia les descubrió su alma. Bautizos, ofrendas, bodas de «tronío», juegos de monaguillos, reuniones de Cofradías, joviales sainetes de Sacristía y Coro, toros huídos que sorprenden procesiones, aventuras de sacerdotes con beodos o encuentros mundanos bajo misteriosos arcos, todo menos funciones religiosas. La Novena o la Misa ha inspirado pocas obras maestras. El Santo interesa mientras le visten, y una vez vestido, lo que importa no es venerarle, sino enseñársele a todo el barrio para que lo chicoleen, o mostrársele al barrio vecino para que «trague saliva» y no sea «fantesioso» con el suyo. Esto da lugar a batallas en regla, y el Santo entra en su iglesia con alguna menos ropa de la que sacó y cierto aire bravucón y pretenciosillo...

—¡Olé los Santos toreros...!—le grita en la puerta un devoto.

El cura deja hacer por la cuenta que le tiene. ¿Y qué podría impedir él si el Santo no es

suyo ni la parroquia tampoco? El trabajo hizo el Gremio, el Gremio ahorró e ideó la Cofradía, ésta sustituyó el viejo icono por otro nuevo que encargó a propósito para ella, y la Cofradía se adueñó espiritualmente de la Parroquia. Poco a poco sus «Pasos» destronaron las innumerables y anónimas Imágenes de las capillas, y si éstas fueron restauradas y enjabelgada y revocada la iglesia, el objeto fué dar realce al culto de los «Pasos». Gremios ricos, almas ardientes, pusieron en la Imagen escogida toda su pasión. Los fondos pingües de la Cofradía no bastaron, se hizo necesario ofrecerla cuanto de valor había en las casas de los Hermanos. El derroche, la prodigalidad, el rasgo generoso, es precisamente lo que adora el espíritu andaluz sobre todas las cosas, y las joyas deslumbrando en el pecho de sus Imágenes no les dieron ideas heterodoxas o rebeldes, sino que provocaron su entusiasmo. La miseria del pueblo, sus necesidades, no le hablaron al oído sobre la estéril pompa de su ídolo, enjoyado a su costa y con lo que a él mismo le faltaba; su ignorancia o su despreocupación no le revelaron la trivialidad o el paganismo que pudiera existir en estas demostraciones mezcla de poderío casi místico y religiosidad casi profana. Se trataba de oponer a la riqueza efectiva de los señores una fe en el esfuerzo colectivo que no fuera sospechosa al señorío de los latifundios. Nada más a pro-

pósito para ello que la Religión; el Señor de la tierra tenía que quitarse el sombrero ante el Señor del Cielo, cuidado y llevado en andas por cofrades hijos del pueblo y de esas clases medias cuya angustia se mostró en España altanera e hidalga siempre.

Las Parroquias sevillanas, pilas de bautismo de sus feligreses, tienen un encanto singular. No se puede entrar en ellas, como en las iglesias de otras ciudades, en busca de un estilo arquitectónico, de un cuadro hermoso, de una manifestación artística o religiosa determinada. Si el que las visita es hombre de creencias acrisoladas lleva un desencanto mortal; si es un simple curioso sale «chasqueado». Es verdad que muchas de las Parroquias poseen obras de esas que se conceptúan únicas, y que, como el pueblo dice de ellas, no hay dinero para pagarlas; pero aun en ellas la impresión de conjunto lo es todo. Tiene tanto espíritu lo exterior en esos edificios, que juzgamos nada quede para sus naves. Cargadas de alma—y permítasenos la incongruencia—, sus masas desdeñan todo análisis y sólo entregan su encanto al que con el alma los mira. Son como las mujeres sevillanas, un milagro de la gracia. Desorientan al principio porque no son bellas; y embelesan después, cuando el espíritu, rechazando las fórmulas hechas y el criterio impuesto, se deja seducir por ese género nuevo de belleza al que basta el

gesto, como al torreón de Don Fadrique, o al Humilladero de la Cruz del Campo, o al enorme viril del Triunfo, o a las estatuas del entallador Diego de Pesquera en la Alameda de Hércules, o el Mercurio de su fuente en los jardines del Alcázar. La actitud, el gesto, es en los hombres, como en los edificios, el secreto de la ciudad. Los hombres pueden no comer, pero son bien plantados; todo lo perderán antes que ese aire al que ellos llaman «facha», contracción de fachada. Marcarse, tener ángel y traerse lo suyo son tan necesarios al espíritu sevillano como la vida misma. Su generosidad sin límites no llega a perdonar la sosería; la virtud «patosa» le parece inaguantable. Los curas, que tienen el don en todas partes de acomodarse magníficamente al medio que les rodea, caminan por Sevilla con el manteo a modo de capote de lujo, el sombrero de teja ladeado gachonamente, erguidos como el Giraldillo, retadores como el San Pablo de la Puerta del Perdón; saludan a los conocidos con ese gesto del lidiador en el ruedo, y que consiste en un gracioso movimiento del brazo accionando como si fuera un cuerno, y que no se sabe por qué hace reír siempre; la gente no encuentra sus andares, garbo y «circunstancias» impropias de un clérigo, y cuando un sevillano ve a un sacerdote jacarandoso, le sale al encuentro y le alaba:

—¡Vaya un Padrito salao, andando como María Zantísima...!

El «Padrito» ríe el elogio, «la flor»; sin duda la Madre de Dios no andaría así; pero los sevillanos no aman los hieratismos orientales y se imaginan a la Virgen como una trianera o una macarena que «golvió chalao perdío» al mismo Espíritu Santo, en cualquier callejón de Nazareth, un día de toros.

Y como los curas, son sus Parroquias: «la sal en rama». Son en su mayoría iglesias cristianas que no quieren dejar de ser Mezquitas. La torre de San Marcos es un alminar almohade; la torre de Santa Catalina es un alminar mauritano; la torre de Omnium Sanctorum tiene por fuera grandes paños de ataurique ajacarado y por dentro los alboyres que poco tiempo más tarde había de acompañar a los techos de alfarje y los arrocabes; la torre de Santa Marina y la de San Salvador alminares son. La torre de Santo Tomé en Toledo, la de San Pedro en Madrid, la de San Martín en Teruel, tienen muchas hermanas en Sevilla. Las que no son árabes o mudéjares parecen que se lamentan de no serlo y furiosas por ello se vengan en sí mismas y ofrecen aspectos lamentables; ésta recuerda la torre de la Colegiata del Salvador en Jerez de la Frontera; aquélla las gemelas de la Catedral de Cádiz; otra, la torre de la Arciprestal en Castellón; alguna, rasgos de las to-

rres de Murcia y Córdoba; esotra, la torre de la Concepción en Huelva; quiénes, las torres de San Esteban en Segovia o la Colegiata de Toro. Todas quieren tener algo de la Giralda, parecérsela en el aire siquiera como la torre de San Pedro donde se bautizó a Velázquez. San Isidoro, que ve en toda su majestad la elegancia insuperable de la Giralda, avergonzado, ha decidido no tener ni sombra de torre. Santa Teresa, que soporta sobre una especie de terraza la joroba de un cimborrio monstruoso, levanta en su imafronte una espadaña enorme que es, en vez de torre, un campanario deliciosamente grotesco.

Hablan, viven esas torres, como las calles y las casas. Ni el tiempo, ni las reparaciones, ni los añadidos disparatados pudieron arrancarles la hechicería mágica de sus cuatro líneas. Surgen entre las casas, como el alminar de Santa Catalina, y los tejadillos y las terrazas parece que la sostengan en el aire para que nadie se quede sin ver su gracia ligera, riente y retadora: es tan linda, tan poco pesada, que recuerda las torrecillas que los pintores ponían en las manos de sus imágenes. La de San Marcos arranca del pavimento con la arrogancia de una palmera y la iglesia se une a ella como si la divina torre fuera un formidable minarete de imán; ese imán, sin duda, atrajo los primeros azulejos sevillanos con que se adorna. La de Omnium Sanctorum,

profanada, aplastada, tiene la belleza de las siervas árabes, su resignación, el encanto de una pasada libertad ardiente. Las torrecillas de los Conventos y Hospitales ¡qué airosas emergen en el dédalo de terrazas, balcones y tejados...! A veces se asoman con timidez seductora como la torrecilla de la calle del Espejo; a veces parece que se aupan sobre sus cimientos, como mujerzucas curiosas sobre sus pies, para ver el interior de los patios monjiles, sus albercas, las palmeras, el extraño ciprés rígido como la regla de la Orden al que hacen burla las malvas reales y conturban los jazmineros con sus perfumes o adula el aromo la terrible flor que ninguna sevillana tendría en su terraza o su huerto porque «quien la tiene en su casa no se casa...» La torre bermeja de San Salvador, gentil, con aire de haber venido de Italia y estar en el secreto del Renacimiento, reina sin envidia sobre un panorama espléndido de balaustres de hierro viejo, abiertos entre paredes, por cuyos barrotes se escapan los rosarios de florecillas y las hojas de las guirnaldas, de terrazas, tejadillos y balcones en bullicioso desorden bellísimo que copia un pueblo aéreo minúsculo hecho por las palomas y los pajarillos a imitación de la Sevilla que vibra más que vive un poco más bajo...

Parroquias de San Lorenzo, San Vicente, San Andrés, Santa María de las Nieves, San Román, San Martín, Santa Lucía, Santa Inés, San

Gil, San Julián, Santa Marina y tantas otras más, ¿a qué iglesias de humildes os parecéis...? Conventos de Santiago de la Espada, Santa María de Jesús, Santa María del Socorro, San Leandro, San Clemente, Santa Clara... ¿qué tenéis de parecido con los otros Monasterios de la tierra? Parroquias y Conventos por docenas y su presión sobre la ciudad es nula. Son casas como las demás, un poco más grandes, algunas más bellas, tan bellas algunas que sus patios se han hecho célebres en el mundo. Murillo no sabía salir de los Conventos de franciscanos. Se comprende que no quisiera salir; nada dice en ellos de austeridades espantosas, no son casas de maceraciones y penitencias, ríen como ríe todo en Sevilla. Don Juan estuvo en uno de ellos; don Alvaro, en otro. Creían que la paz ascética envolvería su alma pecadora con la doble mortaja del cilicio y del olvido, y don Juan mató en uno de esos jardines a su enemigo. Dumas, Zorrilla, Tirso y Byron los buscaron aquí. Son casas de oración que Sevilla ampara porque peca mucho y está muy dentro de su carácter el arrepentirse cuando... ya no puede pecar aunque quiera. En otras ciudades el Convento devora la Parroquia; aquí no se enteran de su vecindad. Como no se necesitan, no se odian. Los frailes tienen ese gesto «pinturero» que puso el Montañés al San Ignacio de Loyola, figura prodigiosa del retablo mayor

en la capilla de la Universidad. Su San Francisco de Borja, cuya cara no desdeñaría el Donatello, tiene en la mano una calavera y los brazos y el cuerpo parecen iniciar los primeros compases de las «sevillanas». Su San Bruno, del Museo—otra joya artística—, saluda con el brazo derecho a modo de los lidiadores, y el San Jerónimo, del Torrigiani, se pega con una piedra en el pecho, adoptando una de esas «posturitas» que, como por aquí dicen, «se las trae...» La Santa Catalina—la Minerva cristiana—que remata el cimborrio de su Parroquia. lleva la cruz—lanza de la Pallas Atenea—con un salero tan grande que, si no existieran los angelillos de la Custodia, de Arfe, ella sería la soberana del gesto andaluz.

Los monjes y los curas no alarman a los sevillanos. Se le ha olvidado a Romeo Manzoni, en su libro «El cura en la historia de la Humanidad», el capítulo del cura de Sevilla. Las altas dignidades de los Conventos e Iglesias se os presentan como los majestuosos archimandritas rusos, o patriarcas armenios, o esos Prelados de Jerusalén que se denominan «Vuestra Paternidad Reverendísima»; pero, escasos minutos después, sabéis que registran su Breviario con la postal de Joselito o la «Niña de los Tobillos» y os dan en la barriga con el dedo índice ese golpecito que es señal de confiden-

cias pecaminosas cuando le acompaña este terminucho:

—*¡Guasoncíbilic...!*

Han sido terribles en otro tiempo. La Inquisición sevillana fué muy cruel; los autos de fe en la plaza de las Pescaderías y el Quemadero del Prado de San Sebastián son innumerables. Los familiares del Santo Oficio se extendían por la ciudad como una red tupidísima y, hoy, en la iglesia evangélica de San Basilio se conserva todo un Museo de instrumentos suyos de martirio. Mas los espectáculos taurinos han quitado al pueblo el gusto de estas repugnantes expiaciones, y los sacerdotes sevillanos son hoy «padritos» simpatiquísimos, incapaces de decir un «ora pro nobis» más alto que otro, belmontistas o gallistas, según del barrio que sean y la Virgen o el Cristo que sirvan. He aquí lo que se dice en la ciudad de uno de ellos:

Necesitando los joselistas de cierto barrio unas andas de «Paso» para llevar en triunfo por las calles a su ídolo torero, que venía de la «temporá» con cinco sacos de orejas cortadas, delegaron una Comisión de niños *bitongos* que pidiera a X, párroco de San Z, las preciadas andas.

—Acá venimos, padrito, en Comizión pa que nos preste las andas e la Virgen.

—Mucho es lo que pedís; ¿y con qué objeto me las pedís?

—Casi na, pare de mi arma... Figúrese osté que son pa paseá por Seviya ar niño Joselito, que trae un vagón e orejas ganás a purso... en tóa España.

Quedóse lívido el buen párroco al oír semejante proposición, tan profana como sacrílega, y su emoción fué tan profunda, que hubieron de reanimarle con «sendos» vasos de agua porque no daba señales de vida.

—Camará, zeñó cura; cuarquiera diría que lo viene uno a quitá el ama...

—¡Salir de aquí, hijos de Satanás!—rugió el párroco.

—Mire osté, padrito, que las andas son para Joselito, y que zi no nos las da...

—¿Para Joselito, yo?—exclamó colérico el sacerdote—. ¡A Joselito no le doy yo ni la unción, ¿os enteráis...?, ni el santóleo...!

Mirábanse los unos a los otros que no se veían, cuando el Padre añadió:

—Otra cosa sería que hubiérais venido por ellas para pasear a Belmonte. Para ese niño doy yo hasta el copón, si hace falta...

El cura sevillano, que oye en confesión los pecados «más gordos» del Universo, tiene que ser por necesidad, y es, exorable. Además, el clima...

—Acúzome, pare—decía un sevillano muy

compungido—, de haber aprovechao en ete Mundo perro toas la ocasione de jasé lo que no se debe. Meno robá y asesiná, tóo, pare, tóo...

El padre le respondió, quitándose el sudor que empapaba su frente.

—Mira, hijo, no te acongojes mucho, que ete caló tié la culpa e tó lo malo que se jase en Seviya. Ahora mismo me está disiendo a mí er demonio que te diga que dezembuches pronto pá irme a refrescá ar patio.

—Acúsome, pare—decía otro sevillano en la confesión obligatoria de la boda—, de no habéme confezáo en mi puñetera vida, porque ziempre ha creído un zervidor e osté que ezo de la confesión era pamplina para los canarios...

Sevilla es el pueblo donde menos se besa la mano a los curas y donde más familiarmente se habla con ellos. Se oye decir al pueblo con mucha frecuencia:

—Eze e un ofisio como otro cuarquiera. Zon uno hombre como nosotros.

Este pueblo, que habla así, se dejaría matar por el honor de su Parroquia o de la Imagen que venera. Le tiene sin cuidado que los sacerdotes que paga no sean como debían de ser, y el cura no puede aquí contar con el famoso «brazo secular» o de los seglares. Ni aquéllos serían capaces hoy de poner por obra lo que Libanio les aconsejara en su apocalíptica «Ora-

ción en favor de los templos», ni los seglares se resignan a no resistir cuando les parece. El escritor ruso Rogatcheff, combatiendo la irresistencia proclamada por Tolstoi, dice, en su libro «El ídolo y su moral», que la moral cristiana hace esclavos, de la que se aprovechan hábilmente los poderosos. En Sevilla ha sucedido lo contrario; el amor a los ídolos cristianos ha producido una extraña moral religiosa, que nadie se ha atrevido a examinar, no fuera que topase con un género nuevo de comunismo en el que los elementos socialistas directores fuesen nada menos que Jesús y María. Salvador Viniegra pintó un cuadrito delicioso, titulado «Junta de una Cofradía sevillana en 1800». En él traza capítulo soberbio, digno del «Ayer, hoy y mañana», de Flores, y honda psicología. En una sala capitular de humilde diseño se han reunido personas de la más varia condición: una muchacha, hija neta del pueblo; un soldado, rica hembra tocada de soberbia mantilla, ancianos, un sacerdote, obreros, nobles, cultivadores de las artes liberales, un maestro con su niñita en las rodillas, funcionarios barbilindos, currutacos, profesionales de las leyes... Sentáronse en dos largos bancos, de esos que nuestras Sacristías han, por buena ventura, conservado siempre, y sin distinción alguna de clase, al lado unos de otros con imponente y profunda igualdad. Un brasero de copa, de Luce-

na, da calor a la severa estancia, y del techo pende una de las lámparas andaluzas que recuerdan los lampadarios romanos, las luceras árabes, los velones, todo al mismo tiempo, sin que falte la borla roja de los lucernarios orientales colgando de la anilla. Una reducción de la imagen venerada, ante la que encendieron seis velas de color de rosa, preside la Junta; a ambos lados del altarcito, cuya sevillana traza de dosel y peana inspiró el «Paso» de las Soledades y Dolorosas, destellan luz y oro, y los vivos colores de las flores uno de aquellos famosos estandartes llamados *Sin Pecado* y la bandera gremial santificada. En estrados, el Cristo es tan enorme que medio oculta al Mayordomo mayor, cerca del cual el Hermano Teniente escucha con atención a un fraile que tomó la palabra ha tiempo largo, mientras el secretario, de empolvada peluca y rameada casaca, escribe, y el Párroco autoriza con su presencia las actas. Cada uno tendrá derecho a decir lo que sienta y su voto prevalecerá, si así se acuerda por todos, atendiendo al espíritu que informe su opinión y no a la humildad de origen o labor en que se ocupa. El pensamiento de la cigarrera y las palabras del leguleyo, la opinión del manolo y el sentimiento de la dama aristocrática valdrán allí tanto unos como otros, y juntos más que la determinación de la Iglesia y los Poderes públicos. Es

el rayo último de nuestras Cortes y Compromisos, de nuestras Hermandades, de aquel poder corporativo que, frente a la ineptitud de las clases directoras, supo coartar la avaricia o el despotismo de las Banderías y los Privilegios.

El cofrade sevillano de hoy es un poco más complejo. Desde que los medidores de la Alhóndiga fundaran la primera Hermandad hasta nuestros días, las multitudes andaluzas y el carácter sevillano han evolucionado mucho. Todo un inmenso libro de utilidad incalculable hay en las transformaciones sucesivas del espíritu comunal andaluz. ¿Por qué los Gremios, agrupados para fines económicos, se hicieron representantes de su propia fuerza y, desesperando de obtener mejoras terrenales y soluciones prácticas, se convirtieron en absurdas Asociaciones de penitencia? Durante el paso de las procesiones por las calles los nazarenos—oculta como hoy la cabeza, pero desnudos de cintura arriba—flagelábanse sin compasión. La gente, codiciosa de ver sangre, no les dejaba andar.

—Háganse allá, hermanos, por el amor de Dios; ¿no ven cómo estos pecadores se desangran a caño libre por la tardanza?

Y como, a pesar de tan recomendable manifestación, la gente no hiciera caso, se oía decir a los conductores o guiones de los «Pasos», con irritadísima voz:

—Como no se hagan allá, hijos de puta, le voy a meter el cirio a alguno por...

En una vieja Historia de Sevilla, Alonso Morgado edificaba a sus lectores diciendo: «Contemplar a Sevilla por una semana toda, regada de sangre derramada en memoria de la Pasión de Nuestro Maestro y Redentor Jesucristo...»

Carlos III abolió el uso cruento de las disciplinas; pero no consiguió desterrar la costumbre. Mucho tiempo después, Goya y Lucas copiaban las escenas monstruosas. La Inquisición proveía a los penitentes de toda clase de instrumentos, sobre todo de aquellos látigos famosos que entonces se veían colgados en las tiendas al lado de los utensilios domésticos más en uso. Una vez benditas, el penitente llevaba a casa con su túnica de nazareno unas cintas de hierro, compuestas por pequeñas varillas unidas entre sí como las cuentas de un rosario, y en cuyos extremos había garfios a modo de anzuelos dolorosísimos y diminutas bolas de plomo..., «que a los pocos golpes goteaban la sangre como si la tuvieran dentro ellas y reventaran».

El genio sevillano era entonces, como hoy, de un carácter—psiquis—excepcional entre cuantas muchedumbres hayan existido jamás. Escipión Sigheli, el admirable estudioso de la psicología colectiva, cuyo libro «La multitud delincuente» es realmente extraordinario; ni Pas-

cual Rossi, en su «Alma de las muchedumbres»; ni Barzelotti, en su «Santos, Solitarios y Filósofos», han examinado nunca un pueblo tan interesante. ¿Qué diría Buccola, él que estudió las leyes del tiempo en los fenómenos psíquicos, si observara en un país todavía aquel «hiatus» de la Edad Media las epidemias psíquicas que tan grande dolor moral producen junto con la más descarada y saladísima indiferencia?

—Hágase, hermano, tres varas más allá, que como le caiga encima de esa cara de lechuzo que tiene una rociada de éstas va a ladrar como un can sin rabo.

Todavía el disciplinante tiene humor para dar un consejo semejante, marchando como va en un reguero de su propia sangre. ¿Qué pueblo de la tierra puede presentar hombres parecidos? Nada vale decir de ellos que son individuos amorfos e incompletos, influídos por hondas sugestiones, psícosis, pandemias religiosas, ondulaciones, trayectorias o fenómenos de contraste, ni juzgarles víctimas de «estímulos exteriores que gravitan sobre su alma por su mecanismo simpático». Todas estas ideas, tan científicas, no iluminan el problema de un pueblo que presenta cuantos síntomas neuropatológicos pudiera descubrir en la muchedumbre un Ottolenghi o un Mantovani, y vuelve sobre ellos burlándose donosamente de quien toma en se-

rio lo que tan serio parece y sin duda lo es o miente la sangre extraída voluntariamente al cuerpo.

Esa despreocupación refracta todo análisis y sólo se entrega a la pura observancia del momento. No es un hecho fisiológico transformado en psíquico, ni «anticipaciones» de incredulidad o desaprensión en determinado sentido; ni el parasitismo, de Nassart; o la lucha, de Vaccaro; o las enfermedades, de Ribot..., es el momento de una mutación continua, lentísima, que, como las observadas por Lyell en los cataclismos geológicos y que sin duda proceden de la pasionalidad transmitida, del idealismo rugiente de la Raza, del beso fecundo del sol al pueblo que, después de las razas africanas, le ha amado más. El carácter—ha dicho Sergé—es un organismo. Lombroso ha trazado el mapa de su sangre; Bianchi, el de sus nervios.

Andalucía es de todas las regiones de España la que más fieramente conserva su espíritu a través de las vicisitudes de una Raza que no tiene en su historia era alguna augustana, paz alguna de Octavio, zona de tranquilidad en el área de su influencia. Mezclas étnicas acertadísimas, injertos de civilizaciones opuestas, transfusiones de sangre semita, le han hecho invulnerable a la descomposición, acusando las fuertes líneas de su temperamento, en el que ningún prejuicio prevalece, ni idea alguna se

osifica, gracias a esa materia soluble en los mordentes que hubieran podido dominarla y que se llama sátira, epigrama, picaresca y gitanismo. A la vanidad orgullosa y la constancia juzgada humillante del Noroeste y Centro, ella ha añadido el ingenio y el amor, que hacen de la pereza una necesidad y un ideal de la negligencia. Su amor hacia todo y por todo le quita profundidad, mas le hace ágil; su ingenio baña esa sutileza con lirismos que, concretados hace siglos, triunfaron en la misma Roma y, decadentes hoy, son todavía bastante poderosos para dominar los sentimientos peninsulares.

El que se adentra en el espíritu sevillano, en la diestra el escalpelo, las cejas fruncidas, principios positivos en la mente, pronto desfrunce aquéllas y ha de arrinconar éstos. La observación y el interés arrastran el pensamiento; el detalle artístico clava en el suelo; la gracia, corriendo a raudales, sumerge el alma en meditaciones inconcretas que nada resuelven, pero que satisfacen. ¡Ah, ese viejo ingenio sevillano qué poderoso es, cuántas esencias de Raza debe atesorar si hoy, que vive en el crepúsculo español, es aún tan radiante y generoso...!

## IX

Las Parroquias sevillanas son refugio de muchas grandes cosas. El pueblo las ama porque son creación suya; guardarropa de sus carnavales religiosos; asilo de sus fueros, más ricos y amables hoy que ya han desaparecido; tesoro de su espíritu creador de instituciones asombrosas, venidas a menos por su culpa, más bellas ahora en su recuerdo que en la época floreciente. Este pueblo vive a escape la realidad para soñar mucho en ella después, y cuando la realidad triunfa de su despego o aturdimiento, no se admira, lo tenía descontado. El célebre dicho suyo «Lo veía venir...», supera en facetas emotivas al «Estaba escrito...» de los árabes. La fatalidad de la resignación musulmana tiene mucho de voluntario sacrificio; el «Estaba escrito...» arguye predestinación y hay en la aceptación sumisa del Destino valores preciosos de masculinidad. En el «Lo veía venir...» hay una cantidad abrumadora de poca vergüenza, de genialidades que acabarán con el alma de la ciudad si estas ciudades no tuvieran personalidad tan poderosa. La Parroquia, como la ciudad, se siente amada con ese amor andaluz que se cree bastar a sí propio y contener en sí cuanta eficacia sea necesaria sin acudir a ulteriores actos. Mas la ciudad y las Parroquias

viven de sí mismas. ¡Qué rara individualización poseen esos pequeños edificios y cómo se defienden de las injurias del tiempo y del amor que se las tiene! Si el tiempo las martiriza a la par que enriquece las magnificencias de lo pretérito, el amor las aisla unas de otras, ahogando en la competencia o en la envidia espléndidos momentos comunales, ornamentaciones que las dieron fisonomía. Y ellas, superiores a lo que las rodea, ofrecen silenciosas su belleza y el pasado que guardan. La belleza de las ciudades ilustres—dice Geraert, en su ensayo sobre Brujas la Muerta—, su fuerza, su espíritu creador, se explican por el orgullo, las necesidades y las ambiciones de sus habitantes: su aspecto arquitectural, sus riquezas artísticas. su fisonomía exterior están en íntima. en apretada armonía con el carácter de la población. Para comprender la originalidad de una ciudad es preciso conocer sus esfuerzos seculares, es necesario haber escuchado los intensos latidos de su alma milenaria.

Las Parroquias de Sevilla son muy superiores a sus amantes. Ese amor es, más que cuidado, egoísmo. Falta conciencia popular y sobra emulación. No se las ama por ellas mismas, sino por la cantidad de luz y orgullo que prestan. El descreimiento es general, y la escasez de atención al tesoro que encierran alarmante. Se sabe dónde está tal Cristo o tal Imagen; si

éstas salen en Semana Santa, si no salen en las procesiones, ¿qué importan? Es curioso obeservar en todas las ciudades de nuestro Mediodía inexcrutado que los edificios e instituciones son superiores a sus habitantes. A excepción de esas almas grandes que rara vez faltan en todos los lugares, lo que interesa a la multitud es ella misma, y eso de un modo que no las lleva a ninguna emancipación, ya en la vida económica, de la que no pasa día que acerbamente no se lastimen, ya del dolor moral que parece en ellos un mal crónico e incurable.

Su dolor, ¡oh, el dolor de las gentes del Mediodía...! Todo habla en ellos de su dolor hasta su legendaria abstención en la vida pública, si es que no trae un bien inmediato, violento. La pena les sigue por donde van, les fascina, adquiere en ellos formas paranoicas o delirios demonopatíacos; no podrían existir sin su pena, que cultivan hasta en los tiestos. Es un dolor alegre, voluptuoso, que preside todos los actos de su vida. Le maldicen y es su brújula; inspira sus desolaciones y es el principal componente de su sangre. Hirn ha escrito en los «Orígenes del Arte» sobre un placer estético que yace en el dolor, y Mashall estudió eso mismo en su «Amor, dolor y estética». Ellos no examinan su dolor, lo gustan, le desentrañan para gozarle. No es sufrimiento, ni amargura, ni tristeza; es algo muy malo y a la vez muy bueno, amar-

go y dulce, que hace mucho daño y mucho bien. Ese vicio andaluz del dolor es la morfina de Sevilla. No hay copla que no hable de él ni acto que no le acuse. ¿Qué cosa lo engendra? Todo ríe en la ciudad y todo llora en los corazones. Ese llanto y aquella risa se llevan bien, se necesitan; del drama al sainete, y muy de prisa, y otra vez, de un salto, a la tragedia. La vida política es una miseria; la vida pública, el triunfo del adinerado y del audaz; la vida íntima, una fiera resistencia a la anulación... ¿Serán estas las causas de ese vasto dolor que parece constituír el alma andaluza?

No son esas las causas. La corrupción de las costumbres, el servilismo y el compadrazgo no impresionan; lo que asombraría sería su extirpación radical. El dolor andaluz no es lógico ni efecto de cosa alguna que pudiera precisarse; es un temor, una emoción, fiebre o calentura continuas como esas que la buena gente adjudica al león para debilitarle, y que se traducen en oposición o embarazo. El presente juzgado por el pasado, escépticos a todo porvenir, indiferentes a la actualidad si no ha irrumpido bruscamente en lo cotidiano y ocasiona deseados sustos y preciadísimas sorpresas, nada les agrada tanto como su dolor, que es su felicidad. Quejarse, sin tener valor para combatir lo que les produce esa pena, temiendo, mientras se duelen, se ciegue la fuente de su dolor y se

encuentren de pronto sin tener nada de qué lastimarse. Sydney, Abrutz, del laboratorio de Upsala, ha establecido lo que él llama diferencias cualitativas existentes en las sensaciones dolorosas, investigando sobre los puntos del dolor y las dobles sensaciones del dolor. Esta duplicidad, estudiada también por Goldscheider y Thunberg, se encuentra perfectamente clara en el alma andaluza. Es una pena que no existiría sin el sabor y la conciencia de ella misma; no es un género de sadismo; la delectación que ese dolor produce está en el mismo dolor, y es como una necesidad de sí propio, que desorienta al que le observa y busca las causas. No sólo ese dolor se produce, sino que se proyecta. En el neurópata la simple vista de un movimiento provoca la ejecución de este movimiento; ¿explicará esta inducción psico-motora el contagio, en la multitud andaluza, de las emociones dolorosas?

Lo explique o no, la realidad del dolor «doble» andaluz es la esencia de su vida espiritual. Se condene o no, ese dolor, capaz de sentirse a sí mismo, crea en torno suyo un mundo de complejas sensaciones, a las que el burdo apelativo de pintorescas quita su indiscutible importancia de Raza. Psicoastenias seniles o simples fenómenos hereditarios de una étnica complicada, la cromatina nuclear de las células germinales, de Hertwig, o la función memora-

tiva de la materia orgánica, de Semon, se llaman aquí ansias, angustias, tormentos, pesares, indecisiones, miedo, sombras, descorazonamiento, temor a perder lo que ese mismo temor no les entrega completamente, la palabra sangre y la palabra muerte siempre en los labios.

Estas multitudes, venidas de toda Andalucía a la Semana Santa, presentan todos los caracteres de la más completa disipación. Las Parroquias están desiertas, a la Catedral no va nadie, y, sin embargo, no hablan de otra cosa que de las procesiones. Todos confían en que la sobreexcitación que su dolor ha de experimentar les producirá un placer inmenso. No son peregrinos convencidos que vienen a Sevilla a recordar la Pasión y desagraviar públicamente un año más al Salvador de los hombres, condenado a muerte; no son tampoco viajeros entretenidos que buscan en Sevilla ocasiones de divertirse y curiosear; son muchedumbres meridionales obsesionadas por lo que es nervio de su existencia: la tragedia en el recuerdo. Empobrecida su fibra creadora—«base somática de la virtualidad de un pueblo»—, buscan la simulación, el lábaro, la imagen, la representación fantástica. Los sevillanos no realizarán otra cosa que lo que esos forasteros vienen buscando, y ese ha sido el enorme éxito de Sevilla.

La adoración al Consolador divino en espí-

ritu y verdad nada significa entre esta muchedumbre. La verdad es su dolor, y este dolor exige mucho aparato para satisfacer exteriormente la visión que tiene de sí mismo. El espíritu es el ambiente, y este medio necesita mucha luz, sol, flores, el «flort et lux» de la fórmula báquica romana. Su Dios ha de quedar satisfecho; él ordenó que se le adorara en espíritu y verdad; pero no se conocía a sí mismo el hijo de Dios. Hay que adorarle, lo quiera o no, como quiere el pueblo, derramando el oro en su honor y la sangre «si se tercia»... No es un culto de latría, ni una idolatría fetichista: es un endiosamiento de Dios mismo, es añadirle gloria, es obligarle a la fuerza a bajar de nuevo a la tierra; pero no tan «panoli» como en los tiempos del Procurador Pontio, sino como él prometió volver, en medio de toda su Corte celestial y el esplendor del Padre. Y ya que él no lo ha realizado, el pueblo simula su vuelta triunfadora, llevando por delante, como los vencedores cesáreos en sus apoteosis, los recuerdos, rehenes y demostraciones de su victoria.

Veníamos a Sevilla buscando fe sincera, y nos encontramos con un tesoro de sentimientos tan complejos que toda la vida de un hombre sería necesaria para agruparlos en orden; deseábamos sinceridad, y hallamos matices que jamás soñáramos en cosa alguna de la tierra. Un

diluvio de luz produce bellezas sin nombre y dolores tan raros, simultáneos y desequilibrados, que parecen morbosos. La ciudad no se transforma estos días, es así siempre; no improvisa, guarda los iconos, y para conservarlos, rodéalos de un fasto indescriptible y ampáralos con instituciones medioevas; nada menos que esto ha necesitado ese pueblo para defenderlos del espíritu moderno y de la religión misma. Firme en su deseo, ha llegado a secularizar, en cierto modo, las Parroquias y las ha convertido en inmensas hornacinas de sus imágenes adoradas. Cada una de ellas es una figura representativa de un sentimiento suyo, de una necesidad. Ya que no puede, por atavismos y condiciones étnicas especiales, resolver sus problemas de alma y de realidad, diviniza las cuestiones y se venga de su impotencia eternizándolas. Nada de un sentimiento religioso, ni de fervor; los dolores que idealiza son los suyos. Y como los ama tanto, esa idealización no encuentra límites, y dentro de ella, agrupa, mezcla, embute los centenares de facetas de su alma sensual y luminosa, hasta hacer de ese culto a Jesús una cabalgata en honor de sí propia; y del rito eclesiástico, un alarde imposible de lujo, desprendimiento, generosidad y alegría romana.

El profesor Harburck habla, en su libro «Psicología y Religión», de las reacciones sentimen-

tales que suscita el icono en las muchedumbres. Las multitudes sevillanas no esperan a que el icono llegue a ellas; forman guardia de honor a sus Imágenes respectivas, y los sentimientos que en sus almas habrían de depertar las efigies les son impuestos a las efigies mismas. Estas no expresarán sino lo que los sevillanos han determinado que expresen. No responden a la veracidad del Dogma sino en esos puntos de contacto que en toda representación mítica son imprescindibles. Parece como si los gremios y las muchedumbres hubieran ideado para un fin social los mismos Misterios que veneran. En 1535 fundaron la Hermandad de las Cinco Llagas; en 1540, la de la Quinta Angustia; en 1560, la de la O y Nuestra Señora de la Estrella; en 1563, la que hasta hoy se conoce por cofradía de las Cigarreras; en 1564, las de Nuestro Padre Jesús Nazareno, Santa Cruz de Jerusalén y María Santísima de la Concepción; en 1590, la Hermandad de la Coronación de espinas. Los magistrados y letrados constituyeron la Cofradía de la Pasión; los panaderos, la de Nuestra Señora de Regla; los hortelanos, la de la Virgen de la Esperanza de la Macarena; los Caballeros Veinticuatro y Jurados de Sevilla formaron la del Cristo de San Agustín y Nuestra Señora de la Hiniesta; los negritos, la de San Roque; los Nobles, la de Regina y Antigua; los comerciantes, la de Vera Cruz; los

toneleros, la Hermandad de la Carretería; los gitanos, la de San Julián; los alfareros, la del Patrocinio.

Las Parroquias e Iglesias no pudieron resistir esta eclosión de sentimentalismo cívico y se rindieron a su apariencia religiosa. En otras ciudades europeas, Nuremberg, Brujas, Oxford, las urbes italianas del Renacimiento, sobre todo Florencia, Koenisberg, Gante, las ciudades germánicas de la «Aufklarung» hubo una semejante floración de Cofradías; pero ninguna de ellas fué desde el primer momento, como estas Hermandades sevillanas, tan poderosa en la hoy llamada por Jovel dinámica sentimental de las muchedumbres. Todo se doblegó a ellas, hasta el Arte; la escuela sevillana de Pintura, cuyo patriarca fuera Juan Sánchez de Castro —el Juan Van Eyck de la paleta hispalense—, nada más tiene un hombre que intentara desprenderse de esa emoción sexual y religiosa, cívica y de erotismo sólo refrenado por una marcada indiferencia a todo delirio místico; ese hombre fué Valdés Leal, a quien su rebeldía condenó a una injusta postergación.

En esas Parroquias todo palidece ante el genio de la ciudad. La Parroquia de San Julián tiene un Santísimo Cristo de la Buena Muerte y Nuestra Señora de la Hiniesta; la Parroquia de San Roque, Nuestro Padre Jesús de las Penas y nuestra Señora de la Esperanza; la igle-

sia de San Jacinto, otro Padre Jesús de las Penas y Nuestra Señora de la Estrella, el Santísimo Cristo de las Aguas y Nuestra Señora del Mayor Dolor; la Parroquia de San Juan Bautista, Nuestro Padre Jesús del Silencio, Desprecio de Herodes y Nuestra Señora de la Amargura; la Parroquia de San Pedro, Sagrada entrada en Jerusalén, Santísimo Cristo del Amor, Nuestra Señora del Socorro y Santiago Apóstol; la Parroquia de Omnium Sanctorum, Sagrada Cena Sacramental, Santísimo Cristo de la Humildad y Paciencia y Nuestra Señora del Subterráneo; la Parroquia de Santa Cruz, Santísimo Cristo de las Misericordias y María Santísima de los Dolores; la capilla del Baratillo, Santísimo Cristo de la Misericordia y Nuestra Señora de la Piedad; la capilla de San Andrés, Sagrado Prendimiento de Nuestro Señor Jesucristo y María Santísima de la Regla; la Parroquia de San Vicente, el Santísimo Cristo de las Siete Palabras y María Santísima de los Remedios; la iglesia de San Antonio de Padua, Santísimo Cristo del Buen Fin y Nuestra Señora de la Palma; la iglesia del Santo Angel, Sagrada Lanzada de Nuestro Señor Jesucristo y María Santísima del Buen Fin; la capilla de los Angeles, Santísimo Cristo de la Fundación y Nuestra Señora de los Angeles; la Parroquia de San Bernardo, Santísimo Cristo de la Salud y María Santísima del Refugio; la

Parroquia de Santa Catalina, Santísimo Cristo de lā Exaltación y Nuestra Señora de las Lágrimas; la capilla de la Fábrica de Tabacos, Nuestro Padre Jesús atado a la columna y Nuestra Señora de la Victoria; la Parroquia de Santa María Magdalena, Sagrado Descendimiento de Nuestro Señor Jesucristo y Quinta Angustia de María Santísima; la iglesia de Monte Sión, Sagrada Oración de Nuestro Señor Jesucristo en el Huerto y María Santísima del Rosario en sus misterios dolorosos; la Parroquia del Salvador, Nuestro Padre Jesús de la Pasión y María Santísima de la Merced; Parroquia de San Miguel, Nuestro Padre Jesús Nazareno, Santa Cruz en Jerusalén y María Santísima de la Concepción; Parroquia de San Lorenzo, Nuestro Padre Jesús del Gran Poder y María Santísima del Mayor Dolor y Traspaso; la Parroquia de San Gil, Sentencia de Cristo y María Santísima de la Esperanza; iglesia de San Gregorio, Santísimo Cristo del Calvario y Nuestra Señora de la Presentación; la Parroquia de San Román, Nuestro Padre Jesús de la Salud y María Santísima de las Angustias; la iglesia de la Santísima Trinidad, el Sagrado Decreto de la Santísima Trinidad, Santísimo Cristo de las Cinco Llagas y Madre de Dios de la Esperanza; la capilla de la Carretería, Santísimo Cristo de la Salud, María Santísima de la Luz en el Misterio de sus Tres Necesidades y Nuestra Señora del Mayor Dolor

en su Soledad; la iglesia de San Buenaventura, Santa Cruz en el Monte Calvario y Nuestra Señora de la Soledad; la capilla del Patrocinio, el Santísimo Cristo de la Expiración y María Santísima del Patrocinio; la iglesia de la O, Nuestro Padre Jesús Nazareno y Nuestra Señora de la O; la Parroquia de San Isidoro, Nuestro Padre Jesús de las Tres Caídas y Nuestra Señora del Loreto; la capilla de Montserrat, Santísimo Cristo de la Conversión del Buen Ladrón y Nuestra Señora de Montserrat; la Parroquia de Santa Marina, Nuestro Padre Jesús Descendido de la Cruz en el Misterio de su Sagrada Mortaja y María Santísima de la Piedad; la capilla del Museo, Santísimo Cristo de la Expiración y Nuestra Señora de las Aguas; la Parroquia de San Pedro tiene, además, Santo Sudario de Nuestro Señor Jesucristo, Santo Cristo de Burgos y Madre de Dios de la Palma; la iglesia del Santo Angel, Santísimo Cristo de la Coronación de Espinas, Nuestra Señora del Valle y Santa Mujer Verónica; la iglesia de San Jacinto, Santísimo Cristo de las Tres Caídas, María Santísima de la Esperanza y San Juan Evangelista; la Parroquia de San Lorenzo, Nuestra Señora de la Soledad.

¿Qué otra manifestación del espíritu de la ciudad podría triunfar de esa sola enumeración? ¿Qué valen ante los sentimientos que sugieren esas Cofradías las quince tablas de Pedro de Campaña; la laude sepulcral de azulejos, de

Niculoso; la Virgen de la Rosa, de Alejo Fernández, en la Parroquia de Santa Ana? ¿Qué significan de mayor carácter y fortaleza, el rosetón bellísimo sobre la arquería ojival; el tejaroz apoyado en las cabezas de leones y la decoración de la imposta en la puerta de ingreso; las estatuíllas, cobijadas por umbelas, a los lados de la clave del arco, y que son, con el Cristo del Millón, de la Catedral, los primeros ensayos de estatuaria cristiana en Sevilla; los ocho retablos, el cuerpo mismo del escritor hispalense Pedro Mejía en la Parroquia de Santa Marina? ¿Qué los rasgos románicos de San Julián y el retablo famoso con las pinturas del maestro Alejo? ¿Qué la Mezquita de la Palma, acabada en la luna de Xaaban, el cuatrocientos setenta y ocho, con su cuadro de Rivera? ¿Qué los aliceres polícromos que revisten los muros del prebisterio de San Gil?

Ni el lienzo de Animas, de Francisco Reina, discípulo de Herrera el viejo, en la Parroquia de Onnium Santorum; ni la techumbre de alfarge en la nave central de la Parroquia de San Esteban; ni el techo de casetones tallados o la Virgen de los Remedios, de Villegas, en la Parroquia de San Vicente; ni las trece pinturas de Valdés Leal en San Andrés; ni la Virgen de Rocamador, las cuatro tablas de Pacheco y la Virgen en alabastro, en San Lorenzo, pueden hacer olvidar al pensamiento la trascendenta-

lísima visión de esas Cofradías, cuyas solas advocaciones levantan en el espíritu torbellinos de ideas.

El altar del Evangelio, con las ocho primorosas tablas de Pedro de Campaña, y el de la nave de la Epístola, con el lienzo magnífico de Roelas, en la Parroquia de San Pedro; las nervaduras de la techumbre en la Capilla Sacramental y la portada de la calle del Sol, en San Román; los azulejos del zócalo de la primera capilla y las pinturas de Pacheco en la capilla de los Carranzas, en Santa Catalina; el retablo del lado del Evangelio, en San Martín, y la divina portada mudéjar, de San Marcos; el retablo de los cuadros alemanes, en Santa Inés; los azulejos planos de la escalera, en la casa conventual, de San Pablo; el soberbio Tránsito de San Isidoro, obra maestra de Boelas, en la Parroquia de San Isidoro; las pinturas de Luis de Vargas en los intradoses de las jambas en la vieja sinagoga La Blanca... ¿Qué superior emoción pueden ofrecer al arte y grandeza de las Cofradías?

Sevilla abruma. Es una ciudad en la que cada calle y cada casa tiran del brazo al forastero para enseñarle sus bellezas. El ambiente le aturde y embalsama; las leyendas extienden en su alma, a cada paso que da, el panorama de un siglo; el arte disputa vuestro corazón al genio doméstico; la gracia de sus ideas os asom-

bra menos que la profundidad de esas palabras únicas, que nadie en España sabe pronunciar como Sevilla. La flor, la luz, la mujer, el significado de la frase, todo es nuevo. No sabéis en qué fijar más poderosamente vuestra atención, porque todo os reclama, os solicita, bulle y gitanea en torno vuestro. Es como si fuérais acompañados de aquellos tres analistas de la ciudad que se llamaron don Diego Ortiz de Zúñiga, Arias Montano y Ambrosio Morales, y os sirvieran de guías Montoto, Amador de los Ríos o Gestoso. En Sevilla lo antiguo no ha muerto ni duerme; persiste hoy como ayer, y esta doble vida tiene, como el doble dolor de las almas sevillanas, una estela de llamas y un proyector de fuego. Vuestra labor analítica es rota por una nueva impresión. Si observáis una casa, aparece en la ventana un personaje que es más interesante que la casa misma. El edificio cristiano se negó a substituír al árabe, obligado por el fanatismo, se adornó de tal modo con las joyas de los Ommiadas, que os parece contemplar un edificio a través del otro. En ciertas calles pensáis que todavía existe la escuela pública de Hakem II, y que veis dirigirse hacia allí al Papa Silvestre II que estudió en ella. Un cualquiera es el médico famoso Nicolás Monardes, que creíais estaba enterrado en San Leandro. En la torre de San Marcos, un hombre parecido a Cervantes contempla des-

de ella el Convento de Santa Paula, donde está la religiosa que tanto ama. Os imagináis que entre la gente de sombrero ancho huronean marinos venidos del Perú y de Méjico en los galeones que están desembarcando cerca de la Torre del Oro el fabuloso de «Cipango». Pizarro dialoga con Hernán Cortés bajo el arco por el cual, horas más tarde, ve don Juan Tenorio pasar su propio entierro. Fernando III el Santo oye desde su tumba de cristal y oro las choquezuelas del rey don Pedro. Sevilla resucita lo que mata. Montañés va detrás de sus «Pasos» vestido de nazareno, al lado de Belmonte el lidiador, que preside una Cofradía; y Velázquez, muy joven, contempla sonriendo la fachada de San Telmo. Don Diego de Riaño, el arquitecto de las Casas Capitulares, conversa con Pedro Millán, el escultor de Santa Paula, acerca del monumento a Bécquer. Catalina de Ribera se levanta de su sepulcro, en la capilla de la Universidad, para juzgar cuál es más bello, el suyo o el de don Pedro Enríquez. Todo centellea en esta Sevilla, y atrae y sugestiona. Quien se quiera explicar las Cofradías antes de verlas en las procesiones ha de recorrerlo todo. Sevilla no contestará hasta que, uno por uno, el viajero espiritual haya examinado sus tesoros. Los pregones de las calles, puertas como la del Palacio de las Dueñas o aquel techo del salón alto, que parece el ojo de una aveja millones de veces

aumentado, el vestíbulo de las Casas Capitulares, la gracia de un vendedor de camarones, los jardines del Alcázar, las botillerías de las calles estrechas, la portada del Hospital de la Sangre, los flamencos con más escamas que clavos la puerta de San Isidoro del Campo, los escudos del techo en la sala del Pretorio de la Casa de Pilato, la Puerta de los Palos en la Catedral, el Gallinero, la Sacristía de los Cálices, la salida de las cigarreras en la Fábrica de Tabacos, el Retablo Mayor de la Basílica, las freidurías... Sevilla está toda ella en cada una de sus partes y sólo la puede comprender quien no desdeña ninguna.

Para entenderla preciso es doblegarse a su genio sin unidad, sin orden. Arranca de la inteligençia la crítica como una amante el libro que distrae al que ama, y se place en desarreglar toda idea de criterio. ¡Oh, cómo se enfada esta ciudad con quien pretende estudiarla!... A veces cree el viajero atento que la misma ciudad ha mezclado sus bellezas para negarse a todo examen. Las ciudades muertas son pasivas; su silencio convida a la meditación; cada piedra es una historia y una línea cada esfuerzo; pero en esta urbe «loca de alegría», siempre dominada por un amor insólito de la vida, donde el pasado y el presente bailan extraña zarabanda, al modo de los alegres Seises en el Baile Santo, ¿quién podría extraer a las cosas su secreto si se trans-

forman a los ojos del mismo que las está mirando y se ríen de él y bromean con él...? ¿Quién sistematizaría las causas o efectos, sus visiones y pensamientos, si lo sublime y lo excéntrico están aquí siempre juntos y el entendimiento concluye por descubrir que Sevilla hace su miel con lo que más a mano halla o primero encuentra?

Disfruta y no investigues: he aquí la advertencia de la ciudad a los forasteros estudiosos. Lord Byron concluyó por hacerla caso, y lord Holland, que era muy serio y se dedicaba, como Holeff o Fastenrath, a estudiar nuestro clasicismo, no anduvo lejos. El otro día, cierta señora de talento nada vulgar hablaba en el Ateneo de la ciudad de la Gracia acerca de aquella preferencia que Cervantes tenía por el alma andaluza. No se puede no amarla. El literato, el artista, se encuentran aquí dentro de un corazón inmenso. Sevilla es un enorme corazón lleno de sangre, conmovido incesantemente por palpitaciones.

Andando de parroquia en parroquia para ver de descubrir esos tesoros de sentimentalismo humano que juzgáis guardan, avaras, las Cofradías, entráis en una de estas botillerías o tabernas que tan regocijado aspecto presentan. Los toneles se apilan en escala jerezana o al modo gaditano; las botellas están ordenadas y clasificadas, como si en vez de vinos fueran remedios; las etiquetas de los envases admirables hacen más preciado y deseable el líquido de oro que contienen. A

cada vino de aquellos corresponde en música un motivo andaluz, y en demosofía, un equivalente. Los franceses llaman a esos vinos el «sol embotellado», y nada más exacto, si se piensa en los efectos que producen; las borracheras sevillanas son insolaciones. Una cabeza descomunal de toro aparece entre dos pirámides de bruñidos toneles, en la panza de uno de los cuales un pintor de «brocha gorda» ha representado a Sevilla, copiándola de un viejo cartel de feria, poco menos que en cueros vivos y con una enorme guitarra en la mano. Inmensos carteles de corridas ya celebradas ponen en las paredes manchas de sangre en las que agonizan caballos viejos, o ramalazos de un sol muy amarillo que destaca, de azules intensos, tendidos del circo llenos de gente. Los cosecheros de Sanlúcar, los fabricantes de aguardientes de Rute, Constantina y Cazalla de la Sierra, las bodegas de Jerez, Arcos de la Frontera y otras mil se anuncian en tarjetones, calendarios o placas metálicas hechas en Alemania, en los que figuran lances de lidia, efigies de los «fenómenos» y patios sevillanos con pozos adornados de yedra, pirantones de Sierra y una sevillana en el brocal con aire de estar cantando el «arreglito», de Yradier, que Bizet intercaló en *Carmen*. Otros cartones de estos son cromos de pregones sevillanos: la gitana que vende aceitunas «aliñáas» y el vejete marchosillo que

vocea los caracoles como si cantara la «Mantilla de Tira», o el «Juanelo» o «Panaderos»...

En las mesas, de pie, en centenares de posturas a cual más interesantes, que sólo con verlas dan sueño, bebe y charla un gentío numeroso. Los madrileños y sevillanos se llevan bien, siempre que haya en medio «chatitos con tapitas» y no se discuta si la gracia madrileña y la sevillana se parecen en que «no se parecen en nada». Los madrileños son muy quisquillosos cuando se les habla de su gracia.

—La de Madrid es más fina. Quien la sabe manejar puede ir por la calle sin necesidad de revólver—dice el «niño» de la corte, apurando la cañaílla.

—Pue la de Seviya no digo yo na... Aquí ze vende ezo a cuarterones de camarón.

—La gracia de Madrid lo da a usted un frío en la espalda que no le deja andar.

—Pue aquí en Seviya é al revé... Aquí lo dise osté una grasia a uno, y hay que avizá a lo bombero, porque er probesiyo jarde por lo cuatro laos.

—Allí va usted, pongo por un casual, a la de San Isidro, y ve usted venir por la calle del Tribulete o Yeserías una zapaquilda pesetera, y la dice usted: «Adiós, puta». Y cuando usted cree que la ha atontao, oye usted que lo contesta a usted: «Adiós, hijo mío». Con lo que va usted «arreglao pa el mes».

—Pue en Seviya, é un desir, viene osté a la Semana Santa y ze echa osté a la cara un niño pinturero que güele ar jabón der Congo, y le dise asté: «¿Se pué sabé dónde se va, niño?» Y osté le dise: «Pué a tomá por...» Y cuando osté cree que er niño etá aserolao, oye osté ar niño que le dice «L'acompañao»...

En otra mesa, un sevillano, pegado al oído de otro y con la mano derecha tendida, como si estuviera pidiendo una limosna, canturrea este tiento:

«T'e lo he dicho prima hermana
que fartan tré cuarterone
para entrá en mi romana...
Perdona, niño, perdona;
que pecaitos comete
er mismo papa de Roma...»

Y como el sevillano que escucha jalea con los pies y pone los ojos en blanco, el que canta ensarta otros:

«Una nochesita e luna
e visto ar zepurturero
cavando mi zepurtura...»

Y a éste seguirán mil, y el colmado se cerrará antes que él se agote de «cante hondo» y su amigo de escucharle con toda su «arma».

Gracia y dolor. Dolor gracioso y gracia dolorosa en todos los sitios. El sol, el vino, la alegría, participan de un miedo incomprensible, de te-

rror extraño, de una incertidumbre en la felicidad que no es melancolía, sino tragedia. La bienvenida encubre una ironía y la hospitalidad no disfraza del todo el genio solitario. La pena es la malaria de Sevilla y la «buena sombra» de sus hijos proyecta, como los brazos de Jesús en los Evangelios apócrifos, la forma de una cruz. No es tristeza poética: es llanto contenido. Sevilla es la ciudad que más ganas de llorar tiene siempre. Su canto flamenco no es caricatura, es exageración, y lo que parece ridículo en él no es sino lo que en el alma sevillana gime sin consuelo. Sus lágrimas tiene la serenidad dolorosa de los estuarios, del agua embalsada dentro de los templos indios. Sus calles más bellas, los pasadizos más sugeridores, enseñan, adosadas a la pared, cruces votivas, lábaros expiatorios. Los altarcitos callejeros o en los patios, son por millares. Muy bellos, más que su belleza impone lo bien cuidados que siempre están. Jamás faltan en ellos flores, ni luces por la noche. ¿Qué casa sevillana habrá sin el fanal en cuyo interior una imagen pequeñita de la Dolorosa no muestre su corazón atravesado por las siete espadas? ¿Qué manos femeninas no cuidarán de que el manto de terciopelo de su *Soledad* doméstica esté bien limpio? El mismo sentimiento misterioso que borda estas túnicas coloca en los balcones las macetas, envía las muchachas a la escuela de baile, tarda tres horas en dar de comer

a los pájaros en la jaula, agita la sangre y exprime las lágrimas. Las mujeres sevillanas lo aman todo, un grillo y un hombre, la ciudad y sus pajarillos; en sus caras de rasgos chinos un drama probable entenebrece las facciones. Los literatos llaman pasión a ese drama y no siguen adelante. Este año han tomado su velo de religiosas muchas mujeres, y nada más trágico y teatralmente sentido que esas fiestas de renunciación en Sevilla. Los hombres tienen de la sangre y del vino una misma idea, y el amor es como esa sangre y ese vino: rojo y oro; el rojo les hace impulsivos, y ese oro—luz cuajada—les hace alegres. Parecen fatigados, y lo están; parecen ardientes, y lo son. La tragedia les acecha, y no siempre pueden darse cuenta de ello o zafarse de ella a tiempo.

Franz Brentano, el ilustre psicólogo de Leipzig, ha demostrado que lo trágico, o el sentido dramático de la vida, puede llegar a ser necesario al alma y a producirle voluptuosidad. El ha hecho esta pregunta: ¿Experimentará tal vez el hombre la necesidad de vez en cuando de una emoción dolorosa y aspirará a la tragedia como a una cosa que satisfaga esta necesidad de la manera más eficaz y que le ayude, por decirlo así, a llorar de una vez con toda su alma? El estudio del alma de Sevilla respondería cumplidamente. ¡Guarda esta ciudad tantos secretos además del de su existencia...! La voluptuosidad

en el dolor, el poder sentir la sacudida máxima de las pasiones, la necesidad de emociones cuyo placer está en la reacción, no en la emoción misma, ¿no tendrán en las procesiones sevillanas, en estas Cofradías maravillosas, sus manifestaciones más claras y más altas? ¿No habrá en esa nomenclatura prodigiosa de Cofradías mas que nominalismo huero, propio para papanatas, apto sólo para rimas ricas hechas sobre el pie forzado de laudos a toda costa? Y si esa voluptuosidad en el sufrimiento—sadismo estético y sadismo religioso, de Oswaldo Zinmerman—es cierta, y cierta la teoría de las expresiones simpatéticas que reúne las voluntades aisladas en una sola—vibraciones luminosas, de Edwin Honston—, y ciertos los disturbios psíquicos que hizo de los cofrades sevillanos lupercos flageladores como los de Umbría y Perusa, o los skopzti de Rusia, o los convulsionistas de San Medardo, o las procesiones medioevas de «penitentes blancos» y «compañías de los azotados», ¿cómo es que ese dolor y esa religión y esas pandemias están en Sevilla acompañados de una alegría, despreocupación, gracia y ocurrencias verdaderamente encantadoras?

Veníamos a recordar la Pasión del Consolador, cuyo esfuerzo sublime de redención humana íbamos olvidando en la sequedad de nuestra conciencia moderna, tejida con borrilla de cardo, como las medias de Tom Pouce. ¿Resucitaría

Sevilla en nuestro espíritu la fe extinguida, el alma creadora de la ilusión y el arrobamiento? Y he aquí que hay en Sevilla algo más que un desfile de brillantes iconos: hay una ciudad encantadora; hay la razón de ser toda una raza; hay un tesoro de complejas espiritualidades. Nada de una página semejante a los *Encantos del Viernes Santo* en *Parsifal*, sino el alma entera de un país que ha empleado en la interpretación plástica de los Evangelios todo su genio tal cual es.

¡Sevilla..., Sevilla, aunque desaparecieras, tu solo nombre sería suficiente para revelarte en las almas...! El dolor no podrá redimirte jamás, porque no te resignas a sentirle de veras. Roma y Jerusalén luchan muy dentro de ti, y eres víctima de las dos.

# PARTE SEGUNDA

## FLORES DEL ARBOL DE LA CRUZ

> —La muchedumbre, la muchedumbre; he aquí el nuevo mundo a que el arte debe pedir desde ahora inspiración, tormentos, imprecaciones y augurios... muchedumbre macilenta, mal alimentada, sucia, grosera, pervertida; pero, al par, sencilla, laboriosa, altruista sin conciencia de serlo, y buena y humana apenas un rayo de luz desciende hasta los antros enmohecidos o hasta las cavernas fangosas, donde el hormigueo humano se halla disperso en las ciudades y en las desiertas campiñas, agotando en el hombre toda energía del cuerpo y del alma, envenenando en la mujer el manantial purísimo de la maternidad, robando al niño todo resplandor de gozo infantil... turba anónima, envilecida, abandonada, relegada al secular trabajo de ilotas.—
>
> Enrico Ferri. — "*Los delincuentes en el Arte.*"

# I

¿Valdés Leal o Murillo...? ¿Cuál de estos dos pintores nos dará en su temperamento artístico el reflejo fiel de la ciudad religiosa? Bartolomé Esteban Murillo es sevillano hasta la medula. Valdés Leal, más que sevillano, parece cordobés; ningún pintor andaluz ha tenido como este hombre, rebelde y antojadizo, ese carácter cor-

dobés, que es, como la Mezquita de sus Califas, delicado y altivo. Sevilla está llena de la obra de los dos y los dos son los únicos pintores sevillanos que han triunfado del tiempo. El «Descendimiento de la Cruz», de Pedro de Campaña: el «San Andrés», de Roelas; «San Hermenegildo», de Herrera el Viejo; el «Juicio Final», de Martín de Vos; el otro «Descendimiento», de Guadalupe; la «Virgen de Belén», de Alonso Cano, y tantas otras obras maestras de aquella constelación de artistas que en los siglos XVI y XVII continuaron la tradición de la «Virgen de la Antigua», no obscurecen poco ni mucho la fuerza creadora de estos dos hombres, gloria indiscutible de la ciudad que tuvo el formidable honor de ser cuna de Velázquez.

No hay sino venir al Convento de la Merced, correr al Hospital de la Caridad, en la Resolana; visitar Monte-Sión, en la calle del Caño quebrado; acudir al Hospital de Venerables y husmear rincón por rincón las sacristías y capillas de la Catedral. La ciudad ha amparado esas telas, que a no existir su escultura policroma sería la más gallarda manifestación de su genio. Murillo reina en todas partes; la adoración que se le tiene es idolatría. No se le puede discutir, y únicamente se permite todo buen sevillano compararle con sus toreros favoritos. Valdés Leal no ha llegado al pueblo, y su recuerdo, refugiado en los intelectuales, deja mucho de

ser un culto. No hay gitano que no tenga el nombre de Murillo en la boca. Oís en una feria, en la de Almagro, esta comparación sacrílega:

—¿Que er burro ete é un siempiés...? Pero, m'alage, ¡si Murillo no pintó en su vía una cosa má fina...!

En las librerías y tiendas de estampas, a duras penas encuentran los forasteros unas reproducciones insignificantes de «Las Postrimerías»: la obra enorme de Murillo se expende entera. ¿Por qué...? El realismo de Murillo ha conquistado el corazón andaluz; su paleta es luminosa; su técnica, dulce; su inspiración, una sonrisa. Encanta, y sus cuadros son himnos a la felicidad. Carece de grandeza y rebosa de gracia. Pinta y dibuja con una serenidad celestial. ..quella mezcla de lo humano y lo divino, que tanto enfadaba a Cervantes, se verifica en Murillo de suavísima manera, fundiéndose imperceptiblemente en un ideal de belleza clara, mansa y sencilla. Es bondadoso, casi tímido. Su miedo a Valdés Leal recuerda el que tenía Leonardo a Miguel Angel, así como el desdén de Valdés hacia Murillo es semejante al que tenía por Miguel Angel el Torrigiani. La ternura monjil de Murillo desesperaba al autor de «Las tentaciones de San Antonio»; es una ternura sin refinamientos, pero tampoco sin claudicaciones; muy lejana de la de Fray Angélico, mas de un misticismo andaluz expresivo y simpático. Todo

cuanto la simpatía o sugestión puede hacer en un alma ha sido ya realizado por este fraile laico, siempre entre franciscanos, religioso de corazón al modo andaluz: con mucho de sensualidad en su fervor. Valdés Leal tiene, porque quiere, una paleta opaca, y vence con ella todo género de dificultades. Goza en producir contrastes violentos, y no termina. Pinta niños feos con deleite salvaje y endemoniados que sólo se pueden concebir teniendo los demonios en el cuerpo. No cuida jamás de su gloria, y le debió importar muy poco lo que la posteridad hubiera de decir de él. Su desigualdad irrita porque no es torpeza de su entendimiento, sino de su voluntad. Parece que no pinta a gusto sino una sola figura, y que después de diseñar genialmente las otras las embadurna y desconcierta. Murillo embelesa, pero Valdés aturde. Murillo no se equivoca nunca, y el virtuosismo de su pintura hace creer en un manantial creador regalado a su alma: Valdés parece que acierta por casualidad. Murillo no tiene otra pasión que su arte: Valdés, lo de su arte no es la mayor preocupación. Si Murillo es un alma en gracia, infantil, de sentimientos exquisitos, Valdés Leal peca mucho, se equivoca, va de tumbo en tumbo; humaniza el ideal siempre que puede y aunque no deba; cuando no sabe, le trata lo peor que se le ocurre, y aun así a veces ese ideal resulta una adivinación; busca,

como no importándole mucho, el placer infinito de los aciertos.

Estos dos artistas se repartieron para su expresión el alma de la ciudad. Alejo, Luis de Vargas, Marmolejo, Céspedes, Roelas, Pacheco, Castillo, Moya, no sintieron en su inspiración la influencia del espíritu sevillano: si constituyeron una escuela sevillana de pintura, su academicismo les negó esos conceptos claros de interpretación que tienen los cuadros de Valdés y de Murillo. Este encontró en ese espíritu la Madonna de Sevilla, y aquél, la tragedia del dolor. Las «Concepciones» de Murillo y las «Postrimerías» de Valdés son los dos «libros» más grandes que se han «pintado» sobre la ciudad de la Gracia, y jamás serán superados por nadie.

¿Por qué ahora, en Semana Santa, se sienten mejor estos cuadros y parecen más cercanos a nosotros...? ¿Por qué entre tantos centenares de cuadros como en Sevilla existen sólo éstos nos dan idea firme del carácter de Sevilla? ¿Qué son las «Purísimas» de Murillo sino la divinización de la alegría de este ambiente? ¿Qué son las «Postrimerías» de Valdés sino la materialización de ese doble dolor sevillano, que es miedo a la miseria y despreocupación de la muerte? En su «Santas Justa y Rufina», Goya, como siempre, acertó con el alma de la Venus sevillana. En su «Purísima Concepción» Murillo

expresó algo más que el encanto de la mujer de la ciudad: consubstanció en una figura de pureza graciosa y linda el resplandor de la alegría sevillana, la aureola de su gracia. Ni la colocación, ni el traje, ni el simbolismo de esos famosos tránsitos son originales; la cara de esas mujeres, si expresan una virginidad absoluta y ennoblecida, no son, ni mucho menos, cánones de hermosura. Lo que motiva su atracción irresistible, su encanto infinito, la magia de su hechicería, es su «aire». ¡Con qué ligereza y casta desenvoltura sube esa azul imagen en la aureola azul! Sus manos, sus hombros, sus muslos, sus pies, se mueven y hablan, y sin embargo, cuán inmóviles parecen. Sobre aquella frente tan pura, la más pura que soñara ser humano alguno, resplandece una luz increada; flota en el viento el cuerpo con indecible majestad, y es tan maravillosa su postura que no extraña verle flotar, y semeja un alma libre de la materia o un cuerpo transfigurado que asciende hacia su espíritu en amoroso y sereno deseo. Aquellos ojos, la boca aquella, ¡oh qué suprema movilidad tienen en su aparente arrebato de éxtasis! Hipóstasis indefinible de maternidad y doncellez, ángel y adolescente, sevillana e inmaterializado ser visto a través de un alma soñadora...

Gracia, gracia, un poema de gracia infinita ese cuadro, el más andaluz de todos los lienzos.

La belleza de los ángeles, la placidez y seducción del viento incendiado por la proyección del Infinito sobre la Elegida entre todas las mujeres, la blancura de la túnica, el añil del manteo, la hoz de la luna, el mundo convertido de nuevo en esfera de agua transparente al contacto de aquellos pies sin mancha... ¿Qué significa todo eso ante aquella cara pequeñita de núbil ideal, que el asombro de ser Madre de Dios no altera, como si una andaluza encontrara eso lo más natural del mundo. El aire de esa Inmaculada es lo que nos sugestiona y llena de paz. Las naves de este viejo templo, convertido en Museo Provincial, son iluminadas por estos cuadros de aurora; si se quitaran de aquí se entenebrecería el ambiente, sin duda. Murillo no acertó en su Madonna, y en pago de su bendecido desacierto lo sublime descendió sobre él. Esa luz exterior que, como la cal, quema; esa gracia en el aire que fascina, tienen en estos cuadros de Murillo su perfectísima síntesis. Quieren decir hermosuras de ambiente; son puntos de luz, gracia sutil que por un prodigio del genio encarnó en lo único que le podía dar cuerpo: la pureza sin sombra de mancha...

Sevilla quiere a Murillo porque supo entenderla de la manera que es siempre más grato a las ciudades: no observándola muy profundamente. Su autorretrato, en San Pedro Nolasco, habla de su habilidad más que de su intención.

Es un pintor de niños, un enamorado de San Francisco y San Antonio; la Virgen de San Félix de Cantalicio, las cabezas de Santas Justa y Rufina, hablan de quietudes beatíficas. Sus mujeres son niñas grandes sin hondas perturbaciones, muy atareadas en hacer algo para que no se vea su falta de espíritu o, como sus ángeles y Niños Jesús, de grandes ojos muy abiertos en expectaciones sin valor. Vivió poco el artista; sus pasiones no eran muchas. La realidad le atraía y se le disputaba la fantasía más audaz. Sevilla no titubeó en escoger entre su «San Antonio» de la Catedral y «Santa Isabel de Hungría», y cuando en 1875 fué robado el cuerpo del santo, la ciudad no descansó hasta que Cubélls restauró el pedazo de lienzo perdido y recobrado. Entonces se dió cuenta Sevilla de lo mucho que adoraba a su pintor.

Valdes Leal escogió para sí la inspiración menos llamativa, pero la más sólida y quizás la más sincera. Murillo, que había intentado crear la Madonna sevillana, quiso también pintar las lágrimas en su cara, y consiguió idear la «Mater Dolorosa» de la Capilla Real, obra maestra de pintor y mediana muestra de sentimiento profundo. Valdés Leal pintó también Vírgenes. La «Purísima» es genial; mas la falta esa malicia mística, esa picardía del discípulo de Alejo y compañero de Alonso Cano. En el Convento de la Merced, hoy Museo de Pinturas, se le ha

reservado una galería; la luz es muy mala, lateral; la sala tiene un curioso artesonado negro que todo lo echa a perder. Pero si la visión es defectuosa, aquellos ángeles de la «Purísima» son, desde lejos, preciosos y están movidos magistralmente; dos de ellos luchan por una rama de oliva, otros dos transportan una silla, otro huele una flor, otro medita muy serio y se cubre con un pañuelo rojizo; tres de los niños, en escorzos prodigiosos, observan una palmera, como si comprendieran su símbolo canónico; el que la aprieta entre los muslos es un encanto y un insuperable acierto de técnica. Hay en el lienzo más de cuarenta niños, que no se estorban ni producen en quien los mira la más ligera confusión. Desde luego se echa de ver cierta desigualdad, una como bárbara dejadez, que no es sino exceso de valentía. La manera de Valdés no conmueve, pero subyuga; su anarquía aparente de factura es resultado de la impetuosidad de su temperamento. Es un carácter pasional de suprema masculinidad, y su impresionismo responde, más que a una visión rápida del objeto, a un estado de su ardiente alma. Zurbarán, el Zurbarán de «Monje en oración», tendría mucho que aprender de él. En cada cuadro, que sabe componer admirablemente, elige una figura, y lo demás lo trata a brochazos, con negligencia, que le resulta, sin embargo, maestra. Tiene errores enormes y es grande en ellos.

Traen un muerto para que un santo suyo le cure; el santo es cualquier cosa, pero el difunto está bien muerto. El alma que pide su perdón al Eterno es un desnudo portentoso; el Eterno, una calamidad pictórica. En «Las tentaciones de San Antonio» ha estado cercano a la más irreprochable perfección, y se ve que no ha querido molestarse mucho. Pinta y dibuja con garras, con zarpas; vibra, se consume en su propio saber; la inspiración tiene poco que hacer en su trabajo, porque él mismo se adelanta a ella de modo extraño. El retablo de Monte Sión, con sus siete santos; el «Cristo entre la Magdalena y San Juan», la «Imposición de la casulla a San Ildefonso», en la capilla de San Francisco, de la Catedral; los «Desposorios de la Virgen», en la capilla de San José; los cuadros del Hospital de Venerables, son otras tantas muestras de su genio múltiple y raro. Busca el tono más inconveniente y el matiz menos propio, el color más brusco, y lo aplica y distribuye con una ciencia ágil y sobriedad intensa. Tiende a explicar el espíritu con el color y no con los rasgos; cuando se equivoca yerra de veras; cuando acierta es un prodigio.

Sevilla ha comprendido, no obstante su adoración por Murillo, que en el Hospital de la Caridad posee dos cuadros cuyo valor de Raza es inapreciable y fuera de toda ponderación. Los pintores quizá se asombren más ante la «Mul-

tiplicación de los panes» o el «Milagro de Moisés», de Murillo; los escritores se detendrán siempre atónitos para contemplar las «Postrimerías». Ciertamente que en los cuadros de Murillo hay milagros de arte como los grupos de izquierda en uno y derecha en otro, la vieja que sostiene el mentón en la palma de su mano, la venus sevillana que con su hijo en el brazo vuelve su cara para ver a Cristo, o el hombre que de bruces recoge el agua de la peña, y la otra venus popular que da a beber a un niño, tal vez la más admirable figura de mujer que se haya pintado en España después de aquella hilandera inolvidable de Velázquez. Ciertamente que el «San Juan de Dios» con un mendigo y un ángel impresiona en grado sumo...; mas nada hay en el Hospital de la Caridad que pueda superar las dos telas del vestíbulo de la iglesia. Ellas son la clave del genio de Sevilla, ellas dicen más de su Semana Santa que todas las procesiones de las Cofradías.

En este viejo solar de la famosa Atarazanas, primer Arsenal del reino de Castilla, donde se construyó la nave-almirante de Lepanto, hoy Museo espléndido, ayer Hermandad fundada para recoger cadáveres de ajusticiados y de ahogados, Anlalucía posee la clave de su secreto sentimental: un sentido único de la muerte como ningún pueblo de la tierra lo tiene, la miseria de la vida considerada como una muerte lenta

y sombríamente tenebrosa, la repugnancia y miseria de la muerte absoluta, que todo lo iguala. Los forasteros se detienen ante estos cuadros y se asustan de veras; su pésima colocación los hace aún más sombríos.

Un esqueleto, en cuyos huesos y calavera fulge una vida sobrenatural que espanta, transporta su propio ataúd, blande un guadaña, huella una esfera y con la mano libre oculta la luz de un cirio. En un abrir y cerrar de ojos—«in icto oculi», como dice la leyenda del cuadro—han de reducirse a polvo todos los objetos que en montón formidable ocupan la estancia dantesca: tiaras, coronas, cetros, báculos, misales, espadas, corazas, vestiduras y preseas. No se sabe de dónde viene la luz amarillenta que destaca en el lienzo todos esos emblemas de orgullo y poder, que nada significan ante la igualdad amable y siniestra de la muerte. El esqueleto la trae consigo, y produce la emoción más abrumadora.

Cierta mano de una delicadeza perfecta surge de las tinieblas manteniendo una balanza en su fiel. En los dos platillos pesan lo mismo los símbolos de la vida y de la gloria y del amor; «ni más ni menos», dice en ese cuadro una lúgubre voz. Debajo de la balanza, en dos ataúdes se corrompen los cadáveres de un Prelado y de un caballero de Calatrava. Las carroñas bajaron a la tumba vestidas de pontifical y de gala, y la putrefacción no las per-

dona por eso; ese orgullo póstumo hace más inmunda su saponificación horrible, y las vestiduras áureas destacan los horrendos gusanos que se comen las piltrafas del cuerpo y las hilachas de los realces costosísimos. Podre y gusanos son aquellos que desafiaron a la Muerte buscándola envueltos en sus clámides de poder humano. Las manos del Obispo se caen a pedazos, crispadas sobre la cayada de oro; grajos invisibles han roído la cara, y la mitra hedionda suda sueros asquerosos y gotea el «Gœtor et horror» de los Salmos.

No es lo macabro en su forma de pesadilla, es el misterio espantoso de lo irreparable visto por un hombre cuya técnica ha encontrado en él su ideal. Es en estos dos cuadros donde el alma andaluza, fibra a fibra, dice cómo es. La alegría bulliciosa de Murillo se helaría de espanto contemplando estos cuadros pintados por la despreocupación y el placer de la venganza. La mano que sostiene la balanza es de una ironía prodigiosa; el esqueleto del ataúd tiene un aire saleroso y de cierta gracia. El terror que inspiran estas pinturas «escritas» se convierte en el alma de quien las contempla largo tiempo en alegría. No es raro que así sea. Gusta al espíritu ver cómo se pudre el orgullo, y la reacción de la primera impresión tenebrosa es placer. ¿Qué es el dolor humano sino miseria viva, desigualdad, pobreza de sangre o de

energía moral? Y ¿quién tiene la culpa de esas desigualdades y miserias sino el orgullo de esos hombres que en el cuadro son devorados por los mismos gusanos que vieron sobre otros en vida y no les inmutó poco ni mucho?

El alma sevillana está entre las «Purísimas» de Murillo y las «Postrimerías» de Valdés. Aquéllas son la Teología pintada, éstas son el Ideal escrito. La alegría del ambiente, la luz de la ciudad, dieron a Murillo sus «Concepciones»; las desigualdades del dolor, las enfermedades de esa luz, aconsejaron a Valdés pintar sus «Postrimerías». Hermano, como Bartolomé Esteban, de la Corporación, podía ver enfermos y cadáveres y aprender de ellos. La Caridad inspiró a Murillo escenas de llagas y úlceras que eran curadas por seres humanos parecidos a ángeles: la Caridad reveló a Valdés que las causas que producían esas pústulas y llagas eran la alegría y el dolor.

No os sabéis separar de estos dos cuadros. Ellos tendrán una significación humana universal; pero vistos aquí en Sevilla cuando la ciudad va a celebrar mañana mismo los Misterios del Dolor, son una revelación tumultuosa. Sevilla fué siempre ciudad de placer, es decir, de crueldad. El mismo exceso de dinero que traían las naos heroicas a la Casa de Contratación de Indias, el orgullo de los grandes navegantes que de aquí partían, la división en bandos, la faci-

lidad de gozar, los enervamientos del clima, lo que es carne y alma de la ciudad, fué y es dolor y muerte suyos. Reza y goza, ríe y llora, ama y muerde; el pobre se desespera, y su odio al rico le lleva a la emulación y al ocultamiento; todo esto que ha hecho al menesteroso abyecto y trotacalles, ha convertido al rico en vago y callealtero. En la ciudad bellísima viven corazones hinchados de dolor, almas que revelan su pena blasfemando de ella o burlándose, seres que maldicen sus riquezas porque, apurados los placeres, buscan las voluptuosidades del dolor verdadero, que su felicidad material les niega. Meditad en el vocabulario de la ciudad: sangre, llagas, caídas, necesidades, angustias, desolación, soledad y agonía; cada término de esos necesita ir acompañado de su equivalente en placer e indiferencia; lo que resulta del choque entre los dos, ése es el espíritu de Sevilla.

Invariablemente, los andaluces que examinan estos cuadros comienzan por amedrentarse y concluyen por exclamar, con su acento de indiferencia burlona:

—No etá maliyamente pintao, pero ezo é mui desagerao.

—¡Y que no metió mano er niño a lo negro...!

—Er niño que pintó ezo era como pa pedilo un favo..., camará!

Oís a dos gitanos:

—¿T'has enterao, niño...? Asín nos hemo de ve manque no queramo.

—Asín quisiera yo ve ar barinó de Coria, aqué niño que me jizo la mala pasá.

A Murillo todos creen entenderle, y ese conocimiento se traduce siempre en una alabanza. A Valdés Leal todos creen poder criticarle, y lo tratan con la familiaridad que motiva un secreto compartido. Algunos forasteros llegan a decir así:

—¡Qué barbaridad!...

Todo lo que es gesticulación y éxtasis ante los cuadros de Murillo, es paréntesis y reserva delante de estos dos cuadros de Valdés Leal: y es que el malhumorado pintor domina. ¿Quién no ama la cándida belleza de los asuntos de Murillo? Aunque pinte trozos arrancados a la realidad, los embellece. Valdés no puede competir en Sevilla con su compañero porque hace pensar. Se nos ha dicho en una estampería:

—No tenemos esos cuadros porque repugnan a los compradores.

Lejos ya de Sevilla, los forasteros recordarán siempre las Vírgenes etéreas, las rizadas cabelleras de los ángeles, los santos guapos, las santas lindas, esos San Francisco que son robustos y cuidados capuchinos, esos Cristos que huelen a vainilla...; pero ¿quién recordará las «Postrimerías», «El triunfo de la muerte»? La «Purísima» y «San Antonio de Padua» es-

tán en millares de casas de España, reproducidos por cuantos medios de grabar existen: son manes familiares, penates domésticos que encantan. Valdés Leal está en su Hospital de la Caridad nada más, aislado, solo, inaccesible en la fortaleza de su arte viril, en su bella postura de inadaptado.

¡La energía no es amada en la ciudad. ¡Cuán lentamente desentierra Sevilla estos restos de la fuerza romana que nos enseña su Museo, aquella belleza imperecedera, creada para hacer más amable la vida!... El culto a la ley, el homenaje a los muertos, el triunfo de la hermosura física, hicieron estos monumentos cuyos pedazos se alinean en los claustros. El industrialismo no era aún profano e indiferente y servía las necesidades con arte, evocando en torno de ellas, cuando no los recuerdos de los héroes, las pasiones de sus dioses. No le importaba el tiempo: le interesaba el Destino, a quien, como Esquilo, le dedicaba sus obras. Y estos enseres, los artefactos, los utensilios, son bellos y fuertes. Bajan por las laderas de Santiponce lienzos de murallas y ábrese allí el grandioso anfiteatro, más bello que grande; pero el descombro es muy lento: se trabaja poco, tardan mucho en aparecer los tesoros allí encerrados. Se ha preferido cantar la inanidad de las ruinas y derramar sobre ellas pedantescas elegías, a removerlas y estudiar en ellas

el secreto de la energía de las razas extintas. Aras, vasos, cráteras, monedas, inscripciones, monumentos epigráficos, cipos, sillares votivos, trozos de fustes, punzones o estylos, puteales o brocales de pozos, cántaros, mosaicos..., venerandos objetos de estudio y artificio sugeridor, ¡cómo dais idea perfecta de la vida antigua de la famosa Itálica, madre de tres emperadores!

En las epigrafías se lee cómo aquellos hombres pugnaban por restar de la destrucción hechos urbanos que juzgaron dignos de los venideros. El alma descifra esas letras latinas con la ansiedad de un Mommssen, porque allí y sólo allí se revela cómo fué el espíritu de aquellos lejanos días tan fuertes y tan amados de los fuertes. Hay un torso bellísimo, de la más pura escuela de Praxiteles, con el paludamento sobre el hombro, de hermosura indescriptible: un canon de salud, gentileza y gracia. Esa unión de la gracia, la belleza y la fuerza va siendo cada vez más rara. Porus de Cyrene, Sostrata de Sycione, Leonisque de Mesina, Elseron de Agrigente, no han dejado otros herederos que estas estatuas fragmentarias, restos de aquellas que creara la Élida en el mes de Hecatombeon durante los juegos olímpicos. Las termas de Itálica poseían estatuas semejantes. Los romanos adornaban las termas públicas con las imágenes perfectas, para que el ideal de la belleza,

que es el resultado de la armonía, como la armonía es la síntesis del funcionamiento perfecto de los órganos, irradiara en el espíritu de los que allí buscaban en la ablución la salud y la fuerza.

Torsos gigantes de emperadores endiosados, ante los cuales preciso es detenerse y meditar, no en la razón cívica o religiosa de tan grótesco encumbramiento, sino en la anatomía prodigiosa de aquellos cuerpos, trasunto físico de una fortaleza de alma sin nombre. Una estatuilla rememora la efigie de Natidia, esposa del emperador Trajano, de cara bizantina, con el peinado en forma de inmensa diadema, como las diosas de Fidias reconstruídas por Fürtblaenger. En los bustos romanos necesario es estudiar aquellos cráneos, de una científica perfección y magnífica osadía; su característico rictus en la boca, su originalísimo cigoma, los ojos rasgados y saltones, la nariz aguileña, barbilla pronunciada y breve, mandíbula enérgica, la frente vertical, amplias en las sienes, partida en los lóbulos, de suprema pujanza. ¡Cuántos recuerdos no traen a la memoria estos enérgicos rostros, cuya traza parecen haber heredado los pueblos de raza germánica, mejor que nosotros!... Basas de columnas, capiteles sin ábaco, esbeltísimos modelos que fueron un tiempo atrios o pórticos de belleza sencilla y clara. Y en el fondo, sin la «cella», como una de tantas reliquias, la Diana caza-

dora de Itálica. Ropa corta formando pliegues de una gracia admirable, líneas varoniles, pechos tensos, rostro de pura belleza y gracia, cabello en ondas, recogido en la nuca a modo de haz de espigas y sujeto a la frente vertical de las diosas por la peineta de las emperatrices bizantinas. De Scopas o de quien seas, ¡oh diosa!, nada es semejante a ti. Produces en el alma un fuerte deseo de posesión, melancólico deseo de retroceder unos siglos para contemplar vivas aquellas mujeres que sin duda se te parecían. ¡Qué raro complemento, qué feliz alianza la del movimiento y la belleza! ¿Será la gracia la belleza en movimiento?

Esta Diana marcha. Se ha detenido anhelante para escuchar, y se nota, se ve que únicamente se ha detenido un instante... Cautivas, retienes en muda ofrenda los ojos cautivos que te vieron, el alma, que no sabría quizá explicar cuál es el misterio de tu vida, el poderoso encanto de ese cuerpo tallado en mármol, sepultado durante siglos, como la Ceres de Mérida y las Minervas de la Casa de Pilato, y eternamente bello y eternamente vivo. Benditas sean las manos que te sacaron de la tierra, más benditas tal vez que las desconocidas que te idearon, porque ellas te han dado de nuevo la vida y nos han otorgado el placer de admirarte. Sólo por ti están bien empleados los trabajos, las fatigas de los husmeadores de ruinas, de los sabios que investi-

gan las realidades de las ciudades muertas. De tu contemplación brota en el alma, con el ardoroso deseo de belleza ideal, la sumisión al canon generador de esa gracia de la conducta y la vida. Porque, divina hija de Itálica, no hay en Sevilla ni estatua, ni mujer, ni imagen, ni cosa que se te parezca.

## II

Parece ser que este año, como todos, en la Sala el Cabildo de la Catedral se ha celebrado solemnemente la toma de horas de las Cofradías que han de hacer estación. Nadie puede entrar allí, y es lástima. Treinta y siete Cofradías nada menos han sido representadas, y debe ofrecer un aspecto imponente la Sala de Diego de Riaño, con su pavimento de mármoles de colores y los asientos forrados de baqueta con clavos de metal, su cúpula elíptica y una de las Purísimas de Murillo más indiscutibles. El señor Provisor ha pronunciado una sentida oración; el año actual las procesiones han de ser actos de mortificación y penitencia, ofrecidos para impetrar del Señor la terminación de la guerra europea. Así, pues, además de ser lo que siempre fueron las Hermandades, este año tendrán carácter de rogativas. Los cofrades han

prometido ser buenos, no emborracharse, no abandonar los «Pasos» ni cometer esos actos nefandos y escandalosos, tan poco edificantes como hacer sus necesidades bajo el tinglado que soporta el «Paso», o en el mismo Dios Nuestro Señor si, por mala ventura, se ladea el retablo y amenaza caída. El nazareno debe recordar que su traje significa cilicio y maceración, no una cédula que diga: «Este señor está autorizado para hacer lo que le dé la gana.» Si alguien los ofende y la autoridad brilla por su ausencia, el nazareno o legionario o ayudante o «armado» no se tomará la justicia por su mano haciendo uno de esos zafarranchos que inmortalizaron tristemente la leyenda de las Cofradías despreocupadas y chulaponas en el mundo entero.

Los sevillanos no creen en estos arrepentimientos y promesas, y guiñan los ojos como diciendo que lo mejor que puede suceder es que no se presente la ocasión. ¿Qué andaluz ha desperdiciado jamás la ocasión de hacer algo que suene, así la misma Madre de Dios le haya aconsejado mortificación? Si se cree a las voces que la multitud destaca, es más fácil que deje de llover este año que ellos dejen sus costumbres.

—¡Ha de ve er zeñorito cada coza...!

—Pero todo eso que se dice ¿es posible?

—¿Pozible? ¡Güeno...! Zi lo da osté a un na-

sarcno der Silensio un papirotaso en la narí, por aqueyo de que tie que tragá tela er niño, etá osté sembrao.

—Pues las órdenes son terminantes.

—Pa terminante la guantá der niño del Silensio y la cola de la guantá.

Según parece, escuchando a la muchedumbre, estas procesiones legendarias fueron causa de escenas sangrientas, de puñaladas, tiros y aquelarres o motines pintorescos. Quienes intervinieron gustan recordarlo, y la «boca se les jase agua»...

—Mire osté, un zervidó, pa zerví a osté, etaba ayí mimito... pero que no me zeparaba a mí de la Vingen ni er canto e una perriya chica...

—¿De qué Virgen?

—¿Que de qué Virgen...? ¿Y de quién ha de sé...? De la Macarena, de una niña que en cuantico la vea osté ze zaca lo ojo pa no ve en ete mundo ninguna mujé ma.

—¿Es usted macareno, eh?

—¿Que zi zoy yo macareno...? Vamo, hombre, tie grasia el azunto; pero ¿é que eso no le zale a uno a la cara? Pue é usté er primer niño que m'a tenío que preguntá eso...

—¿Y qué pasó allí..., eso que estaba usted contando?

—Como pazá, no pazó na... Venía la Macarena azí..., míreme usté bien, azí como yo, y un zervidó etaba como etá de osté ese niño de

la mirá contra er Gobierno... Güeno, pue al llegá serquita e una taberna onde iba er torero Montes, que en paz ecanse, zale e la taberna un niño esaborío con ma vino ensima que hay en to Jerez, y empiesa a piropeá a la Macarena: «¡Bendita zea la mare que t'a echao, so ladrona.... ¡Asín te gorvieras mujé, pa esirte»... Güeno, er cazo é que er niño andaba de juerga atrasá jasía sinco días y no zabía ni lo que tenía en la mano. El niño creyó mu creío que er vazo era er sombrero, y disiendo y jaciendo, la tira er vazo a la Vingen. Mire osté, amigo, zi me yama osté a mi bermontista no me jase tanto daño. Me tiro ar niño como un jabato, y zi ya no lo tiene er público lo masco la nuez.

—¿Y qué hizo el público con él?

—¿Ayí...? que no quedó un arma que no lo diera por...

—¡Hombre, pues sí que fué un desagravio a la Macarena!

—Fué lo que osté no zabe por inoransia. La Vingen tenía la cara que paresía talmente desoyá, y er vino paresía sangre, con una raja que ni en un melón la jase osté mayor. Er público, que vió ezo, quería zacale ar niño er corasón con las uñas, na más. Aluego ha etao jasiendo penitensia muchos año.

Hay en la multitud un deseo impreciso de que ocurran sucesos graves, y se comunican esos deseos en forma hipócrita de temores e inte-

rrogaciones. Unos se imaginan lo que pasaría si se escapara un toro en plena procesión; parece ser que ya sucedió eso una vez, y que recuerdan cuadros que perpetuaron el caso. Otros hablan de asesinatos cometidos en nazarenos después de una lucha tremenda por quitarles la máscara. No son pocos los que cuentan las sorprendentes escenas que motivan los borrachos pendencieros, las competencias en los cantores de saetas y los desahogados que, aprovechándose de las apreturas, mancillan la dignidad de las mujeres exponiéndolas a réplicas vergonzosas.

—Mire osté, zeñó, eze é er mal mayó de eta tierra de María Zantísima...

—¿Qué mal?

—Lo der magreo... Aquí no é como en otros laos, aquí se jase eso aguantándolo to: lo da una niña una bofetá, y como zi no: er niño, a la querensia; lo pizotea, y er niño amarrao que ni con liga; en er Miserere, zeñó, en er Miserere, aqueyo é er Guadalquiví de la poca vergüensa... Con desile a osté que han tenío que alumbrá la catedrá como en er teatro eza zanta noche, está to dicho.

—¿Y no tiene remedio eso?

—Zí, zeñó, too tie remedio en ete mundiyo: le pone osté a la mujere en Zemana Zanta eze aparato, la escafandra o como se yame, que ze

ponen lo buzos pa bajá ar fondo del río, y azí no susede na con toa seguridá.

—Es gracioso.

—Lo que e grasioso e ir con su mujé o una niña a esos laos. Proteta uté y nadie lo jase mardito er caso; lo da uté ar niño un navajaso en er corasón, y er niño no zuelta la teta ni con er gómito.

Las conversaciones nos hablan de una Semana Santa vista a través de mil recuerdos, figuraciones o caprichos. La popularidad de estas fiestas es verdaderamente inmensa. No necesitan de guía alguna; conocen los «Pasos» y hablan con familiaridad de las Corporaciones, de su lujo, de la pompa con que sacan sus imágenes. No suele escucharse estudios de las imágenes mismas, sino alabanzas del fastuoso cortejo y triunfador aparato que las acompaña. ¿Cuál es el manto más valioso, qué Cristo va mejor vestido? Y como siempre, triunfan en el alma humana las Congregaciones más ricas, aquellas cuyo poderío es tanto que sólo con las joyas puestas en el pecho de sus imágenes habría para comprar el tesoro de la sacristía mayor de la catedral, el portapaz y cáliz del cardenal Mendoza, el viril de la Octava de la Concepción, la Custodia de Arfe, la cruz procesional de Merino.

Estas muchedumbres ¿en qué cosa tienen fe? Según parece, en la riqueza. La cara de las

imágenes les interesa después de las joyas que colocaron en ellas. Después de las riquezas les interesa la sangre que pueda derramarse, la emoción inesperada que, saltando sobre el concierto sacro o la cabalgata mística, les haga presenciar uno de esos casos que, ocurridos en otro tiempo, evocan hoy con cierta pesadumbre de que no puedan reproducirse.

Hemos oído estas frases:

—Ya no suceden casos como aquéllos. Hay menos sangre y menos devoción.

A lo que otros señores añadieron:

—Y más curiosidad que actores. Son más los ojos que las manos.

Hay menos sangre y menos devoción, exacto. Colajanni ha establecido semejanza absoluta de fisonomía espiritual entre el pueblo del Mediodía de Italia, sobre todo de la Sicilia, y el pueblo andaluz. Si el «pathos» mediterráneo flota sobre ellos, no hay entre ellos la misma sinceridad. Italia cree; Andalucía, no. Y porque no cree, el Mediodía andaluz gana al Mediodía italiano en exhibición y lujo. ¿Cuándo ha aparecido en esas regiones nuestras un Mesías como el Cristo de los Abruzzos y la epidemia religiosa que provocó? ¿Cuándo los «Santos de Bocchiglieri» de la Calabria, con su vasta secuela? ¿Qué epidemias swedenborgianas, o de convulsionistas, o de tembladores, o camisardos? No se encuentra en toda Andalucía algo que se le pa-

rezca a las sectas místicas de Rusia, ni siquiera figuras aldeanas como aquel Grielsa de las *Memorias* de Tolstoi. Sevilla reúne en estos días una muchedumbre que jamás nadie aprovechó para estudiar; mas ahora, estudiada con severa mirada, si como multitud ofrece rasgos parecidos, ¡qué diferencia tan honda entre esas muchedumbres que creen en algo, sea en lo que sea—las muchedumbres de Lourdes, que historió Huysmans; las multitudes en el Santuario de Casalbordino, que D'Annunzio describe en su «Triunfo de la muerte»; las de Nill Holggerson, de Selma Lagerloff; las mismas variedades de la experiencia religiosa que sistematizó William Hames—, y estas otras que se agrupan atraídas por espejuelos que hacen trizas si no satisfacen sus ansias de distracción o las satisfacen demasiado!

Hay menos sangre y menos devoción. Esto no quiere decir que la hubo alguna vez. Creemos haber apuntado anteriormente que la incredulidad fué siempre flor de esta raza cernida y macerada como ninguna, viajera y fanfarrona, santa en el peligro y blasfema despuès de la tempestad. El principio de Spencer: «En los hechos psicológicos, la reunión de individuos no produce nunca un resultado igual a la suma de cada uno de ellos», se verifica en esta muchedumbre en grado extraordinario: ni cada uno de ellos ni su totalidad dan otra suma que

confusas reminiscencias de sermones, recuerdos propios, sed de ver, o esas representaciones de orden erótico que descubrió Nosso, o un redentorismo de aldea.

Jamás los escritores de todos los tiempos se hallaron ante una dificultad parecida a la que ofrece esta multitud venida a Sevilla a ver unas procesiones famosas, cuya celebridad, para la mayor parte de esa multitud, es ocasionada por la transgresión y burla de las mismas ideas santas que las motivan. ¡Nada de la simplicidad de la creencia! Aquellos peregrinos rusos y polacos que viera Pierre Loti morir de miseria en las arideces de Siria después de haber logrado tocar el borde del Sepulcro Santo en Jerusalén...! ¡Esos viajeros musulmanes, hacinados en los barcos por millares, camino de la Meca, para los que el más horrendo sacrificio no es sino alegría...! La religiosidad de las muchedumbres andaluzas es sexual, una estela de contigüidad entre el sentimiento de lo desconocido convertido en culto y la necesidad de sensaciones fuertes de una existencia por demás monótona y un cerebro condenado a monoideas peligrosas. Su tibieza y su curiosidad ponen en los labios las palabras de Zarathustra: «La vida es un manantial de goce; pero las fuentes donde acude la plebe están completamente intoxicadas. No puedo sufrir las bocas sarcásticas, ni la sed de los impuros que abis-

maron su mirada en la profundidad del pozo y su sonrisa repugnante se refleja en el agua.»

Es como una mezcla de ardores, de sutilezas, de degeneraciones, de crédulas sonsejas. Hay quien ama sólo los crucifijos; quiénes esperan el Dolor Mayor; son muchos los que tienen por la Virgen María preferencias casi, o sin casi, sexuales y recuerdan al cerebro el «Veber Marienkultus», de Feuerbach; otros anhelan las Dolorosas; no son pocos los que esperan pacientes el último «Paso» de los cuarenta o cincuenta que salen estos días. Oís:

—¡Ah, esa «Soledad» sola...! Cuando usted la vea le van a temblar las carnes!

Hay en esa muchedumbre devoción, sangre, indiferencia, simplicidad, furia, orgullo, vanidad, una curiosidad infinita e insaciable, que estaría viendo pasar ante sus ojos sin rendirse de fatiga centenares de Cofradías. La feria les promete resarcirse de su luto, y recargan el negro de su pena. ¿Cuándo se bebe más, durante la Semana Santa o en la feria? Beber, dormir con mujeres, ver desfilar lentísimamente las procesiones dolorosas, escuchar el tambor lúgubre, ese tambor implacable y milenario, que baten brazos monstruosos que si hubieran sido condenados a redoblar no insistirían tanto y tanto.

—Esto ya no es su sombra—sentencia alguno.

¿Ha sido algo más? A creerles, ha sido una fiesta de locura: crímenes de sangre, la manza-

nilla corriendo por las calles, las vías convertidas en verbenas granadinas, los farolillos rizados a millares y las banderolas por millones, cada balcón un pebetero y cada terraza un paraíso, saetas en todos los labios y Cofradías en todos los barrios, humos de churros, de cirios y de inciensos, músicas y carracas, tambores y cornetas, penitentes y armados, el placer y el dolor estrujándose con furia para mezclarse como uva pisada en Sevilla convertida en lagar, las iglesias abiertas y llenas de velas, las tabernas y los prostíbulos rebosando de gente, lágrimas en todos los ojos, oyéndose en las encrucijadas clavar a Cristo en la cruz. Os dicen:

—Entonse había mucho dinero y gana de gatalo... Nadie zabía si etaba en la feria o en la Zemana Zanta. Era como el infierno y la gloria ensima uno del otro. ¿Osté ha visto lo que jasen en Guadix con su Vingen? Pue aqueyo, na; ¿y el Corpus en er Zacatín de Graná...? Aqueyo... una birria. Entavía tengo clavá en er arma aqueya saeta que sólo la «Niña de los peines» recuerda ya:

«Se enturbesieron los sielo,
hubo eclipse extraordinario,
le da un desmayo a María
ar pie der Monte Calvario
viendo a Jesú en l'agonía...»

No es que el tiempo pasado fué mejor en las

almas viejas, es que realmente estas fiestas han perdido carácter. Las Cofradías son las mismas, los que no son los mismos son los sevillanos de hoy. No es la guerra, es la desilusión. Entonces el optimismo más desenfrenado gobernaba las almas; hoy las cosas han variado mucho. Espiritualmente nada cambió en estas fiestas; socialmente han variado tanto que no son muy viejos aquellos que os dicen:

—Entonse no se ensendía candela en er fogón en diez días, y no ze queaba sin comé un mar bicho...

Aparentemente, sin embargo, por esa ley popular que conserva durante siglos las costumbres adquiridas, todo está igual; lo que echan de menos es la intensidad; como ellos dicen, la «verdá de todo aqueyo».

En la calle de las Sierpes se anda con dificultad. Los vendedores vocean unos papeles amarillos y rojos que llaman «Saetas de la Vida y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo». Unos extranjeros portan en las manos figuritas de barro que representan toreros en posturas de lidia y juergas en Eritaña; las llevan con el cuidado de niños que temieran se les rompiesen al menor descuido. En esos iconos diminutos hay modelos de gesto admirable: el viejo chapucero de traje matón y patillas de boca de hacha, la andaluza airosa ceñida en su mantón de flecos con el garbo de una veneciana, o con el pa-

ñuelo a la cabeza como una granadina. Hacen bien en comprar esas estatuitas ibéricas, porque ya los originales no existen; el pañolón de Manila lo ha estropeado todo, el gesto y el garbo; con tal de adornarse con flores, la sevillana no ha dudado en sembrarlas por su cuerpo bordadas con la seda del mantón. En los escaparates exponen los comerciantes bellísimas mantillas de encaje, y grandes corros de gente las contemplan. Un sevillano zaragatero ofrece a varios peregrinos andanadas y gradas de sol para la corrida de Resurrección; el grupo que forman engrosa por momentos, y a las palabras les debe pasar lo mismo, porque cada vez son más destempladas y «gordas». El sevillano pide por los billetes de toros el «precio de la Giralda», y, francamente, los romeros le ponen como «hoja de perejil», frase popular española que es el colmo del insulto. Mas seguramente no se marcharán sin ellos, aunque no les quede en el bolsillo ni para un «chatito con tapita». Sin la corrida de Resurrección ¿qué encanto tendría la Semana Santa...?

En los casinos y cafés, aunque no se puede dar un paso, se quejan de que ha venido este año poca gente, y lo achacan a la guerra, a la carestía de las subsistencias. Sólo un sevillano podría notar que ha venido poca gente. ¿Será posible que otros años haya venido mayor número de forasteros?

—¿A que no zabe osté cuánto tiempo se tardaba otros años desde er Sarvaor a eta caye e las Sierpes, viniendo por eza zegunda caye e la derecha, que é la der tupé de Zagasta...? A ve..., un cárculo aproximao... Pue zalía osté de la iglesia, que etá cazi enfrentito e la caye, er domingo e Ramos, y yegaba osté aquí er Zábado Zanto a las dose e la noche. Conque ya ve er cabayero zi habría gente en er camino...

Ya es tardar; mas no deja de ser probable. Grupo que se forme en la calle de las Sierpes, tarda más en disolverse que una nebulosa; los madrileños se explican ahora en esta calle el misterio de que su célebre calle de Sevilla tenga este nombre. Lo que no se explican, ni con intérprete, es que apasione tanto lo del encierro a propios y extraños. La restauración de los encierros nocturnos de los toros, desde Tabladilla hasta la puerta del Príncipe, ha sido reclamada por centenares de pequeños industiales, gentecita de vida airada, que aquí tiene mucho predicamento, cocheros, dueños de bailes «noctámbulos», venteros y demás. Unos aplauden que se celebren como hasta aquí, y otros recuerdan que se han escapado los toros con mucha frecuencia, convirtiendo las calles de Sevilla en un «herradero» y hasta matando sevillanos para pasar el tiempo y hacer honor a la divisa.

—¿Y qué?—grita uno—, ¿y qué, hombre, y qué...? ¿Que se escapa un toro? ¿Y qué? Mejó

que mejó; er que tenga la zangre como Zanta María e la Nieves, que tome el olivo; pero yo digo aquí y en toos laos que un toro en las calles e Seviya é un número der programa, y que zi ze lo birlan a los forastero, al año que viene selebramo la Semana Santa en familia poquiyo ma que Carmona.

Las carreras de caballos, en las que hay matriculados ejemplares que se dicen son del Rey·lo que este señor hace en Moratalla; la reorganización de la Policía, que trae a Sevilla de cabeza; la noticia de que Belmonte presidirá una Cofradía y Joselito otra, para impetrar ayuda del Señor y de su Madre en las faenas de las corridas de feria; el que, según parece, este año «se las traen» los «Pasos» de la Hermandad de San Juan de la Palma..., todas estas cuestiones comparten con la peliaguda del encierro el honor de «matar el tiempo» a los «niños» de estos grupos.

De lo que no habla nadie es de Jesús.

Un libro que se titulara «Verdadero concepto de Jesús en el alma de nuestra raza» sería un estudio formidable. El demostraría nuestro chabacano ideario acerca de la Redención, la Cruz, la Pasión y el Mesianismo. No conocemos en nuestro idioma libros dignos de la gran fábula o del sublime sacrificio; los que se han escrito, en número aterrador, son de una simplicidad desconsoladora, de una abrumadora

buena fe carbonera; Semanas Santas para uso de señoritas memas; relatos de la Pasión de insoportable anacronismo y meditaciones, largas y sosas, de esas que abren el Cielo a los absolutamente simples. En esto, como en todo lo que represente un verdadero esfuerzo del espíritu, vivimos parasitariamente de la producción de los demás pueblos. Nuestros heterodoxos han sido energúmenos, y la ortodoxia tan intransigente, que, convirtiéndose en arma política, cegó por el procedimiento del miedo la fuente de todo pensamiento vivo. O una crítica incolora que muerde y no prueba, o empalagosas oraciones de pesadumbre y aflicción aldeana. No un Arthur Drews, que reuniera hondos trabajos de investigación sobre el mito de Cristo, en su discutido y comentado *Die Christusmythe;* nada de un Kalthoff que tratase profundamente la historicidad de Jesús; no un Strauss, no un Bruno Bauer; nada, siquiera, de novelas tan dulces como la de Renan; un Peyrat, un Ganeval, un Miron, un Havet...

En esta misma calle de las Sierpes hay hermosas librerías. Entramos. Ciertos extranjeros hojean unos álbumes de «suertes» del toreo. Hablamos de Jesús.

—¿Cristología...? ¡No se vendería nada...! ¿En las librerías religiosas...? ¡Allí, menos!

El que no cree, juzga innecesario tener que demostrar su incredulidad con argumentos; no

crea y en paz. El que tiene fe en los Misterios Santos se horroriza al pensar que pueda ser humano poner en duda lo que él tan firmemente cree. Además, esos libros cuestan dinero; si los dieran de balde, siempre costaría leerlos tiempo y algo de atención. Lo mejor es saber que «tiene que haber *a la fuerza* un dios», y no razonarlo mucho, no sea que ese dios no aparezca por lado alguno y «sea peor el remedio que la enfermedad».

Las variedades de la incredulidad y de la fe en España no es la menor curiosidad que tenemos para enseñar a los extranjeros. La imaginación más ardorosa no puede concebir qué diabólico empacho de fe mixta e incredulidad bastarda tiene nuestra raza. Se cree y no se cree al mismo tiempo; se cree y no se practica culto alguno, porque si el dogma es verdad, el rito es una «filfa»; no se cree y se va a la iglesia porque es un teatro gratuito donde a veces se oye a buenos oradores; se cree y se practica con tanta unción que el despacho se traslada a la sacristía, y la sala de recibir, al presbiterio; ni se cree ni se practica; pero la sociedad manda, y entonces se miente lo que no está en el alma. Nuestro beato y nuestro anticlerical son dos «buenas piezas», a los que un ligero examen descubriría un gracioso secreto: que el anticlerical rabioso es un seguro bienaventurado y que el devoto se condenará irre-

mediablemente. Aquellas castas fariseaicas, descritas en el Talmud y por Josefo, los fariseos patizambos, los fariseos frente sangrienta, el fariseo esteva, los robustos de hombros, el fariseo barnizado, el fariseo «¿qué hay que hacer?, aquí estoy yo»... se encuentran entre nosotros, algo picardeados, pero con su espíritu mezquino y exclusivista, celosos de su propia hipocresía, jesuítas de sí mismos, fanáticos de reposo, como dice Renan de los *Boethusim*.

Los andaluces, que tienen la exclusiva para juzgarse a sí propios sin el menor miramiento, mientras a duras penas soportan la crítica de los extraños, suelen dar ideas claras de lo que es su amor a las cosas del otro mundo.

—¿A que no zabe uté, zeñó, por qué etá en Jaén la cara e Dio y no en otro lao? No chamulla er niño, ¿verdá...? Pue e er caso que sierto día etaba Nuetro Zeñó en la nubes mirando aqueya parte de Andalusía, y de vergüensa que le dió haberla criao se le cayó la cara ar zuelo.

Ya hemos indicado en otra parte que no dejan de ser listos en sus juicios negativos. El pueblo se da cuenta de las contradicciones de la Revelación, aunque no conozca las de los Evangelios y no sospeche las exégesis supremas de un Strauss, un D'Eichsthal, Ewald, Dillmann o Schelling. Quién sabe si esos rasgos suyos de indiferencia e irreligiosidad no tienen

las raíces en sus agudezas y camandulerías...

Un sevillano, que oía a un pastor protestante de los muchos que evangelizan el Mediodía, le habló de este modo:

—A mí lo que me guta de toa la religión de uté, es que toos ostés ze casen.

Otro andaluz, comentando con su acostumbrada libertad de expresión ciertos desahogos de un cura que hacía vida marital con la mujer más beata y más guapa de una ciudad, decía así:

—A mí me parese mu bien que eze niño no quiera ser capón. Zi Nuetro Zeñó, en ve de nasé onde Cristo dió la tre vose, nase en Graná, o Seviya, o en cuarquier lao de Sierra Morena al moro, y ve la mujere que acá ze estilan, Nuetro Zeñó ze pela y s'afeita y ze da cuatro pataíta en la Jara o en la Vega y se jarta de mansaniya, y en ve de morí en una crú, entre do ladrone, ze muere como Lagartijo, en lo brazo de una niña bragá, con ca ojo en la cara como la catedrá.

Este mismo andaluz, cofrade de una Hermandad, enfurecido porque alguien le hizo notar que él diría eso, pero que bien se pavoneaba con su túnica de nazareno los días santos, prorrumpió en dicterios fulminantes:

—Una coza e Nuetro Zeñó er de allá de Jerusalén, y otra coza e er de Seviya, y no enredemo el azunto. A Nuetro Pare Jesú der

Gran Poer ze le eja quieto, que e lo mejó que nos pué pasá a la reunión, que eze Niño oye y aluego jase, y quien le jase una mala pasá ze le ve aluego por Osario con un carsetín sí y otro no.

Un noruego, viajero infatigable y cultísimo, que nos acompaña, se muestra admirado de la originalidad e interés psicológico de estos aspectos religiosos. Dice:

—No creo que haya en el mundo cosa que se le parezca. Jamás pude imaginar hubiese en la tierra un pueblo semejante; cree y no cree, e interpreta su «sí» y su «no» con un descaro tal, que es un verdadero encanto y hasta una religión nueva.

¡Jerusalén y Sevilla...! Ese andaluz, que ha unido en su fantasía árabe esos dos nombres inmensos, no sabe bien qué sutilísimas ondas espirituales van de una a otra ciudad. No es posible establecer un paralelo religioso; y, sin embargo, no sabemos por qué la *Tierra de María Santísima* y la *Tierra de Jesús* tienen un parecido espiritual sorprendente. ¿Qué hay en el ambiente de la Ciudad de la Gracia para que parezca posible una tan extraña semejanza? Ilusiones, sin duda, mas ilusiones que ha tenido siempre la misma Ciudad. En los tres pilares, remate de la fachada del palacio de los Afán de Rivera, hay esta inscripción: «4 de agosto de 1519 entró en Jerusalén.» Tres años

empleó Don Fadrique en su viaje a Tierra Santa, y el pueblo llama a su palacio Casa de Pilatos, Pretorio y Descanso de los Jueces a sus mejores salas. Nada recuerda en su estilo arquitectónico la casa encantada, los edificios viejos de Jerusalén, como nada recuerda el anacronismo de sus «Pasos» la verdadera época en que Jesús fué sentenciado; pero el pueblo sevillano ha soñado tanto en esa Tierra Santa, ha empleado tantas energías y oro en interpretarla, que, aun vista como ella la vé, Jerusalén es uno de los grandes ideales sevillanos y como algo que le pertenece. Tiene su convento de Monte Sión, como Jerusalén, y la Cofradía que sale de San Juan de la Palma lleva en las túnicas la cruz de la Orden de San Juan de Jerusalén.

En estos días, las dos ciudades viven una misma vida; el mismo esplendor oriental en las procesiones, idéntica variedad de muchedumbres de todos los lados de la tierra, igual pompa en el culto y anacronismo en los iconos, monumentos, lábaros y retablos; hasta parecen las mismas en esa hedionda atmósfera de curiosidad, despreocupación, familiaridad en los Misterios y turismo que envuelve a las dos. Jerusalén es un feudo de las Agencias «Cook's» y «Gaze and Sous». «Si Jesús volviera al mundo—ha dicho una excelsa viajera—y viese esas escurriduras del aceite de las lámparas que como

reliquias se vende a los nobles peregrinos rusos, polacos y griegos de Tesalia, es seguro que de nuevo arrojaría del templo a los codiciosos vendedores.» La divina Salem envidiará, no obstante, a Sevilla su buen humor. Allí los católicos romanos, griegos unidos, armenios, maronitas del Líbano, coptos, cristianos cismáticos, abisinios disidentes, mormones, cristianos luteranos, protestantes y *mártires del último momento* se envidian, compran concesiones, pretenden destruírse, buscan privilegios, cuentan y recuentan las lámparas o cirios a que tienen derecho... vienen a las manos, y ante el mismo sepulcro del Señor los turcos tienen que recordarles dónde están. Sevilla imita a Jerusalén en el fasto y delirio de grandezas evocadoras; las discordias son tan amenas, que se cuenta con ellas como uno de los números del espectáculo. Pero, al fin, ¿qué son estas discordias sino reflejo de las de Salem? Sin la gracia y la calma árabe que estas almas de fuego poseen en el fondo de sus actos, ¡qué atrocidades no se cometerían! Menos mal que el genio andaluz encuentra medios expeditivos para salir airoso de los trances más endemoniados.

En un pueblo sevillano, en el que se imitan las procesiones de la ciudad, ocurrió un suceso digno de que lo supieran en Jerusalén. Dos Cofradías, la de Cristo con la Cruz a cuestas y la de su Madre con las siete espadas en el co-

razón, frente a frente, esperan en la plaza un momento, señalado de antemano, en que el orador sagrado exclama: «¡Y tú, Madre! ¿No buscabas a tu hijo? Ahí le tienes. Acércate y ve cómo le han puesto los mismos que vino a salvar...» Entonces es tradicional que los dos «Pasos» se acerquen uno a otro, y hay tanta emoción en ese sencillísimo avance, que se escuchan, en el imponente silencio, los sollozos de las mujeres y de los hombres. Mas, como hay oradores sagrados que no han leído al Fray Gerundio de Campazas, ni conocen de nombre al Padre Isla, resultó un día que el sermón «no tenía fin»... Cansados de esperar, y uno por uno, y sin que nadie notara su ausencia, fueron desfilando los «gallegos» o portadores de ambos «Pasos» hacia tabernas cercanas, y cuando el buen sacerdote se desgañitaba gritando el pasaje que todos esperaban con las lágrimas al borde de las órbitas, he aquí que ni la Madre se acerca al Hijo ni el Hijo a su señora Madre. Tres, cuatro, más veces ruge la súplica el sacerdote entre el estupor de la multitud; los «Pasos» no se mueven. El efecto sublime se deshace en bochornoso ridículo. Se oye decir sacrílegamente:

—S'han enfadao.

Pero los encargados de la buena conducción de los «Pasos», especie de velludos cómitres o arraeces bestiales, no se resignan, buscan a los

culpables, los meten bajo las peanas de los «Pasos» a varazos horrendos y se los oye con escándalo inaudito vomitar las más horrorosas blasfemias. El efecto es infernal. Desde el púlpito clama por millonésima vez el párroco su ruego a la Soledad, y sus palabras son cruzadas como trallazos por las inmundas imprecaciones de los conductores, que desean reparar el daño con un celo brutal.

—«Y tú, Madre, ¿no buscabas a tu hijo...?»

—¡Mardita zea la primera papiya que te dieron, ladrón...!

—Ahí lo tienes, acércate...

—¡Mete el morrillo y arrea, hijo de...!

Figuraos el desconcierto. Los «Pasos» avanzan tambaleándose lúgubremente, y, cegados por la ira y el vino, caminan en línea tan poco recta, que, como hubieran de encontrase en ella, no lo hicieran en toda una eternidad. La gente insulta a los portadores de las andas; éstos no se muerden la lengua; baja de la cátedra del Espíritu Santo el cura, irritadísimo y avergonzado, y la escena es tal que los «Pasos», abandonados, han de ser guardados por parejas de la Guardia civil, y en tan lastimosa guisa, que la Soledad parece llorar por ello y Cristo cerrar los ojos para no verlo.

## III

«Quien no ha visto Sevilla no ha visto maravilla.» Es Domingo de Ramos, y parece que la ciudad, sin contar para nada con sus habitantes, se ha engalanado por sí misma, escogiendo la luz que le ha dado la gana y perfumes que no volverá a derramar hasta Resurrección sobre su pecho moreno, en el que tiembla de susto una crucecilla. ¡Qué amanecer! Las nubecillas son flores en el azul, un azul zafiro, profundo y transparente; muy alto, como si el cielo aquí fuera más alto que en ninguna parte. Las campanas cantan en sus torres, unas campanas madrugadoras, a las que contestan pajarillos traviesos y velocísimos, regocijados por aquel aire suave impregnado de azahar y de jazmín que salta del Patio de Banderas a la huraña mole de la Lonja, y visita las caladas cresterías de la Catedral, y envuelve la imagen de la Virgen, que tan tristes recuerdos conmemora y acaricia los brazos de la Cruz, roja memoria de Sancho Ortiz de las Roelas. En la alborada deliciosa hay un recogimiento, desvanecido en la Plaza del Triunfo con la magia de un Susillo; es como si cierta neblina espiritual uniera y difuminara unos edificios en otros, alejándoles en la perspectiva y en el tiempo, plasmándoles en las bermejas murallas del Alcázar, mientras

se hunde en su laberinto aquel rey Don Pedro que jamás se acostó antes de que saliera el Sol, y se destaca la casa de los Solises, cerca de la Plaza del Duque, en la que Calderón viera «El médico de su honra», y hulle en el ensueño el callejón de Santa Marta, en cuyas sinuosas encrucijadas Mañara revela al demonio un nuevo pecado capital.

El gorjeo de los pájaros que se persiguen en el viento imaginámosle la diana única digna de despertar a la perezosa ciudad. Junto a un puesto de «calentitos», un niño, que tiene los ojos como los del Jesús de la Virgen de la Servilleta, mira embobado el vuelo de las avecillas; oye su concierto, que la proximidad de los enormes edificios recoge y amplifica. La viejecita pesa en una balanza, diez veces más vieja que ella, los churros que le pide un trasnochador. Luego se aleja, comiendo y cantando:

«Que venga el alba de veras,
a ver si viniendo el alba
tienen remedio mis penas.»

Pasa lentamente una recua de machos encabestrada; sus guarniciones son de estambre rojo con flecos y borlas; el guión hace sonar su cencerra, y sobre la grupa del último macho, engualdrapado con cierto arte, el «jarriero», somnoliento, piensa en las teleras de su trabajo o en el ramo de olivo que lleva entre las

manos. La Iglesia bendecirá hoy esas ramas simbólicas, y dondquiera que fueren colocadas ahuyentarán toda adversidad. «Pues las ramas de las palmas—dice la Iglesia en sus oraciones de hoy—indican los triunfos contra el Príncipe de la Muerte, y los ramos de los olivos publican, en cierto modo, la unción espiritual...»

¡Qué pequeñita parece la Giralda esta madrugada, esa Giralda que las noches de luna tiene, según dicen los dormilones sevillanos, que «jacerse a un lao pa que pase la luna»...! Se oyen muy dentro del alma deliciosos motivos de la «Iberia», de Albéniz, que han sido despertados por la visión en calma de una ciudad muy bella dormida todavía. Aún tardará el Sol. En el profundo azul turquesa del cielo, las nubecillas van cambiando sus colores; los tonos de ámbar, las irisaciones de perlas gigantescas son rasos de corola de lirio, grumos enormes de grosella, inmensos pedazos de cáscara de naranja; de algunas de esas nubes cuelgan marañas de madreselvas que el viento de las alturas desmadeja y esprime en rocío. ¡De qué dulce modo, y como los colores en esas nubes, se van confundiendo en el corazón las emociones de nuestras almas, avaras de hallazgos felices, las sensaciones de la ciudad dormida, no menos bella que despierta, los misterios de la vida de un Dios que hoy comienzan...!

Muchos siglos hace, un domingo, día nueve

del mes de Nisan, Jesús de Nazareth, joven profeta galileo, salió de Efron hacia el lado de Betel. Jerusalén estaba cerca, una jornada escasa, y el maestro encantador marchaba cuesta abajo. Una tristeza profunda dominaba su alma, de ordinario tan serena. El camino, que le había ocultado la ciudad, mostróle ésta en todo su esplendor al llegar a la cima del monte de los Olivos; Jesús se detuvo impresionado. Su delicada naturaleza y su genio sencillo no pudieron sufrir en calma la belleza suntuosa de la ciudad elegida de su Padre. El *Hieron* del templo y la torre Antonia fascinaron sus ojos y los llenaron de lágrimas; su llanto, sangre de un alma nobilísima, se convirtió en palabras. No se explicaba la cruel indiferencia de la ciudad y la reprochaba su abstención como un hombre cualquiera. En Bethphage, galileos venidos a la Pascua descansaban a la sombra de las muchas higueras que allí había. Reconocieron a Jesús, y gozosos de hallar a su paisano le montaron en una jumenta y celebraron su encuentro, en torno de él, con ingenuo regocijo. Sabían que le agradaba ser llamado hijo de David, y su tierno orgullo tuvo un momento de intensa satisfacción...

—Diles que callen, Rabbi—le decían los fariseos.

—Si éstos callan—respondió Jesús—, hasta las piedras darán voces.

Guareciéndose bajo las portaladas, arrimados a las paredes de la Catedral, en la columnata de los «Santos Lugares», pasaron la noche los que han de vender hoy las palmas. El homenaje espontáneo de aquellos galileos al Profeta de su tierra será renovado hoy una vez más desde hace tantos siglos. El Cardenal bendecirá los ramos, y luego éstos aparecerán en las rejas bien atados con cintas de seda o soguillas de esparto, y allí permanecerán el año entero, aunque los pudra la lluvia y los reseque el estío. La Iglesia ha pedido a su Dios les otorgue un poder celestial: «Oh Dios—dice en uno de sus *Oremos*—, que por medio de un ramo de olivo quisiste que la paloma anunciase la paz a la Tierra. Dígnate santificarlos con tu bendición para que sirvan de salud a todo tu pueblo...» La palma hierática ó el humilde manojo de romero silvestre son, después de los Oficios, adorno en las celosías y terrazas, un amuleto y una flor más allí donde tantas flores y conjuros existen ya.

Comienzan los mercaderes su trajín. En todas las puertas de las parroquias, en los mercados, gente venida de fuera, levantinos y andaluces, amontonan las palmas, según su lujo y su coste; las hay lisas y rizadas, finas y muy altas, regordetas y barrocas, para los ricos y para los pobres. Los nuevos galileos no podrán arrancarlas de los árboles, y han de comprar-

las, como el divino Consolador será substituído por un cardenal muy bien vestido con un traje de color de vino; los tiempos son otros.

Los primeros rayos de Sol ponen rojas manchas en las palmas doradas. Manipulando con ellas lograron ingeniosos buscavidas convertirlas en floreros, búcaros, cirios rizados y abullonados como los de los «Pasos»..., «afarolarlas». Parecen faroles: otras, semejan pomposas cruces procesionales cargadas de flores, de cintas y de caireles; muchas, imitan cañas japonesas atravesadas por globos de papel de color, como las luminarias de las verbenas. Los limones, las naranjas, los claveles, las flores, los montones de olivo y romero esperan los compradores. Entretanto, el Sol las ilumina y encanta con la escala de sus oros, desde el de onza vieja hasta el pálido de la manzanilla; con sus tonalidades rojas, desde el púrpura de la amapola hasta el desteñido de las percalinas...

Comemos «guñuelos» en la grata compañía de aquellos «murcios» de las esportillas que describiera Cervantes, de menos balumba hoy, pero tan salados como entonces. Los anafes echan un humo endemoniado, y en las sartenes, un aceite, no digno de la festividad del día, fríe las masas apetitosas, que han de ser luego cólicos y retortijones de tripas, si el «cazaya» no ayuda a bien matar su mala levadura. ¡Y todavía hay que comerlos a cuarterones, por

libras! Pero, según nos dicen, donde esto de los «guñuelos» tiene gracia es en la feria.

—Ayí, cabayero, ze l'agarra asté una gitana buñolera, y ezo de que no ha de comé osté guñuelos e viento a cuarterones ze lo cuenta osté al angelito de la Fábrica e Tabacos. Ayí come guñuelos to Dios hata que echa er sebo po la niñas e los ojos y le zale a osté por lo hueco e las narises más aire que un ventilaor.

Cerca del anafe un extranjero contempla las maniobras de los buñoleros, sin dejar por eso de comer espirales de combros o tejeringos. ¡La masa de aire frito que comía aquel hombre...! Sólo mirarle producía vértigo...

—Eze niño se parese a una inglesa que vino a Seviya el año pasao y yevaba un criao con un zaco e naranja etrás de eya. Aqueya criatura no ze le olvida a ningún zevillano mientra viva...: como que la niña ze comió toas las naranja que había en Seviya... ¡y la gachí ze las comía sin pelá...!

El extranjero de los churros lleva en la cabeza un sombrero ancho, de esos que se llaman cordobeses, lo que sienta a su cara como «a un Cristo dos pistolas», según la vieja comparación popular; mas él cree que debe ir por Sevilla así y que ir así es un homenaje a la ciudad parecido a tomarse unos chatos en casa de Antequera y llenarse la boca de polvorones de la Campana o de yemas de San Leandro.

Trabamos conocimiento, en las cercanías del Palacio Arzobispal, con un vendedor de medallas, nacido en el callejón del Agua, según nos afirma; no es un santero ni vende los sagrados emblemas porque tiene fe en ellas, sino porque le compran muchas *Esperanzas* de Triana, camafeos santos a cuyo reverso se encuentra la imagen del torero Belmonte. Allí mismo saludamos a un hombre famoso en la ciudad conocido por Nicolás el de los estropajos, un idiota que con su mercancía a la cabeza baila y hace las delicias de la gente. Es incalculable el número de seres de esta especie que andan libres por Andalucía en el más completo abandono. Sevilla, célebre en los anales de la piedad por su institución de los Toribios, se divierte con éste y otros seres parecidos; su misericordia y su crueldad, como el dolor y su alegría, se dan en esa alma rara juntas; su compucción por las humanas miserias es tan grande como su delirio por las emociones fuertes también humanas.

¿Quién no ha oído hablar de los pregones de Sevilla? Quien vende algo sabe que la ciudad no atenderá si con el ofrecimiento de lo necesario no se le da una emoción cualquiera. Por eso el vendedor ambulante de bollos recurre a su talento musical para vocear durante dos horas las tortas o corruscos de almendras, y el florista aturde el barrio con su: «Vamos, niñas,

llevo nardos, jazmines, mosquetas...», y los ropavejeros lanzan su tenebroso reclamo medio hebreo, medio moro, y el escobonero no vende porque más que vender le place entusiasmarse a sí mismo con su estilo «garganteao». Sólo en Sevilla pueden encontrarse hombres a los que su arte de ganarse la vida les interesa menos que la impresión que causen a sus clientes probables y el tiempo gastado en pregonar sea infinitamente mayor que el empleado en expender. En Madrid hay un proverbio que dice: «En casa no comeremos; pero... ¡nos divertimos más...!»; en Sevilla estos hombres que vocean para comer se sienten ahitos y satisfechos, aunque nadie les compre, con tal de que su pregón haya poblado los balcones y portales de las caras risueñas de las vecinas.

En el patio de los naranjos, de la Catedral honda melancolía se apodera del alma. No es la taza visigoda de la fuente, ni el púlpito desde el que predicaron los más famosos oradores sagrados del gran Siglo, ni el Sagrario, ni el claustro del Lagarto, ni la Biblioteca, en la que hay tantos libros manejados por Colón: es el romanticismo aristocrático que aquí se respira. ¡Qué lejanas parecen las languideces de los surtidores y las cancelas entreabiertas, las abominaciones de la flamenca pandereta, las embriagueces de las noches sevillanas, claros de luna que no han tenido su músico ni su pintor...!

¿Será que esa Puerta del Perdón engrandece el espíritu del que por ella pasa y sólo porque pasa por ella? ¿O es que al amparo de la Giralda el corazón se siente como ella, fuerte, libre, aéreo...? Sea lo que sea, el alma está bien aquí y sin muchas ganas de moverse de aquí, viendo ese cielo alto, bóveda infinita cuya clave nadie verá jamás, sintiendo ese perfume enervador del generoso árbol cuya flor es símbolo de la pureza y del deseo... Y he aquí que se acerca un buen hombre y nos dice:

—¿Nesesitan un siserone, zeñoritos?

¡Oh poder de la simpatía...! Ibamos a soltar un no rotundo y hasta agresivo; pero ese hombre que está delante de nosotros tiene unas ganas tales de volverse a poner sin más miramientos la gorra que tiene en la mano que, seducidos por su gracia, le dejamos hacer y afirmamos.

—En Sevilla, nos decían antes de conocerla, la simpatía «atufa».

Aquel que os sirve, el criado que os acompaña, el puesto a vuestras órdenes, así seáis el mismísimo Señor del Gran Poder, concluye por alternar con vosotros o se pega un tiro. La obsequiosidad, su impecable servicio, su generosa ayuda tiene tanto de resignación melancólica que no tardáis en relevarle de toda oficiosidad y empaque, compadecidos de su interior sufrimiento.

—Zi tarda osté poquiyo má en desime ezo,

en la caye del Hombre de Piedra hay un día de luto mú grande.

En la calle del Hombre de Piedra vive él.

—¿Tan desesperado está usted?—le preguntáis sonriendo.

—Como en la desesperasión totá, no; pero en el emparme, vaya...

Mas un sevillano puede estar «en el emparme de la desesperasión» y no obstante ser muy gracioso. El pintor Luis de Vargas, uno de los más grandes de Sevilla, era hombre tan taciturno y poco comunicativo que tenía en su cuarto, para no olvidar la idea de su último fin, un ataúd; pero cierto día un pintamonas tuvo la audacia de pedirle su opinión técnica sobre un Cristo, y le dijo así: «Está tan bien hecho que está diciendo perdónale, Señor, que no sabe lo que se hace.»

—Ahí drento etá er zepulcro de Cristóbal Colón—dice el buen hombre.

Entramos. En los pilares elípticos del coro, amplias manchas de un rojo de sangre. El sol atraviesa las vidrieras y refleja de ellas en las piedras solamente los colores. En primorosos arcos florenzados y bajo esbeltos doseletes unos santos rígidos que tienen su nombre al pie, en largas filacterías, oran y rezan o se asoman curiosos a la inmensa nave de la catedral.

—A que no zabe er zeñorito po qué etá resando eze zanto que tié al lao eze esaborío...?

¡No da en er clavo, el zeñó...i Pue etá resando po que le quiten de al lao eze tío tan feo...

La luz incendia los transparentes con llamaradas de arte y misterio y arroja en haces de finísimos hilos el tapiz de gipso sobre esos enormes monolitos del crucero. En la iglesia, vasta como una pagoda india, la luz se burla del recogimiento y la devoción; tienen una vida extraña esos ramalazos de luz violeta, esas franjas de oro y azul, esos óvalos verdes que proyectados sobre las piedras irradian en las sombras y despejan las tinieblas y distraen el espíritu. Están bien iluminadas las cinco naves, y esa luz sevillana, descarada, que nada respeta, se entra de rondón por los setenta y cuatro ventanales, resbala por las nervaduras de las bóvedas, se escurre por los ligeros antepechos de tracería flamígera, escudriña las pechinas y los ángulos, desciende por los pilares, examina las floridas ojivas, corre por las hiladas de piedra y losas del pavimento, descansa en las mensulillas y huronea por los prodigios de los capiteles.

¡Se abren las bóvedas, para formar el techo, con tal sencillez, que más bien parece fué el techo quien dejó caer la formidable estalactita de los pilares! Semejantes a corpulentas palmas muy altas que abrieran sus ramas y trenzaran con ellas las bóvedas, estos pilares alejan la perspectiva indefinidamente en bosque encan-

tador. El trascoro es un alarde de piedras ricas; pero urdieron con ellas una mala trama. Los tubos del órgano moderno suben hasta los preciosos arcos, en los que destellan vidrieras asombrosas, terminando en saliente de bello efecto algo barroco. ¿Y esa verja? Si de oro fuera, ¿valdría más? El retablo de esa Capilla Mayor aniquila todo esfuerzo comprensivo. ¿Qué valen, qué significan nuestros ideales artísticos ante la imaginería embutida en los nichos de ese retablo? Si los centenares de figuras que ahí hay salieran de su entablamiento, toda la Pasión de Jesús con sus personajes secundarios podría reconstituirse. Los pinos de Segura, los castaños de Asturias, los nogales gallegos, las maderas de Flandes, se convirtieron en celdillas, y todo el retablo no es sino un panal gigantesco. Las estofas y los dorados se destacan del fondo de sus hornacinas, columnillas, arambelas y repisas; los ojos reciben íntegra la impresión de belleza sublime y se niegan á buscar el detalle espantados de la dificultad de escoger. Parece una labor de siglos en una placa inmensa de marfil. El Cristo del Millón, maravilla sobre maravilla, corona esa Sinfonía en la que cada nota es un universo de luz, fuerza, fe, aspiración y encanto.

Pendiente de un hilo muy fino cae a plomo una lámpara ante el sepulcro de Colón: la lucecita roja que brilla humilde sin extinguirse nun-

ca en ese vaso es más sugestiva que el destartalado sarcófago, un ataúd llevado en andas sobre los hombros de cuatro ganapanes de bronce. Sin duda, el artista recordó el mausoleo de Philippe Pot, senescal de la Borgoña traído al Louvre desde la Abadía de Citeaux, uno de los sepulcros más bellos que escultor alguno haya imaginado; pero estos cuatro mancebos de cara inexpresiva y fofa vestidos de heraldos del siglo XV en el guardarropa de un teatro, el féretro cubierto con blondas vaciadas en bronce esmaltado y lo demás que no sentimos haber olvidado, bien poco dicen de la grandeza de aquel cuyos huesos conserva, si es que son los huesos de Colón los que tan de prisa y con poco cuidado exhumaron los que en el zócalo han llamado ingrata a la América liberada.

—Zeñorito—dice el *siserone*—, en este mismo sitio, aquí cerca del Cristobalón, ocurrió en una Semana Santa un caso mú grasioso... Pue er caso ocurrió en er Miserere cuando lo cantaban totarmente en tiniebla... Unos zeñorito de etos que se estilan acá y que jasen lo que les zale de drentro... pue que ze trajeron mujere, zabe osté, mujere de ezas que yaman por ahí de doble escape, entiende osté... y cuando ahí en er coro etaban má apuraos con el zeñó Eslava, la mujere que empiesan a desi..., güeno, cozas que no se puén desi ni aun etando zolos. ¡Josú la que ze armó! Había ayí niño que no

encontró la ropa poque no zabía ónde la había dejao... ¿Y qué le parese a osté la catredal?

—Hermosísima.

—¿Verdad que sí? Pue e una iglesia que ze desatorniya; y ezo lo descubrió un gitano.

—¿Que se desatornilla...?

—Zí, zeñó. Zi un día hubiera en er mundo dinero pa pagarla, con desatorniyarla piesa por piesa etaba todo arreglao. Y ezo lo descubrió un gitano que se la iba yevando peaso a peaso y había comensao po la puerta e San Migué.

¡Por qué el diablo del gitano no comenzaría por el mausoleo de Colón!

La catedral es una inmensa población aparte que nada tiene que ver con Sevilla. Gracias a la torre parece que no es así, y quienes, deslumbrados por los tesoros de genio sevillano que encierra, recorren sus capillas y sus sacristías, negarían existiese tal divorcio entre la Basílica y la ciudad. Mas así es; sin esta luz andaluza que todo lo arregla a su gusto, el sevillano que entrara en la Basílica a ver a su Virgen de los Reyes, o su San Antonio, creería penetrar en la iglesia de otra población. En una iglesia que el sevillano encuentra fría y triste, que en nada se parece al resto de la ciudad, que no podría adaptarse jamás al ambiente como se adaptó el barroco mismo. El estilo plateresco y el estilo mudéjar son grandes amigos; pero ¿cómo conciliar con la puerta del Perdón o las

puertas del Ayuntamiento, la de San Pablo? En Toledo, los edificios de estilo más opuesto, si hablaran, se encogerían de hombros al verse tan cerca los unos de los otros. Si hablasen en Sevilla los edificios, la Catedral, al escucharlos, se «desatornillaría» sola sin ayuda de sus gitanos; la misma Capilla Real no dejaría de darla un disgusto. Los forasteros mismos la extrañan un poco y, cuando, hartos de ver cuadros, retablos, tesoros, tumbas e iconos, salen de ella, les causa la impresión de una montaña en torno de la cual se hubiese extendido Sevilla buscando un poco de sombra.

En Semana Santa, la Catedral reina hasta cierto punto. La gente viene en gran número a los Oficios, pero con cierta prisa; las Cofradías pasan por ella, eso es todo. Si el Cardenal intentara cercenar un derecho o humillar alguna Cofradía nadie le haría caso. En 1751, cuando la Religión, además del poder de sus dogmas, tenía el dominio de las conciencias, un coadministrador del Arzobispado puso un notario eclesiástico en el arquillo de Santa Marta para que las Cofradías pasaran por allí y no por la Puerta de los Palos, según era costumbre. La Exaltación de Santa Catalina se negó, y su Hermano Mayor fué excomulgado, e inmediatamente le notificaron esta providencia; más de prisa aún acudió en recurso de fuerza a la Real Audiencia, la que, todavía más de prisa, conminó al

Arzobispo a levantar la excomunión; el duelo fué tenaz entre ambos Tribunales; pero la cofradía no se movió hasta que, decretado el extrañamiento del Prelado, éste se allanó a todo, y la cofradía, victoriosa, siguió su estación. Antes, la cofradía del Santo Cristo de la Fundación, que pertenecía a los negros y venía detrás de la excomulgada, se había negado terminantemente a pasar delante, contestando que por donde fueran los blancos irían los negros. Si hoy, que a pesar de tantas libertades el fuero eclesiástico maneja como le viene en gana al civil, se tratase de subordinar demasiado las Cofradías a la Religión, sucederían casos parecidos. Nadie se puede imaginar qué fuerza moral entrañan estas Hermandades y con qué desdén reciben las órdenes que no se dan ellas mismas, así emanen del mismo Padre Eterno.

En los Oficios divinos presenciamos una vez más el descreimiento de la multitud. Se nos dijo que eran actos de fe sincera; que no viéndolo, no se creería la unción religiosa de esta raza andaluza. Nunca son en las Catedrales eficaces las oraciones; son demasiado grandes estos templos para que el alma sienta otra cosa que el aislamiento y torpeza del siervo en el Palacio del Señor. Los forasteros andan de capilla en capilla con el aire de estar en un Museo; los devotos ofrecen ese aspecto que tanto admira a los extranjeros, y que consiste en es-

tar en la iglesia rezando a Dios, observándose entre ellos mismos y cortando sus preces para criticar y reirse de lo que extrañó a sus ojos husmeadores y llenos de malicia. A un mismo tiempo, y sin violencia, le piden a Dios el perdón de sus faltas y están cometiendo otras con la más salada poca vergüenza del mundo. El meridionalismo no se para en barras; ¿no es Dios su Padre y la Iglesia la casa de su Padre? Pues nada de seriedades excéntricas y disciplinas estrambóticas. El desconocimiento casi absoluto de la liturgia y de sus símbolos contribuye a la disipación y las distracciones ociosas. Allí están con sus palmas y sus ramos esperando la bendición cardenalicia. No hay palma quieta; parece que sopla en ellas un viento raro, y a cada oscilación se abren las ramas y juguetea en ellas la luz. Artísticamente considerada, esa muchedumbre es un prodigio; los ojos, aturdidos, contemplan un cuadro de belleza infinita.

El rasgo que distingue a nuestras multitudes religiosas es el predominio en ellas de las mujeres, y éstas, para ir a la iglesia, se ponen sus galas más caras, las que el pueblo llama «trapitos de cristianar». ¿No hemos de distraernos, nos dicen jóvenes de la ciudad, teniendo tales mujeres? ¿Serían los extranjeros tan profundamente religiosos, como suelen ser, en sus respectivas creencias, si poseyeran mujeres

como las nuestras? Quizá tengan razón; observándolas, el alma se pregunta: ¿qué clase de fe es esa que se cuida más del cuerpo que del alma? Sin duda, guardadas en casa por hombres que tienen la sangre mora, ellas creían venir no a una iglesia cristiana, sino a una mezquita, y de ahí su disipación y aburrimiento. Con sus mantillas de teja o de tira, sus blondas, sus velos, sus manteletas sobre todo, con el garbo que llevan todo eso, aunque estén quietas, no dejan orar en paz a los hombres ni aciertan ellas mismas a desprenderse de la tierra. Su oración brota en los labios entre sonrisas; las lagrimillas místicas se abren paso entre miradas de fuego.

—Padre mío, me la comía viva...; aleja de mí la tentación, dirá un sevillano.

Nada de ojos bajos, ni de compucciones sinceras, ni de arrobamientos; rezan mucho, eso sí, y siempre con ayuda de un devocionario, en el que halla manuscritas oraciones que la Iglesia prohibe; mas ¿qué llegará al cielo de esos rezos, rotos por miradas ardientes, por la satisfacción de la propia hermosura? Son centros de irradiaciones antirreligiosas. Ferrero, que estudió la piedad en la mujer, nada ha escrito de estas mujeres tan lindas, tan artistas, sugestionadas por lo que no entienden, y que salen y entran en ese estado de alma cuando se le antoja. ¿Qué dirían Federoff, o Simarro, o

Roubinovitch o Legrain de estas mujeres, cromos vivos de pecadoras deliciosas, si notaran que la contigüidad del misticismo y la histeria es entre ellas rota por inquietudes de la más humana ley? Hablan, ríen, rezan, lloran y pasan de uno a otro estado con agilidad sentimental que maravilla y sin creer por un solo momento que cometen la más leve falta. La Catedral es un teatro en el que por tramoyas misteriosas ellas son actoras en una tragedia inmensa; de vez en cuando se fatigan de seguir la trama y ríen entre ellas, se «timan» o piensan en las musarañas.

Introito, Oración, Epístola, Evangelio, Prefacio, Sanctus..., todo se canta como en las misas solemnes; pero en vez de ofrecer la Hostia el sacerdote, procede a la santificación de los ramos. Concluída Tercia y hecha la aspersión del agua bendita, hay un momento de majestuosa evocación oriental. La antífona *Hosanna filio David* surge del coro como rememoración de la humilde entrada de Cristo en Jerusalén en modos gregorianos, *un canto che parla, favellar in musica*, suave, dulce, misterioso, como si los hierosimilitanos pregutaran aún a los entusiastas paisanos de Jesús:—¿Quién es ese hombre? El subdiácono canta la lección del libro del Exodo: «En aquellos días llegaron los hijos de Israel a Elim, en donde había doce fuentes y setenta palmeras...» Y otra vez en el

coro se entona el Gradual *in monte Oliveti*... «El espíritu está ciertamente pronto, mas la carne es débil», dice en él Jesús de Nazareth, alejando de sí el cáliz del dolor, como lo que al fin era, como un hombre. El Diácono pone el libro de los Evangelios sobre el altar y mientras las voces corales llenan el templo con acentos de angustia y aconsejan velar y orar porque la tentación no descansa jamás, surge de los incensarios el humo de la mirra y la nube sagrada hace más bello el retablo de Alejo, Dancart y Covarrubias. El humo asirio y el humo de la cera suben hacia el Cristo del Millón, hasta los ventanales policromos; los rosetones pretenciosos se escapan por los barrotes de la reja preciosa de Nufro, salta a la reja de Salamanca e invade las naves, despertando en las almas punzante voluptuosidad, nostalgias de sentimientos irremediablemente perdidos. Se ve a través de esas nubes las capas moradas de los celebrantes, y en ellas las voces parecen y lo son más embriagadoras, más de entonces, más de aquel tiempo en que Jesús sudaba sangre con sólo pensar que no tardaría en derramarla. Los ramos son benditos por el Cardenal; sus palabras, que el pueblo no entiende, vuelan como palomas en el ambiente embalsamado...; dicen aleteando sobre las cabezas: «...para que produzcan nuestras obras ramos de justicia...» ¿Hay por ventura palabras más bellas que éstas? Las palmas se

alzan, los ramos del olivo y del romero, las flores, en manos de todos, hasta de los niños, se levantan en silencio para recoger la bendición. El coro habla por ellos y dice antifonarios que escalofrían la memoria más que el alma. Es el *Pueri hebraeorum vestimenta*, de nuestro inmarcesible músico Victoria. Los hijos de los hebreos extendían sus vestidos para que Jesús pasara sobre ellos. El celebrante distribuye los ramos en el altar a los clérigos y a los seglares, y les dice que hay que salir fuera a buscar otra vez al Consolador, en procesión de palmas que recuerde el triunfo del pálido Nazareno y el homenaje de los vestidos y las voluntades puestas a los pies del Unico Hombre que ha merecido llamarse verdadero hijo de Dios.

Los sevillanos son un pueblo de artistas. Sus gestos enamoran, sus actitudes son de una arrogancia singular; la Iglesia no les cohibe, y el canto, el incienso, la pompa asiática de los ritos cristianos enardece en ellos la sangre árabe, fiera en súplica, soberbia en la plegaria, como el árabe en oración de la acuarela de Fortuny. La luz de las vidrieras sorprende en la muchedumbre esas actitudes de orgullosa humildad, que dice que a Dios se le debe adorar en pie. La Procesión desfila hacia la puerta entre hombres nada contristados, entre gestos de vida brava, una opulencia de sangre altanera que el que no la tiene finge con saleroso énfasis. Bajo el dilu-

vio de luz marcha el viático sugeridor como envuelto en las haces de rayos celestiales. Es una marcha a través de flores y de palmas que se doblan y desrizan en todas direcciones, como si quisieran juntarse y formar andenes de verdura. Los turiferarios perfuman la senda encantada, y el humo sube en las ondas de la luz formando cirros y desmadejándose en vellones, que son bengalas al pasar por los rayos rojos de los paneles encarnados, y hojas de arbol, al cruzar los radios del verde de las cristalerías, y rosas pequeñitas, en las proyecciones carmíneas. La cruz procesional, conducida por un subdiácono entre monacillos, deslumbra; cruz y ástil parecen una pura piedra preciosa; el mismo que la lleva, anegado en esa luz esplendorosa, se difumina en el ambiente como si perdiera volumen y fuera una figura plana. Las vestiduras sacerdotales enturbian los ojos, son poemas de seda, encajes, rasos, realces, oro, guardadas en la Sacristía Mayor para estos días; orgullo de quien las mira, si resiste su fuerza radiante; humillación de quienes las soportan, porque sus *Dignidades* desaparecen bajo la grandeza suntuosa, y más que sacerdotes de un culto, semejan modelos vivos que pasean las hopalandas de los siglos fastuosos, marchando abrumados por el doble peso del Símbolo y la Riqueza.

Palmas, oro, luz, sangre, incienso; sombras cortadas en líneas geométricas, en las que se

agita la muchedumbre y se descubren los rasgos amarillos de las palmas curvas; rezos sonoros; lamentos y exaltaciones del órgano de Amezua, que no comenta sólo, sino que imita las voces angélicas y las orquestas aéreas; olores deliciosos de las plantas del campo, arrancadas verdes, y perfumes de alcázar y jazmín; mujeres cuya belleza y lujo no palidecen ante los brocados y el oro eclasiásticos, sino que ante ellos son más imperativas y fascinadoras; el *Cum Apropincuaret...*, o el *Gloria, laus et honor...*, exclamando: «Asociémonos con fe a los ángeles, y los niños cantando al vencedor de la Muerte...!» ¡Oh, si esta frase, de tan caliente sublimidad, llegara al pueblo que escucha embelesado, presintiendo a fuerza de buena voluntad, pero no sabiendo...! De todos los atributos que a Jesús se le dieron, ¿no es el más bello el de *Vencedor de la Muerte...?*

Ya la procesión en la calle, el exceso de luz mata el encanto, los detalles se funden en el conjunto de las sobrepellices blancas; y el oro de las estolas, las blondas de las albas, la hechicería de las capas pluviales se desvanece en el ambiente, las voces mismas son más opacas y tienen ese dejo bronco de fabordón que, amplificado por las paredes de las casas, resulta grotesco, cantos de muerto, como el pueblo los juzga, y con razón. Pero si ella no interesa, el pueblo, que dentro de su Catedral es tan in-

significante, recobra su fiero relieve, su endemoniada multiplicidad sentimental; bebe sus chatos de manzanilla clásica de Argüeso, porta su palma, critica a los curas y chicolea a las mujeres. Su alma se distrae lamentablemente, se cimbrea como la palma que lleva en las manos. Va en torno del Salvador triunfante, y lo que siente él no es eso, es que tal sacerdote no sea lo guapo que a él se le antoja, o ande de este o del otro modo. Se dicen:

—Oye niño, ¿t'as fijao en aquer cura que paese un arcagüés tostao?

—A eze niño lo voy yo mirando jase media hora, y cada zegundo va ziendo má feo.

—Lo de que zea feo e lo de meno; pero arrepara en lo andare; parese que está embarasao por un gitano y que lo quié disimulá el probe.

—Güeno; pue lo que e er de ayé. er der sirio apagao, a eze niño no lo consuela nadie, ni con una boteya de mansaniya guita en caza de la Paca la der betunero.

—Oye, niño, mira qué tontería de zeñora hay aquí...

—¡Mi mare...! Zi zaben lo macareno que etá osté aquí, niña, ze va a armar una regular...

—¿Po qué?

—Po ná, niña. Po que van a creé que ze le ha escapao la Vingen, y la van a gorvé a osté a San Gil, manque no quiera.

—Tiene grasia.

—Lo que tiene osté e una cara que me la pazaba yo mirando toa la vía sin jasé otra cosa, manque ze muriera mi mare e nesesiá en el entretanto e la espera.

Al volver la procesión de su viaje alrededor de la Catedral, la puerta está cerrada. «¡Oh, Cristo—cantan dentro—, a quien un coro de niños celebró con amor!» Los que vuelven repiten sus versículos, hasta que el subdiácono, con la cruz, llama en la puerta, y ésta se abre, entrando todos. El responsorio *Ingrediente domino...* adquiere en la Catedral su grandiosidad expresiva, su dulzura celeste, y la procesión marcha hacia el altar, transfigurada de nuevo por la magia de los siglos. La misa empieza, esa misa del Domingo de Ramos, que «no acaba nunca», y en cuyo Introito un sevillano torero se volvería loco al querer explicarse por qué el Salmo veintiuno dice estas palabras maravillosas: *libra mi pobre alma de las astas de los unicornios...*

## IV

¡Oh nunca bastante alabada calle de las Sierpes, soberana de las calles españolas! ¿Qué calle podrá ofrecer el aspecto que tú, a la hora de la salida de los Divinos Oficios? Las mujeres marchan sobre un reguero de pólvora y

los hombres presentan señales inequívocas de demencia. La belleza y el entusiasmo se desbordan y las inundaciones del Guadalquivir son una futesa a su lado. Escribiendo en el viejo estilo sevillano se podría decir que en ese día es tanta la gracia que cae sobre la dichosa calle, que la gracia hace charcos. La Pasión de Jesús, según San Mateo, leída y cantada en latín, no ha hecho en las almas estrago alguno. Las mujeres vuelven de la Catedral más bellas que entraron y las ojeras que muchas lucen tienen otro motivo que la muerte del Vencedor de la muerte. Ese motivo es, según nos dice un sevillano, éste:

—Eza ojeras le zalen a la mujere é Seviya er Domingo e Ramos de tanto pensá en er Domingo de Resuresión.

¡Pobre Apóstol Mateo, tú que recogiste, allá por el Hauran o la Batanea, los discursos de Jesús, la cosa más bella que pudiera leer Platón, si resucitara, esas *loggia* en lengua aramea que han sido el pan y la luz de veinte siglos, te «has quedado solo» en la Catedral...! La Pasión del Redentor no está ni en las almas y los misterios de este Domingo, en el que la Iglesia calma pronto su alegría para meditar en cosas más tristes, apenas hicieron estremecer los corazones. Bajo las naves de la Catedral la imaginación tembló un poco; las calles del Gran Capitán, Génova, Placentines, Don Remondo,

la plaza del Cardenal Lluch, Bateoja y Borceguinería, disiparon ese temblor en el ambiente palpitante de placer y ansias de diversión. Los dolores de Jesús no han hecho sino excitar estas almas y hay en ellas una voluptuosidad sagrada. Están colocadas las sillas en la Plaza de la Constitución, los palcos, el vistoso *podium* del Alcalde; hay en el ambiente aires de verbena, perfumes del *Veneris herba*, de aquella yerba de las palomas que arrastraba en Grecia el carro de la diosa del amor; el incienso escapado de la Catedral y que las palmas bendecidas llevan aprisionado se mezcla con el azahar y el olor de la manzanilla; si hubo sincero dolor, la amargura, al llegar a la calle de las Sierpes, no es tristeza ya. El traje negro no dice tinieblas, hace más fuerte la luz. Los nazarenos deambulan entre el gentío y entran a retratarse; sus amigos les acompañan como a un torero y van orgullosos a su lado; cuando pasa una mujer bonita, el nazareno se inclina como si fuera a besarla y la dice este elogio santificado:

—¡Vaya cardo, hermana...!

Es un nazareno quien la admiró y esa mujer no lo olvidará tan fácilmente. En estos días esos nazarenos son los amos de la ciudad, se los hace paso con respeto en las apreturas, se les contempla con insistencia y ellos, seguros del efecto que causan, recogida la larga cola gen-

tilmente en un brazo y levantado sobre la frente a modo de turbante las barbas de la caperuza o capirote o capirucho, marchan airosos, solemnes, camino de ninguna parte, pero con ínfulas de venir aquella misma mañana de ver entrar en Jerusalén al Consolador Divino. Tienen órdenes terminantes de dar de sí una buena idea, de caminar y conversar con espíritu de penitencia y mortificación; ellos hacen lo que pueden, y alternan el recuerdo de Cristo con medias cañas de Villanueva, o manzanilla amontillada de Las Medallas o comen soldaditos de Pavía, de la freiduría célebre *la Europa*, en la famosa y clásica taberna de las siete puertas. Una botella de Carta Blanca o el solera N. P. U... ¿qué daño puede causar a un nazareno adinerado?; el rico vino viejo avivará en su memoria los dolores de Cristo en la Cruz y le hará decir como al *compare* famoso del Viernes Santo que, hartándose de manzanilla y pescaditos de la Esparraguera, en la Cerrajería, decía a otro, con lágrimas en los ojos:

—¡La verdá, compare, que debió de padesé Nuetro Zeñó un poquiyo...!

Contemplándoles esta mañana en la calle de las Sierpes se comprendían los milagros que hace este pueblo único, de una moral tan curiosa. El nazareno es todo un símbolo de la ciudad; el *no-madeja-do* de la leyenda no es tan demostrativo. Su máscara trágica parece

victoria sobre los sambenitos de los autos de fe, una burla o una venganza contra el inicuo Tribunal. Es un disfraz que participa del hábito de los monjes más austeros y el tétrico ropón de los disciplinantes medioevales, mientras que el que lo lleva le interpreta como le da la gana. El puntiagudo cucurucho infamante, mitra grotesca del orgulloso o pescador condenado, es hoy, con su careta, símbolo de elección y homenaje al dolor divino. El Nazareno cubre su cara en señal de luto supremo, anulando bajo el antifaz su personalidad cívica; él no es nada más que uno de tantos que lloran la poca energía del procurador de Judea. Debe acompañar los «Pasos» con lágrimas en los ojos, edificando con su piedad a la muchedumbre, aterrorizada al ver hombres totalmente envueltos en sudarios negros o morados; pero el andaluz no lo entiende así, y nunca un sevillano es más sevillano que bajo su ropaje nazareico. Sabe que vestido con la túnica es algo más que hermano de una Cofradía; mas si su lúgubre figura asusta a un niño, y el niño llora, saca de su manga un dulce y se lo da. Sería capaz de decirle a una joven que se atemorizara de verlo vestido con el traje «de las almas en pena»:

—No ze azute osté, prenda, que zi me vito asín e pa que no ze vea lo feo que zoy.

Impresionados muchos escritores por el aspecto *lírico* que ofrecen estos hombres, no han

querido ver al hombre bajo el disfraz. Ese hombre, que adora su Cofradía, no se cuida de las otras hasta que hay que romper la cabeza de algún nazareno enemigo para pasar antes por la calle de las Sierpes. El sirve a su imagen, cuya librea lleva; los colores y forma de las otras no le interesan sino para caricaturizarlas; es más, entre los nazarenos de la misma imagen parece haber escasas relaciones; no se ven dos juntos; siempre va uno de ellos acompañado de amigos. Ningún interés pierden con ello las Cofradías; antes bien, ganan en colorido moral y como espectáculo; esa asombrosa variedad de libreas y de caracteres quita toda monotonía al desfile interminable de simpáticas «sombras», cuyo luto por la muerte de Jesús Nazareth no es tan inconsolable que no se calme algún tanto con tragos de manzanilla *guita* o *sacristán*, echados subrepticiamente al amparo de una puerta.

Dos buenas mozas pasan cerca de nosotros. El extranjero amigo las mira embobado, más que su belleza le entusiasma su andar; exclama:

—¡Cómo andan estas mujeres... cómo andan...!

Se sienten andar ellas mismas. El entusiasmo que a su paso levanta, su aire indescriptible las excita hasta desvanecerlas. Caminan sobre flores que hablan arrojadas a sus pies por hombres llenos de gracia verdaderamente ideal. Es viendo a una de estas parejas sevillanas cómo soñó Al-

varez sus *Suspiros de España*, y Roig su *Gracia de Dios*. Una extranjera, mujer tan hermosa como culta, se siente arrebatada y no desagradaría a esas dos buenas mozas oír sus elogios.

Hemos oído decir en plena calle Sierpes esta bella blasfemia:

—Si er Sarvaor del mundo ze encuentra, cuando iba cargao con la crú acuesta, dos niñas como eza que han pasao, er mundo zería otra coza.

—¿Usted cree que el hijo de Dios hubiera vuelto la cara para verlas?

—¿La cara...? Jase como se equivoca de camino y zale de naja etrás de eyas...

Este mismo «niño» que parece «sembrao» hace las delicias de la extranjera diciéndola un dato que ella copia en su álbum:

—En eta caye hubo un niño, que tavía lo yaman er delicao e la caye e la Zierpe, y era tan delicao, que le cayó ensima un jazmín de un masetero y lo mató.

—Eza que va ayí—dice el sevillano—, la que etá ahora juntito ar niño de la castora, eze tubo e chimenea que llaman chistera..., güeno, pue eza niña ze yama Paca, y hay que oila cantá por taranta aqueyo de:

«Corre ve y dile a mi Grabiela
que voy a las herrerías,
que duerma y no tenga pena,
que vuelva mañana e día
que voy á fabricá canela...»

A eza niña la oyó Zu Majestá en er Alcásar y disen que yoró. Ahora ha venío de América zólo pa cantá saetas en Seviya. Y si no la ejan vení ze viene andando po el agua.

No exagera mucho este «niño». Por cantar saetas estos días rescinden contratos y pierden grandes sumas las cantantes sevillanas altas y bajas. El amor que las sevillanas tienen por su ciudad no es una de las cosas menos interesantes que pueden observar los forasteros. Nada más emocionante que oirlas decir:

—¡Seviya de mi arma...!

Brilla en sus ojos, al decir esa frase, un poema de carino y de fiereza; su pecho se llena, como la boca, con esas palabras temblorosas de sangre, de pasión y de fe.

En los grupos la intimidad es encantadora. A excepción de las familias a las que los Oficios divinos de la catedral «han abierto el apetito», los que pasan por la calle de las Sierpes se quedan en ella, estacionándose como si fueran a pasar las Cofradías y buscando, si no la tienen, compañía «güena». Se oye decir:

—En eta caye el año pazao cantó una saeta un niño, y cómo la cantaría que un inglé que lo etaba ecuch-ndito ze dejó robá er reló de oro po no perdé zílaba.

—¿Las Cofradías que salen hoy son bonitas, verdá?

—Bonitiya... na má. Ezo zon la anchoas. Lo

que va a ve osté hoy e poquiya coza; pero como pa abrí el apetito no etá malo...

La corrida de Resurrección preocupa mucho. Se han agotado las localidades, y quienes no han podido obtenerlas están pasando, como aquí dicen, «las morás». Para evitar en años sucesivos esta falta han ideado los sevillanos construír, y han comenzado a construirla en el barrio de San Bernardo, una Plaza de Toros gigantesca, en la que quepa «hasta la familia der Gallo», que ya es caber. Los que están enterados de estos asuntos se preguntan qué sucederá cuando vengan los botijistas el Jueves Santo y se encuentren sin entrada para los toros; probablemente, unas nuevas Vísperas sicilianas.

La corrida de Pascua y la madrugada del Viernes Santo urden diabólica trama en el espíritu de la ciudad. ¿Cuál de esas dos cosas tan queridas se sacrificaría si fuera necesario prescindir de una de ellas? Belmonte y Joselito comparten la popularidad con Jesús. El nazareno empeña para ver sus toreros favoritos el colchón de su cama en casa del prestamista famoso de la calle Harinas a la puerta del Arenal, mentidero típico de la chulería; después se niega a que la Hermandad de la Carretería detenga los «Pasos» ante esa casa donde le dieron dinero para ver los toreros que ama.

Los balcones de esta calle y los de la plaza de San Francisco están alquilados en su mayor parte para ver desfilar las procesiones y en no pequeño precio.

A las dos de la tarde el gentío busca sus puestos en la ruta que han de llevar las Cofradías. La plaza de San Francisco está convertida en una estrecha calle. Las tribunas, las sillas, los palcos, todo está ocupado por una imponente muchedumbre. La primera Cofradía sale a las tres, y la última a las siete y media, y este enorme gentío no se arredrará por una larga espera. Las gradas de la catedral y los soportales llamados «Los Santos Lugares», en la calle Alemanes, no pueden contener ya mayor número de espectadores. A más de esto, una multitud inmensa acompañará en su carrera a las Cofradías, curiosa de ver lo que las sucede en el camino.

En la «Punta del Diamante», sitio donde reglamentariamente se detienen las Cofradías, cierta viejecita, que presencia hace unas docenas de años, siempre desde el mismo sitio, las procesiones, asegura que el Jueves y Viernes Santo lloverá. En el cielo hay unas lindas nubecitas blancas y el sol abrasa. La muchedumbre pobre alborota todo lo que puede, sin duda para ahuyentar la pena de no poder proporcionarse unas sillas en la plaza de San Francisco o un puesto en los balcones, uno de

tantos balcones como hay cerrados. Mucho le preocupa a esta simpática y bulliciosa gentecita cuándo terminará la guerra; esos extranjeros que se destrozan en sus tierras venían todos los años a mllares y pagaban bien y admiraban mejor. Aunque no hay pocos este año, Sevilla no olvida aquellas caravanas pintorescas que parecían ratones en lo de meterse por todos los rincones y registrarlo todo, embobándose delante de cosas en las que ningún sevillano encontraba materia para tanto o creyendo de buena fe que dos nazarenos borrachos habían intentado arrancar de cuajo la Giralda para llevársela a la feria, cerca de la Pasarela.

Es deliciosa esta añoranza de los extranjeros. Sevilla se burla donosamente de ellos, pero los echa de menos. En la multitud expectante son tema de conversaciones, que escuchamos, con el mismo interés que contemplamos la belleza del ambiente. ¡Ah, esa Giralda que se ve desde todas las partes, dominadora y graciosa! No mienten esos pintores que ven la Giralda hasta en el fondo de las calles estrechas. Oímos esta frase admirable:

—Y cuando no ze ve, ze presiente..., ¿verdá?

Cierto. Ahora, cuando Sevilla espera sus Cofradías, produce la ilusión esa torre ideal de que todo perdería su encanto si ella no existiese. Es en Semana Santa cuando se la quiere

más. Si estando en la plaza de San Francisco levantáis hacia ella los ojos, comprendéis el genio de esa muchedumbre: es su inspiradora. ¿Por qué? ¡Ah, no importa saber por qué...! Sentís que es así, un faro extraño que ilumina de día a todo un pueblo con una luz que no se ve y quema como los rayos ultravioletas modernos. Mirándola mucho tiempo llegamos a creer que el secreto de la seducción de este ambiente emana absolutamente de ella, en visiones auditivas, en audiciones coloreadas.

¿Quién pudiera recoger las palpitaciones de estos millares de almas? Desgraciadamente, al pasar por los sentidos, parece como que se filtran y pierden elementos que, menos depurados y escogidos, serían más encantadores. Sí; es cierta la idea de Renda... «las sensaciones internas prevalecen sobre las exteriores en la formación de las imágenes. El alma quisiera fundir en una sola centenares de estados de conciencia observados en el vasto espíritu de la ciudad excitada, sin juzgarlos ni verlos á través de idearios o temperamentos. Así como es el alma de esta ciudad un veneno, el corazón se sale del pecho como un cáliz para recibirle y llenarle hasta los bordes. Aturde tanta gracia, tanta improvisación; quisiéramos solicitar espacio en el alma colectiva puesta en movimiento para que la memoria no olvidara esas chispas de luz mental, que

son imágenes ágiles y nada pierden de sus bellas líneas una vez en el aire, y creéis en que, cuando se alejan, se llevan candelas consoladoras. No son en nosotros estos deseos ambliopías mentales o sadismos o isofonias; pero en el inmenso torbellino de rumores se aprecia un vasto sentido musical del color y ansias de belleza libertadora del dolor por exceso de visión de ese mismo dolor. Hay en esa multitud ardores que, vistos en cada alma, parecen inextinguibles y atraen con una irresistible simpatía, deseando el espíritu compartirlos con ellos y recordarlos siempre como son, espléndidamente plásticos, milagros de transfiguraciones creadas por la multitud para saciar no sabemos qué lujuria de belleza y de vida.

¡Oh... por qué no poder, como podemos vivir sus dolores y piedades, encarnar en figuraciones vivas con su calor y su color los individuos de esa multitud! El individuo podrá anularse, en la multitud que lo plasma, en otras regiones; en Sevilla la muchedumbre no tiene una sola fisonomía; cada cual se perfila en ella con líneas agudísimas e inconfundibles, y el observador se apesadumbra de no poder o de no saber recogerlas una por una. No se sumerge el sevillano para emerger y tornar a sumergirse de nuevo en las oleadas de la multitud; es entre ella quien es y acusa fieramente su carácter. La necesidad técnica de prescindir de ellos

causa tristeza en nuestra alma aunque pretendamos suplir esa falta con amplias realidades morales.

Sus gracias, sus voces, hasta sus gestos, dicen excelencias y curiosidades preciosas del panorama del carácter nacional. Como sus casas, como sus calles, como el ambiente, son únicos e indescriptibles. La gracia, el dolor, la burla de su miseria, cien razas luchando en cada gota de su sangre, cien deseos brillando en sus ojos negros, nervios de guitarra, cerebros soleados como solanas o azoteas, desmayos en la acción y furores en el sentimiento... ¿Qué muchedumbre será más digna que ésta de encontrar su psicólogo como ha encontrado sus egoárquicos y sus pintores a lo Llovera, Tejedor y Peralta?

El mismo sevillano que os habla de la primera Cofradía que sale este año en Sevilla, «Nuestro Padre Jesús de las Penas y Nuestra Señora de la Esperanza», os habla de mil cosas distintas asociando prodigiosamente términos tan lejanos que os asombráis los haya podido encontrar tan pronto. Su gracia resulta casi siempre de una antítesis soberbia; no es un chiste, ni la vana causticidad de un terminucho liviano; no es contraste ni tortura cerebral; su gracia, de velocísima espontaneidad, es luz. Al mismo tiempo que os atiende, hospitalario y franco, os critica, charla mal o bien

de los que tiene cerca o los que tiene lejos, se lamenta de él mismo, canta, disputa, ríe, os ofrece sus servicios y reniega de toda servidumbre, habla mal de Sevilla y no tolera ni «a su mare» diga de Sevilla «ná que no zea desí de Seviya lo güeno de lo güeno». Devoto rabioso de Nuestro Padre Jesús del gran Poder, os dice que se han apoderado de él los «tíos con dinero» y que hacen de él lo que quieren; de pronto, le asalta un recuerdo y os dice este sucedido:

—Aquí mimito fué. Un día aparesió una zeñora degoyá y con las medias caías. Nadie zabía quién era er autó hata que un niño trianero, mardita zea zu arma, se le ocurre deci: «¿degoyá y con las medias caías... que quién ha sío er autó?... pué ezo está má claro que la Alaméa... ¡er *Gallo!*»

Os reís y queda satisfecho. Ha querido recordaros esa cosa graciosa para que veáis lo que es Sevilla. Nada podía indicar que su conversación iba a parar ahí, y por eso mismo ahí ha parado, señalando la inmensa multitud que ocupa la célebre plaza por donde desfilan las Cofradías, por una rápida asociación, se le antoja decir que «bastaba quererlo» para que ocurriera allí lo que pasó en el teatro flamenco más célebre de la ciudad. En primer lugar se extraña de que no lo sepáis, y luego os afirma que

«er caso é má conosío que el entierro de la señá Natalia».

—Pue susedió que ze aburrían en un palco uno cuanto viejo der tiempo en que ze yebaba er sombrero de catite y er marseyés con coderas, y dise uno: «Vamo a acabá con la reunión», y disen lo demá... «Ea, vamo a acabá con la reunión.» Etaba er teatro yeno de lo má granáo de Andalusía. Ze levanta er viejo y dise: «Güeno, zeñore, esto z'cabao y ca mochuelo a su olivo.» Cuarquiera lo dise a osté la que ayí za armó; pero ar cuarto de hora no quedaba ayí má que los viejo der tiempo de la manta jeresana.

La impresionabilidad de estas multitudes se presta a tales actos; mas lo admirable es que se le ocurra a este hombre recordarlo en tan santa ocasión, y hasta le deben pasar unas ganas muy grandes de realizarlo. Aparte de esto, esas gracias contienen un universo de orientaciones, símbolos, signos e índices del alma de la ciudad. Lo menos en ellas es la «sal»; lo que admira sin reservas es la cantidad de aspectos espirituales propios de este carácter que encierra. Ni todos los sevillanos son así, ni la locución es de un andalucismo tan cerrado—se ha bastardeado mucho el color local—; mas todavía son esos rasgos los elementos más ricos de penetración integral del alma colectiva andaluza. Los mismos que rechazan estos «liga-

mentos de almas homólogas», como criterios psico-colectivos, no sabrían decir a qué rasgos habrían de acudir los observadores para concretar las irradiaciones infinitas de este carácter que tanto gusta reflejarse en sí mismo.

La Cofradía de Nuestro Padre Jesús de las Penas y Nuestra Señora de la Esperanza, que sale de la parroquia de San Roque, está en la calle. Como nos decían horas antes, las Cofradías de hoy son nada más que las «anchoas» de este Banquete, supremo alarde de poderío sentimental en que se ha transformado la eclosión gremial, a principios de la Era Moderna. Es la primera que vemos en la ciudad, y desde luego bástase ella sola para borrar en nuestro espíritu impresiones semejantes recibidas en otros sitios. Los «Pasos» de Salzillo, en la procesiones de Murcia, son los únicos que pueden competir con los de Sevilla, en su aspecto artístico tan sólo considerados; en lo demás, ni Murcia, ni Lorca, ni Zaragoza, ni Toledo, ni Santiago de Compostela, ni ciudad alguna del mundo, pueden ofrecer un espectáculo comparable.

Delante de las Cofradías, en medio y detrás de los «Pasos» va el pueblo; él los ha creado, son suyos, y él los escolta; nadie tampoco lo estorba; no se le ha ocurrido a nadie en Sevilla pensar que los «Pasos» deben avanzar de otro modo. Contemplados desde lejos,

parecen marchar sobre la cabeza de la muchedumbre, pasando por encima de todas ellas. Muchas familias bautizan sus hijos en la parroquia de San Gil y los pasan bajo el manto de la Virgen de la Esperanza; en las procesiones, los Nazarenos y las Dolorosas apoyan sus pies sangrientos sobre la multitud. El «Paso» oscila en el mar humano de cabezas descubiertas o sombreros anchos, y si vais con la muchedumbre os asombráis del caso; todos procuran facilitar su marcha, y en las apreturas más grandes el pueblo se estruja, pero el «Paso» marcha por un claro siempre libre.

Una cruz parroquial, pendones vulgares, alguno que otro estandarte y los monacillos con los ciriales en gracioso abandono; después, nazarenos, penitentes con hachones encendidos, guiones, banderolas, más monacillos vestidos con ricos ropones y dalmáticas y nuevos nazarenos. Es indecible la impresión que causan estas cosas caminando entre la multitud; cada muchacho es un cromo por su vestimenta recamada y brillante; cada figura, un tesoro de movimiento, luz y emblemas. Los bordados de las mangas, los rizos de las sobrepellices, las borlas y cordones de los lazos, las primorosas labores de los tejidos son prodigados sin duelo entre los figurantes más secundarios, que marchan distraídos pero orgullosos y sin mostrar fatiga, aureolados por los resplando-

res que se desprenden de sus trajes. Ríen y charlan con todos, atentos a los menores incidentes y nada sufre sino que gana mucho el conjunto con ello. Son notas traviesas de color al margen de grandiosos lienzos, manchones de paleta con los que esos cuadros sublimes se crearon. Su tez morena, sus ojos pícaros, su pelo negro, ese aire agitanado que llevan, dan a las sagradas vestiduras un sabor malicioso y popular que es a la santidad de las procesiones como los grotescos de los canecillos románicos a las iglesias. En seguida, los nazarenos. Los de Nuestro Padre Jesús de las Penas son unos fantasmas blancos y dorados; en el fondo celeste de su escudo, la nota bermeja de un Jesús grana. Su solemne figura causa una sensación de angustia en la que no creímos al verlos fuera de su Cofradía; esa sotana inmaculada, ese antifaz y capa áureos, recortan en el ambiente su silueta dominadora y producen emoción verdadera. En su mirada hay imperio y fuego. Ellos son los que dicen que la imagen del «Paso» no es un vano nombre sonoro. En dos filas y agrupados en torno del «Paso» dan idea de unos soldados misteriosos guardando de la incredulidad y del tiempo uno de los momentos dolorosos del Salvador, caballeros populares del Santo Graal, enmascarados para ocultar bajo la poderosa

Advocación de la Hermandad su insignificancia ante el Señor.

¡El Señor de las Penas...! Habría de valer poco la escultura y ser la túnica pobre, y sólo el nombre dado a la imagen la eternizaría en el alma de este pueblo que tiene la cobardía de la pesadumbre y el genio de convertir sus padecimientos en lujosas representaciones. Mirad—parece decir—si las excelencias del dolor son grandes, que hasta el mismo Hijo de Dios no pudo negarse a su exaltación. No va cargado el Señor con una cruz, va cargado con las penas de todos, y no de todos los hombres, sino de todos los sevillanos. En la inmensa peana dorada, la efigie, vestida con una túnica de terciopelo guarnecida de oro, inclina su angustiada cabeza tanto, que se comprende no ser el peso de la larga cruz lo que así le abrumó, sino las penas. No se sabe quién hizo esa estatua; no importa; el anónimo es una de las grandezas de este icono cuya cabeza caída siniestramente, mientras su cuerpo se yergue esbelto, es inolvidable.

No va solo, detrás de él marcha la Virgen de la Esperanza, una de tantas señoras de la Esperanza como tiene Sevilla. ¿Es la más bella? Suponeos que lo fuera; jamás nos atreveríamos a afirmarlo, aunque la misma Virgen nos lo preguntara; pero es muy bella. Su cara de mujer andaluza, muy hecha, expresa una amar-

gura tan humana, que sólo acompañando al Cristo de las Penas se la concibe. Aquella cabeza caída en desconsuelo infinito y esta cara bonita atormentada cruelmente, diríamos que se completan; hay entre la una y la otra una estela de lágrimas nuestras, de nuestros ojos. Bajo el palio de terciopelo verde sostenido a la peana por lanzas o cañas de metal, la alta figura de la Soberana del dolor arrastra su manto verde como el palio, como la esperanza que significa, y es su manto un don tejido con oro, esperanzas, lágrimas y penas, que por cualquier prodigio oriental se convirtieron en realces y bordados de maravilla.

El pueblo ha querido que estas túnicas y tales mantos deslumbren a los poderosos de la tierra y ha agotado en ellos su imaginación y su bolsillo.

—Mírala qué requetehermosa que va—dicen las mujeres.

Y la hermosura de esa esperanza, convertida en ídolo, satisface, hasta producirlas sollozos de alegría, su espíritu abrumado de penas.

Cuando los dos *Pasos* se alejan con sus músicas, queda en el alma una rara melancolía. El espíritu incrédulo de nuestro tiempo, lejos de mofarse de estos alardes, medita en ellos porque sólo en ellos está la verdad de la raza que los crea. Roma dió a esa raza el Dogma, y el genio del pueblo le interpretó a su modo, e

impuso al dogma mismo su interpretación. No ha desfilado ante nuestros ojos aquel Rabbi de Nazareth a quien su madre no pareció querer mucho, befado por sus hermanos y hermanas; el profeta que los galileos quisieron arrojar desde un alto monte por creerle uno de tantos locos como pululaban por las llanuras de Asochis y las colinas de Seforis. Sevilla nos ha mostrado su propio corazón, no su creencia; ese dulce anacronismo de sus figuras y ese lujo tan vituperable con que las adorna, ¿qué son sino sus penas y sus esperanzas mismas, vistas en toda su intensidad y en todo su remedio?

He ahí de nuevo reproducidos los *Pasos* anteriores. La Parroquia de San Julián envía a la Ciudad su Cofadía del Santísimo Cristo de la Buena Muerte y Nuestra Señora de la Hiniesta. Artísticamente el Cristo vale poco, y la Magdalena le mira, arrodillada a sus pies, como tantas veces le miraría en vida, allá en las deliciosas campiñas de Beedhsaida, Magdala y Capharnaum, bebiendo con el vino dulce de Safed las palabras sirias del bello Maestro. La Hermandad ha vestido a María de Mejdel con una túnica y mantolín de terciopelo de muchos colores bordados de oro y seda, significando en esos colores la disipación que se le atribuye, y ha puesto en los nazarenos de su cohorte el antifaz de azul celeste, bien ceñida a la túnica blanca de hilo con el cíngulo de esparto, emble-

mas de la penitencia y el perdón ¡Qué simpática ha sido siempre a nuestra raza esta pecadora...! Cuando las famosas entretenidas sevillanas y las «comprometidas» de Leonor Dávalos, Amor de Dios, Cañavería y demás calles, la vean a los pies del que amó tanto, con qué placer abrazarán una religión que tan fácilmente perdona los deslices de la materia y mirarán la cara del Maestro que no lapidaba a las adúlteras porque habían amado mucho...

(La Virgen sigue a su Hijo clavado en la Cruz, y esta Virgen es una obra maestra de Montañés. Ha producido tantas el divino autor de la Concepción, de la Catedral, que se necesitaría un examen detenidísimo de la imagen para decir si es mejor o peor que las demás. En una de las paradas del *Paso* pretendemos sacrílegamente juzgar su belleza. Es más expresiva que bella, y desde luego, una mujer. El triángulo de su riquísimo manto de raso azul y bordados de plata, la enorme y deslumbradora corona, no quitan arrogancia a la figura; pero tampoco aciertan a darla majestad. Esa cara se basta a sí misma para sorprender con su humano gesto de resignación a destinos que acepta y no comprende. Las altas velas blancas y rosadas, los candelabros, los ángeles con guardabrisas, los adornos de plata, los floreros, la imaginería del palio, la sugestión de las luces bajo aquellos doseles de lechos imperiales del siglo XV, los

óvalos con las armas reales, las cartelas con cruces, palmas y ostensorios arrancan al pecho un grito de admiración. ¡Oh, el reflejo de las lucecillas en la cara de esta Virgen de Montañés...!

No fué así la hermana de Marta, la cuñada de Cleofás; ¿y eso qué importa? La esposa del humilde carpintero pagó a buen precio ese manto que envidiaría la favorita de un Rajah indio. Su dolor de madre bien vale su corona de reina. El escultor copió en sus facciones las de una mujer de su tiempo y el cincel respetó la belleza andaluza, procurando que un dolor excesivo no rompiera la sublime armonía de los rasgos.

—¡Bendita zea la mare que t'á echáo!—ruge a nuestro lado un admirador.

—Eh, ¿qué le parese esa «niña»?

Parece lo que es: una mujer andaluza a la que mataron su hijo por «güeno».

Esta Cofradía que ahora desfila tiene advocaciones retumbantes como los dichosos tambores de estos días; se titula «Sagrada Cena Sacramental, Santísimo Cristo de la Humildad y Paciencia y Nuestra Señora del Subterráneo». Llevaba varios años sin salir; pero hace ya tres que sale; una de las maravillas de la constancia de estas Cofradías.

El primero es un *Paso* «de una vez». Trece figuras gigantescas sobre una peana de table-

ros con medias cañas doradas que llega a un primer piso. Representa la Cena de Pascua en el momento en que Jesús dice aquellas palabras misteriosas de eucaristía; el Jesús, de un escultor del siglo pasado, vale alguna cosa; los doce apóstoles, fabricados en Zaragoza, pese a sus melenas, sus colosales nimbos y sus barbas, asisten al Banquete celestial con cara de estar escuchando un discurso de nuestros días; Judas, sobre todo, es el vivo retrato y gesto de uno de esos traidores políticos que ahora están de moda en nuestra Patria, disidentes de sí mismos y que se venden por cualquier bagatela.

Este «Paso» nos recuerda el de Salcillo, asombroso prodigio de genio creador, sin que haya nada semejante a que compararle; cabezas apostólicas cada una de las cuales vale Murcia entera; una suma de aciertos supremos en la colocación espaciada y sin rigidez en el movimiento naturalísimo de las figuras; su mismo ropaje anacrónico y la sillería del tiempo de Salcillo, son hallazgos de arte insuperable. Mas si el arte no responde en este *Paso* de Sevilla a la grandeza de la escena evocada, el pueblo pone en él lo que él no tiene y lo mira desfilar con el alma en los ojos entre sus nazarenos blancos de larga cola. Pesa mucho, y los descansos son frecuentes; entonces el *Paso* se apoya en sus bastidores o patas y los gallegos o cofrades voluntarios toman fuerzas en su

fe o en la botella de manzanilla «jaca» que llevan en previsión que el mismo Jesús encontraría santa y justa.

Suena el aldabonazo sobre la peana dado imperativamente por el capataz, y el *Paso* oscila y marcha, no muy seguro en su arranque. Todo él gravita sobre los sacos que en los hombros llevan los conductores. Se oye la voz animadora del capataz:

—Niños... ¿estamos...? Una levantaíta suave..., y quedarse paráos... ¡A esta es...!

—Pasito igual, valientes... a la izquierda... vamo a ve ese acansináo..., ¿que vas jecho porvo...? Güeno, enterao. ¡De frente...!

—Una paraíta durse... ¿estamos...? ¡Toos a una!

—Mira—dice una jovencilla sevillana—, ahí va metiito el probe Paco... ¿Paco, ahí vas tú metío? «Yebando» va la Sena der Señó...

¿Para que el Señor lo tenga presente? No. Muchas van por voto; muchos por dinero; mas el número de los que trabajan por vocación y espíritu es mayor que el de los estipendiarios o logreros.

Se aleja el *Paso*. Con él van sacerdotes, seglares muy estirados, nazarenos blancos confundidos con los morados de los otros dos *Pasos* que vienen detrás y el alma escucha entre el bullicio las palabras que Jesús dice a sus discípulos... «En verdad os digo que ya no beberé

más desde ahora este fruto de la vid hasta el día que beba con vosotros el nuevo en el reino de mi Padre...

En el segundo *Paso* viene una figura singular: el Señor de la Humildad y Paciencia, en una actitud que produciría risa si los grandes candelabros, de lámparas como inmensas corolas encendidas, no dominaran todo júbilo profano. No hay manera de sustraerse al influjo de estos cuadros, más lúgubres e interesantes que la misma realidad. Hay en el ambiente de la calle un olor a incienso, al azahar y cera que corre por una estela sobre la que avanzan los *Pasos*. Esa enorme peana de caoba que adorna la Cruz de Jerusalén avanza en la ráfaga de cera y azahar e incienso; los ojos no pueden sustraerse a las lágrimas, ni los labios a la sonrisa. Un judío tan feo como los *Xudius* de Villaviciosa de Asturias, abre en uno de los brazos de la cruz tendida agujeros para los clavos; otro judío de aspecto facineroso hace un hoyo para exaltarla. Cristo, desnudo, sentado melancólicamente en un peñasco, el codo en la rodilla, la cara en la palma de la mano, medita —*El* nos perdone—en la triste postura en que le puso su desdichado y arcaico autor, para suerte de todos desconocido. A un lado están la túnica y los dados para sortearla; Jesús la contempla con unas grandes ganas de ponérsela. No obstante, en esa ingenua escena hay tal

poder de sentimiento, que la risa muere en los labios; el pueblo vence en nuestra alma fatigada una vez más y creemos con él que hubo un hombre a quien le dieron los mercenarios romanos el disgusto de repartirse, en el juego de la taba, unos vestidos por los que debieron ofrecer muy poco los judíos de las covachuelas de Sión.

Nuestra Señora del Subterráneo conmueve por su sencillez; su manto es, como el palio, de terciopelo (de catafalco), negro, liso, con flecos de oro; la enorme corona se come la cara que recuerda ese gesto doloroso sin pretensiones de las *Soledades* pueblerinas y de la Virgen de la Paloma en Madrid. En un altar de su Parroquia de Omnium Sanctorum pasaría desapercibida; en su carroza y en estas calles, es una imagen más de la amargura que este pueblo tiene en la medula de los huesos

El convento de San Jacinto posee otro Padre Jesús de las penas y una Señora que toma el nombre de la estrella que hay en el escudo de la Cofradía. No pecan nunca por poco los trianeros, y Nuestro Padre Jesús de las Penas desfila sobre una peana gótica capaz de soportar la catedral misma de Sevilla, dorada a lo moderno y que destroza el escaso mérito artístico de la imagen: un Cristo hercúleo y guapo, que más que sentado parece en cucli-

llas, ora delante de una cruz en la que indudablemente no podría ser crucificado hombre tan robusto. Los guardias civiles dan escolta al *Paso*, y su uniforme de gala hace bien al lado de los nazarenos de túnica blanca y capa y antifaz morados. La Virgen de la Estrella, atribuída a Montañés, es muy linda; los paños del palio caen a modo de estandartes de inapreciable valor entre las barras de resplandeciente metal y la cortina del frente que sostiene el escudo y la corona es un alarde de gusto y de dinero; el manto es uno de esos tapices asombrosos que idean las sevillanas con el alma en la aguja, en los que el oro hace desaparecer el terciopelo y el valor del dibujo el oro.

Poco más tarde, de la misma iglesia, sale el único *Paso* de la Cofradía del Santo Cristo de las Aguas y Nuestra Señora del Mayor Dolor. Sólo los sevillanos podrían imaginarse el ángel de este *Paso*, un mancebo de peinada melena y perfil interesante, vestido con túnica de tisú de plata, que hace en el cuello un bonito rizado; sus alas tienen la simplicidad de las que en cartón dorado fabrican para los niños y en su diestra sostiene un enorme cáliz. Puesto de rodillas a modo de los soldados en misa, echa atrás el cuerpo y parece pedir permiso al Señor, crucificado dos veces, una por los judíos y otra por su autor, para

recoger en ese cáliz la sangre preciosísima de su costado. San Juan apoya esa petición con la influencia sobre Cristo que él mismo se atribuye en el Evangelio que le atribuyen y Nuestra Señora del Mayor Dolor inclina su cabeza bajo el dolor mayor que la produce sostener la corona formidable que pusieron sobre ella. Este ángel trae a nuestra memoria aquel otro de Salcillo, el Angel de la Agonía, soberbia inspiración que hace palidecer, en su comparación, las obras de Cano, Carmona, Juan de Juni, Solís, Roldán y el mismo Montañés. Mas si el artificio es medianejo, ¡qué idea más bella esa de enviar al Calvario un ángel para recoger la sangre del corazón del Justo, sangre de que la tierra era indigna...! ¡Qué dentro del alma andaluza está el sentimiento que engendró tan delicada idea...! Sus nazarenos, blancos y morados, van guardando para que nunca se pierda esa bella estrofa de la fantasía popular.

El desfile de la Hermandad que sale de San Juan Bautista produce expectación; el Paso de María Santísima de la Amargura, según nos afirman, es uno de los más bellos de Sevilla. Esperemos con paciencia benedictina. Porque delante de él marcha a paso de tortuga un *Paso* apocalíptico en cuyo elogio sólo se puede decir que, aun arrastrado por dos mastodontes o megaterios, no avanzaría sino con

precauciones. Uno de los problemas que se ofrecen al viajero es contar las figuras que contiene el tal simulacro; hasta ahora nadie lo acertó. Sobre una peana de metal blanco que el demonio confunda, adornada de cartelas en las que campea la cruz de San Juan, elevaron nuestros antepasados el Pretorio en que el antiguo enemigo de Yokonoaam hacía justicia judaica. Herodes Antipas, el castellano de Makor, tiene una barba mosaica, corona asiria y manto godo. De tiempo atrás conocía él a Jesús que era súbdito suyo y se había negado a realizar en su presencia los milagros que pedía. Ahora que se le entregan los sacerdotes, le desprecia y se le envía a Pilato. El Señor viste túnica de tisú de plata con bordados de oro; entonces cubría su delgado cuerpo un largo albornoz de lana gruesa orlada de azul. Unos soldados romanos, copiados algo de prisa de cuadros italianos, le llevan a presencia del Pretor. Con el marido de Herodías quedan dos sacerdotes. Dicen que este Jesús es de Pedro Roldán como el Herodes y que Hita del Castillo y Duque Cornejo idearon los judíos; así será, mas no para bien de su gloria.

La vista de ese *Paso* nos sugiere la extrema simplicidad con que siempre hemos visto las escenas de la Pasión de Jesús. Claro está que los extranjeros las vieron del mismo modo; pero, mientras ellos no tardaron en aplicar pro-

fundos estudios de color local a sus retablos y lábaros o iconos, nosotros seguimos en esa ingenuidad, encantadora si se quiere, mas causa de retraso mental en el pueblo. Este cree que los sucesos de la Pasión ocurrieron como los ve en esos *Pasos*. Todavía nuestros intérpretes de las Sagradas Escrituras no han rectificado ese modo basto de ver que revela incuria y un imperdonable concepto de la fe y la historia. Nada más seductor y que conmueva más que las reconstrucciones de aquel tiempo, de un Munkácsy, las Vías Crucis de un Ernst Wante, las estaciones sagradas de un Gebhard Fugel, las evocaciones de la Pasión, de un Feldmann, las realidades, de un Gay, de un Gabriel Max, de Piglhein, de Siemiradzki, de Morelli, de Brurnaud.

El odio a Herodes pone en la boca de estos espectadores, que no pueden mirar las cosas callados, acerbas críticas que horrorizarían al mismo Jesús si pudiera oirlas.

—¡Pobretiyo... por güeno...! Ea... asín le paza a tóo er que quiere jaser bien...

—¡Mardita zea la leche que t'an dao, barbúo...!

—Miráslo despresiáo ar probe, como un piconero arrastrao...

—¡T'abrás quedao tranquilo, niño...! Mire osté er pamplinero...

Lo admirable de la expectación andaluza es

que participa de la escena representada; no puede mirar y complacerse con la visión, ha de intervenir y juzgar en voz alta como si ocurrieran en realidad delante de él esas escenas de tantos siglos ha. No falta quien, muy seguro de sí mismo, dirige a Herodes esta amenaza reticente:

—¡Güeno... zi acá etá ayé, no paza na, mi mare...!

Los mismos que transportan el *Paso* gigante sienten hacerlo y van como a la fuerza, no por el peso, sino por tener que llevar sobre sus hombros a ese maldito Herodes que entre sus muchos crímenes tiene el de la degollación de los inocentes. Jamás se le ocurrió a Herodes tal degollación; pero la falta de estudios exegéticos ha perpetuado en el pueblo nuestro un erróneo conocimiento del tiempo de Jesús. Las figuras de la Pasión son entre nosotros de una popularidad asombrosa, mas el conocimiento que se tiene de ellas es fruto de sermonarios pedestres, catones para bobos e historias hechas por la credulidad más atenta a defenderse de impiedades que a describir certeza. William Hames, en nuestros días; Lammenais, en el siglo pasado, dejaron establecida, sobre firmes bases intelectuales, la noble voluntad de creer. Esta muchedumbre no cree; hace algo más que eso: se «las lía» con los que, según él, atentaron contra El que, según le dicen, vino a sal-

varle. Estamos tentados a definir el género de creencia nuestra así: «La redención del Género Humano no pudo ser posible porque lo impidió un Procurador o Pretor romano que había sido Prefecto en Batavia y trasladado por inepto a Judea».

El *Paso, de la Roldana,* es, sin hipérbole, imponente; nada semejante habíamos presenciado. Luisa Roldán, autora de la imagen de María Santísima de la Amargura, tiene en la Catedral de Cádiz una obra suya, la Virgen de las Angustias, que es una de las más grandes esculturas polícromas del Mundo. Esta Virgen, de Sevilla, es menos fastuosa pero más íntima. El San Juan, de Benito Hita del Castillo, la dice que llevan preso a su hijo, y la madre escucha; no hay violencia alguna en el rostro de María, y sin embargo expresa la congoja más honda. Es su boca o son sus ojos; el caso es que esta mujer ha recibido una herida en el corazón y tiembla antes de llorar y se estremece toda entera antes de abrir los labios. No llora y lo parece; no habla, y es tal el genio con que fué concebida la mueca de su boca que se adelanta la cabeza para oír lo que dice. San Juan es digno de ella; el apóstol habla, entienden todos lo que dice, y nuncio de la peor noticia que jamás se haya dado; es su cara un rostro de altiva é infinita conmiseración. Hay en los dos un no sé qué de irreparable y trágico

que produce en el alma sombríos pensamientos. La Hermandad no ha sabido qué hacerse con su *Paso;* todo le ha parecido poco. En 1893 se incendió al hacer sus conductores la acostumbrada genuflexión delante de la Presidencia, y Susillo la restauró; desde entonces la Virgen, mimada de todos, sale envuelta en aureolas de oro y de luz. Su visión levanta aplausos, saetas, graciosísimos piropos. Su manto azul y el oro de sus bordados; los cortinajes del palio, los flecos, las borlas; las cinco órdenes de candelabros; las copas metálicas de sus floreros; el resplandor de las varas; sus nazarenos con las túnicas de cola, de lienzo blanco con cinturón albo de pita, calzados de sandalias..., forman como una aparición. Hay que rendirse; mientras desfila, los ojos se extasían; cuando ha pasado y fulge como la cola de un pavo real la del manto, se comprende que el pueblo se entregue a la alegría más desenfrenada. Es su amargura la de una madre a la que poderes tenebrosos acaban de coger a su hijo, y esa amargura marcha bajo dosel, divinizada, vengada bravamente, entre incienso, vítores y murmullos de estupor.

Embelesa notar con qué perfección y cuidado visten las imágenes y las arreglan en el armatoste de las andas. Quizá son más altas de lo que deben las velas; tal vez haya demasiadas preseas y orfebrería; es posible que estén

muy recargados de oro los dibujos de los paños; en todo ese exceso está la eficacia de la impresión; nada se escatima, nada se reserva; todo el año, hasta en las tabernas, hasta en las *juergas*, se ha pensado en este momento, y todo se ha sacrificado a él. Las banderas negras, azules, rojas, moradas, blancas, de las Cofradías; las músicas, el lujo de los *Pasos* no se parecen a nada de lo que antes se ha visto o se ha soñado. Es un lujo persa, bizantino, armenio, musulmán, asirio, asiático; recuerda los grandes días del Vaticano, los días santos del Profeta en la Caaba de la Meca o en el Haram de la mezquita de Omar. Es como si, en un sueño, todas las religiones prestaran a Sevilla sus tapices, las andas, los lienzos, su oro, su luz y su pompa. Todo está allí, menos el Cristianismo. De todo hay allí, menos el espíritu limpio, transparente y sencillo de los Evangelios.

Anochece. ¿En qué región de Europa habrá atardeceres como estos de Sevilla? ¿Es que se oculta el sol o es que se deshace? Las nubes se han ido y el cielo arde como si el sol se hubiera convertido en un océano de luz roja. En el azul profundo la irradiación crepuscular es como un mediodía misterioso. Las calles están bajo las sombras de la noche que avanza y en el cielo hay resplandores de aurora; las luceci-

llas eléctricas se encienden y la claridad celeste deslumbra.

En ese atardecer desfila lentamente la Cofradía de la Sagrada Entrada en Jerusalén, Santísimo Cristo del Amor, Nuestra Señora del Socorro y Santiago Apóstol, la Cofradía de «la borriquita..., como el pueblo la llama. Su primer *Paso* quiere significar la entrada de Jesús en Jerusalén, y es un amontonamiento de figuras raras, que deben ser los apóstoles. Zaqueo en una palmera y judíos; hay allí hasta niños. De todos los personajes—y Cristo no nos tenga en cuenta este pecado—el mejor hecho es la borriquita, que «está hablando», sin ser la del profeta Balaám; no la sigue el simbólico pollino, y es lástima, porque Cristo en sus palabras no se olvidó de él, y buen cuidado tienen los evangelistas en citarlas. Nuestra Señora del Socorro, hundida en su palio color carmesí y casi oculta por un enorme escudo en el que hay las armas de España, las cruces de San Juan y Santiago y el Toisón de Oro, es de mérito escaso; una desdichada corona con trazas de tiara, derribadas hacia un lado algo chulaponamente, acaba de justificar el sobrenombre de la Santísima Señora, que, en vez de darle, pide el no pequeño socorro de que la libren de la corona y del escudo que campea en el palio.

Y entre nazarenos vestidos con túnicas de

ruan blanco y de raso negro, cíngulo de seda y el escudo en el antifaz, el Santísimo Cristo del Amor, en peana dorada con medallones combinados con angelitos y un pelícano al pie de la Cruz. Este Cristo es una grandiosa obra maestra de Martínez Montañés y recuerda su Cristo de Vergara; en la cara de este Crucifijo, conservado en la parroquia de San Pedro, llegó al ideal en el dolor; hubo que encerrarlo detrás de una reja de hierro y en obscura cripta; según cuentan, los devotos no podían resistir la impresión que les causaba aquella cara, y siempre que le sacaban en procesión habían de volverle a mitad del camino, porque los buenos vascos lloraban a «lágrima viva». El Cristo del Amor no hace llorar. Su realismo es el nuestro; ese naturalismo absorbente en que se resumió la pericia artística de nuestros maestros en la estofa de la madera. A fuerza de idealidad, esos hombres privilegiados del siglo XVII llegaron a las cumbres de la sensación real, carnosa, de la emoción anatómica. En este Jesús, el escultor hace sentir al sistema arterial, a las venas, al mismo tejido celular, las articulaciones, los huesos, los ligamentos de los músculos; los hombres deformaron la armonía divina de esa humanidad que encarnó sin mancha ni defecto, y no es la cruz ni los clavos los que relajaron la belleza suprema Tampoco es un cadáver embalsamado por el

método de Ganahl, clavado en el patíbulo de los esclavos para espantar corazones tiernos, espantoso y frío muñeco parodia de espectros; es un hombre que enseña su cuerpo desnudo para que los pecadores vean la obra siniestra de sus faltas y se enmienden a tiempo. ¿No es amor, amor sublime sobre todos los amores, ese gesto de la cabeza caída sobre una de las mamas, cerrados los grandes ojos de los hijos de Sichem y Gelboé, cuerpo ya sin alma en el que las líneas y las formas acusan al hombre su necia ingratitud?

De pronto, en el ambiente tibio de la tarde, perfumado de incienso y de azahar, una voz masculina, recia, ligeramente velada por la emoción, rasga el aire y dice:

«Mirálo por donde viene
er mejó de los nasíos,
yena de espina sus sienes,
el rostro descolorío,
que ya figura no tiene.»

Suenan aplausos y un «¡olé tu mare!» que todo lo echa a perder. Mas la saeta ha producido un fenómeno extraño. Plaza, calles cercanas, casas, público, parecen borrarse, desvanecerse en tinieblas que no son de la noche ni del cielo, mientras que el Cristo crece hasta ser más alto que las casas y dominar la ciudad. Un vago rumor corre por la multitud es-

tremecida, no se oyen músicas. Cristo camina como si lo movieran fuerzas invisibles y hay en el espacio auras de milagro; se escucha y se mira como si hubiera de ocurrir un prodigio sobre los corazones excitados. De no se sabe dónde, y nadie lo inquiere, surge briosa en aire de peteneras que fuesen a la vez comentos de salmos, estas palabras lúgubres:

«Los clavos que dispusieron
para clavar a Jesús
sin puntas los escogieron,
y no pudiendo clavar
golpes y más golpes le dieron.»

Y está cantado este último verso con tal fiereza, silabeado con tan despaciosa y horrenda monotonía, deletreadas las palabras tan trágicamente, que esos golpes suenan en las almas y parece que los clavos entran en nuestras manos, desgarrándolas.

## V

Es indudable que el alma humana tiene sed perenne de impresiones nuevas y que hay un gran caudal de placer estético en ese no sé qué de vaguedad que inspira tan ardiente deseo. Sea un reflejo falso de los fenómenos de

la Naturaleza, como quiere Trezza en su libro *Los Mitos*, sea como afirma Ferrero en *Los Símbolos*, una verdadera desintegración, abreviatura del trabajo mental, el alma gusta abandonarse a ese manantial inextinguible de placer sin cuidarse mucho de su procedencia o importancia trascendental, ni de la ley de Ribot sobre petrificación de ciertos productos psíquicos. Oyendo nosotros por vez primera las saetas andaluzas, que se nos antojaban, en nuestro *lazaretismo* sentimental, como supervivencias medioevales del pensamiento cristiano popular, no acertábamos a salir de nuestro asombro y admiración. Era, pues, verdad que las saetas andaluzas contenían un sentimiento afectivo robusto que, lejos de dejar indiferente al espíritu, le apasionan, arrancándole exclamaciones de entusiasmo cuando no verdaderas lágrimas.

Es muy difícil explicar cómo influyen estas saetas en las almas menos propicias a la emoción religiosa y más descarnadas de todo sentimiento de los tiempos pasados. Desde luego, sin el escenario en que se producen o emiten, perderían su colorido finísimo, su sensualidad amorosa; pero aun fuera de su ambiente favorable, son documentos que se salen del ámbito ordinario de la vida, creaciones rústicas y primitivas de hermosos dolores. Kraff y Ancona, en Italia, han estudiado manifestaciones

populares semejantes; Montoto Raustenstrauch, Rodríguez Marín, Mas y Prat, Aguilar y Tejera han recopilado y procurado seleccionar estos romances de nuevo género, fragmentos de una *Mesiada* extraordinaria. Documentados debidamente, creemos que no se dió la importancia necesaria a tan curiosas formas de la creencia cristiana, formas algo patológicas, pero mucho más vivas de lo que pudiera creerse.

Como todas las cosas, que luego emancipadas no lo parecen, las saetas proceden de la Iglesia misma. Las representaciones populares dramáticas las han arrojado a la calle; mas fué la Iglesia quien sembró en el alma popular andaluza estos cantos. Sus melodías primitivas se han perdido; el pueblo las olvidó o las transformó adaptándolas a sus coplas, y poco a poco se convirtieron en lo que hoy son: un recuerdo de la Pasión del Señor y la Pasión de su Madre vertido en los motivos musicales de sus coplas domésticas más íntimas. En vez de echar a perder su espíritu este poco decoroso trasiego, ha resultado que el caldo, así creado, supera en sabor y colorido a la solera misma.

El pueblo andaluz es una raza a quien la adversidad constante de sus destinos y vicisitudes no le han arrebatado su viejísimo e inmemorable buen humor; sus dones espirituales, ricos en exceso de idealismo y gracia, han renovado sin cesar las asmas de su genio semita.

Su eterna idea ha sido parecer siempre joven, fresco y fecundo, y, como siempre no ha podido parecerlo, acudió a simulaciones que gracias a sus cualidades de imaginación y sutilezas y hasta sacrificios no acabaron con él. Su dolor no ha nacido del desaliento sino de su impaciencia, de su apasionamiento por la luz y lo que se le parece, de su libertad furiosa de interpretación. Su fanatismo religioso consiguió aun en siglos de inflexibilidad en la doctrina ser un fanatismo artístico, tan relajado por la sensualidad y el ansia de goces que las cosas más santas se convertían en deliquios estéticos, la tradición en hechizos de arte, lo futuro en una alegre noche. Siempre han andado, en esa tierra única, endiabladamente juntas, las felicidades del pecado y las imprecaciones contra él. Jesús, al pasar por esa imaginación apasionada, tomó la forma de un ser perseguido por «*güeno*», y desde que le comprendió así maldito caso que ha hecho de sus doctrinas; sólo se ha fijado en los perseguidores, en los sufrimientos que le infringieron los sicarios y sayones y en desagraviarle de sus martirios y humillación. Su agnosticismo es saladísimo; consiste en vituperar a los que ultrajaron tanta verdad; hecho esto y hecho como nadie se atrevió a hacerlo en la tierra, se dedicó a pecar con todas las fuerzas nada escasas de su ansia de pecar. De la vida de Jesús sólo le interesa

la Pasión y Muerte, que desde luego juzga innecesaria porque no entiende lo que sea Redención. El es un pueblo que ha sufrido mucho y *por simpatías* ha tomado sobre sí la causa de Jesús y le ha dicho al Eterno en el bravo lenguaje que usa con los presidentes de las corridas de toros: «¡Tu hijo no ha debido morir...!» Y como no ha debido morir descarga su ira contra los hombres que le hicieron morir, en lo que el Eterno no sale bien librado. En ninguna parte habrá tantas iglesias y tanta religiosidad aparente; mas la verdad de su creencia es ésta: que mataron al Hijo de Dios por bueno, y eso no ha debido ocurrir.

Esas saetas nos hablan de una Pasión doble: la del Hijo y la pasión de la Madre. Cierto examen detenido revela que al pueblo andaluz le interesan más los sufrimientos de la Madre que los martirios del Hijo; los siete cuchillos romanos que atraviesan el corazón de Sidi Mariam—*la Señora María*—le causan más espanto que los tres o cuatro clavos que fijaron a la T númida o etíope al bueno de Naby Ina—*Jesús*—. ¿Por qué? Porque en su experiencia del dolor sabe que los dolores del hijo fueron bien poca cosa en relación a los de su madre, que en buena teología es la que *cargó con todo el equipo* de la Redención Humana. En cierto *Mandato* representable sucede que el Nazareno, molesto con los hombres, se vuelve

de espaldas a ellos; la Virgen le ruega que no haga eso, y Cristo torna el rostro a la multitud *porque Ella se lo manda*. En la realidad de aquel idilio de Galilea no parece Jesús haber amado mucho a su madre; pero en la realidad andaluza Jesús quiere a su madre como un torero a la suya; de este modo la tragedia de los dos es horrenda y la emoción del pueblo tal como a este pueblo le gusta: una emoción «*de una vez*».

Espléndida, sangrienta, fatalista y sensual, esta raza no se ha contentado con interesarse en la muerte de Jesús, sino que ha conseguido interesar a la Naturaleza entera. El terror de la agonía de Jesús se ha centuplicado con una pavorosa tramoya en la que la luna suda sangre, el sol gotea, como un cirio, lágrimas de cera y las estrellas, enloquecidas, se arrojan unas contra otras. Dios, enfurecido de que se haya cumplido lo que él mismo se propuso, desarticula el Universo y por segunda vez intenta destruír la Creación, que no tiene la menor culpa de lo que sucede. De este simple modo, el genio andaluz ha compuesto un poema imponente en el que para nada figura la Redención y la crítica pura de las razones que la hicieron necesaria. Ningún pueblo sabe como él tener una creencia; pero no la fe profunda, la apacible creencia mediterránea llena de intimidades latinas, sino la visión de la muerte de

un Hombre condenado siendo inocente. No se para a meditar si es o no es en justicia inocente; él dice que sí, y cuando él lo dice no hay más que hablar. La cruz no es un signo de paz como el arco iris, ni un lábaro que sepulte en la obscuridad con sus resplandores el paganismo: es un patíbulo afrentoso y Jesús un inocente cordero sacrificado por los poderosos a su ambición y política.

En sus saetas, el pueblo andaluz ha escrito el tratado más grande de su psicología. Cuando las recita o canta las dice con una emoción que subyuga. Mientras las dice sentís que es verdad lo que os cuenta. No hay en ellas fuerza mental; en cambio de eso, exhalan un sentimiento agudo como flechas, como saetas de carcaj; la superficialidad misma de su contenido es entonces un elemento más de su odio bronco, hueco, que no perdonará nunca la equivocación monstruosa de los miserables jueces de Jesús. Su canto procede de las raíces más hondas de la lírica andaluza, y es ése otro de los motivos que hacen llegar al alma la integridad sentimental de estas coplas místicas a fuerza de ser humanas. El pueblo no duda un momento en cantar sus saetas con el aire favorito de su tierra, a modo de malagueñas, jaberas, sevillanas, tarantas o cualquier otra melodía vulgar ¡Qué impresión causa escuchar esas saetas urdidas en la trama caliente, ansiosa y

como llena de luz de esos aires andaluces! Bien se arrastran lánguidos, como las melopeas de las *Cántigas del vulgo, los torpes cantos de la plebe* que condenaran los Concilios de Toledo para sollozar en desgarradoras angustias; bien lloran como endechas de los tiempos véteros para acabar en cínicas ironías como las misaellas galaicas o los cantares cazurros de nuestro Arcipreste; bien satíricos o zumbones pican a manera de avispa y concluyen en quejumbrosas seguidillas gitanas o lastimeras serranillas cuyos finales parecen jotas y unos transforman en bulerías *garganteás* y otros en *retorneás* peteneras... Ya dicen:

«¿Dónde va el Señor San Juan
con el dedo señalando?
¡Va en busca de su Maestro,
que lo están crucificando!»

O bien cantan:

«En calle de la Amargura
el Hijo a la Madre encuentra;
el Hijo lleva la Cruz,
pero a la madre le pesa.»

O *salen* por *aquello* de:

«En la caye e l'Amargura
ze cayó su Majestá,
y aqueyos perros judíos
lo alevantan a patás.»

He aquí una muy popular:

«Sangre pura le brotaba
por cuantas venas tenía,
un sudor frío le entraba,
el alma se le salía
a cada paso que daba.»

Y otra que suelen cantar los gitanos:

«¿Quién me presta una escalera
para subir al madero
a quitarle las espinas
a Jesús el Nazareno?...»

Hemos oído ésta:

«En la caye e la Amargura
hallé una mujé de luto
la pregunté quién z'ha muerto
y me dijo: —Er que izo er Mundo...»

Y esta otra:

«La Virgen de la Esperanza
no tiene comparación,
sale al campo, y al momento
en el cielo sale el sol».

Son millares las que estos días santos cantan. La Pasión de Jesús, según los Evangelios, es puesta en estrofas humorísticas o serias, a capricho del que las discurre en el mismo mo-

mento que las lanza sobre la imagen y según el estado de su alma y de su cuerpo. Cada año crece este lúgubre y gigante Romancero de reivindicación. Hay libros de saetas, pliegos volanderos cuajados de ellas, manuscritas y circulantes; los poetas gustan imaginarlas y el pueblo las inventa con su proverbial fecundidad. Pero lo que priva es la tradición, y muchas de esas saetas tienen, además del mérito de la idea que entrañan, el no escaso prestigio de haber sido cantadas por un cantaor famoso. En este caso, por mucha que sea la fe y la voluntad en *tirárselas* al icono preferido, triunfa de la fe el miedo a que recuerden y comparen y salga del gentío un vozarrón siniestro e irónico que gruña:

—¡Chócala, niño, que has estao güeno; pero que mu güeno...!

No obstante, si la copla no tiene historia, la voz no importa. Dice saetas el borracho *perdío*, la niña mayorcita que se empina para que la vea el Cristo o la Virgen, la mujer de tablado y de escenario, el abuelo mismo. El hijo del pueblo no canta para lucirse; si está *afortunao* no viene mal el requiebro; pero eso es lo de menos; lo de más es empujar valientemente, forcejear entre la multitud, abrirse paso hasta llegar a la primera fila, quitarse el sombrero con solemne gesto y adelantando un brazo y

accionando de firme decirla a su imagen predilecta:

«Qué hermosa vas, Madre mía,
entre colunas de plata;
te yevas la simpatía,
reina de la Andalucía,
mare mía la Esperanza...»

Tambores, cornetas, murmullos, nada importa; a pesar de eso la Virgen oye, él está seguro de que ha oído la regia Señora; si le apuran, hasta vió a la Virgen sonreír y mirarlo con sus ojazos negros. Puso a esa saeta la música que se le antojó, la misma que hubiese puesto a la copla dirigida a su novia, una música que empezó siendo un gemido presidiario, ayes de milongas o vidalitas americanas, guajiras, tarantas, y acabó en el aire de la malagueña célebre:

«Los pícaros tartanero
un lunes por la mañana...»

¿Qué importa el estilo o la música? El ha dicho lo que le escarbaba en el pecho. Ni siquiera se había propuesto decir una palabra; pero venía la Virgen, y venía tan bella, con tal lujo de luces y de joyas, que sintió, en el misterio de su alma sevillana, el deseo vehemente de piropearla. ¿Tiene fe? No. El cree en

la belleza; muy dentro de ese hombre, curtido por el trabajo y la miseria, hay un romano de aquella Roma que en sus últimos días volvía los ojos a la Grecia eterna para «*no morir del todo*».

«Padre mío Jesús de Santa María
Etos pezares que mi cuerpo tiene
yo le pido a Jesús de Santa María
que etos pezares que mi cuerpo tiene
sean alegría.»

Dolor y alegría son sus saetas. ¡Oh, si en sus manos estuviera el quitarle a Dios las espinas una por una, aquellas erizadas púas del *Nabka* sirio que bañaron en sangre las sienes divinas...! ¡Ah, si él pudiera arrancar del corazón de la madre los siete dardos del simbolismo cristiano, aunque el rito católico sufriera la pérdida de su más aparatoso y productivo mito...! Sextas «retorneás», de Marchena, en cuya medida Jorge Manrique cantara la muerte de su padre; trovos que glosan la Pasión en el viejo epodo de los rápsodas; melodías que los *quinteros* acomodan a las exigencias jamás sacrificadas de la santa letrilla; saetas sacramentales; versículos de los salmos convertidos en seguidillas; saetas de *penitencia*, carceleras y de *pasmo;* saetas que sólo pueden ser cantadas en un sitio determinado, porque cantadas en otro lugar no ten-

drían eficacia y *no saldrían bien;* endechas que almas solitarias lanzan únicamente a las puertas de los conventos de monjas para saciar su sensualismo místico con los soñados horrores de la clausura; *adioses* de despedida que recuerdan desgarradoras separaciones humanas; contestaciones de saeteros que siguen el pensamiento de la ya cantada como si no debiera perderse el sollozo o la lamentación; saetas picarescas de alusión, recogida y devuelta hasta el cuerpo a cuerpo; coplas en las que el Hijo y la Madre oyen sátiras deliciosas por no domar a tiempo el mal genio del río, o las *ansias* de un concejal o el *canguelo* de un torero...

«En el monte Calvario
las golondrinas
le quitaron a Cristo
tres mil espinas.»

El estribillo no duda en decir así:

«Los gorriones
le quitaron a Cristo
tres mil doblones.»

Y en una variante añade:

«Los gilgueritos
le quitaron a Cristo
los tres clavitos...»

He ahí el alma andaluza. Su infantilismo no excluye la tragedia más grande. Juega con lo trágico a la manera de un niño que golpeara la espoleta de una bomba con su mano. Llora lo irremediable porque es una fatalidad, y lloraría mucho más que esa fatalidad tuviera remedio. La Virgen y su Hijo viven porque marchan; los ve avanzar y no recuerda que los *traen*, sueña que *vienen*; entonces aprovecha y los dice que su dolor es su dolor o les pide en súplica lastimera y pública lo que hubiera podido rogar en la obscuridad de la parroquia. Tanto mejor estará bien hecha una imagen cuanto más viva parezca; esa vida no es suficiente aún; este pueblo las trata de tal modo, que si en Sevilla no hablan las imágenes es ¡porque jamás lo hicieron en parte alguna. Si los milagros, apariciones y diálogos divinos fueran verdad aquí, en Sevilla, no habría otro remedio que producirlos; Dios se desclavaría de la Cruz para beberse un chato o una caña; la Soledad se limpiaría las lágrimas con el pañuelo, todo él un puro bordado, y a riesgo de dejar caer alguna joya entregada a la Hermandad con previo recibo; Pilatos, el calumniado Poncio, les diría en estilo romano de arenga que los judíos, cuando él los gobernaba en nombre de Vitelio, Procónsul de Siria, eran unos sucios que rehusaban acueductos y la higiene; las figuras de los *Pasos*

reirían las gracias de sus adoradores, y Juan—el único apóstol que no estaba casado o no había visto en su vida una siria en cueros—, se enteraría de lo que sucede en la calle Monsálvez, o en los bailes de la Barqueta y oiría lo bien que saben los calentitos y el aguardiente en casa Postigo después de salir de algún Salón de Oriente o callejón de los Pobres.

«Vuelve la cara, María,
y mira tu Hijo Jesús
qué aceleraíto viene
con el peso de la Cruz...»

Todo es rogar a Cristo se fije cómo va su Madre y a esta Señora cómo han puesto a su Hijo, y la compasión es tan vehemente, tan profundamente sujeta a las raigambres de su sentimentalismo, que ningún pueblo de la tierra ha deseado nunca, como él lo desea, que Jesús baje del madero a alternar con ellos en una caseta de la Feria, o por lo menos repita con ellos el abrazo que, en los cuadros almibarados de Murillo, da a San Francisco. Todos los artistas que vinieron durante la Semana Santa se admiraron de la fe sincera y edificante compucción de este pueblo. Y, sin embargo, la fe no se conoce en Sevilla ni de nombre; es otro el sentimiento que los maneja y conmueve, una emoción más eterna e hispánica que la fe

oriental, es la simpatía del que sufre por el que sufrió. Y esa simpatía es tan verdadera como el que, en muchos Círculos, mientras desfilan las Cofradías, se *corren juerguecitas sordas* que nada tienen que envidiar a las bacanales de los tabucos de Jerusalén recomendados a los viajeros en la santa puerta de Damasco, de las covachas de siriacas cuyos ojos húmedos penetran hasta los tuétanos y que, montadas sobre asnos, como su diosa, vería Jesús tantas veces en los caminos de Ginae, Sichem y Ain-el-Karamie.

Se ha de demostrar algún día—cuando el artista estudie y no se contente sólo con percibir íntegra la visión de lo que mira—, que el misticismo español, sobre todo en su aspecto andaluz, no tiene nada de ascético. Los escritores más grandes de la Mística han sido de ardiente corazón, muy amigos de mandos y cargos mundanales, mujeriegos y han vivido muchos años. Lope de Vega, sacerdote que tan bellas cosas le decía a Jesús, murió en brazos de una mujer. Cuando ese misticismo derivaba al italiano se hacía ramplón enrevesado y sumamente hipócrita. Las obras místicas no han sido obras de maceración de la carne sino su divinización; cuando más, bienhechoras cuaresmas después de agotadores carnavales. Odas de amor, esas obras místicas sólo consiguieron dar a la palabra sangre esas

fulgurantes sinonimias entre cuya tupida malla se mueve el espíritu de Andalucía entera. Pasión no significa sólo sufrimiento, sino delicia; la mística ha mezclado para siempre en el alma de la Raza el placer y el dolor, ha hecho que éste nada signifique sin aquél, y al describir las sombras que produce todo goce no ha realizado más que hacerlas tan interesantes como el placer mismo. El polígrafo de la Mística Española, Menéndez y Pelayo, reveló la vida íntima de nuestros ascetas, y en su mesa de trabajo, cerca de San Juan de la Cruz, lucía su etiqueta escandalosa una panzuda redoma de aguardiente de Cazalla de la Sierra. Valera somete—en su célebre novela andaluza, par bellísima de la de Valdés—la mística a la viudez esplendorosa, y el deseo de tener a Cristo en las manos una vez al día es vencido por el menos santo, pero más castizo, de besar en los labios a una de estas mujeres, dignas de haber nacido, como María de Majdel, en los paraísos de la Galilea descritos en el siglo VI por Antonio Mártir.

El Martes Santo Sevilla contempla a su Cristo Santísimo de las Misericordias y a su Señora Nuestra de los Dolores. Es un solo *Paso;* un Cristo a cuyos pies María hace todo todo lo que puede por conmover a los que la miren. Esta Señora, y ella no nos lo tenga en cuenta el día de darlas, es la más desdi-

chada de las mujeres que han salido de manos mercenarias, y no porque sea fea, sino todo lo contrario. Como es tan guapa y es obra de nuestros días, ¡válgame Dios qué esfuerzos hace la lindísima y monísima criatura por llorar a chorro libre!; pero ¡ay! que por aquella cara bruñida a brazo y estofada con drogas alemanas no pueden correr las lágrimas sin desteñirla. Cristo levanta su cabeza airado y mira a otra parte para no tener que preguntarla a su madre quién la hizo tan dura de corazón y quién la vistió de tan lujosa y teatral manera. El es de Bernardo Gijón, y si no fuera por el gesto del divino Señor y hasta por cierta tendencia a desclavarse que en él se nota, sería una obra maestra. Tengámosla por tal, no se enfaden sus nazarenos, a los que las túnicas de ruan negro y cinturón de esparto los da un aire terrorífico.

El Miércoles Santo Jesús ha resucitado a Lázaro, uno de los pocos milagros que ha hecho en el mundo la amistad. Sin duda alguna, Lázaro *se dejó resucitar* por su amigo entrañable. Le amaba tanto, que seguramente se prestaría al generoso drama con el fin de que la incrédula Jerusalén se rindiera al bello Rabbi. Se dice que los enemigos de Jesús intentaron matar a Lázaro; ¿es que conocieron la sagrada farsa? Fuera eso u otra cosa, la sublime amistad estuvo a punto de motivar una

*segunda* y *definitiva* muerte de Lázaro, y fué —¡triste destino humano!—la causa inmediata de que el pontífice Caifás sentenciara a Jesús. Con su admirable sacrificio el hermano de Marta y María engendró aquel funesto principio de que vale más la muerte de un hombre que la ruina de un pueblo; caro pagó Jesús esa idea; caro la pagaron después de él millares de mártires del pensamiento y de la convicción. Una mujer había derramado sobre los pies del Nazareno esencia de nardo y roto el vaso de alabastro que lo contenía; a Jesús le gustó mucho este homenaje de la pasión; no correspondía a ninguna de las mujeres que lo amaban casi al momento de verle por primera vez, mas aceptaba sus ofrendas. Y como los huéspedes de Simón el Leproso murmurasen del acto de la pecadora, Jesús pronunció una de aquellas frases que él mismo presagiaba no se olvidarían jamás: «En verdad os digo que siempre se comentará, en memoria de esta mujer, lo que acaba de hacer conmigo. Ella ha hecho lo que estaba en su mano; se anticipó a embalsamar mi cuerpo para la sepultura.» Las mujeres le sostuvieron, ellas fueron las primeras en comprenderle, ninguna de ellas le negó, como Cephas, y una de ellas ha sido quien arrancó de la obscuridad de los siglos su nombre y sus discursos. ¿Qué hubiera sido del Cristianismo sin aquella mujer que,

como Lázaro, hizo el sacrificio de arrebatar el cuerpo de Jesús para que se creyeran sus palabras de resurrección?

No hay en todos los misterios de Semana Santa nada que impresione tanto nuestra alma sin fe que la fe en el Maestro de Lázaro y de Magdalena. La amistad y el amor nos han conservado la figura de Jesús; sin ellos nunca hubieran sabido los hombres que durante unos años el mismo Dios se había dignado residir entre ellos.

Hoy se canta en Sevilla el Miserere de Eslava, y hemos visto esta mañana en los Oficios Santos los preparativos hechos en el Coro. Desde que llegamos a la ciudad de la Gracia el nombre de Eslava ha sonado sin cesar en nuestros oídos. Dicen:

—Er que no ha oído er Miserere en Seviya no zabe lo que e sentimiento de caliá...

Hay, sin embargo, quien confidencialmente nos ha comunicado este secreto:

—Digan ostés que er Miserere e má empachoso que er séptimo merengue.

Pero, en general, el deseo de oírle es grande, y las localidades preferidas, las Capillas, donde las verjas amparan de las apreturas y otros excesos, son muy buscadas. Hay quien nos asegura, en el Círculo de Labradores, que para entender el Miserere de Eslava se necesita oírle muchos años seguidos...

—La primera ve que ze oye eso e como la primera ve que ze va a los toros; too e mu bonito y mu movío; pero jasta que ze da uno cuenta de lo que e una faena seňía y consintiendo, ejando llegá a la jurisdisión y vasiando e veras, paza un tiempo regularsiyo...

¡Cuánto se ha escrito acerca de ese bendito Miserere y exagerado! En fin, veremos esta noche o mañana, porque también se canta el jueves, si esa música responde a su fama o nuestro espíritu a la emoción que nos brinda. Entretanto, sigamos la ruta de las Cofradías, de esas Cofradías inagotables, cada una de las cuales es un inmenso libro sobre Andalucía y el genio de nuestra raza.

Un solo *Paso* constituye la Cofradía del Santo Cristo del Buen Fin y Nuestra Señora de la Palma. Medio ocultas por una enorme peana dorada, cuyos cuatro extremos se yerguen, torneándose, en monstruosos candelabros floreros, San Juan, la Virgen y la que tanto amó a Jesús, le miran expirar en la Cruz. Las figuras, vestidas con demasiada ropa, miran a Jesús como si escucharan su voz, pero sin muestras de estar ante un hombre que agoniza en el más espantoso suplicio. Cristo no da tampoco señales de mucho dolor, a pesar de que, al crucificarle su autor, le estiró los brazos tanto, que la curva en la que las costillas se funden unas en otras se señala de un modo

horroroso, y mirado a lo lejos parece tener la concavidad vacía de entrañas desde el esternón hasta el pañizuelo que cubre sus caderas. No está mal, sin embargo. Mas la cruz en que le clavaron debieron encargarla a un tornero, y para acabar de arreglarlo, embutieron en las tres puntas o extremos casquetes de filigrana o cabezas de cetros imperiales. En las túnicas negras de sus nazarenos campea la Cruz de Jerusalén. El Santo Cristo de la Misericordia y Nuestra Señora de la Piedad, que salen de la Capilla del Baratillo, ofrecen un aspecto severo y sugeridor; pero hay que rogar al espíritu vea y no critique. El *Paso* representa el instante macabro en que, descendido Jesús de la Cruz, le contempla su madre. La Virgen sostiene en sus brazos el cadáver de su hijo; San Juan y la Magdalena, arrodillados, oran; detrás del grupo se alza la cruz con el simbólico paño blanco y dos escaleras exactamente iguales apoyadas en cada brazo de la cruz. Dios perdone nuestra comadrería; mas que no nos aspen como a San Andrés, si el escultor y su ayudante no subieron por esas escaleras y fueron ellos los que bajaron a Jesús y no Nicodemus, o José de Arimathea, y sabe Dios si no le dejaron caer y en la caída le hicieron más daño que todos los judíos juntos.

Una señora exclama: ¡Pobretiyo!... No os podéis imaginar con qué acento de sincera con-

miseración está lanzada esa palabra; no se hubiera dicho con mayor amargura si ese Cristo muerto fuera de carne. La escultura polícroma de los *Pasos* únicamente puede hacer que las almas, en vez de contemplar un icono, vean la misma realidad. En las mujeres del pueblo llega a causar espanto observar la influencia de ese realismo. Ya Coleridge había estudiado esa propensión femenina a las escenas tristes; pero después de saciar su curiosidad, la reacción ante el dolor es una explosión de palabras que sollozan y lagrimones que hablan. El *Paso* nació más que de una necesidad religiosa de la constante procesión por las calles de reos emplumados, endemoniados, íncubos o síncubos o herejes. Frecuentemente, y más que en ningún siglo en ese espantable siglo XVII, los reos marchaban al patíbulo o la hoguera aullando, rabiosos, enloquecidos, y los que les conducían, para dominarlos, les torturaban sin piedad. Esas visiones dejaron en los espectadores huellas imborrables; la piedad y el miedo idearon estos artefactos representativos que fueron como un remordimiento y una expiación; el reo era en ellos el Hijo de Dios; la víctima, su Madre; el pueblo sentía sus padecimientos como sintió los otros del funesto siglo. Por asociación de recuerdos, se vengaba de los que tanto daño hicieron a Jesús y a él; y de nuevo lloraba por los dos.

Viene de la calle Orfila la Cofradía del Sagrado Prendimiento y Soberano Poder de Nuestro Señor Jesucristo y María Santísima de Regla. ¡Qué sonoridad en las Advocaciones! No es que estén escritas en los papeles y en paz, no; es que no hay sevillano que no las llame así y al así nombrarlas no se *hinche* de gozo y orgullo. Esta Cofradía trae delante de su primer paso nazarenos de sotana negra, antifaz de negro terciopelo y capa, en la que sangra la cruz de Santiago; unos llevan cirios, casi todos apagados, otros raras insignias y recogen sus colas, que en la plaza de San Francisco dejarán caer para mayor solemnidad y realce. El primer *Paso*, de «los Panaderos», no tiene más que nueve figuras, y no parece sino que su autor creyó a pie juntillas a los malos predicadores y cinceló sus judíos o soldados romanos con toda la rabia que inspiran a un buen corazón la fechoría del huerto de Gethsemaní al pie del monte de los Olivos. Las fiestas de los panes ázimos tenía bastante atareados a los pretorianos para meterse en los líos de los fariseos y sacerdotes; no fueron soldados los que prendieron a Jesús, sino servidores del templo, gentecita saducea que se ha perpetuado y a cuyo celo por defender el pan nuestro de cada día no le hacía falta destacamentos mercenarios, sino recordar que Jesús les había ofrecido echar abajo el Templo en tres días. Jesús viste

una larga bata de oro y púrpura y los Apóstoles un *terno* como jamás pudieron soñarle aquellos simples pescadores del Tiberiades. Nuestro Padre Jesús, atado, parece reconvenir a Judas su traición, como los grandes hombres hacen estas cosas, sin mirar, con su actitud de serenidad celestial. Judas, por su parte, debe al escultor una gran cabeza, cosa que sin duda alguna no debía poseer el de Kerioth. La Virgen es un encanto; algo preocupada, pero no mucho, de lo que no tiene ella la culpa, sino quien la hizo, luce un manto espléndido de terciopelo granate que sus nazarenos copian en las capas. Su corona es un alarde de riqueza y de mal gusto, pero de efecto enorme, y la cortinilla delantera del palio un prodigio más, porque, o estamos equivocados, o no hay en las docenas de palios que lucen las Cofradías uno igual a otro.

A las seis la Parroquia de San Pedro envía su *Paso* del Santo Sudario de Nuestro Señor Jesucristo, Santo Cristo de Burgos y Madre de Dios de la Palma; otro grupo formado con los primeros actores de la Pasión, figuras que no llegan al alma, pero que llenan los ojos, aturdiéndoles con las luces, el oro, sus nazarenos y el derroche de belleza en los accesorios. La Virgen interesa. San Juan, que tiene cara de organista *a toda fuga de Bach*, mira los largos y lacios y auténticos pelos de la Magdalena

con cierta pesadumbre. El Crucifijo es uno de estos Cristos admirables obligados a colgar de una cruz que no puede con ellos, pulida, chapeada, monda y preciosamente absurda.

Un corazón sin arder entre llamas que le rodean es el escudo de la Cofradía del Santísimo Cristo de las Siete Palabras. Corazón y clavos de Jesús, María Santísima de la Cabeza y los Remedios. No creemos que tenga más nombres esta Cofradía o que exista en Sevilla otra que los posea más expresivos; sobre todo, lo de Corazón y Clavos de Jesús es admirablemente evocador. Por desgracia, para su único *Paso* ya no lo es tanto. La peana o canasto es una obra maestra dorada y tallada con un afán tan grande de quedar bien, que ha relegado al *Paso* a segundo lugar. Admira tanto, que apenas resta para las figuras un poco de admiración. Las luces producen en el cuerpo pulidísimo del Crucifijo extrañas polarizaciones; no es una mala escultura, y hasta tiene cierta expresión; pero tampoco es buena. Las tres Marías son algo nuevo que si no convence distrae en alto grado; visten amplias túnicas y adornan la cabeza con tocas y cintas como monjas o colegialas de Noviciado. María Cleofás, María de Magdala, María Salomé, mujer del Zebedeo, las santas mujeres que la acompañaron hasta el Calvario. Faltan Susana y aquella buena mujer de Kuza, intendente de Herodes Antipas,

la generosa Juana, que no pocas veces socorriera al Maestro en su vida andariega. Los nazarenos que acompañan el *Paso* llevan sobre su blanca túnica de hilo un escapulario rojo y un Jesús del mismo color en el antifaz. Mas lo que de esa Cofradía queda en nuestra alma es el corazón solitario del escudo rodeado de las llamas de otros corazones que tal vez nunca lograron tocarle...

Ya de noche salió del Santo Angel la Sagrada Lanzada de Nuestro Señor Jesucristo y Nuestra Señora del Buen Fin. El ánimo se queda suspenso al contemplar ese *Paso*, donde no hay cosa alguna que no sea un acierto soberano. Un caballo y nueve figuras soporta la sobria peana y no ven los ojos la menor confusión; no otra cosa parece que asombradas del mérito del Cristo, de Montañés, no se atreven a acercársele, no oculten parte alguna de ese cuerpo incomparable. Longinos acaba de dar a Cristo la lanzada, y su caballo retrocede; el centurión romano tiene aún en la diestra esa lanza sagrada, que, por haber tocado el corazón de Jesús, comunicará en adelante a quien la posea las más altas virtudes. ¡Cómo mira a Cristo ese centurión...! Su arrogante silueta siente la presencia de Dios, y quien a él le mira, temblorosa en su mano la misteriosa lanza, escucha muy dentro del corazón las sublimes polifonías de Monsalvat, las plegarias de Amfor-

tas, el misticismo delicioso de Parsifal, aquellas palabras de los caballeros del Santo Grial, las más dulces y puras y piadosas que haya oído el Señor en desagravio de su Pasión, en adoración de esa lanza... María de Magdala ha caído al suelo; pudo sufrir la agonía del amado, no pudo resistir que atravesaran el corazón que tal vez juzgaba únicamente suyo. María Cleofás sostiene ese cuerpo. Salomé habla al centurión. María y el Evangelista no aciertan sino a mirar a Jesús, y este crucifijo es un portento. Toda la majestad de un Dios y cuanta belleza pueden expresar las líneas del cuerpo humano: la cabeza caída sobre el pecho sin violencia y sin odio, y la corona de espinas colocada sobre el cráneo como sólo Montañés supo hacerlo. Los vástagos espinosos del nabka sirio, cuyas hojas tienen forma de corazón y cuya corteza tiene ese lustre oleoso del bronce o de madera curada al humo, se enredan a sus cabellos y oprimen más como serpientes que como ramas entrecruzadas; son a modo de velludas patas de una araña horrenda, o tentáculos poseídos de una horrible vida. El cuerpo cae, se desgaja, se desgarra, pesa siniestramente; el dogma cristiano ha sido más cruel que el mismo suplicio y ha negado que se colocara entre las piernas el tajo de madera fijo en el astil de la T hacia su parte media. Montañés no discute; es uno de esos escultores españoles que creen ciegamente

en lo que la Iglesia les dice, y su Cristo cuelga, las piernas se encorvan, las masas de las caderas se rinden, mientras el pecho parece aún poseído por un sublime aliento que realza la pesadumbre mísera de la carne sin alma. En la aspereza brutal del realismo histórico hay, sin duda, un tesoro de inspiración; en nuestros días, ese naturalismo místico nos ha proporcionado sorpresas, en buena hora venidas. Cristo fué crucificado entre dos malhechores y tratado como ellos o peor que ellos; el odio político no tiene compasión. Jesús murió en una cruz japonesa, como el P. Perboyre en esa lúgubre T en la que Nicolás Gay representó el drama funesto. Los pies del condenado tocaban casi al suelo; cuerdas de cáñamo, sucias de sangre seca, de haber servido mucho, oprimían los muslos de los reos hasta abrir las carnes y agrietarlas; izado el madero, se le clavaban en él las manos, y así vivían tres o más días; después, unas barras de hierro—el crurifragio romano—quebrantaban los huesos, y las carroñas se arrojaban al estercolero del Hinom. Se ha dicho que nuestro realismo de las imágenes polícromas es repugnante; ¿qué hubiera sido de permitir la Iglesia Cristos verdaderos...? Montañés, hombre de genio ibero, alió su servidumbre al Evangelio con sus atisbos artísticos, y en ese Cristo divinizado hay emociones cruentas, de un realismo tal, que sólo habiendo sido crucificado se po-

drían expresar mejor la rigidez de los miembros, la tirantez de las intersecciones musculares, el derrame interior destrozando la armonía de los tejidos, el reflejo en la piel del terrible dolor del corazón que sacudía las fibras nerviosas de los condenados.

Mas si ese Crucifijo asombra y encantan las figuras de Roldán, de Astorga y de Molner, nada impresiona nuestro espíritu tanto como aquella lanza en la diestra del centurión. Los temas sagrados de Parsifal en modos lydios, en polifonías que Palestrina no hubiera superado, en monodias gregorianas, vienen a nuestra alma y sentimos el humano dolor de Amphortas. También, como un relámpago que iluminara el Calvario de ese «Paso» y el misterioso encanto de nuestro corazón, surgen en el espíritu motivos de la *Pasión según San Mateo*, musicada por Bach, notas de la *Redención*, de Franlk.

## VI

El Jueves Santo es el día de los Misterios. Anoche nos acostamos temprapito, porque Sevilla nos ordena no dormir ya hasta la noche del sábado. No asistimos al Miserere, porque la buena suerte, que estos días anda suelta por la

ciudad, nos deparó un sevillano que nos dijo esto:

—Er Miserere del miércole e un puro camelo. Ezo hay que oílo mañana, que e cuando ezo der Miserere etá en su sarsa. Er del miércole e un Miserere de lanse po lo probe.

Por la mañana, los madrileños han invadido la ciudad. Si Dios no lo remedia, habrá que habilitar en la vega de Triana un campamento para ellos, pues la cuestión de las habitaciones es un problema que, gracias a la imaginación sevillana, no acabará en batalla campal seguramente. Ved una muestra:

—No sa pure, zeñorito. Lo madrileño z'apuran po na.

—Conque por na, ¿eh? Y ahora... ¿dónde duermo yo?

—Esto día no ze duerme en Seviya, zeñorito.

El botijista madrileño, hecho una furia, le increpa al sevillano su sangre fría; pero el hijo de la ciudad no se arredra, y le echa la cuenta por los dedos:

—Mire osté; hoy no duerme ni Dió. Dempué der Miserere hay que esperá la madrugá comiendo pescao frito, como manda nuetra Mare la Iglesia; aluego, zale Nuetro Zeñó der Gran Poer, y etán zaliendo Cristos y Vírgene hata la dose e la noche der Vierne Zanto; eza noche hay que pazarla buscando a los revendeore e la Plaza los Toro pa la corría e Resuresión;

er zábado hay que ver Zeviya, que ya tié osté pa rato, y la noche de zábado hay que correr una juerguesita de cante pa oí a la «Flequillo» y ar «Niño e la zombra lisa»; er domingo por la mañana resusita Dio y hay toros, y er tren zale depué e la corría... y en er tren jase osté lo que le dé la gana.

Los Santos Oficios de hoy dan una idea de la inventiva prodigiosa de esta ciudad para excitar en sus sentidos la visión de la Pasión de Jesús. El Monumento donde, después de la Misa única que hoy se celebra, traslada el oficiante una Hostia consagrada, es uno de los grandes orgullos de Sevilla, y el viajero que no lo ve no tiene perdón de Dios. Mejor fuera no verle, porque nada hay en él que valga la pena; mas ¿quién sería capaz de no fijarse en esa mole inmensa que arranca, entre el Coro y la puerta central, de la misma sepultura del hijo de Colón, y llega nada menos que a la clave de la bóveda, en cuyo sitio un Cristo y dos ladrones hacen maravillas de equilibrio para no escacharrarse? La colosal mole de madera parécelo de imán; a la fuerza hay que venir a contemplarla; la Catedral desaparece devorada por ella.

Es la caricatura de un gran retablo. Se estrenó en la Semana Santa de 1589, y fué su autor un hombre apellidado Parrilla; el anterior, de Florentín, debió quemarse o sucederle algo por el estilo, y a éste es de desear que le ocurra un

accidente tal que lo cambien por otro. Sin embargo, la impresión deplorable que causa en las almas artistas, es rectificada por la emoción que produce en las almas hermanas. Sus estofas dóricas, jónicas y corinthias desaparecen bajo centenares de luces colocadas en candelabros de todas las clases, desde el humilde de latón a los blandones enormes hechos a propósito para el Monumento por artífices antiguos. Candeleros de plata, sobredorados, de bronce, con basas, con abrazaderas, esmaltados, sencillos, románicos y ojivales; juegos de minúsculos tenebrarios y de soportes de luminarias, parecidos a los candeleros repujados conocidos por los Alfonsíes, o los mismos «gigantes» de la Sacristía Mayor; unos tienen anillos esculpidos, otros primorosas cincleladuras. Las lámparas de plata penden de cuarenta o setenta arbotantes. Las pinturas, las inscripciones, las figuras por docenas, los lienzos lavados, encañamados, barnizados y bruñidos; el cuerpo superior del entablamento, pesado y sin gusto, forman un mausoleo abrumador que extasía por su falta de juicio, de orden y de belleza. Es un disparate, al que las luces hacen simpático. Las Cofradías desfilarán ante él, y si no le encontraran las faltaría su complemento. Pronto se desnudarán los altares; Cristo no tardará en morir, y es necesario guardar el pan eucarístico en un sitio en el que Dios se encuentre a gusto. Pero si es verdad, como

quiere y ordena creer la Iglesia, que el Sumo Hacedor está en ese pan en alma y en cuerpo, es de presumir que el Eterno encuentre el dichoso Monumento incómodo y hasta insoportable.

Hasta en esto tiene un parecido extraño Sevilla con Jerusalén. No sé qué semejanza podría establecerse entre el Monumento sevillano y los altares de los Lugares Santos. La misma incongruencia y amontonamiento en el estilo, la misma profusión de lámparas, blandones y cirios, idéntico mal gusto en su colocación, un conjunto irregular y de una suntuosidad rústica. Flores, globos de cristal, ramilletes artificiales, estatuas cuya necesidad no se ocurre a la imaginación, riqueza sorprendente, pero confusa, sin lejanías ni sentimiento. Las lámparas magníficas, que parecen de plata maciza, producen efectos teatrales; las velas no sólo son blancas, sino de colores, con rizos y pintarrajeadas. Y es que las dos ciudades están enfermas del mismo mal. Su espíritu se ha disipado en la exhibición y en la ampulosidad; las doctrinas humildes y profundas del dulce galileo han desaparecido bajo la cota de malla del dogma, y éste no tiene suficiente poder para inspirar otra cosa que absurdas y abigarradas interpretaciones. La extrema sencillez evangélica repulsa todo ese boato oriental, a su vez mezclado en el falansterio de todos los ritos y de todos los cultos. Sevilla,

como Jerusalén, ha caído en ese abismo y en esa desorientación; ambas pretenden explicar el Evangelio con cristales de colores, reflejos, plata, lágrimas de cera, luces a millares, cirios que parezcan columnas; ambas relegan los Misterios santos al prurito de agradar y sorprender a quien viene a visitarlas. Parece que preguntan: «¿Te gusto?». Las dos ciudades son incapaces de comprender que tanta luz artificial y amazacotadas preseas de orfebrería sólo inspiran a los espíritus modernos desdén; y la fe, escasa, que en ellos se defendía del ambiente agresivo, acaba de expirar en las fogaratas del artificio.

No así el Tenebrario, de Bartolomé Morel, espléndida joya de bronce, con sus quimeras platerescas, su planta romboidal, su frontón cuajado de estatuitas preciosas y su mástil gigantesco, con cariátides y columnillas. Los niños le conocen bien; cuando, estas noches, vienen a las Tinieblas con sus carracas y ven la vela de María en el Tenebrario, el ruido que forman despertaría a Colón si los huesos que hay en el sarcófago estuvieran completos o no se hubieran quedado en América, como alguien ha demostrado, no sin pruebas.

En los primeros días de la Iglesia tenía lugar en este día una escena sublime e ingenua: la reconciliación de los penitentes públicos. Hoy se ha reducido mucho la conmemoración. No sabemos por qué nos parece que estos sacerdo-

tes tienen muchas ganas de acabar pronto, y no sabemos por qué encontramos pobre, muy pobre, el recuerdo de la última cena de Jesús. No es lujo lo que falta; sobra, por lo menos, todo el que se exhibe; lo que se añora es el color local, la reproducción fiel del acto, con el espíritu de las viejas representaciones dramáticas eclesiásticas y sin su anacronismo. La música coral nos consuela algún tanto. Una encíclica oportuna, «Motu propio», ha instaurado los viejos cantos cristianos en toda su pureza, desterrando de la Iglesia la vanidad de las cursilerías sensualistas, que hacían buenos aquellos casos curiosísimos relatados por Serciux en sus memorias clínicas sobre el instinto sexual, en los que el culto a Cristo o la Virgen aparece mezclado con las alucinaciones eróticas. La palabra reina en el arte gregoriano; la frase melódica, dócil al sentido y al acento de las palabras, no hace otra cosa que seguir y dar relieve a la frase literaria. Las polifonías *palestrinianas* aciertan a concertar las voluntades y oraciones de los hombres entre sí, al mismo tiempo que las elevan a Dios; esto será tal vez inútil, pero es muy bello. «La dulce melodía—escribe San Agustín en sus «Confesiones»—parece pedir un sitio en mi corazón.» En nuestro tiempo, algunos hombres que no nos arriesgaríamos a pedir nada a Dios, porque le creemos bastante ocupado en demostrarse a sí mismo, gustamos es-

cuchar en las iglesias aires musicales que no dislaceren y relajen los bellos poemas de la lithurgia. ¡Si ésta no puede hacernos buenos, como podría ese infernal canto cursi, «modo teátrico», que decía ya en su tiempo Santo Tomás de Aquino...!

—Sospechamos—decimos a un joven sevillano en la Catedral—que no nos va a gustar Eslava.

—Ezo no es posible—responde él, un poco amoscado.

—Sospechamos aún más; que el Miserere de Eslava se parece al Monumento de Parrilla.

—No se lo diga usted a ningún sevillano. El Miserere está en nuestra sangre ya.

No se lo diremos a Sevilla esto nunca. Sabemos en cuánto se tiene, y no olvidamos lo que sucedió a unos viajeros, los cuales, como hicieron elogios de sus ciudades respectivas y notaran el silencio sospechoso de un compañero que con ellos iba, le preguntaron la razón de no hablar de su ciudad, tal vez por no decir de qué ciudad era. El respondió así:

—De Seviya, zeñores; pero me paresía mal desirlo yo zolo.

El *Pange lingua*, ese himno sencillísimo de esbeltas líneas polifónicas, produce en nosotros un instante de emoción. Ha llegado la procesión al Monumento, y el diácono, puesto de rodillas, recibe el Cáliz con el Sacramento. Una nube de

incienso sube en el espacio y perfuma las almas. Cuando el diácono encierra en su urna las sagradas especies sentimos la ilusión del rito, creemos que, en efecto, Dios está a punto de morir, y, como dice la antífona de la denudación de altares, sobre sus vestidos echan suertes y se los reparten. Durante el Lavatorio visitamos el Sagrario. No queremos oír aquellas palabras que todos juzgan sublimes y nadie hace caso de ellas... «Un nuevo mandato os doy, y es que os améis unos a otros, como yo os he amado.» Y, en verdadero éxtasis de arte, permanecemos mucho tiempo ante dos obras de Montañés, de infinita maestría: su Concepción y el alto relieve, de un retablo de Roldán, descendimiento de la Cruz. Nada más grande fué cincelado nunca por escultor alguno en la madera.

El Jueves Santo sevillano es un día alegre, y el único del año en que resucita la Carmen, de Merimée, para visitar las Estaciones. En toda España sucede la mismo; la tristeza de los altares desnudos, el silencio de las campanas, el luto de la Iglesia, se deja a un lado. Nadie se acuerda de Jesús, sino del Monumento. Los sermones son escuchados por cuatro viejas que están soñando en lo mucho que se lucieron, allá en su juventud, en tal día como hoy. Los curas lo saben, y no gastan mucho fósforo en presentar a los devotos la Pasión del Señor. Un

sevillano borracho lo descubrió en mala hora, oyendo a un predicador:

—¡Eze padrito—dijo en voz alta—etá pedricando ete año er mismo zermón del año pasao!

Y como el «año pazao» se lo llevaron a él dos guardias. Porque también el año pasado había dicho lo mismo de tal predicador, en la misma iglesia y en el mismo... *estado*.

Si se hiciese un estudio del Monumento desde el punto de vista especulativo, tal vez se encontrara la razón de su existencia en la necesidad que tiene de él el pueblo español ese día. Hay mujeres que sólo se exhiben ese día del año. Los que conocen el «mujerío» de una población, suelen decir así a los extraños que alaban sus mujeres:

—¡Pues qué dirían ustedes si vieran las mujeres del Jueves Santo...!

Este día, Sevilla ofrece esa divina sorpresa al viajero: sus mujeres del Jueves Santo. Caras bonitas, cuerpos garbosos; eso siempre lo hay en Sevilla. Las jovencitas pobres, los miles de mujercitas trabajadoras que existen en la ciudad, no suelen ser hermosas; hay plaga de tuberculosis entre las mujeres, como hay peste de sífilis entre los hombres. Ellas salvan su fealdad con su gracia, y bien pocas veces dejan de obtener victoria. Saltan, en este ambiente, muy de prisa de niñas a mujeres; la Fábrica de Tabacos devora una parte no pequeña; la flamenquería ani-

quila otra cantidad; los almacenes gastan juventudes en gran número; la pobreza media es enorme y marchita pronto el rostro; se beben cantidades enormes de alcohol, y la raza sufre. A pesar de ello, y este día santo lo demuestra, Sevilla compite con Cádiz en mujeres hermosas. Un caso raro: también es este día en el que menos se piropea a las mujeres. Parece que hay entre los hombres un acuerdo tácito para no molestarlas o espantar su timidez mora, que, como es sabido, no es en ellas tal timidez, sino un soberbio recurso femenino. Las celosías, las rejas y los cierros de los balcones sevillanos hablan de estas mujeres; hoy podemos admirarlas, y a fe que son dignas de tantos millones de versos como han inspirado. Sabido es que si a un sevillano se le presenta un palo de escoba vestido de mujer, el «niño» se encandila y «no pué etarze quieto», y el jardín del Alcázar se queda sin flores; pero hoy estas mujeres justifican sus suspiros, miradas y ayes hondos.

—¡Ay, mi mare...!—exclama un sevillano, viendo pasar cerca de él una «tontería de señora».

La mujer sonríe. Si no oís ese ¡ay! no es posible que os imaginéis cuánto deseo contenido encierra. Por fin, no puede ocultar su corazón y deja escapar esta frase:

—¡La barbaridades que yo la iba a zoltá a esa niña zi fuera zola...!

Sevilla tiene una especialidad: la de los ojos negros. Estos ojos negros brillan y se mueven con una vida rara, como si tuvieran miedo y sed de ser mirados. Quien crea que las sevillanas marchan con los ojos cerrados está lucido; sin embargo, lo mejor que puede sucederle es que no los lleve abiertos. Morenas, aunque presuman de blancas; de pequeña estatura; con esa tristeza de la mujer sevillana que es un anzuelo aunque ella pretenda haberla heredado de las moras; graciosa sin que mujer alguna de la tierra pueda disputarla ese don; la mujer hija de Sevilla no tiene otro defecto que haber inspirado tantos versos en los que su hermosura de raza se convierte en un jeroglífico para uso de fumadores de opio. En las mujeres de alguna edad se encuentran prodigados los rasgos que han hecho famosas las Vírgenes de Montañés. La Madona sevillana, la de Murillo, se ha extinguido; ese aire angelical es hoy un aire de fiebre. Su belleza es fruto maduro de pasión; no son como los extranjeros las pintaron; mas todavía son ellos los que han escrito de la mujer sevillana las páginas más bellas. Sevilla tiene una Virgen llamada Nuestra Señora de las fiebres; no se sabe aún si con el objeto de que cure las fiebres que da el río o las que causan a la sangre estos ojos negros sevillanos.

La alegría del Jueves Santo en Sevilla está

pidiendo un músico más que un pintor. Como todo, en esta tierra de bendición, el santo día es musical. Sólo con amplias armonías, en las que el genio profundo de Beethoven se uniera a la brusca manera de Strauss, se conseguiría dar la sensación justa. Con la palabra es inútil. La letra mata ese espíritu que huye a toda definición, rebelde a toda fórmula, hijo del gesto y de la luz.

Las Cofradías suelen contratar un número militar; la banda montada de artillería. Son los clarines artilleros, en España, los que más vivamente hieren la imaginación popular con sus «picados» agudísimos y su masculino y fiero toque. Pero en estos días el pueblo sigue a la banda montada de trompetas, fija su mirada en el gentil sargento, y en espera de que el héroe juzgue conveniente lanzar su saeta artillera. Llegado ese momento, y sobre tonalidades grises de la trompetería que inician el tema, surge la trompeta del sargento en lánguidos y largos sones a todo pulmón que semejan alarido inacabable; de pronto, el instrumento guerrero corta sus ayes y llora y canta su saeta; no hay en ella palabras y todos creen oirlas. Cantada, el sargento quiere lucirse y, mezclando lo divino y lo humano, gargantea los motivos, retuerce la nota en trémolos pintureros, hace escalas agudísimas, hasta que su pecho se rinde y se hinchan sus labios. El escalofrío que agita la mu-

chedumbre se traduce en aplauso atronador. El resto de la banda montada, recogiendo de nuevo los motivos guerreros del arma, no puede acallar los aplausos; el sargento saluda atusándose los bigotes y sonriendo. Se oye decir a entusiastas:

—¡Ozú qué tío!

—¡Mardita zea...! Y que eze niño no puea bajase der cabayo y beberse un chato...!

Ciertamente que este pueblo encanta cuanto hace. Esa saeta militar no resulta lo que se podía esperar de ella, algún absurdo; es, por el contrario, un momento de severa emoción. En el ambiente azul, la tragedia de Jesús no rechaza ese gesto militar que recuerda a la imaginación sobreexcitada la intervención de Roma en la muerte del Justo.

Se ven muchos trajes cortos de traza antigua. No es una resurrección de los viejos trajes que popularizaron los bandidos, gitanos, toreros y contrabandistas; eso murió para siempre. Son trajes de bragas muy ajustadas al vientre y caderas y «*jopo*»; de marsellés o bolero muy corto que alarga en línea recta los hombros y deja caer la manga en líneas impecables con sus coderas clásicas, botones de fantasía y arambeles y caireles gitanos bajo las amplias y aplastadas solapas de la prenda maja. Una faja de seda azul o morada sirve de ceñidor, y la camisa de batista luce su pechera de rizadas

girindolas, casi sin cuello, sustituyendo la corbata juegos de brillantes. Los mismos andaluces se vuelven a mirar estos cromos y hay en su mirada una indefinible tristeza. El, así vestido, y ella, con su mantilla blanca de espuma, sus altas peinas de teja, su falda ni corta ni larga, con volantes que quieren ser gitanos, flores en el pecho, flores en las manos, flores en la mantilla, flores en los carrillos y la noche en los ojos... ¡Oh, cómo los viejos sevillanos lagrimean contemplando estos restos mustios de lo que fué, de aquella sal, de aquel oro en onzas, de aquella gracia que era un valor indomable en el campo y femenina languidez en la ciudad, todo lo contrario de lo que hoy existe...! Hemos oído estas palabras:

—Andalusía ze ha muerto. Hoy, ze bebe y ze vive; naita má.

Sí; hay algo en Andalucía que se ha muerto. Lo ha matado el tren y el abuso. La explotación de lo pintoresco exageró el espíritu regional. El acaparamiento inaudito de la riqueza engendró el señoritismo vago y hampón. Lo flamenco asesinó lo andaluz por la espalda. Al gitanismo legendario inspirador de tantas cosas bellas y de sabor oriental sucedió un gitanismo mendicante y estrafalario. Sentís escuchar esto:

—Tóo lo güeno que quéa a Seviya tié lágrima en los ojo...

Así es; así es. Todo lo pintoresco, lo verdaderamente regional llora en Sevilla. Se va, se va sin remedio la añeja belleza. ¡Cómo sería *aqueyo* cuando *lo que quéa* es tan hermoso y evocador...! Y lo odioso es pensar que muere porque lo matan.

Son las dos de la tarde. Miramos el cielo y recordamos la viejecita de la Punta del Diamante; aquellas nubecitas tripudas, parduscas como jirones de telarañas sucias que flotaran, las presentía el reuma de la abuela.

El paso de las mujeres es presenciado por inmensa multitud, en las calles cercanas a la Catedral, en cuyas puertas han colocado rampas especiales para que suban las Cofradías con cierta facilidad. Esas mujeres cautivan y asustan; su belleza, realzada por las mantillas, velos de blonda y hasta por hermosísimas madroñeras, aturde; pero su número asusta. La inteligencia se ríe de sí misma cuando nota que hay demasiadas mujeres; su aspecto artístico verdaderamente fascinador borra pronto toda otra idea que no sea la contemplación de tanta flor, colores vivos, perfumes, gracias y risas.

—Eto no ze ve en er Mundo má que aquí— nos dice un espontáneo, y añade:

—Y aquí, zólo er Jueve Zanto; a la madrugá, hay niña de eza que tié má gana de casarse que de dormí. Entonse etán güena... de la verdá de la verdá...

La Hermandad de los «negritos», en la que a pesar el nombre no va ya ni un solo negro, manda a la Catedral su Cristo Santo de la Fundación, obra muy antigua, colocada en el extremo de una gran peana gótica. Aquella cabeza del Cristo caída sobre el pecho es muy interesante y hay algo en su actitud que recuerda la del Cristo del Millón, soberano de los Cristos de Sevilla. Nuestra Señora de los Angeles es una sinfonía en azul celeste; sus nazarenos blancos lucen un gran escapulario azul como el palio, como el manto de la Virgen, como la Virgen misma. La Cofradía del Santo Cristo de la Salud y Nuestra Señora del Refugio, de la Parroquia de San Bernardo, nos muestra el mejor de los Cristos que cinceló Pedro Roldán; verdaderamente que es bello y claro. Todo el interés que despierta consiste en una claridad suprema de músculos y de expresión; ni en aquéllos ni en ésta hay la menor sombra de exageración, y conmueve sin distraer. A sus pies, la Magdalena, muy guapa, enseña a Cristo sus ojazos y al público una túnica soberbia. Delante, y en torno del *Paso*, marchan *distraidillos* pero silenciosos los nazarenos de negra sotana y morada capa. La Virgen del Refugio es muy linda; su manto riquísimo está sembrado de grandes manzanas de oro. El báculo de San Bernardo, que gobernara la Cristiandad, y tan-

to dió que hacer al amante de Eloísa, figura en el escudo.

Hay *Pasos* que en vez de parecernos altares que andan, nos recuerdan los traslados de las casas neoyorquinas. La Cofradía del Santísimo Cristo de la Exaltación y Nuestra Señora de las Lágrimas posee y exhibe uno de esos *Pasos* en cuyo elogio sólo se puede decir que el pavimento de las calles cede horriblemente en su marcha. Cuando entre las túnicas de alpaca morada de sus nazarenos aparece esa mole, el corazón se acongoja pensando qué clase de sombrío aplastamiento no irán sufriendo sus conductores.

—No hay cuidado, son muy castizos—nos dicen.

Aunque sean de hierro Siemens o Bessemer esos hombres quedarán derrengados, les saldrán hernias, reventarán. Mas, para consolarnos, se nos dice que pesan menos de lo que su masa gigantesca hace sospechar.

El *Paso* es conocido por «el de los caballos». Bien harían en bajarlos de la peana y que tirasen del santo armatoste; pero es tanta la gracia que tienen los tales pencos, que no se hartan los ojos de mirarlos. Montados en estos «caballitos del tío vivo», de tamaño natural, dos soldados romanos de la Puerta de la Carne vigilan a los ladrones en cueros vivos que marchan delante de ellos. Un legionario lleva cierto cetro y el

otro una cartela con el histórico anagrama de Roma. El pueblo sevillano traduce esas cuatro letras mayúsculas que conquistaron el Mundo —*S. P. Q. R.*—de este modo: *San Pedro quiere rosquete*. Lo que San Pedro quiere es un dulce redondo, de masa, muy popular en Sevilla. Un mancebo muy lindo y un varón con enorme escalera sostienen al Señor clavado en la cruz, de cuyos brazos tiran dos judíos por medio de cuerdas. Todavía hay en esa inmensa superficie sitio para dos sujetos, de los que el que toca una especie de tubo de órgano es soldado y el que lee la sentencia un sevillano del candilejo, *mochales perdío*, con cara de leer aquella sentencia jamás bastante alabada que cita Montoto de Sedas en uno de sus libros, y que cantaba desde el balcón el hermano vestido de pregonero. La sentencia dice así:

—«Esta es la justicia que manda hacer Poncio Pilato, Presidente de la Judea, Regente en Jerusalén por el Imperio Romano y la gracia del Emperador Tiberio César. Dentro de mi palacio, juzgo, sentencio y pronuncio a ese hombre llamado Jesús Nazareno, por alborotador del pueblo, facineroso y malhechor; por levantar tumultos predicando falsas doctrinas por todo Jerusalén, blasfemando irreverente del santo nombre de Dios y por ser contrario al Imperio Romano. En vista de su delito mando que con todo rigor se lleve por las calles de Jerusa-

lén en medio de dos ladrones para mayor afrenta y desprecio, llevando sobre sus hombros la cruz donde ha de morir hasta llegar al monte Calvario, y, enclavado en ella con tres clavos, muera afrentosamente para que con su justa muerte muera también la maldad y sirva de horror a los hombres y de terror a los malhechores. Quien tal hizo que tal pague.»—

Si no fuera por la belleza de la peana, cuyos templetes, cúpulas, figuras de los Evangelistas, medallones y relieves de la Pasión la dan el primer lugar entre todas las de los *Pasos* sevillanos, la figura de ese judío leyendo tal sentencia sería lo más admirable del retablo, sin exceptuar la del Señor, que es de Roldán. Lástima grande que tal sentencia no se añada a la documentación y pruebas históricas de la existencia del mismo Jesús, que no está tan demostrada como parece; allí figuraría para corrimiento y confusión de herejes, al lado del capítulo tercero del libro diez y ocho de la *Antigüedad judaica*, de Josefo, el sudario de Turín, las Caras del paño de la Verónica; el libro quince de los *Anales*, de Tácito; el capítulo veinticinco de la *Vida de Claudio*, de Suetonio; la carta de Pilato a su Emperador; el testimonio de Plinio...

Nuestra Señora de las Lágrimas es más interesante que el *Talmud*, la *Mischna* o el *Pirké Aboth*. Es una malagueña *que quita el hipo* y que de todo tiene en los ojos menos lágrimas.

Hermosota, rolliza, hembra, no tiene ella en la cara los ojos para llorar por nadie, ni por su Hijo. Hemos oído decir esto:

—¿A quién convencería esa Señora de que fué la humilde esposa de un carpintero?

Esperábamos ver una Virgen que respondiera al título sugeridor, y nos encontramos con una aparición andaluza en azul celeste, riente como el cielo y con dos ojazos que sólo inspiran a nuestra alma, demasiado humana, esta inmunda frase:

—¡Oh, Señora, viuda de San José y esposa del Espíritu Santo... si pestañeárais...!

Los nazarenos la guardan orgullosos. Sus túnicas de alpaca morada, cordón de plata y cruz de Santiago en el antifaz; los escudos con la rueda de Santa Catalina armada de cuchillas, las luces, los faroles, todo habla de amor. Se llamaba del Amor Hermoso, y estos nazarenos la quitaron esa advocación para hacerla más irresistible. Oís:

—Una zeñora asin me etá jasiendo a mi una farta mú grande...

¡Cómo vais a inspirar devoción, divina Señora, si además de ser tan hermosa os vistieron de azul, de ese azul sevillano que obra en el corazón como el rojo en los toros...!

A su paso por las calles, Nuestra Señora de las Lágrimas va secando en todos los ojos las

lágrimas que hace salir a ellos la muerte de su Hijo.

La Fábrica de Tabacos tiene una capilla y en ella una de las Vírgenes que Sevilla ama más. El enorme edificio de Wandembourg, cuyas naves de tan original estilo ha popularizado la pintura, ha conseguido definirse en las almas viajeras con espíritu propio. La gracia de las cigarreras animó la adustez de aquellas piedras y la vivacidad de las laboriosas chiquillas se hizo célebre en el Mundo. Una cigarrera de Sevilla es un cromo que tiene valor propio en todas las inteligencias, que nos gusta y saca a los labios una sonrisa. Se espera de ellas todo y han inspirado versos y dramas, novelas y leyendas. En cierto modo, representan el alma entera de la ciudad; sobre todo, de esos valores pintorescos que toda ciudad clásica mantiene en circulación.

La Cofradía de la Fábrica de Tabacos cuenta entre sus hermanos al Rey. Capaces son estas cigarreras de hacer hermano al mismo Nuestro Señor, si en ello se empeñan; de lo único que no son capaces es de domesticar a ciertos sevillanos, maridos o padres, quienes, bien seguros de que trabajan por ellos, empalman una juerga con otra, y con el inseparable cigarrillo en la boca, el sombrero gachón y haciendo de los brazos guitarra, se montan en

el pretil del puente, y «solos con su *cogorza*» salen por:

> «Momentos hay en la vida
> que la muerte apetesía;
> cuando Dió no me la datto
> no me la meresería...
> Er demonio e mi compare,
> que vendió la jaquita torda
> en do mil quiniento reale...»

Quizá esa doble esclavitud, que es la característica de estas mujeres admirables, les ha inspirado la devoción por Jesús atado a la columna.

Este *Paso* es nuevo; es decir, el nuevo es el Cristo. El antiguo era un mamarracho, a quien dos judíos flagelaban sin piedad, y a quien, indudablemente, «daban de verdad»; tal era su aspecto horroroso. El Cristo de hoy es una muestra de la poquísima fe que tenemos en los Misterios; como estatua, recuerda el *Hombre que marcha*, de Rodín, y es un *hombronazo* de músculos prodigiosos, con un pecho en el que cabe la Fábrica de Tabacos entera.

No está mal; pero el antiguo era mejor; estaba más *sentido*, aunque peor *hecho*. Según nos dicen, una jovencita cigarrera ha protestado del cambio, recordando ante este musculoso Nazareno al pagador de la Fábrica,

hombre hercúleo si los hay; la saeta improvisada de la diabólica sevillanita dice así:

«Mare mía la Victoria,
bien comprendo tu dolor;
te han quitaíto tu Hijo
y t'an pueto er pagador...»

Martínez Montañés cinceló la Virgen de la Victoria. Parece muy alta; pero es, en realidad, pequeñita, como la sevillana que la inspiró. Como casi todas las vírgenes de Sevilla, tiene ladeada la cabecita, de una perfección de líneas excepcional, de cara muy llena, entornados los párpados enormes. ¿Qué sueño realizó el escultor en esa cara que, sin violentar uno solo de los rasgos, supo expresar una tan dolorosa sorpresa? Cuando se ha podido arrancar la vista del lujo indescriptible del manto y se mira esa cara, lo que asombra es el genio de quien ideó en tan linda boca esa imperceptible contracción que extiende por el rostro entero un velo o paño de profunda amargura. ¿Son aquéllos labios, o son aquéllos ojos? No llora; es el momento trágico de la angustia que precede a las lágrimas; el dolor es tan hondo, tan fuerte, que ahoga en el cariñoso rostro todo gemido. Estáis seguros que la veréis sollozar si continuáis observándola, y comprendéis que os haría llorar también; eso hace que no sostengáis mucho vuestra contemplación. En su

cuello han colocado las camareras una joya deslumbradora, que mata en el alma la impresión causada por aquella humana cara, que, siendo divina, no valdría más ni sería tan amable. Nos dicen:

—Cuando la visten se la comen a besos.

El manto y la túnica, el peto y el ceñidor, sembrados de dibujos del Renacimiento, con ángeles, gárgolas, vasos, hojas, en realces imponderables de oro, anonada y desconcierta. Cuanto aquella cara nos dice lo desmiente el riquísimo trofeo. En las masas, la visión del manto arranca exclamaciones jubilosas:

—¡Vaya señoría y rumbo, Virgen de la Victoria...!

En un grupo discuten dos andaluces cuál es mejor manto: el de la Virgen de la Victoria o el de Nuestra Señora del Mayor Dolor. Un árbitro interviene para decirles esta frase, que les calma como por ensalmo:

—Ayá ze va Roma con Zan Pedro, zeñore.

Entre dos filas de nazarenos, cuya túnica de raso morado va ceñida con un cordón de oro, marcha el capitán general, en representación del Rey, llevando en la mano la vara, insignia de la Cofradía. Militares, música, nazarenos con una trompeta al hombro, muy adornada, con una colgadura de terciopelo, oro y flecos; docenas de monaguillos con sus ciriales y cruces, banderas, estandartes, guardias ci-

viles con su llamativo uniforme de gala, sacerdotes y un gentío inmenso que no deja a su Virgen y pasa con ella por la multitud, filtrándose y engrosando hasta parecer un pueblo que emigra en masa detrás de su icono favorito. Se oye una gran voz:

«Debajo del palio va
la estrella mas reluciente;
sus ojos parecen fuentes
llorando su soledad...»

Un nazareno saca de un cestito que lleva un caramelo y se lo da a un niño.

En ciertos instantes, el gentío inmenso camina en silencio imponente. Los rostros de los situados en las aceras miran rápidamente la cara de la Virgen y se eternizan contemplando la imaginería áurea del manto. Cuando se aleja, exclaman algunos:

—¡Y que no lleva dinero encima...!

El «Paso» de la Cofradía del Dulce Nombre de Jesús, Descendimiento de Nuestro Señor Jesucristo y Quinta Angustia de María Santísima, es, sin disputa, uno de los más bellos. Los encapuchados llevan capas moradas con un Jesús sobre el costado, y calzan sandalias, que son, como el Jesús, blancas. El «Paso», desde lejos, produce un efecto raro de realismo; pendiente de una cruz se balancea, sujeto por blancos paños, un Cristo rígido y en-

cogido. Encaramados en los brazos del santo madero los dos únicos amigos que Jesús lograra atraerse en Jerusalén, dejan caer suavemente el cuerpo del que amaron, haciéndole resbalar sin daño por medio de los lienzos que servirán para sudarios. A los pies, María y las santas mujeres, acompañadas del imprescindible San Juan, esperan el cuerpo del Salvador. Son todas las figuras obra de Roldán; pero el Jesús es un hallazgo genial: el cuerpo de un hombre en escorzo magistralmente tratado. Entre el cielo y la tierra, sujetos sus brazos por los lienzos de naturalísima manera, alto y rígido el brazo izquierdo, como si aún permaneciera clavado a la cruz; caída la mano y antebrazo del otro, y sobre él la bella cabeza muerta, ese cuerpo emociona mucho más que si estuviese clavado y expirante. Las tremendas llagas de sus rodillas ocultan casi los muslos, y su pierna izquierda se adelanta en la posición en que quedó al ser desenclavada; parece que ofrezca al beso de los fieles su pie manchado de sangre negra, seca, y halos violáceos, mientras su pierna derecha cae muerta desde la rótula...

Este «Paso» nos inspira sentimientos de quietud y bienestar; no hay en él repugnancia alguna, y eso que ese cadáver, de Roldán, está bien muerto. Colocaron en él las figuras con tal conocimiento de este género de imá-

genes procesionales, que, aun no siendo muy amigo de estos simulacros, hay que rendirse a la emoción que nos causan. Todo en él es perfecto y españolísimo; si no hay la riqueza y grandiosidad del Descendimiento, de Rubens, en Amberes, hay en el verismo de esa escena un encanto y una majestad de sobriedad y gracia reveladoras. El Consolador divino no sufre ya, no le vemos retorcerse en convulsiones de humana debilidad; no habla desde la Cruz palabras de desfallecimiento; todo ha sido consumado, y el Sanhedrin, por uno de sus miembros, ha librado el cuerpo de la abyección de un barranco o fosa común de desventurados. Sobre esa peana de caoba y ébano, en la que los faroles de bronce y sus luces evocadoras parecen algo vivo, la Cruz, alta, muy alta, abandonada por quien no la mereció, quedará bañada en su sangre, y el patíbulo infame, en el que los númidas e idumeos crucificaban alimañas dañinas, se cubrirá de flores que, fieles o incrédulos, soñaremos en merecer...

La Roldana fué una mujer extraordinaria, y echamos de menos en Sevilla una estatua que conmemore su genio andaluz, su talento de cepa española. Estos ocho medallones, cincelados en la base del *Paso* primero, que sale de Monte Sión, son algo más que notables; el Angel que ofrece el cáliz al Señor, que es suyo

también, vale la pena de ser contemplado. Su padre hizo las imágenes del Señor en el momento en que menos estuvo Jesús a la altura de su misión y generosidad, y las de los apóstoles dormidos, vencidos por el conciliador de toda desventura: el sueño. Nuestra Señora del Rosario, en sus Misterios dolorosos, es una obra maestra de la Roldana; su rostro seductor enamora; es una mujer, y su dolor es el puro reflejo de esa pena andaluza que sólo es capaz de revelar a las almas de otras regiones las coplas de este pueblo y las caras de estas Vírgenes...

Un buen hombre nos dice que se acerca lo más grande del mundo y que abramos los ojos bien, porque lo que vamos a ver lo enseña sólo Sevilla una vez al año.

—¿Osté no ha visto nunca Nuetra Zeñora der Valle?—pregunta—. ¿No?... Pue jágase osté un núo en er pañuelo y no lo olvide en zu vía...

El primer *Paso* no es Nuestra Señora del Valle. Antes de que se acerque «lo más grande der mundo», viene entre los nazarenos morados ceñidos con la cuerda de San Francisco un *Paso* digno de que hagamos el nudo en el pañuelo: Nuestro Padre Jesús con la cruz al hombro, de Roldán. Es un Nazareno este Señor bastante aceptable, y en él parece preguntarse Roldán, mirando a la Verónica, del Montañés; ¿qué tenía en las manos el gran escultor para hacer tan bien las imágenes? Las

Santas mujeres, que permanecen a distancia, son de un escultor llamado Juan de Petroni, y logran no desmerecer de la Verónica, en cuyo manto Jesús dejó a los hombres su verdadera efigie, menos bella de la que para él sueñan los hombres de buena voluntad. Aun en esto no se le ha hecho caso; y la Iglesia, que permite la adoración de la Cara de Dios, no ha declarado que así era el rostro de Jesús. Es decir, que nos dejó su imagen, y nosotros le hemos dicho a él mismo que no era así, sino como nosotros queremos que tuviera la cara.

En cuanto a la Verónica, los andaluces han premiado su bello gesto, con Jesús, dando a unos lances de la lidia de reses bravas su nombre venerando.

Y aquí tenemos a «lo mejó der mundo», a Nuestra Señora del Valle. Antes que ella, llega el rumor que su presencia levanta y frases como ésta:

—¡Ere la Dolorosa má torera que hay en Andalusía...!

Una dolorosa torera; cierto, esa es la Virgen del Valle; al menos, así la juzgamos oyendo a sus admiradores y viendo en su cara la emoción que despierta. Espinar, Pigouroux y Juquelier han demostrado que la representación de estados emocionales provoca en el que es testigo de ellos ese mismo estado. Tal vez por esta ley, a la que nadie escapa, nosotros con-

sideramos así a esta Santa Señora. En primer lugar, nos entusiasma lo mismo que a todos, y hasta nos sentimos menos dueños de nosotros mismos; con gran pena comprendemos que lanzaríamos un piropo a la imagen. Sin duda hay imágenes que influyen de tan especial manera en la sensibilidad, que exigen un reconocimiento de su mérito o sus gracias en alta voz. He aquí el elogio de una anciana:

—¡Qué hermosona ere, Mare mía der Valle...!

Los ojos bailan en la cara de esta «agüela» al decir esto, y se la «comen» mirándola.

Las negrísimas pestañas de esta Virgen traen a mal traer a sus adoradores. Esa señal de ardiente feminidad sería bastante para enloquecer a este pueblo; pero la Virgen del Valle tiene, además, unos ojos empapados en un no sé qué voluptuoso que hemos visto muchas veces en las doncellas de los valles y de los caseríos: espera dolorosa de amor que hace falta, ansia de entregar el corazón... La boca, ¡ay, esta boca de la Virgen del Valle qué cosas dice...! Su dolor es como el dolor de la ciudad, un dolor que se goza a sí mismo. La divina Señora camina derramando por Sevilla, a raudales, sentimientos exclusivos de la ciudad; por eso anda poquito a poco y se detiene tanto. Todos quieren verla. ¿Verla tan sólo...? ¡Sentirla...! Oís un rugido:

—¡Simpaticonaza!

Es la Virgen del Valle de esas diosas protectoras que sienten los enamorados andaluces casi a la grupa de su alazán. Estos ojos son los ojos que los varones andaluces ven en sus sueños de raza; ojos fáciles a las lágrimas, en los que la pasión es siempre dolorosa y sangrienta; placer siempre pasado, eterno presagio de nada bueno; son ojos sombríos, que tienen por pupila una interrogación. ¿Qué población existirá en España, por pequeña que sea, que no tenga una Dolorosa? Mas si habéis visto muchas, todas están contenidas en una sola: la Dolorosa de Salzillo, la que está en la iglesia de Jesús, de Murcia. Esta, de Montañés, es una Dolorosa aparte.

Salzillo ideó la Dolorosa que sale en Murcia el Viernes Santo con este concepto del dolor de María: fué una mujer a quien mataron su hijo y nada más. Unicamente los españoles han sabido crear esta clase de iconos; porque sus mujeres podían ofrecerles dolores parecidos, porque la vida trágica española les negaba el examen verdadero del dolor de la Madre de Dios, y le reducía al dolor de la Madre de un hombre. ¿Cómo es posible que María de Nazareth, o de Caná, sufriera, si el Espíritu Santo le había predicho todo lo que iba a suceder? Sólo ella, entre todos, sabía que había concebido al Hijo de Dios, que resucitaría al poco tiempo de que lo mataran. Esta materni-

dad especulativa, de sabor neoalejandrino, no se comprende en España, donde hasta el cariño tiene su estado sólido y un carácter de particular fiereza. Salzillo dejó caer tres lágrimas en un rostro que había vivido y sufrido mucho; su genio sorprendió un gran dolor humano, y lo copió con esa facilidad asombrosa que nuestra inteligencia nacional tuvo siempre para vaciar la realidad y hacer mascarillas de lo doméstico.

La Dolorosa de Montañés es, ante todo, andaluza. Nuestra Señora del Valle es, sobre todo, sevillana. La multitud cubre de joyas su dolor, y se deja fascinar por sus ojos y su boca. De rogarla alguna cosa, la suplicaría estuviera sufriendo siempre, para embriagarse ella con ese manantial de amargura que huele a sangre y a fuego de amor. Fiebres de sadismos ingenuos consumen estas muchedumbres, cuyo velo rojo ciega su vista y las conduce sonriendo a la inmolación. Esa dulzura triste que hay en la mirada de esa Virgen, el ensueño voluptuoso que entreabre sus labios, la idealidad expectante de esa cara que es bonita y es brusca, que es soberbiamente poderosa en su feminidad, es comprendido por el pueblo, que la adora con una desenfrenada necesidad de afecto e insolencia. Si regañárais a su espíritu porque no reparaba en la maternidad dolorosa de la Virgen María, oiríais que nada les interesa el

dogma. Como dan su dinero, darían por ella su sangre, de espaldas siempre a Palestina. En el fondo de estas almas, enfermas de exceso de vida, hay la creencia de que ninguna andaluza se hubiese prestado al deseo del Espíritu Santo. Pero el dolor, ¡ah, esa es la única soberanía que reconocen: la del ideal en el sufrimiento...!

Sigue su ruta la preciosa andaluza de las espesas cejas negras. Queda en el alma su imagen bajo el palio, el más bello de todos los palios, en un crepúsculo perfumado con sustancias de vida, amor y sangre; entre incienso, piropos, luces cristianas que arden como lenguas, músicas y ditirambos.

Ha sido una bella visión pagana. En el pecho aulla la loba de Roma.

La Virgen de la Merced, de la Parroquia del Salvador, lleva consigo a San Juan; aquélla es obra de Duque Cornejo, y San Juan, de Astorga. Su cabeza cae como la de los Cristos; piensa en las espinas, los clavos, la caña del escarnio, la lanza, el martillo y las tenazas, que nos muestra el escudo de su Hermandad. Los nazarenos, en torno de ella, visten de ruan negro, se ciñen con esparto y traen al cuello cordón de penitencia.

Y he aquí al Señor. Todos los atrevimientos, todas las audacias mueren en la boca y en el corazón. Se acerca Nuestro Padre Jesús de la

Pasión. Las luces de sus candelabros, muy bajas, permiten observarle en todo su lúgubre esplendor; más que las luces, lo que permite entenderle es el silencio de muerte que esparce en derredor de sí. Parece que es verdad, que viene Jesús, que marcha, y nunca parece eso mejor que cuando sus conductores descansan y lo dejan en el suelo. Entonces, las plantas de aquellos pies se mueven penosamente, y el Cirineo no puede impedir que la cruz se escurra de su hombro lacerado. Ese Cristo tiende delante de sí una gran sombra. Una voz canta:

«María, aligera el paso
si vivo lo quieres ver,
pues de tanto sufrimiento
la vida le va faltando:
no llega al amanecer...»

La saeta ha expresado ciertamente la emoción que causa. Se cae sin remedio; su voluntad de sacrificarse cede por instantes a la pesadumbre de la débil carne que le venciera en Getsemaní. Montañés consiguió expresar ese cansancio en tal forma, que la sensación de dolor que produce su obra no deja admirarla. Es un *Paso* que reconcilia con estas simulaciones tan peligrosas; la misma riqueza increíble de la túnica no molesta ni escarnece su sacrificio ni su humildad. Sus espaldas se han doblado

a otro peso que al de la cruz; ésta no hace sino agravar pensamientos de sublime amor, que no tuvieron respuesta en los corazones buscados. Los martirios del Pretorio, las caídas de la calle de la Amargura han complicado la tristeza interior, el fracaso irreparable de un alma conmovida por el espíritu de la verdad y el bien. Sus manos se crispan en el brazo de la cruz, y, sin embargo, parece que acarician el árbol de su agonía, que no le rechazan, que, antes bien, debe consumarse en ella lo que él llamaba «voluntad de su Padre».

Aquella cabeza se rinde, se ve cada vez más baja. Los ojos cubiertos de sangre, pero no de lágrimas, no ven el camino, y él quiere andar y se inclina, se inclina como si deseara, acercándose a la tierra, ver por dónde marcha. No puede y avanza, se muere, y la voluntad de morir le da alientos para subir al Calvario. ¡Oh aquel, inolvidable para siempre, brazo derecho, trémulo, palpitante, que ha de separarse de la cruz para, al caer al suelo, apoyarse, y dice que no debe separarse de la cruz!

«Con sudor frío y descalzo
va caminando Jesús;
las fuerzas le van faltando;
ya no puede con la cruz:
un hombre le va ayudando.»

Tétrica, negra, aullada más que cantada,

rompe el silencio esta saeta. Cada verso se arrastra en el viento como un silbido y como un lamento. Se ha detenido el *Paso*, y no ha terminado la lúgubre estrofa cuando avanza de nuevo, camino del Gólgota o el collado de Gereb o el lugar de Goata. Simón de Cirineo, obligado a la fuerza por la soldadesca, ayuda al Consolador divino. Montanés ha puesto en la cara de ese campesino un gesto de compasión sincera y de rudo trabajo que constituye acierto preciadísimo. La cruz gigantesca pesa más así en nuestras almas, y no hay alguno de nosotros que no quiera ayudar al Señor, como Simón.

Lo que en nuestras almas sentimos como un deseo lo expresan los sevillanos en frases apasionadas. Alaban al Cirineo, animan al Señor, hacen vibrar en el silencio sus saetas con un convencimiento en la voz que inmuta. No otra cosa dan a entender que siguen sus pasos, que caminan con él. Nada más emocionante que esta ingenua saeta:

«Eres prenda de valor;
todo el mundo te apreciamos
y también te acompañamos
en tu sentimiento y dolor.»

Hemos visto en España hombres vestidos de nazarenos. Eran mozos fuertes de los pueblos a los que disfrazaban en las sacristías. Carga-

dos con una pesada cruz, entre dos filas de viejas, descalzos, sudorosos, poco a poco rendidos bajo el leño monstruoso, había siempre un momento en el que la brutalidad y la simulación desaparecían y el alma creía ver a Jesús redivivo. Sangraban sus pies, se caía *de verdad*, y la fatiga desencajaba su tez morena. Entonces dejábamos a un lado nuestras preocupaciones de hombres razonables, y la impresión del Nazareno lejano llegaba íntegra al alma. Su verismo no supera a la fatal realidad de este *Paso* sevillano. El Nazareno pueblerino no anda como éste, aunque él no se mueva sobre el montículo de su peana. Cuando llega a nosotros no vemos nazarenos, ni guardias, ni curas: vemos a *El*, al Consolador divino nada más. La grana de su túnica parece sangre cuajada; fuego, el oro; caen de sus sienes gotas de sangre, se oye la fatiga de su respiración silbar en los labios; instintivamente, los brazos van hacia él, y el corazón quisiera preguntarle, sollozando: —«¿Qué necesidad hay de eso...?»

Sí... ¿Qué necesidad hay de ponerse en tal estado para salvar a una Humanidad cuyo mal no está en su moral sino en su naturaleza. Si Jesús existió, fué solamente un hombre. Sólo a un hombre podía ocurrírsele que su sacrificio inmenso serviría a las almas de algo más

que de espectáculo y azicate de emociones. Alguien canta:

«No aguanta de güena gana
er tío que va detrás.
¡Por cariá, Sirineo...,
ayúdalo un poco más...!»

El proyector de la plaza de San Francisco ilumina al Nazareno. Y con el exceso de luz queda sólo, de tanta emoción, el sentimiento de que toda redención moral es imposible, mientras la esencia de nuestra naturaleza no cambie.

Las cofradías hacen estación a la catedral por la puerta de la calle del Gran Capitán. En su rampa suceden cosas graciosas. Es un momento el tal que hace sudar sangre a los gallegos de los *Pasos* y pone en boca de los capataces los dicterios más espantosos. Es fama que las figuras santas de los *Pasos* se tapan los oídos para no escucharlos. El mismo capataz, que ruge y maldice como un condenado a galeras, tiene que *comprimirse* y recomendar a sus subordinados respeto:

—¡A ve zi no os ciscais en Dios, niños, que entramos en zu casa...!

Las famosas *levantaítas suaves* y *paraítas durses* no son posibles dentro de la catedral. Nos aseguran formalmente que si un *Paso* descansa dentro de la catedral queda de propie-

dad de ésta. Llovía una vez, y como la Cofradía no se atreviera a salir para no destrozar el manto de sus imágenes, dos horas nada menos estuvieron los héroes sosteniendo los *Pasos* en los hombros para que la catedral no se quedara con ellos.

—¡Quietitos, niños, quedase parao...! Me cagüen Dió, ¡a la izquierda...! Pasito menúo...

—Ea, nene, a ve zi ejas quietito ar Zeñó, y jaste lo que te zalga en su zeñora mare...

—A una tóos... ¿estamos...? Mardita zea la mare puta que m'a parío... ¡que ze va a caé...! Ar frente, leche, un poquiyo de aguante... ¡Olé los tíos con...! Er pasito por igual, niños.

Asomarse al *foso* de los *Pasos* en tan crítica situación es ver una de las calderas de Pedro Botero. Arriba, Dios o su madre, la emoción; abajo, el diablo dando cabriolas y volteretas entre los gallegos que beben, sudan, blasfeman, orinan y cargan. Eso no quita que, pasado el peligro, les diga el capataz en su elogio:

—¡Seis tóos los niño ma bragaos de Seviya: asín me guta a mí los tío...!

## VII

Gayarre, Castelar, el Miserere, Eslava... ¡Qué lejos está todo eso ya...! Los que cantan ahora no tienen tanta voz ni tanta fe. Los que escribimos recibimos sensaciones menos puras, menos duraderas, porque el examen las desvanece y critica sin piedad. La música ha cambiado algo desde los tiempos de Eslava; es decir, ha tornado a lo antiguo como soñaba Verdi, a un antiguo encantador, simple y severo, entre Haendel y Paletrina, entre San Isidoro y los viejos neumas griegos. No obstante, aún debe restar en la solemnidad amada de los sevillanos cierta grandeza; por lo menos, nos aseguran que si los *niños* no *la meten*, sentiremos el escalofrío de la belleza suprema. Lo que esos *niños* pueden *meter* en el Miserere famoso lo están *metiendo* ya; un jaleo que ni el de Jerez o el que se *arma* en un fandango de candil.

—¿Hase er favó de no arrimase tanto?

—Si osté m'ase a mí er favó de que no arrempujen... güeno.

—Mamá, cáyate, que arguna cosa hemo de pasá pa podé oir éto.

—Si aquí hubiera un munisipá, no aguantaría una tela...

—Zeñora... zeñora... que etoy jasiendo der cuerpo un papé de jumá pá no tocá a zu niña ni con el aliento...

—Mire osté er sinvergüensa...; ¡que no la toca, y s'agarrao varia vese...!

En la inmensa Basílica no cabe un cuerpo más. Bien resguardadas en las capillas, familias afortunadas ven, no sin impresión, los movimientos angustiados de la multitud que amenazan echar abajo las rejas. Hay mareos, desmayos y voces. Nada más edificante que ver con qué galantería y prontitud acuden los hombres en auxilio de las señoras aunque tengan que venir de un extremo a otro de la catedral. Y sin cesar, la iglesia es invadida por millares de almas que por nada en este mundo dejarían ellas de oír el Miserere de Eslava. Cuando un sevillano o andaluz quiere entrar en un sitio, entra; no ha de haber un solo sitio y pasa. Se haee oblea, el *soca*, deja hacer, deja decir, cede, resbala, se desliza y vence. Os pisotea y os quita el dolor con una gracia.

—Lo que pasa en eto caso e que mucho sinvergüensa debía ir a presirio...

El, primero que nadie; pero no habla por él. Desarma vuestra cólera haciéndose solidario de vuesta protesta, y sin creer, por un solo momento, que es a él a quien queréis comérosle crudo. Alma de anguila, sale con admirable ligereza de todos los obstáculos,

—Aquí ze cuela too er que quiere, po que no hay educasión.

Quien se ha *colado* es él; si en su presión constante os maltrata y atropella, oís:

—Osté dispense; pero no tié uno la curpa. Estoy yo disiendo jase cuatro año que eta Catredá la viene mu chica a Seviya. Mimamente e igual que si oté crese y yeba er mimo traje.. De too eto quien tié la curpa e er Gobierno

Y el buen andaluz avanza a modo de cuña blanda, de tentáculo viscoso que se adapta, posa, hiende y separa. Se le sorprende en su operación y habla furioso contra un enemigo imaginario, deteniendo así el castigo o advertencia que merece:

—Lo vengo yo isiendo... Aquí no se debía ejá entrá a nadie que no enseñara a la puerta una sédula de güena criansa... y lo garantisara ademá arguien.

—Quisiera yo sabé quién había sío er niño que m'arrempujao a mí pa ejalo seco...

En esta muchedumbre hay un deseo hermoso: lastimarse con el profeta, oír su salmo cincuenta veces. Pero o las apreturas y mala organización disipan el espíritu, o no se ve por alguna parte la religiosidad que sería necesaria. Lo que cuentan los propios sevillanos y lo que se ve es la demostración de una casi absoluta indiferencia religiosa. Luego, como esta ciudad tiene poca memoria, no se acuerda de

lo que ha pasado y sí de lo que ha oído; de ello resulta que tienen razón los que creen sincera la fe sevillana. Os dicen:

—Osté no s'asuste zi oye da una guantá.

Un día de cierto año se oyó en el silencio profundo que precedía a un versículo:

—¡Niño, a jasé esas indesensias a la puñetera caye...!

Y el lamento de los violoncellos ocultó la escena a los ojos del Señor.

Las velas arden en los atriles del Coro. Ochenta o más individuos se asfixian en el espacio estrecho que hay entre la sillería baja de Nufro el entallador y el facistol prodigioso. La luz destaca sus relieves de bronce y las pilastras, descubre la Virgen del templete y alumbra en artístico claro obscuro el Crucifijo del cupulino. Las grandes tapas y conteras de los libros corales y *libretos* dominan la orquesta.

Se oyen, comn en un teatro, arpegios y escalas, con los que los ejecutantes prueban sus instrumentos. Cerca de nosotros preguntan ciertos sujetos quién *hará* de tenor. Algunos recuerdan a Viñas, Lohengrin ideal que tendría ocasión aquí de entregar su alma mística y heroica a la Dolorosa, la Elsa sevillana. En el Coro bullen los niños y charlan las mujeres. Un instante después, el Miserere de Eslava ha empezado.

Del fondo de un paisaje solitario, en aquel ambiente saturado de curiosidad, pasión y escándalo, la palabra *Miserere* ¡de qué sitio lejano parece venir...! «Ten piedad, ¡oh Dios!, de mí, según tu grande misericordia...» Cadencias de melancólico desfallecimiento acompañan las voces, entre las que la palabra *Miserere* cruza como relámpagos o como lamentos hasta caer en esos contrabajos que no callarán jamás. Los niños, las mujeres, los hombres envían a Dios su arrepentimiento en una sola frase, y todo el artificio musical no será más que palabras y sonidos que concluirán por armonizarse y extinguirse en la confianza vagorosa de la orquesta. El *éthos* de ese tema primero es arrancado al salmo por una mano temblorosa. ¡Oh confianza sublime de Pergolesi...! Las voces ensayan todos los modos de la plegaria, de la adoración, del éxtasis; la inocencia de los niños y el candor de las doncellas hablan al Dios agrio del Profeta con tierna confianza; los hombres vacilan; ráfagas de armonía litúrgica recogen ese temor y se le muestran al Señor irritado, como segura prueba de penitencia. Mientras el alma escucha, todo va bien. Es aquélla una música clara, demasiado clara. Ha sido vencida con facilidad la marcha de los ritmos y la unción de las voces a esa marcha; pero ¡qué distantes estamos de los coros de la Pasión de Vittoria, de su

*Delectissime modulationes...!* Los fieles encuentran deliciosa la abundancia italiana de la orquesta, que calla a disgusto, que se inquieta en los silencios forzados cuando el músico iba por el buen camino de Rolando de Lattre y de Palestrina. Entonces, y sólo entonces, creemos que Dios se dignará escuchar. ¿Qué necesidad hay para orar de que la orquesta sutilice el misterio de las almas? En esas polifonías la dificultad es tan grande que Eslava no insiste. Su órgano es conmovido por fugas inacababIes, sus violines abusan de los pizzicatos, los trémolos mantienen constantemente el espíritu en indecisa y poco grave serenidad... «Porque yo reconozco mi maldad, y mi pecado está siempre ante mis ojos...» El pueblo no escucha esto, no entiende el latín; es la orquesta quien ha de decírselo, y Eslava era un gran enseñador. No ha podido prescindir de sus trados de armonía, melodía, contrapunto y fuga, de su *Museo orgánico*, de su cultura musical de profesor de conservatorio. ¡Cuántas veces os sorprendéis y sonreís viendo desfilar en ese órgano suyo el lenguaje musical de Bach, las gracias del clavicordio de Couperin y hasta del lejano Frescobaldi, mientras su orquesta os recuerda trozos descriptivos de los Oratorios de Haendel y de Haynd, las *Beatitudes* de Franck, el *Requiem* de Brahms...! Y menos mal si fuera eso sólo. Bellini, Donni-

zetti, Meyerbeer, asoman por allí sus cabezas judaicas y las muecas de sus endomingadas óperas, que el demonio queme con ellos en el infierno.

Es natural que la gente se quede con ganas de aplaudir y se conmueva. No ha sido pequeño trabajo enseñar latín con la orquesta a la muchedumbre y a la vez decir al Señor: «Escucha lo que esta multitud te pide y cierra los oídos a nuestra traducción.» Nuestro corazón descreído sufre con violencia. Cada palabra del Salmo, menos grande y más agorero de la Iglesia, se convierte inmediatamente en una descripción orquestal. Esto fatiga el alma, que busca su fuerza en la fuerza misma del sonido; enseñada por Allegri, Vittoria y Wagner nuestra alma no entiende que sea necesario venir en auxilio de la palabra con una inmediata y enorme amplificación del sentimiento que expresa. De este modo se vence en el pueblo nuestro, a quien hay que dárselo todo masticado y hecho; pero las almas conocedoras han de resignarse a no sentir con las almas hermanas. Así, ese Dios macabro del salmista escucha los versículos de humillación repetidos cien veces en cargantísimas súplicas... «Mira Señor, que fuí engendrado en iniquidad...» Las voces, alternativamente, juntas, aisladas, vueltas a juntar, no bastan; es preciso que la orquesta describa la maldad humana en la que

fuimos concebidos; no tardando, los temas vocales se funden en la instrumentación, y el estrépito y confusión son tan asombrosos en su efecto, que las naves de la Catedral se llenan de armonía, las almas son invadidas por escalofríos indefinibles, y cuando las notas mueren, los labios del pueblo, que no se movieron para orar, exclaman como en el teatro:

—¡Vaya un tío jasiendo música...!

En la ciudad nos habían escogido los trozos de este Miserere que indudablemente nos causaran mayor impresión. ¡Oh el *Tibi soli peccavi*, el *Auditui*, el *Ne projicias*... el *Jerusalem...!* Toda una escuela de estética musical nuestra es este Miserere. En el *auditui*, como el salmista hebreo dijese: «...se recrearán mis quebrantados huesos», aquel *exsultabunt ossa humiliata* es traducido al lenguaje musical con un realismo pavoroso. En nuestro oído, alguien que nos acompaña nos ruega que nos estremezcamos:

—¿No siente usted abrirse las fosas y revolverse en las tumbas los huesos de los muertos?

Sí; pero son los huesos de San Gregorio; los huesos del sevillano Leandro, su amigo; los huesos de Joaquín des Pres; los huesos de Goudimel... No es que esté mal el dichoso pasaje sino que es a la música nuestra de raza verdadera; aquélla que aprendió San Leandro en Constantinopla y unió a nuestras notaciones

mozárabes—como un Cristo bien hecho puede ser a uno de esos Cristos con melenas auténticas, faldellines o enagüillas, ojos de muerto, sangre y carne momificadas. Melodías dulzonas, que encontraría empalagosas el mismo Spontini junto a tenebrosos temas macabros; a veces se desarrollan aquéllas y éstos a tan cortas distancias, que el corazón, atento, lucha con ellos como en una pesadilla. Líbranos, Señor—exclamamos desde el fondo de nuestro ser—, líbranos de creer que tú eres así como el salmista te pinta, y que nosotros somos como Eslava nos recomienda a tu piedad. ¡No lo creas, Elim...!

Hay en ese índice de todos los estilos musicales, hasta villancicos de Pastorela; lo que no hay es plegaria pura. En la iglesia no se debe hacer otra cosa que orar. Eslava ha creído que los Coros de las Catedrales piden género teatral; ópera mística, síntesis de disipaciones y entretenimientos. ¿Escucharía alguna vez Eslava, allá en Bayreuth, aquel divino acorde de *Parsifal... «Durchs Mitleid wissend, der reine Thor!...»*? Mas, si no hay valores, que nosotros hoy amamos tanto, el pueblo encuentra unos que le gustan mucho. A Dios se le debe rogar, según él, de tal manera, que no pueda decir luego no ha oído bien. Hay que precaverse contra posibles inhibiciones o disculpas. Si ese Miserere no llega hasta Dios, no llega ninguno;

por contener en sí bellezas, hasta le parece al oído escuchar cantos populares estilizados, cadencias de carácter andaluz con sus grupetos y esos recursos que se llaman en música segundas aumentadas.

El Miserere de Eslava tiene el prestigio más sólido: el del tiempo. Su entraña musical es lo más deleznable que pueda hallarse; mas ¿qué otra cosa sustituiría a lo que el tiempo ha puesto en él? Plateresco, barroco, churrigueresco, cargado de luces como el Monumento, el Miserere de Allegri, puesto en su lugar, no causaría tanta impresión en el alma sevillana, en los forasteros mismos. Sus *arrietismos*, sus melodías zarzueleras, sus imprecaciones que parecen lanzadas por un colmillo, como las escupitinas de los majos, ¡oh, qué encanto...! ¿Y esos *solos* de tiple; sobre todo, los *solos* de tenor...? Se esperan estas arias con impaciencia. Por qué no decirlo: agradan. ¡Ya lo creo...! Como que hacen olvidar la iglesia; el latín se funde, como el italiano, en la inanidad de lo que no se entiende, y la música triunfa con sus fermatas, codas, florituras, escalas, notas de adorno, filigranas y calderones... Al cabo, ¿qué es la iglesia, sino un enorme teatro?

No asusta así el Miserere. Cuando el tenor calla, se le dice: «¡Bravo!» Y en paz. No unimos a él nuestro espíritu. Acaba y murmuramos: «*No canta mal ese buen hombre.*» Estos Mise-

reres meridionales resultan serenatas. Su tragedia es como el fulgor rojo de una cuchillada, recibida por un hombre entre las fanfarrias de una verbena. Se baila bien sobre los charcos de sangre. El tenor que canta el Miserere sabe que se le escucha a él y que tiene que lucirse; no se le perdonaría un *gallo* o el rozamiento de una nota. Y como, antes de cantar, ha podido enterarse de que le aguardan en este o en aquel pasaje, al llegar a ellos abre los registros y se da al gentío, no a Dios. ¡Dios..., pobre Señor! Su casa, casa de oración, es invadida por un pueblo que va a decirle que «su pecado está siempre ante sus ojos», y le dice verdad: mientras pide perdón, está faltando. Además, en vez de decírselo en el dulce canto llano, en el suave modo de la liturgia, se burla de las palabras, descomponiéndolas en horrorosos picados y floripondios. Dios me agradecerá—debe decirse el buen pueblo meridional—que ya que le pido algo, le dé a cambio un rato de música. El mismo salmista, al final del Miserere, promete al Señor, en pago del perdón, unos *becerros*... «tunc imponent super altare tuum *vítulos*...»

¿Dónde ir después del Miserere...? ¿Dónde comentar cómo ha estado el tenor, y las tiples, y los coros, y esos sombríos contrabajos que no cesan un momento y son, con los clarines y tambores de los *Pasos*, la desesperación del oído...? A comer pescaditos y beber chatos; de

prisa, a ser posible. No hay que faltar a San Gil; después, a escape, a San Lorenzo. Quien no ha visto salir a la Macarena y a Nuestro Padre Jesús del Gran Poder, ¿es digno de ver algo bueno en este mundo? La manzanilla dorada y luminosa recuerda el fúnebre ambiente de la Catedral sin aquellas bárbaras apreturas y contaminaciones perniciosas que obligan a decir a los más castos:

—Si ar Zanto Job, er niño de la pasensia, le toca al lao una gachó sevillana de las de madrugá, que ze le acaba ar niño el aguante..., ea..., y pone la mano en su zitio, y baja der Sielo er Zeñó y no la quita, manque er mismo Dios lo largara un tortaso...

¡Oh, manzanilla, inspiradora de sentimientos como tú dorados, claros, luminosos...! Vista la Catedral a través de tu espejismo generoso, parece un agua fuerte de Rembrand; noche obscurísima en las bóvedas, resplandores de oro en los granates lienzos que tapan las pilastras como faldellines monstruosos, luz de cirios amarillentos, irónicas franjas de plata que los arcos voltaicos lanzan sobre la audacia del vicio, misterios de cripta en unos sitios y murmullos de saturnales en otros, la voz del tenor y la voz de la multitud, las velas del retablo maravilloso, incienso, azahar, sudor, la impaciencia de los sucesos que se acercan, el miedo a que sea verdad todo aquello que dicen en el Coro y vea

Dios que no entendemos siquiera lo que le pedimos...

El Miserere de Eslava, el Monumento de la Catedral, los *Pasos* y sus Cofradías, el alma de la ciudad, ¡cómo se parecen...! No sólo se parecen: son una misma y abrumadora realidad. En cada una de ellas, el espíritu de Sevilla se ríe con descaro y llora sin consuelo; cuando su desfallecimiento va siendo cargante, saca de su enlutado ropón una botella de vino y bebe; los tragos le quitan el *hipo* y alejan la *tentación*... de hacerse santo.

Noche del Jueves Santo en Sevilla,. inovildable noche de luna y azahar... La Catedral no se cierra; las tabernas, tampoco; la vida de los prostíbulos es más activa que nunca; el luto de las almas es de un rigor que oprime el corazón; el vicio y la virtud caminan a San Gil, del brazo: la virtud, algo ebria de manzanilla; el vicio, vestido de nazareno y pensativo...

Noche sevillana del Jueves Santo, fantasma de Florencia, ¿qué cosa eres, que sabes mezclar en el veneno de tu luna las avellanas verdes de la velada de Santa Ana y la carreta de plata, tirada por bueyes, camino de la Virgen del Rocío; los vinos de oro, que sirven los chicucos de tus montañeses, y los *garbansos cosíos*, que Roma prodigaba en sus Circos; los palmitos de los lentiscos, que son *sangre del pobre*, y las orgías socráticas de tus callejones?

Bebiendo tu vino, ¡oh, Sevilla!, después del Miserere, comprendemos que no seas capaz de sentir la muerte del Señor. ¿Qué te importa a ti aquel lector de Hillel, o aquel imitador de Filon, o aquel envidioso genial del adorado por Salomé? Tu sangre pagana, espolvoreada de mirra oriental, se disfraza estos días de fraile para gozar la carne áspera cristiana. Bajo tu luna, quieres hacer creer a Dios que no hay un bello diablo dentro del antifaz morado con que te cubres esta noche; y tan convencida estás de que Dios te cree, como de que engañas a los que, enamorados de tu hermoso impudor, vienen a verte...

—No se sabe por qué—nos dicen—, esta noche es la noche que más vino se bebe en Sevilla.

Sí se sabe por qué. Esa manzanilla es como ese Miserere, como los *Pasos*, como la ciudad; son los eslabones de esa cadena de oro que amarra a las riberas del Guadalquivir esta nave romana capturada por Cristo, en los malos tiempos de los Antoninos.

Vemos borrachos algunos nazarenos. Son los primeros que vemos.

—Macarenos habían de ser los niños—gruñe un puritano, algo molesto.

Los macarenos tienen malan fama, y esta mala fama es la delicia de Sevilla. Decir macareno es abrir los labios a una graciosa sonrisa. El

cromo de un macareno es un *niño pinturero* que tenga por cabeza un grano de sal. Ha sido valiente, y el recuerdo es aún tan poderoso, que hay que saludarlo desde la acera de enfrente con toda clase de miramientos. Su gracia es inagotable, y tan legítima, que se falsifica en toda Andalucía, para merecer el título de *salado*. Trabajan cuando les da la gana, pero lo que hacen lo remachan bien. Tienen un orgullo: ser sevillanos, y un odio: los trianeros. Su sevillanismo consiste en creer que Sevilla se lo debe todo al barrio de la Macarena, y su odio es tan profundo, que sólo un *chato* con *olivas aliñás* puede apaciguarle. Su bondad no tiene límites, y se pasan la vida haciendo creer a la gente que se alimentan con carne cruda. El macareno antiguo entraba en la Feria vestido de tal manera y con tal garbo, que sólo el recuerdo de aquellas acuarelas enorgullece a Sevilla. Hoy es menos pintoresco, pero tiene todavía un aire que le es propio, y cuya patente ha registrado para que nadie le copie sus andares, *aquel, ángel* y circunstancias. La Macarena tiene un arco que «es lo más bonito del mundo», y, como el arco, es todo lo que hay en el barrio; esto no se puede poner en duda sin consecuencias lamentables. Su corazón está en San Gil, y en ese corazón hay una imagen «que le da por cierto sitio innombrable» a las demás imágenes.

Esa imagen, Nuestra Señora de la Esperan-

za, no la cinceló Pedro Roldán: la ha hecho un pueblo entero; no es la madre de Jesús: es una macarena impuesta al Espíritu Santo por este pueblo que hace lo que le da la gana siempre. Los trianeros tienen su Virgen de la Esperanza, en San Jacinto. Las dos *Madres* de Jesús no se hablan; se han *tirado del moño* varias veces y la Justicia ha tenido que separarlas después de darlas la razón a las dos. La Virgen macarena tiene cara de niña; pero nos aseguran que los hechos no son como la cara; en cambio la Esperanza trianera tiene la cara toda de la madre de un picador y hechos de monja. Cuando a las once y media, las monjas del Hospital, a quien pertenecía la imagen macarena, cuentan los minutos, deseando lleguen las doce sin que halla pasado el arco—porque ello sería quitar la imagen a quien se la quitó a ellas—, el *Paso* llega envuelto en el estrépito más absurdo, y en vez de cruzar la divisoria trágica se detiene. Los macarenos se burlan del dolor e impaciencia de las monjas; no ha tocado el minutero la hora fatal, cuando en carrera peligrosísima y empuje formidable el *Paso* atraviesa el arco; las campanadas suenan entonces y los macarenos hacen, a las monjitas burladas, *cortes de mangas* y gritan desenfrenadamente.

Son así los macarenos, y Sevilla les agradece sean así. Los toma como son; tanto peor para ella si no lo hiciera; el día que no saliera la Ma-

carena de San Gil, a Sevilla le sucedería una cosa «mú mala». Esto lo cree Sevilla firmemente, y deja hacer.

Después de las doce, sale Nuestra Señora, de San Gil, precedida de un enorme *Paso* que llaman Nuestro Padre Jesús de la Sentencia. Cuando los ojos le pueden distinguir entre las luces, los nazarenos y la muchedumbre, escandalosa aquí como en ningún lado, se sienten complacidos. Es un tablado inmenso, de cuya peana, de estilo muy llamativo, surge un *bima* gigantesco y anacrónico en el que se sienta Pilato; cerca de él y dominándole se levanta el haz de varas de los líctores, majestad del pueblo romano. En el *Gabbatha*, y contrariando a Josefo, que dicen no entraban nunca los judíos en el Pretorio, hay sentados en sillones de coro cristiano cuatro respetables miembros del Sanhedrín, uno de los cuales pide a Pilato crucifique o lapide a Jesús; ellos lo harían; pero si pueden condenar a muerte no pueden hacer ejecutar la sentencia. Pilato se lava las manos en una palangana y toalla de nuestro tiempo que le presentan dos mancebos, y Jesús, guardado por dos legionarios de ópera, no sabe qué contestar al procurador, que acaba de hacerle una simple pregunta: —«Y bien... ¿qué es la verdad?» Los macarenos, maestros en vestir a sus imágenes, han puesto a Jesús una túnica de terciopelo morado bordada en oro, y no deja de merecerlo la estima-

ble obra de Roldán. En la cabeza del Señor tres gigantescas potencias deslumbran, heridas por las luces, como si fueran ciertamente rayos divinos; a pesar de ser tan grandes, Pilato no las ve; cosa que se ha perpetuado en todo género de gobernadores.

> En el huerto le prendieron;
> ya lograron su gusto
> de darle muchos tormentos;
> lleva la cara de difunto
> y muerto de sentimiento.

La misma voz que ha lanzado esa saeta, canta esta otra:

> Pilatos lavó sus manos
> y la sentencia firmó
> por temor a los tiranos
> que piden en alta voz
> la muerte del Soberano.

La aplauden furiosamente; los macarenos no escasean a nadie su entusiasmo. Su Cofradía caminará a la Catedral entre un vocerío espantable y ruido, mucho ruido. Se detiene cuantas veces se lo piden, sea quien sea; es democrática, y nada niega a nadie; está orgullosa de tardar tanto y de emplear en ir y volver lo que el tren en venir de Madrid a Sevilla. Sale a las doce y vuelve a las doce; sólo los macarenos son capaces de ello.

La Virgen produce, en la marcha, una indescriptible emoción. Jesús ante Pilato... phs... para que la Virgen no vaya sola; nada más. Ella, sólo ella, es la que los macarenos adoran. Una saeta vibra en todos los labios; todas las bocas tiemblan de impaciencia por alabar a gritos a la bella Señora. Al principio de la marcha los grandes dignatarios de la popularísima Cofradía han logrado poner orden. En dos filas vienen los nazarenos y encapuchados, con sus medias blancas de seda, muchas de las cuales habrán servido a lidiadores de reses bravas, y sus zapatos de charol, sus ropones de satén o de franela, capas blancas, antifaces de terciopelo morado y antifaces verdes, guantes blancos, altos bastones forrados de terciopelo verde, las insignias de la Virgen, un áncora y el báculo y la mitra de San Gil. Unos con sus varas, otros con sus cirios, quiénes metiendo por el agujero de la boca en el capuchón las boquillas de sus trompetas y soplando de firme, cuáles llevando esas trompetas sobre los hombros para lucir las telas que de ellas cuelgan y un cestito con caramelos en el brazo... No pocos de ellos se tambalean; pero enérgicamente se enderezan y pretenden marcar el paso que el baqueteo atroz de los redoblantes marca.

—Un poquiyo vergüensa, niño, que no se iga aluego na malo der barrio.

Y el *niño* atiende y se recoge la cola tanto, que enseña unas disparatadas pantorrillas.

No tiene él la culpa; es aquella pícara noche sevillana, aquel aliento embalsamado que parece venir de lejos, de la luna misma, aquel tufo de pescado frito y de calentitos, aquel olor de manzanilla que no sólo arrojan las tabernas a la calle sino que sale a bocanadas de los callejones transversàles. El nazareno no puede, no debe beber; mas... ¿quién sc niega al respeto que esa noche inspira el hábito macareno a sus amigos? Estos no perdonarían jamás una desatención; ellos no saben testimoniar su admiración por el nazareno de otro modo que haciéndole beber cañas y chatos.

He ahí los *armados*, la tropa de los sayones, los *judíos*. Dan escolta a Nuestra Señora y jamás ha visto nadie unos soldados tan funestamente romanos. Altivos, fríos, espantables, dice su aire que no son comparsas de una mojiganga, sino sevillanos que se vistieron de legionarios para proclamar a la Virgen de San Gil Emperatriz de Roma. No se parecen a nadie en España pródiga estos días de huestes semejantes; Murcia, Lorca, Alcoy, las faldas de las Alpujarras, cuya Semana Santa describiera Alarcón, Cuevas de Vera, donde estos sicarios azotan a Nuestro Señor hasta dejarlo *baldco*, el pueblo aragonés de Híjar... Nadie puede presentar una tropa tan disciplinada y fiel a los cromos de la

soldadesca romana. El célebre Werathsghine, que anduvo por tierra Santa tantos años buscando para sus cuadros de la Pasión la fidelidad absoluta del ropaje, se quedaría embobado ante estos macarenos a los que Mommsen aún calándose sus gafas alemanas no encontraría pero ni defecto garrafal, desde el decurión hasta el último «*miles*» de Plauto.

Claro está que en Siria no había entonces soldados romanos de legión, sino mercenarios al servicio de Roma, y que falta a estos legionarios macarenos aquel temeroso número de la legión trazado en el pecho con rojos caracteres y las barbas de aquellos sirios, y los escudos envueltos en sacos de lona, y las sandalias ferradas, y el capacete cuyas carrilleras a modo de *patiyas* de ganadero llegaban al mentón. Sin embargo, ¡qué marciales y sugeridores aparecen en esta procesión sin par, cerca de la Madre cuyo hijo mataron y por la que ellos se dejarían matar...! La brisa primaveral cargada de efluvios y misterios mueve el airón de sus cascos; las luces fulguran en el hierro bruñido de las lanzas; las arrugas de sus mallas color de rosa y sus túnicas color de vino de la clásica vid de Campania no quitan majestad a los ceñidores, hombreras y triples tirantes de acero, a la espada corta, ancha y acanalada; el águila imperial abre sus alas sobre ellos desde el lábaro de la región; trompas

y cornetas aumentan el espanto de tan sombría autenticidad suntuaria.

El pueblo los odia. Ellos fueron los que crucificaron a Jesús; pero ellos, oidlo bien, estos macarenos. La imaginación sevillana no se detiene a pensar que estos hombres son zapateros, carniceros, oficinistas, funcionarios y demás; el que vayan tan bien vestidos es una agravante; estos precisamente—«*tóos uztedes*»—fueron los que dejaron sin hijo a la Virgen de San Gil y los que, gracias a su poderío, llegarán a la Campana antes que ninguna otra Cofradía intente pasar por la calle de la Sierpes delante de su Señora.

—¡Olé los tíos bien apañaos...!—ruge un macareno espectador.

Otros se acercan a ellos con vasos de vino en la mano y se vuelven con ellos... vacíos.

—¡Pobretiyos, dose hora asín vetíos!—dicen, compadeciéndoles.

—Anda y éjalo, niño, que eyo jueron lo que mataron ar Sarvaor.

Algunos de ellos—y la Centuria nos perdone—tienen cara de haber hecho más que eso.

¡La Macarena...! Se dice pronto... Una *ná de cantidá* de señora. Bajo palio suntuosísimo de granate bordado en oro, caladas las colgaduras, tejidos de madroñeras por flecos y borlas áureas; detrás de siete o más filas de luces, floreros, adornos y relicarios o viriles; entre las

varas de resplandeciente metal y sobre andas que los conductores portan como no llevarían a la verdadera Madre de Dios si bajara del Cielo, Nuestra Señora de la Esperanza deslumbra los ojos de quien se atreve a mirarla cara a cara. Se sabe que es bonita por los grabados; en la realidad, su carita aniñada de muñeca, con sus pestañas, ojos relucientes y mofletudos carrillos sonrosados, desaparece. El manto anula el rostro encantador; un vivísimo reflejo que es como un vapor luminoso sale de su pecho y borra las amadas facciones. El manto es una red de trenzas y dibujos de oro, a través de los cuales se ve otros bordados, de oro también, los que casi ocultan el verde esmeralda del terciopelo; el pecho es una pura joya; las manos, un muestrario. Todo el que ha querido ha podido prender en el peto, túnica y manto las joyas de familia; relojes, perlas, brillantes, pulseras y arracadas; las sortijas ocultan los dedos de las manos y caen enhebradas por otras partes; las sartas y collares son incontables. Sólo estos ojos sevillanos acostumbrados a ver el pecho de la divina Señora pueden distinguir unas joyas de otras. Para el que las ve por vez primera no acierta a separarlas; forman como un prisma inmenso en cuyas facetas ardieran por centenares cuantos colores existen. Su brillo atrae y luego aturde. Como los nuestros, todos los ojos miran

la riqueza indecible, y es su mirada alegre una visión de orgullo satisfecho. Ni uno solo deplora aquel lujo inútil y sacrílego; nadie la robaría tampoco. ¿Dónde podían estar esas joyas mejor que allí...? Unas son promesas, otras ex votos; las hay que son reconocidas con exclamaciones de júbilo; se sabe de quiénes son, y se dice la gente al oído historias de amor y de lujuria. Suena mucho en todos los labios los nombres de las queridas de unos Banqueros, la calle de Franco, las comprometidas. Junto al vicio, la virtud; las señoras honradas no desdeñan ir en compañía de las desgraciadas; el pecho de la Virgen no sabe distinguir, y no rechaza presea ninguna; si esa buena hija de Caná pestañeara y viera sobre su seno tanta pedrería, brillantes y colgajos líricos, lo arrojaría todo al suelo sin compasión ni dolor.

No lo creen así los que entregaron mediante recibo esas alhajas. Si la Virgen las luce, volverán a casa santificadas; aparte de ello se darán el gustazo de verlas en tan divino sitio y de que la gente las vea. En otra imagen más humilde no resultaría ese doble sentimiento de orgullo mundano y creencia misteriosa. Lejanas paganías, ritos arcaicos que están muy en la sangre de las razas orientales, mueven su voluntad a tales actos de devoción. Sin necesidad de soñar, vienen al espíritu las escenas de los siglos sun-

tuosos cuando a los ídolos se les ofrecía joyas, virginidades, carne humana...

En una noche serena
detrás de su hijo avanza
llena de angustia y de pena
la Virgen de la Esperanza,
reina de la Macarena.

La saeta miente... En la cara de la Macarena no hay dolor; no va detrás de su Hijo; va donde la llevan, y la llevan con este objeto macareno: para que la vean y para que:

Madre mía la Esperanza,
honra de los macarenos,
es tu cara más bonita
que la de los trianeros.

Los trianeros se colocarán ellos en el segundo verso, y en paz. Pero por mucho ruido que metan y por muy *emporpolados* que vayan con su Esperanza, de San Jacinto, ¿tendrán el entusiasmo de estos macarenos que, literalmente, no la dejan dar un paso sin llamarla *cosas*, piropearla, vitorearla y ordenarla que se detenga? Porque es a ella a quien desde los balcones y las puertas se la manda parar.

—Párate, Macarena, que aquí hay un niño que te va a desí argo:

¿Dónde vas, paloma blanca,
tan triste y tan afligida,
llorando con tanta pena,
si por ti damos la vida
los hijo e la Macarena...?

No se necesitó más que oír esto. El cantaor espontáneo ha resultado un rival del *Niño de la Isla*, y la gente le rodea suplicándole cante otra. El se resiste. La multitud, embriagada por la presencia de la Virgen, llega a rogarla que le pida unas coplas al inspirado hijo del pueblo. Los nazarenos, los armados, hasta la Virgen, parecen pedírselo. El, entonces, toma *aire* macareno, se monda el gaznate lanzando la escupitina hacia la gente para que la Esperanza no vea esta humana miseria, la gorrilla *belmontista* tiembla en sus manos, su tez mora es roja y en aquella cabeza kabileña hay como una irradiación de las joyas que la Virgen luce, se adelanta como si fuera a *pasarla por to lo alto* y dice:

Mare mía la Esperanza,
¿quién es tu hermano mayor,
que te saca tan hermosa
y relumbras má que er sol?

Aplausos, gritos, rugidos, un cataclismo. Na-

die se acuerda en aquel momento de la Santa Señora; le rodean para decirle que es el primer cantaor de Andalucía. Se oye:

—De éte niño no me zepara a mí ni la guardia siví...

—Pero... ¿has tú reparao en lo que eze angelito tié en er pescueso...?

—Eto zólo lo da la Macarena... Un chato a eze niño, y que no me lo beba tóo, poque acá quié bebese lo póso y la baba de eze niño.

Un poco más allá, un tabernero ha ordenado que detengan el *Paso*. Nunca en mejor sitio, parece que le ha respondido un señorón de vara de plata. Nuevos cantadores, un chisporroteo de coplas sencillas salidas de la muchedumbre, humildes, sin aparato, temerosas muchas de ellas, balbuceadas como si fueran conscientes de que a la Virgen macarena no le gusta la *patosidá*.

—A eza niña la da de comé zu mare cañamone; ozú que esaboría...

Se bebe de firme; varias saetas cruzan sus versos y sólo se oye de ellas sus aires castizos; los piropos explotan como cohetes, suben de la calle, bajan de los balcones; quienes no cantan no callan por eso, y sería vergüenza eterna suya no decir a la *marecita* alguna cosa. Oís:

—¡Anda, niña, cántala tú ezo que t'as aprendío...!

La niña, bastante mayorcita, se resiste. No,

no se atreve. Ayudan a la madre unos espontáneos que se arriman demasiado con el santo objeto de convencerla.

—No s'arrime osté tanto...

Los tambores, las cornetas, el entusiasmo obligan a marchar el *Paso* tan despacio, que se juzga imposible llegue a la calle de la Sierpes antes del amanecer. Su tránsito es una glorificación de brutal vehemencia. La tiran sombreros para que pase sobre ellos, prendas de vestir, flores, hasta vino. Hay quien la mira con tanta fijeza como si la presencia de la macarena le hubiera vuelto loco. Y loco vuelven tanta farola, tanta luz, joyas, versos, flores, manzanilla, vítores y resplandores. Ruge uno:

—Eta Vingen ze paza po la entrepierna a toas las Víngenes e Seviya.

Los aplausos aclaman esta obscena impiedad del entusiasmo macareno.

Atruenan en las estrechas calles las voces de todos. Un gitano borracho se ha plantado delante de la Virgen ordenándola detenerse con aire y movición de ir a cantar; luego ha resultado que ni él mismo se oía; pero el accidente no ha enfadado a nadie.

—Soy yo mucha cantiá e hombre—dice él retirándose con dignidad.

Todos quieren verla detenidamente, examinar sus joyas, ver cómo la vistieron. Algunos

macarenos conservan un sitio preferente cerca de la Virgen dándose aire de matones.

—Zon los chulo de Nuestra Zeñora—nos dicen.

En efecto, así es. Y si no es, ellos se lo figuran. Interrogamos al que nos parece más bravucón, y nos contesta displicentemente:

—Ziempre hay jaleiyo con la Macarena, y hay que ir al cuidao, no la mire nadie de lao.

—Ya van los guardias—aventuramos nosotros quién sabe si con la vida.

—Ezo niños y el ungüento e la hipecacuana iguá por iguá...; en cuantito ven zangre ze las najan, y se quea la Vingen sin defensa... y ma abroncá que un sapato viejo tirao...

El tropel irresistible de los macarenos rompe todo orden en la formación. Su bullicio y agitación mezcla los nazarenos con los paisanos; muchas mujeres con sus hijos o hermanillos a rastras gritan y caminan cerca del *Paso* venerado. Una acuarela, cada figura. Sobre los hombros de dos *comparitos* no muy en su ser, otro, que la víspera dejó olvidado el sentido común, ya quisiera él saber dónde, se acerca abriéndose paso con grandes voces y canta su saeta con una emoción tal, que si la Madre de Dios oyera no podría contener la risa:

> Mare mía la Esperansa,
> dile a tu hijo er Nasareno
> que no le hubieran tocáo
> si hubiera sío macareno.

Grandes nubes ocultan la luna con frecuencia. Nadie las mira. Desde las calles abandonadas del barrio se oye el estruendo de la procesión, los tambores broncos, los funerales trompeteos; silencios lúgubres, en los que saetas que no se oyen deben producir más tarde las reacciones explosivas, cortan bruscamente este ruido furioso.

Las calles solitarias; los balcones, cargados de macetas y cerrados, las azoteas, en las que la luna dibuja sombras, las encrucijadas y rincones, son más bellos que nunca. Cierta opresión angustiosa sugiere a la imaginación, excitada con tanta inusitada pompa, que estas calles son cruzadas por millares de fantasmas, macarenos muertos que ni, aun difuntos, pueden pasarse sin ver a su Macarena una vez al año.

Apoyados en una de esas verjas soñamos que estas sombras pasan; son millares, millones de andaluces, tan andaluces en la muerte como en vida, que vienen a distraerse del tedio de la eternidad con este torbellino de alegría y de gracia.

En una calle de éstas, cierto sevillano ebrio veía un bulto y decía:

—Un duro le doy ar niño que me yeve a la casa...

Y el bulto respondía al sevillano:

—¡Vaya un jornaliyo que me etoy perdiendo!

## VIII

¡Nuestro Padre Jesús del Gran Poder...! San Lorenzo... Las dos de la mañana. La luna en el cielo y densa obscuridad en la plaza. La muchedumbre esperando el efecto macabro de la segunda campanada. En el interior del templo la Cofradía, formada, escucha. Las puertas han de abrirse cuando tiemblen en el aire las dos alas de la hora. La puntualidad, el que no salga antes o después, impresiona sobremanera al pueblo. Todos los años gusta de la emoción de esas puertas cerradas... Quizá cuando se abren sufre una desilusión. ¿Qué espera? ¿Lo sabe él, tal vez? El dice que a su Nazareno predilecto, ese Dios moribundo en cuyo título ha encerrado el genio sevillano toda su substancia.

Suenan las dos, cada campanada cae en las almas como un eco de lo infinito. El aire tibio de la plaza de San Lorenzo orea aquellas frentes manchadas de sudor que se estremecen al oír caer desde la torre ensombrecida esa hora que se les antoja fantástica. Y salen nazarenos y más nazarenos, encapuchados, tétricos, con su blandón en las manos enguantadas, negros, ceñidos de cordón de esparto, silenciosos y con cierto aire señoril. Al fijar ellos sus ojos en los nuestros sentimos que son algo más que hom-

bres enmascarados, y nos abandonamos con placer a la sensación de misterio que causan en el alma. No hay música; no se oyen rezos; un ligero siseo de los hermanos guiones les detiene o les hace marchar. Sus colas negras, su porte altivo, el silencio y la luz de sus cirios nos recuerda graves escenas de muerte, tan graves como la muerte de Jesús, intransigencias horribles que estos mascarones lúgubres perpetúan para ejemplo y castigo... Parece que marchan a un auto de fe y que son familiares del Santo Oficio o víctimas inquisitoriales.

Las grandes farolas del Paso ponen en las puertas de la Parroquia grandes manchas de luz. Allí está. Es él... Nuestro Padre Jesús del Gran Poder. Y tiene Sevilla tal pasión y tal fe en ese «gran poder», que su aparición, aún lejana, mueve las lenguas todas de los circunstantes. Se le señalan unos a otros; su masa morada y negra apenas se destaca de las sombrs; pero ¿qué necesidad tienen ellos de verle si le presienten? ¿A quién de ellos no es un penate familiar esa obra maestra de Montañés? Las viejas son las que le aman más. Han conocido tiempos en los que el gran poder de ese Cristo era verdaderamente grande. Hoy no es tanto; no sólo vacila la fe en los corazones: se mueren otros sentimientos que son más hondos. Oís a esas listísimas abuelas sevillanas:

—¡Pare, pare... Señó der Gran Poer, no nos

olvides, Parecito... Miráslo, cargaito er probe con nuestras farta... Asín lo hemos dejao...!

Ya se ve su efigie. Una voz masculina, clara, bien timbrada, dice a Jesús:

El más preciado clavel,
el más justo Redentor,
el que tiene más Poder
es Jesús del Gran poder,
eres mi Padre y Señor.

Esos elogios tienen en su boca una seguridad severa; está convencido ese mozo de que así es, de que esa escultura lo puede todo ¡Nuestro Padre Jesús del Gran Poder...! Es la obra maestra de las advocaciones. A nosotros mismos, libres de todo ensueño religioso que tenga otra trascendencia que la puramente humana, nos parece esa imagen verdaderamente poderosa. No es el aparato teatral en que hace su aparición: es efecto de su nombre, de un nombre que todos gustan tener en la boca, paladear, sentir. Ese icono es eficaz por un prodigio de la voluntad del pueblo. Ponedlo en duda, y os mirarán con desprecio; pero es difícil ponerlo en duda. La sugestión ha tenido pocas veces en el Mundo un éxito tan completo. Sin verle, con sólo saber que se llama así, la fe en él es completa.

Sevilla le ama sobre todas las imágenes; reina en ese mundo nada pequeño de Cristos y Vír-

genes, en torno de los que un gran pueblo ha agrupado las manifestaciones más puras de su temperamento. Si los caciques eligieran un día Patrón en el cielo, escogerían este Nazareno, Dios de los poderosos, cuyos coches no dejan durante todo el año de esperar a las puertas de San Lorenzo. Lo concede todo sin mirar a quién. Oye lo que le piden y concede todavía más. No pone reparos. Es un Dios que no sabe teología y al que tienen muy sin cuidado las conveniencias sociales. Oye y realiza este ruego gitano:

—Paresito, procura tú que la diñe ese niño malánge que etá etorbando, pa lo que a ti no te interesa sabé, y jáselo de prisa, pa que no ze me pudra er negosio...

Como escultura vale bastante menos que la de Nuestro Padre Jesús de la Pasión. Sobre una peana cuyo brillante dorado no borra finezas y labores ejecutadas con extraordinario buen gusto, se levantan angelitos, flores, candelabros con altísimos vasos de vidrio en los que la luz adquiere tonalidades misteriosas. Entre plata y oro, águilas, relieves que hablan del gran poder de la imagen, cresterías caladas, tarjetones con los sufrimientos de ese mismo Dios tan poderoso, y ángeles con atributos de los martirios de la Pasión, Nuestro Padre Jesús del Gran Poder se muestra agobiado, hermoso en su humillación, sin que el verismo en el sufrimiento

quite a los rasgos soberanos del rostro su majestad imponente. La boca, trágicamente abierta por la fatiga, se contrae en espasmos de dolor; mas ¡cae su rizada barba con tan severa naturalidad, miran aquellos grandes ojos orientales con una resignación tan divina! La maraña horrenda de sus espinas ha sido colocada en esa gran cabeza con un arte infinito; es una corona, una verdadera corona. Godofredo de Bouillon, al ser proclamado Rey de Jerusalén, no aceptó oro ni plata para sus cabellos; fué su diadema un haz de espinas. De todos los suplicios que la imaginación cristiana ha ideado para su Dios, el que más debió atormentarle fué el de las espinas. Nuestro Padre Jesús del Gran Poder expresa este tormento; la cruz parece no pesarle, es una cruz ridícula y rica, con sus casquetes de filigrana de oro en los extremos y topacios endemoniados. Las mejillas hundidas, la nariz afilada, seca y exhausta la piel de la frente hasta verse los lóbulos, contraídas las cejas, aplastadas las sienes, lacrimoso el gesto, nada causa tanto horror como el arte de Montañés para colocar en el cráneo divino la corona mortal. Aquellas tres potencias de oro, que no salen del cerebro sino que entraron en él a fuerza de tornillo, destrozarían cualquier otra cabeza que no fuera de tan consumada perfección. Contemplando esa corona llegan a no verse los disparatados rayos. ¿Qué mayor señal de divinidad

que esa cara, ese bucle de cabellos que han escapado a la presión de las espinas, esa rama de púas que ciñe la frente y se clava en ella? ¿Qué potencias más santas que las siniestras púas agudísimas del lado diestro?

La túnica es rica, pero humilde; el cordón al cuello, un acierto. Todo el interés de esta imagen está en la cabeza, en ese cuello que ya no puede sostenerla y la deja caer. Sus pies están gastados por los besos de los devotos y peticionarios; debíanle besar en ese rostro, trozo de madera animado por el genio de un hombre con toda la energía que puso siempre nuestra raza en la expresión de los vastos dolores...

Su visión simple en la noche se resiste a todo examen. Llegamos a sentir en nuestra alma perdida sin remedio que esto no hubiera sucedido; que un día, allá en una ciudad de Palestina, casi a los bordes del desierto, Dios, en su infinito amor, no hubiera dejado a los hombres que le castigaran de este modo. Estos simulacros, tan bien hechos que la realidad misma no les mejoraría, invaden el espíritu de tristeza... ¿Ha de ser siempre nuestro destino idear las grandes cosas que nunca sucedieron mientras no damos importancia a las cosas que hacemos? La multitud descreída se encalabrina y retoza conmovida hasta los huesos por visiones como ésta. No recuerda por medio de este Cristo el verdadero; el auténtico es éste; el otro... ¡está tan

lejano...! En nuestras almas, Cristos como el de Montañés nos llevan dulcemente la memoria a Sión, y vemos al divino Consolador tal como debió ser, si es que para ventura nuestra existió. En las almas de la muchedumbre, aterrorizada por las sombras, el silencio y la sangre, aquel carpintero genial y bueno es un Dios que *bajó* del Cielo para decirnos que le matáramos, y así veríamos lo malos que él mismo nos hizo. Esa contradicción sombría, ¿será la que llega desde esa cara del trágico Nazareno a nuestro corazón? Perdidos entre la muchedumbre, escuchándola, desconocidos, sentimos una decepción sangrienta; el pueblo no entiende a Jesús; cada vez se aparta más de él, a medida que más se entusiasma con Dios. Jesús decía que el bien estaba en nosotros, que en nosotros estaba el Padre, que ninguna otra cosa era necesaria mas que resignarse a estar siempre en espíritu y verdad. El pueblo cree que Dios está fuera de él, y que si queremos una cosa hay que pedírsela; no piensa que un Dios, al que no se le ocurre pensar en nosotros, es que para él ningún interés tenemos.

Menos mal que estos andaluces doran su fanatismo como las peanas de sus *Pasos* y que para entusiasmarse con cosa alguna ponen en ella previamente lo que desearían que la cosa tuviera. Sus mentiras domésticas y sus deliquios religiosos tienen una misma raíz. La cantidad

de luz y amor que hay en esas exageraciones famosas salvan la raza de un desastre moral. Creen mientras piden; entonces, su creencia parece tan sincera que pierde todo el encanto de lo pintoresco y se convierte, en el alma vigilante, en una pesadumbre más. Si la piedad de esos penitentes que van detrás del Nazareno todopoderoso y María Santísima del Mayor Dolor y Traspaso fuese real sería cosa de temblar. No, no puede ser sincera; lo es mientras los ven, mientras se convencen ellos mismos de que están haciendo grandes cosas. Prometieron ir descalzos detrás del Señor, mal vestidos, desgreñados, con cirios en las manos y escapularios en el pecho, y vinieron de lejos para cumplir su promesa. No son hipócritas, no; pero sabemos mirar la cara humana, y aquellos lagrimones y aquel dolor son demasiado escandalosos para que sean ciertos. Entonces lo parecen; ellos mismos están seguros de notar una compucción infinita o un arrepentimiento muy grande; mas no es verdad. Aquélla es una ramera famosa, aquél un torero, la otra una danzarina de tablado, el otro un gitano; esas filas de viejas, esos seres descalzos y cariaccntecidos volverán a ser lo que fueron, y su acto sombrío tomará en los arcanos del alma andaluza una forma semejante a la que tiene en las coplas el recuerdo del presidio, de la sangre, de la muerte y del deseo. ¡Las penitencias sevillanas públicas tienen

poesía mayor después de hechas que en las causas que las motivaron. Mientras la promesa se verifica, hay mucho en ella de repugnante; cuando ha sucedido, del acto negro salen sombras creadoras de leyendas, cantos y amores. Por ley de espíritu humano, esas sombras son las que a su vez impulsan a los otros a realizar esas penitencias.

Duele el corazón viendo cerca de los encapuchados tanta alma en pena: unas, con hábitos negros que llevarán siempre en vida; otras, con hábitos blancos que guardarán después para que les sirvan de sudarios; éstos con cruces a cuestas, aquéllos sangrando por ir descalzos sus delicados pies. ¿Es que la visión de estos seres que cumplen un sacrificio escudriñan en la magnificencia de esta noche lustral, en los resplandores de las lámparas votivas? El rojo de la sangre, el oro de las apariciones, el negro de las plegarias nocturnas ¿tendrán para ellos significaciones alucinantes que nosotros no nos explicamos? Creemos que no; creemos que estas tinieblas no tienen intimidad y que en esos símbolos no hay totemismo. Sin duda son naturalezas voluptuosas cuyos sentidos perciben en el culto a los ídolos maravillosos influencias o bellezas que las personas normales desconocen; pero esas agitaciones sagradas, colaboración del silencio y de la luz, son reminiscencias atávicas, cierto sabor de asperezas que siempre

fué amable a estas razas aun en el afán del placer. La apariencia fúlgida crea en esas almas una transfiguración; no son creadoras de voluntad, viene de raíces húmedas y profundas ese gesto doloroso de desprecio de sí mismos.

El día que se haga un estudio de estas muchedumbres andaluzas y se llegue muy dentro de ellas ¡qué claramente se ha de ver en el rostro de ese Nazareno el alma regional! Con sólo las palabras que bastan para describirle se puede tener idea del espíritu de la región; temblores de agonía, flagelaciones, moradas mejillas, desfallecimiento, gesto desgarrador, sudores de angustia, carnes maceradas, agotamiento, demacraciones, surcos hondos en las ojeras de tanto llorar, amargura, fatalidad y perdón.

Nuestra Señora del Mayor Dolor y Traspaso es un alarde de lujo. Palio, manto, corona, la túnica de San Juan son de oro, obras magníficas de un coste fabuloso y una ejecución persa; no mejorarían estos palios y colas de mantos los obreros de Bagdad y de Damasco o Samarkanda. Lo que no hay en ese *Paso* es una pizca de arte. Además, esa repetición de encontrarnos siempre a la madre del Redentor con su discípulo más engreído nos molesta. Dan ganas de decirle que estamos hartos de saber la verdad sobre la redacción de los dichosos Evangelios y de enviarle al Cielo, por conducto del negociado correspondiente en Roma, un ejem-

plar del «Cuadro sinóptico de los Evangelios»—*Vergleichende Uebersicht der vier Evangelien*—, de Verus; o el magistral *Das Cristus Problem*, de Kalthoff. ¡Cuidado que supo el dichoso pescador del Tiberiades convertirse en un metafísico sincrético y agnóstico...!

«La corona der Señó
no e de rosas y clavele,
que es de junquillo merino,
que le traspasa las siene
a ese Cordero Divino.»

Dice la saeta así. Su eco lastimero tiene un no sé qué de aullido. La plaza, sin alumbrado alguno, bañada por la poesía de la luna, funde el canto de esa copla en la luz de las cuatro farolas del *Paso;* esa luz que resbala por el cono de los capiruchos de los nazarenos y parece trazar en ellos largas lenguas de fuego, o bien ilumina las bandas bordadas de las cornetas y muestra los soberbios realces del escudo, las armas reales, las parrillas de San Lorenzo, la cruz de San Juan. Tiemblan en nuestros labios dos versos del Dante:

*Yo vidi più fulgor vivi e vincenti*
*Far di noi centro e di se far corona.*

Le hemos vuelto a ver en la plaza de San Francisco. El proyector iluminaba la peana ha-

ciéndola volverse un ascua de oro, se destacaban los brazos de las andas, en los que nadie iba y creíamos ver caminar al Señor solo sobre el océano negro de la multitud silenciosa. Era como si lo llevaran a crucificar otra vez, ésta sobre una carroza espléndida. Era como si toda aquella curiosa muchedumbre ávida necesitara ser redimida y no teniendo ya Cristos vivos que quieran dar la vida por ella, sacara la imagen de Aquél que con su muerte no logró sino esa peana y ese boato y esa inmensa curiosidad de riquezas...

—Esta muchedumbre no se cansa de ver Cristos—nos dice el extranjero noruego—; en mi patria tenemos una escritora, Gelma Lagerloff, que ha escrito mucho sobre ellos...

—Sí—le contestamos—; *Die Christum Legende;* pero no conocía estos Cristos, los más interesantes de la tierra. No hay uno igual a otro y todos son hombres cercanos a nosotros; ni uno solo recuerda al Profeta galileo. Son Cristos como el pueblo los ha pedido. Wundt dice en su *Etica* que Cristo es el símbolo de la sustitución del temor por el amor; este pueblo ha dicho que Cristo es él mismo, y lo será siempre hasta que él mismo se redima a sí mismo.

La Cofradía de la Parroquia de San Miguel, Nuestro Padre Jesús Nazareno, Santa Cruz en Jerusalén y María Santísima de la Concepción, es conocida por la del Silencio. Sus

nazarenos negros han tomado en serio su denominación y sólo se atreven a *romperle el alma*, de un ciriazo, al que intenta hacerles hablar o darles de beber. Hay apuestas por hacerles hablar y quien está en el cementerio por tan bellas apuestas. Esto no quita que si un silencioso o silenciario ve en su camino una mujer que *se las trae* suspire hondamente y murmure en su cara:

—¡Zi acá pudiera hablá, hermana...!

Al pueblo le agradan mucho estos sutiles artificios. No hablar para las almas sevillanas es el más espantoso de los sacrificios y la más eficaz de las mortificaciones. Los sentidos de los hombres *complicados* perciben en los silencios una vida musical, no hablan, pero *se oyen* a sí mismos. Marchar en silencio, como fantasmas, es sugerir a la muchedumbre misterios atroces. Por eso los que callan hacen callar a los que les miran, y de este simple modo se establece un miedo y asombro mutuos.

El Cristo que estos ejemplares silenciarios escoltan es una obra juvenil del Montañés. Nuestro Padre Jesús del Silencio tiene todas las audacias imaginables y desde luego característícas más que suficientes para impresionar a quien le contempla. Es un Nazareno; pero un Nazareno *romántico*. Bergsson ha dicho que es a fuerza de idealidad solamente como se acerca nuestro espíritu a la realidad; así es este Cristo. No

se puede dar mayor idealismo en un verismo tan seductor. Sus pies descalzos, sus piernas al aire, su túnica humilde y muy corta atada a la cintura con cierto descuido, sus mangas cortas dejan ver manos y parte de los brazos esqueléticos y de profundo estudio anatómico, su pecho descubierto, como si la túnica no ajustara, la cruz transportada al hombro, pero con los brazos del santo madero hacia atrás... Durante la procesión luce espléndidas vestiduras que lastiman su conjunto, mas siempre queda su figura inconfundible; su cara, en la que se da la más sublime concentración de espíritu hasta hacer creer al que lo mira que la imagen de madera piensa; la cruz, llevada de tan original manera, una cruz de carey con incrustaciones de plata, chapeadas con el mismo metal las aristas.

A los sabios comentaristas no les gusta mucho esta imagen, a la que han buscado siete páginas de defectos, y aunque han encontrado una razón teológica para justificar lo de la cruz al revés, no les satisface mucho. El pueblo la adora: primero, porque se llama del Silencio y esta advocación despierta en sus entrañas sentimientos indefinibles; después, por la novedad de llevar así la cruz. Precisamente porque es una manera ilógica de llevarla, porque de ese modo conducida pesa más y el equilibrio en su transporte es más difícil, el pueblo gusta extra-

ordinariamente de este Cristo, al que debieron suceder casos muy cómicos por su testarudez en llevar la cruz así.

Nuestro Padre Jesús del Silencio tiene su «salida» misteriosa. Aunque el pueblo prefiere la del Señor del Gran Poder, no abandona a este Cristo, y buenas discusiones ha promovido el pretender definir si es aquélla o ésta «salida» más o menos poética y conmovedora. Una voz acoge su presencia así:

«En el huerto lo prendieron:
ya lograron su gusto
de darle muchos tormentos;
lleva cara de difunto
y muerto de sentimiento.»

La Cofradía ha cuidado bien de que se vea su imagen y ha puesto en los extremos de la enorme peana moderna resplandeciente de oro cuatro faroles gigantescos que nos recuerdan los fuegos de posición de los barcos del siglo XVI, las farolas de las naves capitanas; dos angelitos muy airosos sostienen otros dos faroles. Este exceso de luz no turba para nada el ánimo; la cara queda en una penumbra misteriosa, y en el ambiente de esta noche de luna verle avanzar entre el gentío es de un efecto prodigioso. El alma se abandona a la escenografía rutilante, goza en su visión y oye muy

dentro de ella el consejo leído en los Coros de las Cartujas: *Reza y calla.*

Su Madre sigue a Jesús, y con ella el imprescindible San Juan, a quien jamás encargó el Salvador cuidara de ella. La peana es de plata y la cornisa y guirnaldas del palio. Como esculturas, las dos imágenes son agradables, y ya quisiera el pretencioso hijo del Zebedeo haber tenido la linda cara que le puso Cristóbal Ramos.

El Santísimo Cristo del Calvario, también de Montañés, es una obra admirable sobre una peana que se nos antoja el solio de un Rajá o las andas ideales para la Silla Gestatoria del Pontífice. Queda en nuestros ojos de este *Paso* sus enormes cirios, sus águilas bicéfalas, sus dos angelitos con faroles minúsculos semejantes a los que hemos visto llevados por cofrades en otras Hermandades, y aquella axila o sobaco izquierdo del Cristo que deja la impresión de un hombre desarticulado fieramente al estirar el brazo para que llegaran las manos a los agujeros taladrados en el árbol de muerte; pocas cosas tan fieramente hechas como aquel pectoral sacudido en tensión siniestra... Estos Cristos no se olvidan jamás. Cada uno de ellos es una poderosa afirmación. Nuestro Diego Ruiz, Harnack, Holtzmann, Seidel, Vellhaussen debieron estudiarlos. Ante ellos todo un nuevo mundo de ensueños e interpretaciones surge. Nuestra Seño-

ra de la Presentación, obra de Astorga, va detrás del Crucificado; su hermosa cara no vacila ni se rinde, levanta al cielo su rostro y hay en él una luz bajada de lo alto; su boca no la hubiese desdeñado cincelar Gregorio Fernández en su *Piedad*. En Nuestra Señora de la Luz en su Soledad vimos, durante las procesiones de la tarde, esta cara y esta boca más bellamente tratadas todavía. El que cree agotadas en estas imágenes las fases de la emoción no sabe qué sublime cantidad de genio y variedad ofrece ese tema ibero por excelencia: el dolor.

Los trianeros envían sus imágenes a Sevilla con aire retador, y todos los años las Cofradías reciben este consejo-consigna que tantas veces escuchan los lidiadores de reses bravas:

—Hay que quedar como los güenos, niños.

Y quedan; eso *corre de su cuenta*. ¡Oh famosas luchas en la embocadura de la calle de la Sierpes...! Ya no son posibles; pero... antes eran epopeyas en las que corría la sangre macarena y trianera en tan horrenda cantidad que los sevillanos *vivos* habían de subirse a la Giralda para no ahogarse en ella. Y como a un trianero le basta sólo el recuerdo para creerse presente en el acto, oirles contar lo que sucedía en tales batallas, aunque no las vieron, es sentir el escalofrío de lo trágico. La misma salerosa Virgen, de San Jacinto, dejaba de llorar

para decirles: «¡Hijos míos..., pero *cuidao* que sois *ustedes* brutos...!»

—Aqueyo, cabayero, era la verdá... Había que pazá primero y ze pazaba, manque hubiera que matá sinco o seis macareno. Hoy etá tóo mú esaborío, va fartandito el humo...

Marcos Cabrera, discípulo de Jerónimo Hernández, estuvo acertado en su Padre Jesús de las Tres Caídas, orgullo de la cien veces célebre *en er globo terráqueo* Hermandad trianera de los Marineros. Cristo cae por tercera vez; una roca sirve de apoyo a su mano; Cirineo hace esfuerzos para que la Cruz no acabe de arrojar al suelo a Jesús. Y detrás de este *Paso*, que *es lo mejó de lo mejó que hay bajo la capa er sielo*, viene Nuestra Señora de la Esperanza. Una *tontería* de niña a quien no se la *pué mirá* cara a cara porque *ze güelve uno loco perdío*. Es obra de Ordoñez y de un realismo tal en las facciones y en el dolor que expresa, que sólo teniendo un modelo se comprende; el modelo fué éste:

—Eza niña fué la mujé de un torero, y el escultó la copió la cara una mala tarde que vino jecho porvo por no habé escogío los toro como los niño de hoy.

La Esperanza trianera tiene toda la cara de la mujer de un torero, tal como nos figuramos que ha de ser la mujer de un torero andaluz:

cejas espesas, *negras como la lidia de un güey*, ojos hundidos de tanto llorar por el *dichoso niño*, la naricita de las trianeras y la boca ideal desencajada de tanto sollozo y llamarle *cosas* al que *así la trae*.

—Diga osté, zeñó, que eza Vingen no la iso nadie; tié en zu cuerpo un peaso de cada trianero.

En su manto estupendo, azul como el agua del río *en los versos*, hay bordados de oro que maravillan, salvavidas y áncoras. Cuando vuelva a Triana, la entrada en el barrio famoso será un cuadro inapreciable; el espectador cree que la Virgen anda sola en aquel torbellino de seres que enronquecen de tanto gritar alabanzas; las mangas parroquiales, los nazarenos, los estandartes, los ciriales, cada uno por su lado, andan como pueden en el inmenso mar de pobreza y simpatía que los envuelve.

Nuestro Padre Jesús de la Salud, de la Parroquia de San Román, es un Nazareno como tantos otros de España, sin otra novedad que su traje a *lo sevillano*, cargado de oro en tal cantidad que debe pesarle menos la Cruz que su túnica. Nuestra Señora de las Angustias, de Duque Cornejo, es una bella Señora a quien aman mucho los gitanos, según nos dicen y según debe ser por tratarse de *angustias*, la palabra-eje en torno de la cual gira el endiablado

mecanismo del espíritu gitano. He aquí un ruego:

«Mare mía las Angustia,
zacáme ar niño e la carse,
que dende la cama onde duermo
le etoy oyendo quejase.»

Llovió. Lo esperábamos; las viejecitas reumáticas son barómetros admirables. Es desconsolador resignarse a no ver las Cofradías que nos faltan por ver. Las nubes entoldaron el cielo de la mañana y la aurora ideal de Sevilla la blanca fué un feo cielo de color ceniza... No veremos, pues, el *Paso* de la Santísima Trinidad con su dragón—símbolo del creticismo—al pie de la palmera acechando el Sagrado Decreto que discuten cuatro de los centenares de Padres de la Iglesia; ni a tanto San Juan; ni a las Marías; ni al Santísimo Cristo de las Cinco Llagas; ni Las Tres Necesidades de María Santísima; ni el Cristo de la Conversión del Buen Ladrón, que mira y habla al pobre expoliador idumeo de caminos, caco menos malo que los beduinos existentes hoy al olor de los Santos Lugares; ni a Nuestra Señora de la Expectación; ni al Nazareno de la iglesia de la O; ni a Nuestra Señora de la Soledad, de San Lorenzo, que *pone la carne de gallina;* ni a la Hermandad de

los Toneleros, que tiene una Magdalena, de Duque Cornejo, y un Señor, de Roldán; ni a esa maravilla del Cristo de la Expiración, obra del maestro Gijón, y un Crucifijo siniestro y sublime. Le vimos ya en su Capilla del Patrocinio, y el *Cachorro de Triana* es realmente nuestra soberbia del genio ibérico. Aquellas costillas, su laringe, el cuello, la extraña y terrible manera de pender del Santo Madero entenebrecen el alma. Es una obra maestra que horroriza y subyuga, repugna y sorprende.

Pero no le veremos en la calle, en la que su trágica visión debe inspirar sombríos pensamientos.

Tampoco gustaremos del espanto supremo del *Paso* de la Muerte; esa Cruz sola, alta, delante de la que un gigantesco esqueleto, sentado sobre el globo del mundo, con la calva y hedionda cabeza puesta grotescamente en la palma de la mano, medita en las palabras que la Cruz le envía escritas en el sudario: *Mons mortem superabit.*

Sevilla bajo la lluvia ofrece cierto aspecto de desolación. Las Cofradías reniegan con nada santas frases; no saldrán los misteriosos diez y ocho cirios de la Parroquia de Santa Marina, ni los presos cantarán desde la cárcel, donde escribió Cervantes su *Quijote* o en la que ha sucedido a la descrita por Alonso Medrano, esas

saetas desoladoras que Sevilla tiembla escuchar y desea escuchar más que ninguna otra...

Por la reja de la cárcel,
Soledad, dame la mano,
que somos muchos hermanos,
no tengo padre ni madre.

En las rejas de la cárcel,
al pasar el Nazareno
le dije: ¡Jesús del alma!,
y al instante quedé absuelto.

Refugiados los peregrinos en cafés y botillerías, lamentan todos su mala suerte, esa lluvia clásica que es la desesperación furiosa de las Cofradías a las que coge en plena carrera. Muchos confían y ruegan a sus imágenes que escampe. No por las trazas. Los campesinos no pueden disimular su regocijo. Dicen:

—Ca gotita de eze vino der Sielo e aluego la vía e una familia...

El mismo campesino que llora de placer viendo caer el *vino del Sielo*, frunce el entrecejo cuando se le ocurre que puede llover también el Domingo de Resurrección. Esas bromas celestiales no las aguanta él. El Domingo torean los fenómenos, y aunque se pierda la cosecha no importa. Ese día *tiene que aclarar a la fuerza o se la gana «er mimo Dió»...*

Aclarará. Dios ama esta ciudad que tan es-

candalosamente lo ama a él. Refugiados en el café, solos, desconocidos, oímos charlar a los forasteros y a los sevillanos. Las Cofradías no importan ya; lo que interesa es la corrida de Resurrección. Las últimas noticias que llegan son las más graciosas del mundo; cierta Cofradía trianera ha salido lloviendo, con el único objeto de que el torero Belmonte vea desde el balcón a la Santa Señora. Allí, bajo la furia del agua que destrozaba palio y manto los trianeros han preguntado a la Madre de Dios si era Belmonte el mejor torero, y la Virgen ha dicho que sí.

Es Viernes Santo. Jesús está muerto. En todas las caras ha hecho estragos graciosos el trasnochamiento y la «madrugá». En las conversaciones se habla de una tal chiquilla, llamada Rocío *la Lechera* que se reveló como una cantadora cantando en la calle de la Sierpes bellas saetas. ¿Qué resta en las almas de tanto Cristo y tanta Soledad como han contemplado? Cansancio. Esperan la Resurrección con tales ganas, que de buenas irían al Señor a suplicarle adelantase el momento de salir de la tumba. De nada se ha privado su carne y su sangre pero sueñan que han sufrido mucho y que el luto ha durado bastante. Se charla de toros. Cristo es relegado, olvidado; no existe ya para los espíritus como éstos, en los que las sensaciones no duran mas que un instante.

La divina ciudad, humedecida por la lluvia, huele ahora más que nunca a tierra, a carne, a jazmín, a azahar... ¡Sevilla, dulce Sevilla...!

Nuestra alma solitaria quisiera desvanecerse en la magia de ese nombre.

FIN

EN PREPARACIÓN

AGUAS FUERTES

Y

PIEL DE ESPAÑA